



CECELIA HOLLAND

LA
BRUJA **R** DEY
DEL

LA CRUZADA DE
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

Pàmies

Cecelia Holland
La bruja del Rey

CHIPRE

Por la mañana, temprano, cuando el resto de mujeres se hubieron marchado a misa, Edythe acudió a la ciudad conquistada.

El día era soleado y fresco, y el sol acababa de salir. Las calles estaban en silencio, vacías. Suponía que todos los lugareños habían huido al ver aparecer al ejército cruzado. Pero las mesnadas ya se habían marchado a las montañas, persiguiendo al rey chipriota, y la ciudad parecía muerta.

Subió y bajó las calles cubiertas por la basura que los ciudadanos habían dejado al huir: tinajas rotas, comida pisoteada... En una esquina había un carro con una rueda fuera del eje, con el arnés extendido frente a él como la vacía silueta de un caballo. No encontró ninguna señal de lo que estaba buscando.

Seguramente todos se habían ido y no encontraría a nadie. Pero entonces, por el rabillo del ojo, captó el movimiento de una ventana al cerrarse abruptamente a su paso. Junto al pozo había un cubo volcado, y su agua derramada se secaba sobre las piedras. Las moscas zumbaban por todas partes. Tras un alto muro cacareó un gallo. Allí aún quedaba gente.

Así que continuó paseando tranquilamente, balanceando su cesta; caminar sola la complacía. Durante los años en los que había vivido en la corte de la reina Leonor había estado encerrada, enjaulada, vigilada día y noche. En aquel momento, ir a donde deseara, y cuando le placiera, le parecía una delicia.

Se sentía ajena a aquella ciudad extranjera, blanca y silenciosa bajo el sol matinal, pero con la despreocupada libertad que le proporcionaba estar lejos de casa. Mas entonces añoró Poitiers: el lugar que le era familiar, los rostros que conocía. La ciudad donde sabía cómo vivir. Su buen estado de ánimo se desplomó. De repente sintió lastima por la gente de aquella ciudad, que se había visto obligada a huir de su hogar.

«Pero nosotros somos cruzados —pensó—. Venimos por orden de Dios y todos

deberían ayudarnos».

Se lo repitió a sí misma, inquieta.

«Soy parte de esta cruzada».

No estaba segura de que fuera cierto. Aun estaba intentando descubrir su lugar en todo aquello, pero ella no había elegido ir, y quizá eso marcaba la diferencia.

Al final de la siguiente calle, tras una hilera de barcos varados, el mar murmuraba al acariciar la orilla. Antes de llegar a la arena, Edythe tuvo que atravesar un mercado desierto. Aminoró el paso, aunque allí no había mercaderes ni nadie comprando. Estaba al servicio de la reina de Sicilia, Juana, y tanto ella como sus damas adoraban las pociones y los filtros, por lo que Edythe necesitaba miel, hierbas y vinagre. Había llevado con ella algunas cosas desde Sicilia, pero la tormenta había empapado y estropeado la mayor parte de sus reservas.

Aquella misma tormenta los había arrastrado hasta allí, Chipre, donde, tras el naufragio, tuvieron que pedir ayuda. Pero en lugar de concedérsela, el rey Isaac y sus hombres habían intentado apresar a la reina Juana para pedir un rescate. Así que los chipriotas se merecían lo que habían recibido: la ira de los cruzados.

Se preguntaba si ella también se merecía lo que había recibido.

Para merecer algo era necesario haber tenido posibilidad de elección, y ella había tenido poco que decir sobre todo aquello. Leonor nunca pedía el permiso de nadie. «Confío en vos, Edythe; cuidado de mis niños. Y mantenedme informada. Para ello podéis usar a los judíos, pues estos tienen contactos en todas partes». Los niños eran Juana y su hermano, el rey Ricardo, ambos mayores que la propia Edythe, y, en ese momento, también la prometida del rey, la princesa Berenguela de Navarra. Pero, por supuesto, aún tenía que desposarse con ella.

Tras dictar su voluntad, la anciana reina volvió a la dulce y adorable Poitiers, y el rey Ricardo anunció que iba a llevarse con él, a la cruzada, a su hermana, a su futura esposa y a Edythe, y que debían hacer el equipaje y estar preparadas al amanecer.

Se dijo a sí misma que debía aceptar su papel, porque éste era, después de todo, un buen papel: la mayoría de las mujeres la envidiarían. Juana, la viuda reina de Sicilia, tenía tan buen corazón como la propia Leonor, y mantenía una agradable corte en un palacete conquistado, a pesar de estar tan lejos de casa. Edythe no se había sentido ofendida, aunque sí mezquina, cuando Leonor le pidió que ejerciera de

espía, pero la búsqueda de un judío que enviara el mensaje abriría antiguas y profundas heridas en su interior, y Leonor debería haberlo sabido.

Se sentía culpable por pensar eso. Adoraba a Leonor, que la había salvado; se lo debía todo a la reina madre, y estaba dispuesta a sufrir un poco por su bien. Así que obedecería.

El sol se hizo más fuerte. El día sería caluroso. Había recorrido la pequeña ciudad al completo sin encontrar lo que estaba buscando. Tomó un sendero que se extendía más allá de los muros de las casas, pavimentado pero agrietado y cubierto de arena. Aquel camino terminaba en una muralla cubierta de hierba de apenas un par de bloques de piedra de grosor; a su derecha, la altura de la muralla aumentaba gradualmente al alejarse, escalando hacia el interior de la ciudad; pero a su izquierda menguaba como si los constructores hubieran perdido progresivamente el interés por su obra.

Más allá, un sendero se abría paso a través de la grisácea maleza. Los pájaros cantaban. Edythe pasó sobre las bajas piedras de la muralla y siguió el sendero.

El erosionado y sucio trazado se enroscaba alrededor de la verde ladera hacia el promontorio sobre la bahía. El aire, a medida que subía, se hacía más cálido. Las golondrinas volaban, descendiendo sobre la maleza frente a ella. Un rebaño de cabras, con sus cencerros tintineando, exploraba la escarpada ladera.

Desde allí arriba pudo discernir, contra el cielo, un caos de formas, muros y troncos de árboles sin ramas entre la frondosa maleza que temblaba constantemente con el viento. Pasó junto a un bloque de piedra blanca en el que había una extraña escritura tallada en la superficie. Aminoró el paso, mirando a su alrededor y entendiendo las señales.

Aquellas eran las ruinas casi devoradas por la maleza de un antiguo poblado; los troncos sin ramas, todos en línea, eran en realidad columnas de mármol. Frente a ella, la maleza daba paso a un suelo de piedra, y unas enredaderas entrecruzaban los blancos peldaños que conducían a la parte superior.

Subió y, desde aquella altura, miró el amplio mar: una brillante superficie fruncida por pequeñas olas que se extendía hasta el brumoso horizonte. Abajo, el poblado se desplegaba a los pies de la colina como un revoltijo de cajas.

En el pasado la ciudad había estado allí arriba. Y había gente que seguía viviendo allí. Otro camino guiaba tierra adentro, pasando junto a más muros mal conservados. Huellas humanas y de animales enturbiaban el polvo. Pasó junto a un

viejo edificio vacío y llegó hasta un grupo de casas.

Las cuatro viviendas formaban una hilera, y cada una de ellas compartía un muro con la siguiente. En cuanto las vio supo que aquello era lo que buscaba. Junto al poste derecho de la entrada estaba la pequeña caja que anunciaba que eran judíos. Reunió las palabras adecuadas en la antigua lengua, se acercó a la primera puerta, y llamó.

Nadie respondió, así que pasó a la siguiente. La embargaba un temor indescriptible, y su corazón latía con fuerza. Tenía la secreta esperanza de que nadie abriera y poder volver, encogerse de hombros y decir que había sido inútil. Entonces la puerta se abrió ligeramente.

Dijo las breves palabras que había memorizado.

—Paz para todos nosotros. Tengo que enviar un mensaje a un amigo de los judíos.

Buscó la carta en su cesta.

La puerta se abrió un poco más, y el criado que se ocultaba tras ella retrocedió. A su espalda había un hombre con un sobrio traje oscuro y un pequeño bonete sobre su cabello gris que pendía en tirabuzones bajo su barbuda mandíbula.

—Muy bien—dijo el hombre, y extendió la mano. Añadió algo más, preguntando en la antigua lengua quién era ella.

Edythe tartamudeó. Ya le había entregado la carta y estaba retrocediendo, pero la embargó la necesidad de acercarse a él, de pasar al interior, de estar en casa de nuevo. No obstante, eso era imposible. Aquella no era su casa y, de todos modos, no recordaba su idioma. Negó con la cabeza en respuesta. El hombre le dedicó una mirada perspicaz, como si la entendiera, pero cerró la puerta.

La chica se apresuró por el sendero de vuelta hacia la ciudad y, como un enjambre de avispas, sus recuerdos corrieron tras ella. Recordó la voz de su madre, cantando, y a su padre, que llevaba un pequeño bonete sobre su cabello oscuro y que había sido médico, como ella misma. Un médico mejor de lo que ella sería nunca. Echó a correr, sintiéndose perseguida, como si no fuera más que una niña pequeña con la ropa de una mujer. Recordó la fría y solitaria huida, lo atemorizada y hambrienta que había estado. Nadie la quería, y había terminado ante las puertas de la cautiva reina de Inglaterra, apretando la carta, temblando y llorando.

Recordó la luz de la lámpara, y la amable mano que la condujo al interior.

La suave voz que le dijo: «Olvidad. Olvidadlo todo. Ahora sois mía. Diremos que sois sajona, y que huisteis de un convento. Éste es vuestro nuevo nombre». Aquel nombre extranjero de anciana, una máscara deforme que la ocultaba.

Ante ella estaba el pequeño poblado y la corte donde enterraría todo aquello, donde enterraría los recuerdos. Aminoró el paso y se recompuso. Lo olvidaría todo. Soportaría aquel nombre, sería Edythe. Seguiría adelante, adelante, y dejaría atrás el pasado para siempre.

Una gran multitud avanzaba a través de la puerta al principio de la calle principal, lanzando vítores y galopando sobre sus cansados caballos. Muchos ondeaban largos trozos de tela, estandartes y túnicas. Edythe tomó un callejón hacia el recinto de la reina, pero, cuando salió a la calle principal, los ruidosos jinetes le cortaron el paso; se escondió rápidamente en un umbral para evitar que la atropellaran.

Estaba atrapada. El ejército, blandiendo sus trofeos, se desbordó frente a ella. Buscó a tientas, a su espalda, el pomo de la puerta. Estaba cerrada. Los hombres aglomerados estaban empezando a fijarse en ella, y uno trató de agarrarla. Entonces, de repente, un caballo se detuvo a su lado.

Edythe retrocedió, en la esquina del umbral. Desde la silla la miraba un hombre grande con cota de malla. Con un atisbo de esperanza, se dio cuenta de que lo había visto antes, en la corte: era el primo de Juana, a quien todos llamaban *Rouquin* por su encrespado cabello pelirrojo.

El hombre la miró y dijo, alzando la voz sobre el alboroto:

—¿No sois una de las damas de Leonor? La médica. ¿Qué estáis haciendo sola aquí fuera? —Extendió el brazo hacia ella. Como Edythe no tomó su mano inmediatamente, continuó—: Daos prisa, maldita sea. Estoy rescatándoos.

Era consciente de que no tenía elección; agarró el antebrazo del hombre y éste la subió sin esfuerzo a la grupa del caballo. La chica se sentó de lado, como solían hacer las mujeres, y se aferró al arzón trasero de la silla con una mano y a la correa de la grupa del caballo con la otra. Rouquin espoleó al enorme caballo y se abrió

paso a través de la agitada multitud.

Su respiración se acompasó. Después de todo, aquel hombre solo estaba intentando ayudarla.

A su alrededor, el resto de cruzados gritaban de alegría y ondeaban sus trofeos, y el caballo resopló y se abrió paso a empujones a través de ellos.

—¿Habéis luchado? —le preguntó Edythe.

El enorme hombre, vestido con la cota de malla, estaba de espaldas a ella. No tenía puesta la caperuza, y el escudo y el casco colgaban de sus arzones. Su cabello rojo se alzaba en picos.

—No demasiado —le contestó—. Los abatimos con una sola carga. Hemos hecho montones de prisioneros y hemos conseguido un buen botín. Nadie intentó oponerse a nosotros. Isaac se quitó del medio, menudo reyezuelo. Salir sola ha sido una estupidez. ¿Creéis que esto es Poitiers?

—Quería ver la ciudad.

El caballo tropezó con algo y se encabritó, y Edythe se deslizó lateralmente en la amplia grupa; se agarró con ambas manos, con fuerza, para mantenerse sobre el corcel.

—Aquí no hay nada que ver. Quedaos donde tenéis que estar.

Edythe apretó los dientes. Rouquin era tan áspero como la corteza de un árbol. Comenzaba a caerle mal.

—¿Hay algún herido? —le preguntó para cambiar de tema.

—No, todo pasó demasiado rápido. Juana debería vigilaros mejor. ¿Sabe que estabais aquí fuera, sola? —Le lanzó una mirada fulminante sobre el hombro. Tenía el rostro sucio, y una cicatriz atravesaba su mejilla sobre su escasa barba. Sus ojos eran de un color gris pizarra—. Os ha enviado Leonor, ¿no? Para espiar.

Edythe lo miró a los ojos, pensando que aquel hombre formaba parte de la familia y que, por tanto, estaba al corriente de sus tejemanejes.

—La reina me salvó la vida —le contestó, con tono majestuoso—. Yo solo hago lo que me pide.

El hombre miró al frente de nuevo. Por fin habían escapado del bullicio y estaban bajando por otro camino, entre un muro y un huerto.

—La reina madre no apoya la cruzada. Todo el mundo lo sabe.

—Es posible que Leonor esté en contra de la cruzada, pero no haría nada que dañara a Ricardo, ¿verdad? —Frente a ellos estaba la puerta delantera del salón, atestada de gente esperando para entrar—. Puedo seguir sola desde aquí.

La chica bajó del caballo.

—Acabo de deciros que no podéis ir por ahí vos sola.

Desde el suelo, Edythe se giró hacia él.

—Gracias.

—Haced lo que os he dicho. Quedaos dentro.

Edythe le sonrió.

—Gracias.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. A su espalda lo escuchó resoplar y alejarse a medio galope por el sendero.

—¿Habéis traído todo el botín? —le preguntó Juana—. ¿Dónde está Isaac?

El señor de Chipre, Isaac, había intentado hacerla prisionera; Juana quería verlo encadenado.

—Huyó en cuanto nos vio —Ricardo dio una patada al cofre del botín, que estaba en el centro de la habitación—. No es digno de una ciudad como Chipre. Creo que se la arrebataré.

Ricardo comenzó a caminar de un lado a otro, con una copa en la mano. Las batallas siempre lo impacientaban, y había vuelto de la última escupiendo órdenes. Necesitaba que el salón estuviera preparado, ahora; quería un trono, de inmediato; el arcón del botín debía situarse bajo el trono, que tenía que estar colocado sobre unos

bloques que lo elevaran.

—Antes de que haya acabado con Isaac tendré dinero suficiente para pagar la cruzada al completo.

—He hablado con el obispo sobre tu boda con Berenguela. Podemos celebrarla mañana, en la pequeña iglesia local —dijo Juana, mirándolo con los ojos entornados—. No puedes librarte de eso, ya lo sabes. La Cuaresma ha terminado, ya no hay más excusas.

—Oh —dijo Ricardo, y se giró para mirarla. La sobrepasaba en una cabeza, aunque su hermana también era alta, y era fuerte como un león. Su magnífico y desconcertante hermano. La puerta estaba cerrada, pero ambos podían oír a la gente del exterior, empujando con fuerza para entrar.

—Mi intención es casarme con ella. Su padre es el rey de Navarra; tiene un gran ejército sin guerras en las que combatir y está en una buena posición para ayudarme a luchar en las mías. Pero no habrá noche de bodas. Díselo.

—¿Qué? Entonces no llegarás a estar casado.

—Lo estaré lo suficiente. Yaceré en una cama con ella, pero me mantendré casto... La cruzada me exige castidad.

Juana elevó su copa; se dio cuenta de que estaba un poco ebria. Pero la primera parte de las órdenes de su madre parecía más fácil de llevar a cabo de lo que había esperado: después de todo, Ricardo se casaría con la chica.

—Castidad. Supongo que alguien tiene que ser el primero. Como dijo San Agustín.

—No intentes distraerme —dijo. Caminó hacia ella, dejó la copa sobre la mesa y puso su bota sobre el cofre del botín—. Eso no tiene nada que ver con lo que dijo Agustín.

—Entonces, ¿te mantendrás casto para la cruzada? ¿Cuánto durará?

Ricardo ladró una carcajada. Sus ojos eran tan intensos que incluso sus pupilas parecían azules.

—Ésta es la cruzada. Estamos dando paso al Reino de Jesús. ¿Hay algún motivo más elevado? Durará hasta que ganemos. Quizá dure toda nuestra vida.

Juana esperaba que no.

—Esta nueva castidad tuya... ¿Es por eso por lo que hiciste esa confesión en Mesina? ¿Casi desnudo en la plaza pública, frente a toda Sicilia? ¿Sabes lo que dijo madre sobre eso?

Ricardo le sonrió. Parecía complacido. Adoraba horrorizar a su madre.

—Madre me lo dijo, aunque no recuerdo que se pusiera tan nerviosa cuando padre se hizo azotar por asesinar al arzobispo. Y le dije que lo hacía para limpiar mi alma para la tarea que estaba por venir. Y desde entonces...

—Como si la gente no supiera ya que tienes la moral de un macho cabrío.

Ricardo se sentó junto a ella en el sofá.

—Y desde entonces no he tocado una sola nalga blanca, ni he presionado mis labios contra otros, dulces y suaves... —Comenzó a cantar un poco, en las últimas palabras, parte de una vieja canción, sosteniendo en sus manos un laúd invisible.

—¿De hombre o de mujer? —le preguntó Juana.

—Ni de hombre, ni de mujer, ni de niño, niña o cabra. —Ricardo dejó de sonreír abruptamente—. Ésta es mi ofrenda a Dios, Juana. Yo mismo, libre de pecado, para llevar a cabo su más gloriosa e importante obra.

Juana se dio cuenta de que hablaba en serio, de que aquella no era solo la fachada decente que se ponía cuando le venía bien. Descubrió entonces que la segunda de las órdenes de su madre sería incluso más difícil de lo que había esperado.

«Consigue que se case. Consigue que vuelva a casa, donde está su deber real».

—Cristo vendrá cuando seamos dignos de ello.

—Sí, pero deberías tener un heredero —le contestó Juana—. ¿Y si te ocurriera algo? ¿Y sí pasaras el resto de tu vida aquí?

Se quedó sin argumentos: incluso ella se daba cuenta de que, contra el aliciente del Rey Jesús, un bebé no era nada.

—Me ocuparé de eso en su momento. Y ya hay un heredero. Está Juan. La

familia se perpetuará. La cruzada es más importante que ninguna otra cosa, incluso que nosotros.

—Juan no es bueno. Ni siquiera a mí me gusta.

Se quedaron callados un momento. Juana suponía que estaban pensando en el mismo hombre, y en lo que nunca se decía de él. Ricardo rompió el silencio.

—¿Quién nos casará?

—Evreux, por supuesto. Nada ostentoso.

—Bien. Dispón que se haga. Después me acostaré en la misma cama que ella. —Se incorporó. Su pie golpeó el arcón del tesoro de nuevo—. Necesitas mantenerte ocupada. Haz que terminen los preparativos en esta habitación para que pueda celebrar la corte aquí. Y pon esto en el lugar en el que debe estar.

Elevó la mano y los dos guardias apostados junto a las puertas las abrieron inmediatamente. Entonces, los hombres entraron en tropel, gritando y vitoreando a Ricardo, que ya estaba entre ellos con los brazos extendidos. Todos se congregaron, dándose palmaditas y golpes como suelen hacer los hombres al encontrarse, sobre todo después de una buena batalla.

Juana se giró, molesta. Por eso era por lo que la había llevado con él, para que se ocupara de los asuntos domésticos. Deseó ser un hombre para poder enseñarle cómo gobernar. Las damas la esperaban en el lado opuesto del salón, y Edythe, la chica nueva, estaba entre ellas. Eso la complacía. Le gustaba Edythe porque era sensata y competente, y porque hacía inmediatamente todo lo que le pedía. Se le daban bien las pociones y los tónicos, y la madre de Juana había dicho que tenía manos sanadoras. Si era una espía de su madre, al menos estarían trabajando con el mismo fin. Juana se reunió con ellas e informó a la princesa Berenguela de que pronto sería la reina de Inglaterra.

Berenguela levantó la mirada; su rostro brillaba de alivio.

—No, mí no importa. Qué noble. Es muy noble.

«Noble», pensó Edythe. Por lo que ella había visto, a Ricardo no le importaba

aquella chica más que la silla en la que se sentaba, o el caballo que montaba, y todo el mundo sabía por qué no quería acostarse con ella. El aire de la cámara de la joven princesa estaba viciado y hacía calor, pero aun así la chica estaba sentada envuelta en sus vestidos y chales.

—Entonces mañana seréis desposada, y os convertiréis en reina—le dijo Juana—. ¿Os gustaría?

—Oh, sí, mucho. —La chica le sonrió—. Entonces tendré mi propio palacio, y mi propia corte. Espero hacer mucho bueno entonces. —Bajó la voz e inclinó la cabeza, de modo que miraba a Juana de soslayo—. ¿Seré más importante en las recepciones que mi señora de Sicilia?

Juana resopló, sorprendida.

—Tendremos que encontrar un heraldo, y entonces veremos.

—Yo se lo pediré a mi señor —dijo Berenguela—. Pero tengo que prepararme.

—Lo haremos —dijo Juana—. Pero prestad atención a vuestras doncellas. La boda es mañana.

—Sí, mi señora.

—Es una remilgada. Él nunca la amaré —dijo Juana, mientras se marchaban. Su voz estaba cargada de ira.

—Él no le importa demasiado —dijo Edythe. Había un cruel equilibrio en todo aquello. Siguió a Juana por la puerta.

Berenguela había llevado un vestido para casarse con él, pero durante las tormentas en el mar el baúl se había empapado y ahora la apelmazada tela tenía un aspecto y un olor horrible. Juana le dio otro vestido, y todas las mujeres pasaron la noche metiéndole en las costuras y elevando el dobladillo, recortando los bordados dorados y las joyas del vestido estropeado y cosiéndolas en el nuevo. Por la mañana, bostezando, Juana observó cómo las damas de la princesa navarra la vestían, y sonrió.

—Estáis muy elegante.

Los labios de Berenguela se movieron sin emitir sonido alguno. Tenía los ojos desencajados por el miedo. Las mujeres se movían a su alrededor, cepillando, punteando y alisando, y la chica levantó la mirada para posarla en Juana.

—Gracias.

Juana siguió sonriendo. Comenzaba a ver aquello como una venganza adecuada.

—¿Gracias por qué? Vamos, vuestro prometido os espera.

Pensó durante un segundo que tendrían que cargar con la chica, pero entonces ésta se movió rígidamente hacia la puerta. El resto de mujeres la rodearon y fueron a la capilla. El día antes, una flota de Tierra Santa había traído a algunos de los señores cristianos para ver a Ricardo, y por eso el lugar estaba abarrotado de espectadores. Cuando vieron a la mujer comenzaron a aclamarla y a agitar los brazos y, mientras Berenguela caminaba con dificultad junto a ellos, le lanzaron flores, de modo que parecía estar atravesando un río de pétalos de rosa.

Dentro, junto al altar, la esperaba Ricardo, con la luz de las velas brillando en su corona dorada y en su pálido y largo cabello. El obispo de Evreux estaba junto a él. Juana se apartó a un lado y Berenguela entró pausadamente en el haz de luz de las velas; incluso desde allí podía ver cómo temblaba, la pequeña idiota.

La reina de Sicilia recorrió la capilla con la vista, sus muros y columnas cuadradas enlucidas con iconos al estilo griego. A su alrededor estaban sus propias damas, y la corte de Ricardo, pero tras ellos estaba la multitud de desconocidos recién llegados. Los examinó con curiosidad; se suponía que el rey de Jerusalén estaba entre ellos, y se preguntaba cuál de aquellos elegantes hombres sería. Había escuchado un montón de rumores sobre el rey de Jerusalén, a pesar de que aquella ciudad estaba tan lejos de Sicilia. Entonces el obispo de Evreux comenzó a hablar, y Juana se giró.

Berenguela estaba rígida, con el rostro tan blanco como la sal. Cuando Ricardo tomó su mano para colocarle el anillo, se sobresaltó tanto como si la hubiera golpeado. Ricardo no pareció darse cuenta, pues toda su atención estaba puesta en hacer encajar el anillo en su dedo.

En ningún momento elevó los ojos hasta el rostro de la chica. Ella no le importaba nada. Juana se descubrió sonriendo. El sacerdote dijo unas palabras, y

todos los asistentes replicaron y se santiguaron.

Entonces Berenguela se arrodilló ante su nuevo marido, con las manos unidas como si estuviera rezando; él le colocó una corona de oro en la cabeza y dijo algo en francés, y ella se convirtió en la reina de Inglaterra.

Berenguela movió los labios y cerró los ojos. Ricardo retrocedió y, por un momento, la joven se mantuvo allí, arrodillada, inclinada hacia delante, como si el peso de la corona la obligara a ello. A continuación, se estremeció y se enderezó, elevó la cabeza y abrió los ojos.

Juana sintió una repentina punzada de simpatía por aquella chica. Ella misma se había casado con un hombre al que había conocido ante el altar. Se recordó a sí misma que aquello había salido bastante bien, y pensó que debería ser más amable con su nueva cuñada. Se arrodilló con los demás y oró por la larga vida y los muchos hijos del rey y la reina de Inglaterra.

El convite comenzó a mediodía y se desarrolló rápidamente, como la misma ceremonia. El rey y su nueva reina aparecieron en el salón un momento para que todos los asistentes pudieran verlos. Mientras recibían reverencias y felicitaciones, Edythe atravesó el patio hasta la cámara real para preparar la cama de la nueva reina.

Berenguela llegó casi al mismo tiempo. Con el resto de damas, Edythe ayudó a la chica a ponerse un largo camisón blanco. La sentaron en la enorme cama abierta y le cepillaron el cabello. La chica estaba rígida, con los ojos fijos y los labios presionados, como si se enfrentara a algún calvario. Esparcieron flores a su alrededor y Edythe le colocó un capullo de rosa blanco en el pelo. Pero la nueva reina tenía el cabello claro y poco abundante, así que Edythe salió al jardín y cogió una rosa roja para ponerla en su lugar.

El rey entró con quince personas pegadas a los talones. Edythe se hizo a un lado, colocándose en un lugar que estaba fuera de su vista, pero desde donde podía observar. Ricardo saludó a Berenguela con una apropiada reverencia y las palabras adecuadas, y se sentó en la cama para permitir que un escudero le quitara las botas. Después de eso, se tumbó sobre su espalda junto a su nueva esposa, y rozó con sus pies desnudos los de ella. Inmediatamente después, se levantó, hizo una reverencia y

se marchó.

Edythe dejó escapar un suspiro. Todos los demás siguieron a Ricardo, excepto ella y las dos ancianas navarras que servían a la nueva reina. Berenguela se incorporó y el capullo de rosa cayó, ignorado, sobre las sábanas. Sus damas la rodearon. Edythe se acercó y la besó. Las mujeres navarras se ocuparían de la joven reina; ella quería volver al festín.

—Dios os bendiga, mi señora.

Berenguela la miró con el rostro aliviado, rodeada de una inmaculada espuma blanca de encajes y seda.

—¿Cuándo voy a tener el bebé?

Edythe se atragantó un poco y miró a las otras dos mujeres, atrincheradas tras su propio lenguaje, que le devolvieron la mirada.

—Después de la cruzada —respondió, dio una palmadita a la mano de Berenguela, y se marchó.

Atravesó el espacio abierto hasta el salón, donde Juana, con el resto de damas, estaba sentada masticando las sabrosas carnes. El gran salón era magnífico. Juana lo había adornado con los estandartes de seda y las alfombras que obtuvieron en el saqueo del campamento de Isaac, así que parecía casi una carpa, con las sedas ondeando suave y continuamente con las corrientes de aire. A su alrededor, la debilitada luz del sol se derramaba a través de la abertura en el centro del techo para resplandecer en el suelo. Junto a los muros, en la hornacina vacía de los bancos de piedra, recientemente suavizados con los cojines y pañuelos de Isaac, se sentaban los señores de Ricardo y los importantes hombres de Tierra Santa que acababan de llegar.

Edythe se acercó a Juana, que estaba sentada en un banco cuyas patas tenían la forma de las zarpas curvadas de un león, y la reina le sonrió y la cogió de la muñeca.

—Sentaos. Habéis llevado todo esto muy bien, me habéis complacido.

El rubor calentó la garganta de Edythe. Se sentó con las manos en el regazo. Aquel era su lugar, y debía alegrarse por ello. Aun así, algo la corroía. Levantó los ojos hacia la corte, hacia la amplia y vibrante explosión de sedas y joyas a su alrededor, deseando pertenecer a ella.

CHIPRE

Felipe de Rançon, al que llamaban Rouquin, estaba apoyado contra el muro, aburrido. Al otro lado del salón, otro de los grandes señores se incorporó, levantó su copa y gritó un brindis, y todos a su alrededor lo aclamaron hasta que las paredes de piedra resonaron. Hasta entonces habían acordado que la cruzada era la voluntad de Dios, que Saladino era el Diablo y que Jerusalén, ahora que Ricardo había llegado, sería suya. Esperaban seguir debatiendo hasta que el vino se agotara. Rouquin cambió el peso de una pierna a otra, con las manos a la espalda. Ricardo pretendía tomar Chipre a continuación, y había encargado a Rouquin atrapar al fugitivo rey Isaac; estaba deseando empezar. Le encantaba tener el mando.

El estruendoso coro se desvaneció. Ricardo estaba sentado en su trono. Rouquin vio que miraba sobre su hombro, hacia él, y se acercó y se puso en cuclillas junto al codo de su primo.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó Ricardo. Vació su copa y se la entregó a un paje—. ¿Por qué han venido todos estos señores hasta Chipre? Llegaremos a Acre dentro de un par de semanas. ¿Tanto les emociona vernos?

Rouquin dejó que su mirada vagara a lo largo de las hileras de hombres gritando y bebiendo.

—Se han apresurado a reunirse con nosotros para asegurarse de que nos aliamos con ellos, y no con otros.

—Como siempre, me lees la mente —dijo Ricardo—. Esto no dice nada bueno sobre la condición general del reino, ¿verdad? Ahora, mira.

Rouquin se levantó; el hombre que se acercaba a ellos pertenecía, claramente, a una clase superior. Era mayor, estaba envuelto en terciopelo de color crema bordado con hilo de oro, y adornado con muchas joyas y una corona sobre su rojizo cabello entrecano. El heraldo anunció:

—¡Guido de Lusignan, rey de Jerusalén!

Rouquin lo miró con perspicacia, recordando todas las historias que había oído sobre él. Guido hizo una reverencia y Ricardo inclinó la cabeza.

—Mi señor, sed bienvenido.

La voz del rey de Jerusalén resonó para que todos lo oyeran.

—Os doy la bienvenida, mi señor. Vos me ayudareis a recuperar lo que es mío por derecho, y nos proporcionareis a todos nosotros la justa venganza por la derrota de Hattin a manos de Saladino.

Continuó de aquel modo un poco más. Rouquin se dio cuenta de que había evitado mencionar que el desastre de Hattin había sido totalmente culpa suya. Ricardo extendió la mano hasta el arcón del botín junto al trono y sacó un anillo, dijo algunas palabras adecuadas y agradeció al rey de Jerusalén que aceptara el regalo. Guido hizo una reverencia y se alejó.

—Así que ése es el rey —dijo Rouquin.

—Quizá —dijo Ricardo—. O quizá no. Pero Guido es uno de nosotros, es un poitevino. Eso debería beneficiarnos en algo.

Rouquin se pasó la mano por el rostro. Pensó que en Tierra Santa necesitarían a los mejores hombres que pudieran encontrar, y Guido era un caso perdido. Hijo de una importante familia de Poitou, siendo joven se había metido en problemas y había sido exiliado. Allí, en Oriente, consiguió casarse con una princesa y se convirtió en rey cuando el «Leproso» murió. Entonces, de un solo golpe, perdió todo el reino cruzado ante Saladino en la estúpida batalla de Hattin.

—A mí me parece un idiota. Condujo a sus hombres a la muerte.

—Aquí llegan los templarios —dijo Ricardo.

Dos de los caballeros vestidos de blanco y negro habían llegado desde Acre; Robert de Sablé, que había desembarcado con Ricardo, estaba acercándose al trono. Ricardo los presentó. De Sablé había sido elegido nuevo Gran Maestre de la Orden en París. Los caballeros se estrecharon las manos, hicieron reverencias y pronunciaron algunas palabras pías. De Sablé los bendijo, y ellos recibieron sus palabras con rostro severo. Ricardo no hizo ningún ademán de entregarles algo, y finalmente se sentaron.

—Visten muy bien, para ser monjes.

Rouquin observó a de Sablé mientras éste se alejaba con una mano sobre la pesada empuñadura plateada de su espada.

—Pobreza, castidad y obediencia —dijo Ricardo.

—Además —dijo Rouquin, recordando otra cosa. Se puso en cuclillas de nuevo junto al trono de Ricardo—, ¿cómo es posible que Guido siga siendo el rey? Pensaba que su esposa había muerto.

Ricardo chasqueó la lengua.

—Murió, y sus hijos con ella, pero primero lo convenció para que asediara Acre. Ella lo vio claro: para comenzar a recuperar el reino era necesario recuperar la ciudad. Guido y ella indicaron el camino. Y es por eso por lo que estamos aquí, para ayudarlo a terminar la toma de Acre. Así que más le vale seguir siendo el rey.

—El señor Hunfredo de Torón —anunció el heraldo.

Era un hombre delgado, con un pulcro brocado de color ciruela, un cinturón de plata, una única amatista en su garganta y delicadas zapatillas de seda. No llevaba espada. Tenía las manos largas y blancas y parecía que nunca tenía que afeitarse. Después de los saludos iniciales, dijo:

—Mi señor, solo vos podéis salvar Jerusalén. Ordenadme cualquier cosa que pueda hacer para nuestra causa. Como el rey Guido, dependo de vos para que me ayudéis a recuperar mi honor.

Ricardo murmuró algunos halagos y le dio otro anillo.

—De Torón. Había un de Torón que era condestable.

—Su padre. Este Hunfredo es otro hombre que podría haber sido rey. Se casó

con la hermana de la princesa de Guido, pero rechazó la corona. Así que le arrebataron a la princesa y se la entregaron a otro.

Rouquin observó a Hunfredo mientras éste se marchaba, preguntándose cómo había permitido que ocurriera algo así, cómo podía mantener la cabeza alta después de lo que había pasado. Cómo era posible que esperara recuperar su honor.

—¿Quién se casó con ella?

—Conrado de Montferrato.

—Oh. El Italiano.

—Sí, un pequeño príncipe que, por cierto, como habrás notado no está aquí, sino en Tiro, donde se supone que debemos ir a continuación. Y me temo que su derecho al trono es más legítimo que el de nuestro amigo Guido, ya que la princesa continúa viva. Esto quizá sea un problema. Ve a descubrir lo que puedas mientras yo termino con esto.

Rouquin se incorporó. Otro ostentoso hombre cargado de joyas estaba acercándose para recibir presentes y hacer sus promesas, votos y compromisos. Rouquin hizo caso omiso de todo aquello. Estaría de camino pronto, con un trabajo de verdad, y mejor. Cruzó la habitación mirando al resto de hombres al pasar.

Juana le sonrió, rodeada por sus doncellas. La mujer que había visto en la calle, la médica, estaba sentada a su lado mirando a Ricardo. Había oído su nombre en alguna parte, pero lo había olvidado. Algún impronunciable nombre sajón. Paseó por la habitación, observando a Ricardo mientras aceptaba homenajes y entregaba recompensas, oro y seda, espadas y copas. Rouquin se acercó a Hunfredo de Torón, que estaba en la esquina opuesta.

Lo llamó por su nombre, hizo una reverencia, que Hunfredo le devolvió, y se dijeron las cosas que suelen pronunciarse al conocer a alguien. El joven dejó a Rouquin profundamente confuso; no sabía cómo hablar a un hombre que debería haber sido una mujer. Por la expresión en el rostro del joven señor parecía que aquello no era nuevo para él. Su padre había sido un legendario cruzado que había salvado la vida del rey en una batalla. Su hijo nunca había sido armado caballero.

—Supongo que llevareis a cabo una persecución salvaje para atrapar a Isaac Comneno —dijo Hunfredo.

Rouquin no vio ninguna razón para contárselo.

—Ricardo tiene algunos planes.

Ambos pertenecían a la misma clase: Hunfredo era un barón de Jerusalén, tal como Rouquin lo era de Aquitania. Al pensar en eso, Rouquin comenzó a verlo de otro modo. Hunfredo continuó, pensativo.

—Chipre está preparada para un buen rey. Para empezar, Isaac tenía poca autoridad aquí. No sé lo que pensará el Emperador al respecto, pero durante los últimos treinta años Constantinopla no ha tenido demasiado poder sobre Chipre.

Un sirviente se acercó y llenó la copa de Hunfredo, y a continuación otro tomó la copa, dio un sorbito, asintió y la puso en la mesa ante el señor de Torón. Rouquin observó absorto todo aquello.

—Creo que mi primo ya está discutiendo con los templarios la compra de Chipre. Necesita el dinero.

Ricardo siempre necesitaba dinero. Miró a los dos caballeros de capa negra sentados a la mesa. Robert de Sablé estaba con ellos, más sonriente y receptivo de lo que correspondía a un hombre de armas. Era un banquero, un comerciante con poder. La gente así lo complicaba todo. Se dirigió de nuevo a Hunfredo, que sabía tantas cosas y estaba tan deseoso de hablar.

—Los templarios serían señores duros —dijo Hunfredo—. Después de lo de Hattin no han sido los mismos. Los mejores fueron masacrados allí. Ahora incluso el señor de Ridford ha desaparecido.

—¿Quiénes son los capitanes de Acre?

—Hay muchos nobles guerreros en Acre. A duras penas podría enumerarlos. Han estado viniendo cruzados para unirse a Guido desde que llegó. Fue un acto noble, un acto majestuoso: Sibila y él con un centenar de hombres, cabalgando contra una enorme ciudad como Acre.

—Pero el otro rey, Conrado, está en Tiro.

Ante la mención de Conrado de Montferrato los ojos de Hunfredo brillaron. Sonrió, aunque sin placer.

—Sí. Tiene el apoyo del rey de Francia. Deberíais saber que el rey francés, Felipe Augusto, tiene pocas cosas buenas que decir sobre tu primo Ricardo.

Rouquin se rascó la barba. Ricardo y el rey Felipe habían sido amigos cuando les convino, pero en aquel momento se odiaban el uno al otro, algo que encajaba mejor con sus personalidades. Ricardo llamaba a Felipe «el Enano».

—Está en Acre —dijo.

—Sí. Pero no podrá conseguir la ciudad solo. Os prometo que esto lo carcome como un cáncer, y también al rey Conrado. Necesitan a Ricardo, aunque lo odien. —Sonrió al pelirrojo y levantó su copa—. Por la cruzada —dijo, y bebió.

Hablaron un poco más sobre la riqueza y el estado de Chipre, y a continuación Rouquin se alejó, con la mente en ebullición. Entendía el propósito del parloteo de Hunfredo.

«Por eso es por lo que está aquí —pensó—. No solo para acercarse a nosotros siguiendo la estela de Guido, sino para asegurarse de que sabemos que «el Enano» está de parte de Conrado, y así enfrentarnos a él».

Se giró, buscando a Ricardo, y lo vio al otro lado de la habitación, en su trono, con un pie sobre el cofre del tesoro, riéndose.

Rouquin consiguió una copa de vino de uno de los sirvientes. En Francia todo aquello había parecido mucho más sencillo: el botín, la gloria, lo que tendrían que hacer, quiénes serían sus amigos y quiénes sus enemigos. Cuanto más se acercaban a Tierra Santa más se descubría ésta como un nido de serpientes.

Aun no habían conseguido llegar allí y ya había visto dos bandos entre los cruzados. Cuando llegaran a Acre seguramente habría más de dos. Todos aquellos hombres estaban afilando sus espadas. En su mente, sus pensamientos se agitaron. Examinó la habitación y encontró a Hunfredo, que en ese momento estaba junto a la mesa, hablando con un demacrado anciano vestido de seda azul.

Mientras lo observaba, Hunfredo giró la cabeza y miró a Ricardo, al otro lado de la habitación, y solo durante un instante, desde el trono, Ricardo elevó la cabeza y le devolvió la mirada.

«También es por eso», pensó Rouquin, y se bebió el vino en un par de tragos.

Más tarde, cuando volvió al salón tras revisar sus caballos, Ricardo lo llamó. Todos los demás se habían marchado y los criados estaban limpiando; todas las lámparas, excepto dos, estaban apagadas.

—Escucha, Rouquin —dijo Ricardo—. Quiero que te lleves contigo, en la búsqueda de Isaac, a Guido de Lusignan.

Rouquin elevó la cabeza bruscamente, airado.

—Guido me excede en rango.

—Sí, bueno, pero tengo que hacer algo con él. Tu ocúpate del trabajo y deja que él...

—Me prometiste que estaría al mando.

—Eso fue antes de que él llegara.

—¡Es un idiota! ¡Él mismo lo admite!

Ricardo se encogió de hombros, imperturbable.

—Pero tú no lo eres. Atraparás a Isaac, pero...

—Pero él se llevará todo el mérito.

—Rouquin —la voz del rey terminó con su airado arrebató; lo miró fijamente a los ojos—, quiero que hagas esto. Eso es todo.

El rey se dio la vuelta y se alejó.

Rouquin apretó los dientes, con una desconcertada furia enturbiando su vientre; cuando eran pequeños hubiera tirado a Ricardo al suelo y le hubiera frotado la cara con barro por algo así. En lugar de eso, era su rostro el que estaba en el fango, porque en ese momento Ricardo era rey, y él no era nadie. Se quedó inmóvil un minuto, como si no tuviera voluntad, como si no significara nada y no fuera nada. Después, se marchó para buscar algo que golpear.

La nodriza de Juana, Gracia, había viajado con ella cuando era niña hasta

Palermo, y consideraba que era su deber estar siempre a su alrededor, alisando sus faldas y proporcionándole cojines para los asientos duros. Estaban sentadas en un carronato, junto a la puerta de la ciudad, para observar la partida del ejército. Ricardo había embarcado aquella mañana con la flota para conquistar las costas de Chipre, y el resto del ejército saldría pronto para perseguir a Isaac. Edythe se sentía inútil y un estorbo, así que se quedó en una esquina y observó a los demás.

Gracia era una mujer rechoncha y bajita con un rostro flácido que siempre sonreía. La otra doncella, Lilia, que era más joven y delgada y muy bonita, se inclinó sobre el borde del carro para mirar la calle.

Una multitud estaba ya reuniéndose allí, y cada minuto que pasaba aparecía más gente; aquellos debían ser los chipriotas, que habían vuelto a la ciudad. Era evidente que no habrían podido aguantar lejos mucho tiempo. Edythe se preguntó qué les parecería esto a ellos, qué opinión tendrían de Juana, y de ella misma.

—¿Dónde están? ¡Oh, no puedo esperar más! —exclamó Lilia.

Gracia tosió débilmente.

—Manteneos ocupada, eso os aliviará la espera. Traedme aquella cesta. Sí, ésa, Lilia, no seáis alocada.

Lilia le llevó la cesta, que estaba llena de comida y vino.

—Gracia, estáis hecha una ancianita —dijo, sacando una copa—. Mi señora, ¿os sirvo algo para beber?

Juana estaba sentada en el banco con la espalda recta, las manos en el regazo y las mejillas sonrosadas por la excitación.

—Sí. Creo que ya vienen los hombres.

Edythe, en la esquina, estiró el cuello para ver la calle. Un ruidoso grupo de jinetes cabalgaba hacia ella, tras un caballero que llevaba un casco con una larga pluma roja y un estandarte amarillo flotando sobre su cabeza. Lilia estaba intentando servir vino y ver el desfile que se acercaba al mismo tiempo, y Juana le quitó la copa.

Pero no se la bebió, sino que se inclinó hacia delante, con las cejas fruncidas sobre su nariz.

—Ése es Guido de Lusignan —dijo—. ¿Dónde está mi primo? Sé que Ricardo iba a enviar a Rouquin al mando de esta expedición.

Edythe se acercó a ella y le quitó la copa antes de que la derramara; las otras damas estaban también inclinadas hacia delante para ver a los hombres pasar. Al cabalgar junto a ellas, el caballero de la pluma roja elevó un brazo y gritó: «¡Es la voluntad de Dios!», y todas las mujeres lo aclamaron y la gente de cada lado gritó de alborozo, alegre de verlos marcharse.

—Será mejor que Rouquin vaya con él, o se quedará atrapado en una zarza.

A continuación pasaron junto a ellas varias hileras de soldados a pie, con sus lanzas de hierro apoyadas en el hombro y los arcos ceñidos a la espalda. Edythe se sentó junto a la reina con la copa en la mano, siguiendo con los ojos la marcha de los hombres. ¿Alguno de ellos pensaba que podía morir? Muchos de ellos, seguramente, morirían. Se recordó a sí misma que aquello era una cruzada, y que irían directamente al Cielo.

—¡Allí está! —gritó Lilia, que elevó su pañuelo y lo agitó—. ¡Rouquin! ¡Mi señor Rouquin!

Más caballeros pasaron entre un estrépito de cascos de caballo, entre ellos el primo de la reina, con la cabeza girada para hablar con el hombre moreno que cabalgaba a su lado. Juana dio un sorbo a la copa, se la devolvió a Edythe, y señaló.

—Ése es su oficial, Mercadier.

Rouquin no prestó atención a las mujeres, aunque Lilia gritó su nombre de nuevo y agitó su pañuelo sobre la cabeza.

—No debería poner sus ojos en él; no se toma en serio a las mujeres y no le dará más que un montón de problemas —dijo Juana, divertida. Tomó la copa y la vació—. Bueno, creo que ya hemos terminado aquí. Volvamos a palacio.

Juana estaba recibiendo a los hombres más importantes de la zona, que uno por uno iban entrando para someterse al gobierno de Ricardo. Llevaba un vestido de seda azul bordado con oro y una corona dorada sobre la cabeza. Bajo la falda se había quitado los zapatos, que le apretaban. Después de ver a algunos de los chipriotas, de

aceptar su tributo y de declararlos bajo la protección de Ricardo, pidió un momento para sí misma. El lacayo cerró las puertas y los pajes les trajeron platos de dátiles, pan y vino. Sus damas se sentaron a su alrededor y, juntas, comieron.

—Esta gente tiene una ropa adorable —dijo Lilia.

Juana había estado pensando lo mismo: que los mercaderes comunes de aquella pequeña isla se engalanaban con mayor majestuosidad que ella misma, la reina de Sicilia.

—Es gracias a sus tejidos, que son muy delicados. He oído que el propio Emperador supervisa su producción, en Constantinopla.

Berenguela entró en el salón con sus damas y le hicieron sitio para que pudiera sentarse junto a Juana. Aún no habían decidido el asunto del protocolo, pero Juana tenía la intención de ocuparse de ello y aprovechar su oportunidad.

—Mi señora, he oído que hoy hay mercado. En el pueblo, junto a la playa —dijo Gracia.

—Oh. Deberíamos ir —contestó Juana, dando una palmada. A continuación se dirigió a Edythe; la médica había encontrado un libro en alguna parte, y estaba leyéndolo sobre su regazo—. Vos también vendréis. Dijisteis que necesitabais miel.

Edythe se enderezó, con los ojos muy abiertos.

—Sí. Iré. Gracias, mi señora.

Cerró el libro, pero Juana se dio cuenta de que mantenía un dedo entre las páginas, señalando el lugar donde había abandonado la lectura.

Juana se dirigió a la esposa de su hermano.

—¿Vendréis con nosotras, Berenguela?

La joven reina se enderezó, parpadeando. En sus sienes se mostraban algunas venas azules; parecía lo suficientemente frágil para romperse.

—¿Salir? ¿A la calle? —preguntó, como si Juana estuviera proponiéndole volar.

—Al mercado —dijo Juana—. Compraremos todo lo que tengan. Nos

enteraremos de todas las noticias.

Berenguela bajó los ojos.

—Me quedaré, señora. Mi lugar está aquí.

Juana miró a sus damas de modo significativo.

—Muy bien.

Todas miraron con desdén a Berenguela, todas excepto Edythe, que estaba mirando el libro que tenía en su regazo. Juana se rió, y cuando las damas se movieron con nerviosismo y aspecto avergonzado, le dio un golpecito con el codo.

—Oh, leed, querida, continuad. Me encanta veros feliz. Cuando estemos en Tierra Santa seremos un grupo alegre, os lo prometo. —Dio una palmadita, y se dirigió a Lilia—. ¿Sabéis que el rey Felipe Augusto está allí?

Puso un énfasis especial en la voz cuando pronunció su nombre.

Incluso sin mirarla, sintió que Edythe se sobresaltaba. Pero, cuando la miró, la muchacha estaba de nuevo concentrada en su libro.

—Sí, se supone que es así —dijo Gracia. Lilia se rió con la mano en la boca.

Juana se dirigió a Berenguela.

—El rey de Francia estuvo en Palermo, antes de nuestra partida, y me cortejó tan apasionadamente que mi hermano decidió enviarme lejos.

Lilia y ella intercambiaron otra mirada llena de significado; Lilia había estado muy involucrada en aquellas citas.

Berenguela ladeó la cabeza.

—¿Mi rey no quería que fuerais la reina de Francia?

—No lo entendéis —le dijo Juana, mirándola de soslayo con desdén—. Mi hermano y Felipe son enemigos. Felipe anhela las tierras de mi hermano. Ricardo no se embarcó en la cruzada hasta que lo hizo Felipe, para que no pudiera confabular a sus espaldas.

Juana agitó la cabeza. Dejó que Berenguela descubriera lo poco que

comprendía, y lo mucho que la propia Juana era parte de ello.

Berenguela no parecía haberse dado cuenta. Tenía los pálidos ojos pensativos.

—Vos no os convertisteis en la reina de Francia.

—Cuando lo veáis, entenderéis por qué no fue así —le contestó Juana.

Berenguela murmuró. Había llevado consigo una labor, y en ese momento comenzó a trabajar en ella, mientras una doncella sostenía una aguja enhebrada y otra una cinta de tela. Juana sintió que la situación se le había escapado de las manos, pero no entendía cómo. Se dirigió de nuevo a Edythe.

—¿Qué es eso? ¿Alguna escritura?

Edythe se incorporó, levantando el libro para que Juana pudiera verlo: un sencillo libro con el título en latín sobre sus cubiertas de madera.

—Es sobre hierbas, mi señora. Lo encontré en la biblioteca de la capilla.

—Oh. Bueno, excelente. ¿Hay una biblioteca? Estos griegos... Vamos, llevaos todo esto de aquí, debo seguir recibiendo a la gente.

Edythe hizo una reverencia en la puerta.

—Mi señora, ¿habéis enviado a llamarme?

Berenguela se incorporó, tirando un montón de tela de su regazo. Al menos se había deshecho de sus chales y llevaba un sencillo vestido ligero. Se mordió el labio inferior, con los ojos preocupados.

—Sí, lady Edythe. Entrad.

Edythe se quedó en la puerta.

—Mi señora, yo...

—Por favor. —La chica extendió las manos hacia ella—. Ayudadme. Ayudadme.

La doncella se acercó a ella y tomó sus manos.

—Decidme, mi señora.

—He oído... alguien dijo que cuando todo esté bien aquí... —Berenguela parpadeó por el esfuerzo que necesitaba para encontrar las palabras—. Iremos de nuevo en el barco. Yo...

Edythe tomó sus pequeñas y húmedas manos de delicados huesos.

—Es cierto, mi señora. Cuando el rey haya tomado Chipre todos zarparemos hacia Tierra Santa. Pero...

—Barco no. Yo me quedo aquí. Barco no. —Sus brillantes y aterrorizados ojos examinaron su rostro—. Por favor.

Edythe, de repente, deseó rodearla con sus brazos y protegerla como si fuera una niña. En lugar de eso, la condujo de nuevo hasta la silla.

—Mi señora, apenas será un día. Solo cruzaremos el mar hasta Tiro. Esta vez no habrá tormentas. Y pasaremos la noche en tierra.

Berenguela se aferró a sus antebrazos. Sus parpadeantes pestañas estaban llenas de lágrimas.

—Odio a Juana. Ella me odia. Estoy sola. Completamente sola.

Suavemente, Edythe hizo que la joven reina se sentara. Después del terrible viaje por mar que los había llevado hasta allí comprendía su reacción; a veces la idea de subir a un barco de nuevo también hacía que su corazón se desbocara. Pero era inútil. Se llevarían a Berenguela con ellos como si fuera parte del equipaje, quisiera o no. Esto despertó cierta ira en Edythe, pero la obligó a retroceder. Lo importante era ayudar a Berenguela.

—Ayudadme —repitió Berenguela.

—Mi señora, no estáis sola. Y Juana no os odia, es solo que es demasiado apasionada. Yo... encontraré una poción.

El tratado que había encontrado estaba lleno de recetas.

La joven reina se mordió el labio, y las lágrimas se derramaron por sus

mejillas.

—Algo contra el mareo. Y... y para tranquilizar vuestra mente.

No conocía nada que hiciera eso, no sin terribles consecuencias.

—Gracias —dijo Berenguela. Aun tenía las manos sobre los antebrazos de Edythe.

—Lo haré —dijo Edythe—. Os lo prometo, lo haré.

El mercado se extendía bajo los toldos a lo largo de toda la playa, hileras de puestos abiertos abarrotados de pan, jarras de aceite y montones de cebollas, pollos graznando inútilmente en jaulas y montones de telas dobladas. Edythe había llevado consigo el tratado herbal y caminaba tras Juana, buscando el vendedor apropiado.

Juana compraba algo en cada puesto en el que se detenía y los mercaderes se agolpaban a su alrededor, mientras los dos hombres de armas que iban con ella los mantenían alejados con sus picas. Cogió un chal bordado de un montón en un pequeño mostrador abarrotado. El hombre que lo atendía asintió con la cabeza e hizo una reverencia, sonriendo.

—Señora... —Hablaban algo de francés; en aquel momento todos hablaban ya un poco de francés—. ¿Señora gusta? Más aquí. Muchos, muchos.

Juana regateó con él, usando sus dedos y sus manos, y los movimientos de cabeza, más que las palabras. Edythe encontró un pequeño tenderete colmado de manojos de hierbas y ramitas, y se giró e hizo una señal a Gracia, que llevaba la cesta.

Ésta se acercó. Edythe compró un bote de miel, algunos delantales verdes y hojas de tomillo. Después de guardarlo todo en la cesta, enseñó el tratado sobre hierbas al vendedor.

—Jengibre. ¿Dónde puedo encontrar?

El oscuro dedo del hombre golpeó el dibujo, las hojas y tallos.

—Jengibre.

—¡Sí! ¿Dónde puedo encontrar?

El mercader se encogió de hombros y todo su cuerpo pareció elevarse y después bajar, sus hombros, sus cejas, incluso el inicio de su cabello. Edythe le pagó y continuó caminando detrás de Juana.

A su lado, Gracia le dio un codazo y asintió en dirección a Lilia, que estaba entreteniéndose e intentando atraer la atención de uno de los hombres de armas. Edythe se rió e intercambió una mirada con Gracia, que agitó la cabeza con los labios fruncidos.

Más adelante, en un puesto en el que vendían perfumes y ungüentos, la reina encontró a alguien que hablaba mejor el francés. El hombre descorchó una botella, la sostuvo bajo su nariz, y dijo:

—El glorioso rey Ricardo hará suya... —agitó la mano en el aire— toda Chipre.

—Bueno. Entonces nos marcharemos pronto. ¿Habéis sabido algo de Isaac?

—Isaac —repitió el hombre. Le ofreció otra botella y retiró el tapón de vidrio con una floritura—. Isaac en ningún lugar. Ricardo glorioso, Ricardo es ahora el señor. Isaac no. Isaac no importa. —Su voz tenía un tono nervioso—. Todo es de Ricardo.

—Bien —dijo Juana, y señaló la botella que el hombre tenía en la mano—. Quiero ésa.

Abrió su bolso y comenzó a contar la plata.

Edythe se apoyó sobre el mostrador con el libro.

—¿Jengibre? ¿Dónde puedo encontrar?

El hombre miró el dibujo, la miró a ella, y se frotó el vientre.

—Jengibre.

—¡Sí! Sí. Para los males de estómago.

El hombre señaló no a un punto en el mercado, sino al pueblo.

—Iatros. Casa de enfermos. Hospil.

—Un hospital —dijo Edythe, aliviada, y se incorporó. Juana entregó su nuevo frasco a Gracia para que lo guardara en la cesta.

—Me muero de ganas de que vuelvan los hombres —dijo Lilia junto a ellas, con un suspiro.

Juana resopló.

—Sí, querida, lo sabemos.

El rey de Inglaterra, entonces también señor de Chipre, estaba sentado en un balcón en Famagusta. El sol acababa de ponerse. Había conquistado Chipre sin problemas y esperaba tomar Acre pronto, y después también Jerusalén. Eso exigiría planificación y fuerza, pero no preveía nada que pudiera detenerlo. Miró al hombre sentado en el otro sofá, que era parte de esa planificación.

—Conrado conservó Tiro contra Saladino incluso después del desastre de Hattin, cuando todas las demás ciudades del reino habían caído. Debe ser un hombre sensato.

—Hasta un niño podría conservar Tiro —dijo Hunfredo de Torón. Estaba reclinado en el diván, con las piernas extendidas y sus largas manos inmóviles—. Está sobre un peñón, junto a la costa, conectada por un saliente no más amplio que el eje de una carreta. Después de lo de Hattin, el reino estaba sumido en el caos. Conrado aprovechó la oportunidad para hacerse a sí mismo más grande. No le importa la cruzada, él trabaja siempre por su propio interés. Se negó a dejar que la reina Sibila y el rey Guido entraran en la ciudad, a pesar de que Sibila era realmente la reina por derecho, y no ayudará contra Acre. Se dice que tiene tratos con Saladino.

Ricardo tenía un laúd en su regazo y las piernas sobre un taburete frente a él. Rasgó algunas notas.

—A pesar de eso ha conseguido poderosos aliados: los barones del norte y la iglesia. Vos tratasteis con Saladino durante un tiempo.

—Durante algunos años. Es un hombre de amplios gustos. Adora la poesía y la música tanto como la guerra. Siempre disfrutaba hablando con él. Es kurdo, además, ni árabe ni turco. Ésta es una distinción importante.

—Entonces, ¿cómo se convirtió en sultán?

—Pensando rápidamente, mostrando lealtad en los lugares adecuados y con un par de asesinatos bien elegidos. Creo que esto será de gran interés para vos: prefiere luchar los viernes.

—¿Fuisteis su rehén?

—Brevemente. No fue desagradable.

—Hablabais con él en árabe.

—Sí. No habla francés.

Un paje apareció a través de la cortina e hizo una reverencia.

—El señor Felipe de Rançon.

Hunfredo se incorporó y retrocedió hasta el muro, en deferencia al primo del rey. Rouquin entró, echó una mirada a Hunfredo y se encaró a Ricardo. Era evidente que acababa de bajar de su caballo. Aún vestía su cota de mallas, pero llevaba la caperuza colgando sobre su espalda, y su corto cabello estaba despeinado. Ricardo dejó el laúd a un lado y puso los pies sobre el suelo. No habían hablado mucho después de que lo hubiera obligado a trabajar con Guido de Lusignan, y el rey no estaba seguro de que no siguiera enfadado.

Su primo no hizo ninguna reverencia.

—Hemos encontrado a Isaac en un monasterio en el cabo noreste. Estaba intentando huir a la península, pero ahora ha pedido hablar. Si quieres que Guido se encargue de esto tendrás que enviárselo; ya que está en el oeste, en alguna parte, persiguiéndose la cola.

—Buen trabajo —dijo Ricardo suavemente. Se sentó otra vez, colocó un pie sobre el taburete, y cogió el laúd de nuevo—. Sabía que lo atraparías.

—No ha sido fácil.

Ricardo sonrió más e hizo sonar una risueña nota con el pulgar. Su mano izquierda se movió sobre el traste.

—Por eso es por lo que te envié a ti.

Rouquin resopló. Ricardo echó una breve mirada a Hunfredo, y de nuevo miró a su primo.

—¿Guido hizo bien su trabajo? —le preguntó.

—No —contestó Rouquin—. Es un completo inútil. Al final tuve que continuar sin él.

Ricardo se encogió de hombros. Había escuchado otro rumor, pero aquel sonaba cierto.

—Aun así, lo necesitamos para cuando lleguemos a Tierra Santa. Allí habrá honores suficientes incluso para ti, Rouquin. Sé paciente. Tú eres mi mano derecha, no puedo hacer nada sin ti.

—Bien, como quieras —dijo Rouquin. Se rascó la barba; tenía el ceño fruncido, pero Ricardo sabía que entendía su propósito.' De todos modos, ya habría gastado su furia con Isaac—. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Ve a Acrotiri y trae a las mujeres hasta aquí. Zarparemos tan pronto como tengamos a Isaac asegurado.

—¿Por qué me envías a cargar con mujeres?

—Quizá te enseñen mejores modales —dijo Ricardo.

Rouquin resopló de nuevo y desapareció bruscamente a través de la cortina. El rey estudió la entrada vacía durante un momento.

—Seguramente no lo harán —dijo.

Hunfredo de Torón volvió al diván frente al de Ricardo.

—No, creo que la rudeza forma parte de su carácter.

Ricardo se rió. Su voto de castidad ya le pesaba. Pero lo había hecho en serio, a pesar de que su habitual lujuria estaba creciendo, así que apartó la mirada del joven

que tenía al lado y examinó sus manos sobre el laúd. Un voto era algo importante, y Dios no cedería si lo rompía. Mantendría sus manos apartadas de Hunfredo. Mientras tanto, era agradable hablar con él, y además útil. Observó sus dedos moviéndose sobre el laúd, arriba y abajo.

—Contadme más sobre Saladino.

3

NAVEGANDO HACIA TIRO

Edythe mordió un poco de la pálida raíz marrón que había comprado en el hospital griego, y ésta le quemó la lengua. Eso y su sabor fuerte eran una muestra de su poder, pero desde el principio había sabido que Berenguela nunca la tomaría sola. Finalmente, la molió y la añadió a un frasco de ojimiel, el tónico de miel y vinagre que daba a Juana cuando se sentía triste, y a Gracia para su tos. Tenía un sabor horrible, y Berenguela solo tomó un par de tragos, pero fue suficiente.

Estaban deslizándose sobre el mar, a mitad de camino de Tiro. Berenguela estaba plácidamente sentada entre sus damas, bajo la marquesina del palo mayor; al estar casada podía llevar el cabello con un nuevo peinado, y sus criadas se dedicaban a ese menester, haciéndole trenzas y sujetándolas en espiral alrededor de su cabeza con peinetas de ébano y grandes horquillas de plata.

Edythe, Juana y el resto de sus damas estaban en la cubierta de proa, donde soplaba una ligera brisa. Las amplias velas triangulares de la galera se extendían sobre ellas, hinchándose y agitándose con el ligero viento, y los remos oscilaban a

cada lado con su constante chirrido. Edythe adoraba el balanceo de todos los remos juntos, el poder y la elegancia que parecía elevar el largo barco sobre la cresta de las olas.

—No sé qué le habéis dado, pero parece haber funcionado —dijo Juana.

—El mar está en calma —respondió Edythe.

Era cierto. El mar que las rodeaba, bajo la brillante luz del sol, se mostraba manso. El resto de los barcos remaban a su alrededor, veintenas de galeras grandes y pequeñas que se dispersaban hasta el horizonte. La flota de Ricardo cubría el mar; con todas sus proas apuntando en la misma dirección, y todos los remos oscilando a la vez, parecían imparables, como si, cuando alcanzaran tierra firme, fueran a seguir avanzando sobre ella, a grandes zancadas sobre sus piernas de madera.

—Edythe, hace tiempo que quería deciros esto: me habéis servido bien, a todos nosotros, y la cruzada apenas ha comenzado —dijo Juana.

—Mi señora —respondió Edythe—, la reina madre me pidió que lo hiciera.

—Mi madre es muy sensata. —Juana bajó la voz—. Contadme... ¿cómo llegasteis hasta ella? Me gustaría saberlo.

Edythe se quedó rígida, con la boca seca. No quería repetirlo; cada vez que lo decía, cada nuevo oído que lo oía, hacía la historia más real. Juana la miraba fijamente. No podía apartar los ojos.

—Yo estaba... en un convento, en Inglaterra. Había... había un hombre y... escapé de allí. —Notaba que sus orejas y su garganta estaban enrojeciendo. Estaba sonrojándose. Odiaba que le pasara eso—. La reina me acogió. Le debo la vida.

En ese momento, al menos, había llegado de nuevo a una sólida orilla de verdad.

Juana asintió y puso la mano en el brazo de Edythe.

—Eso coincide con lo que me habían contado. Lo comprendo. Es fácil engañar a una chica joven. Como he dicho, habéis conseguido que os tome cariño. Así que, cuando esto haya terminado, cuando estemos en casa de nuevo, os encontraré un esposo noble y os otorgaremos una dote. A pesar de lo que haya ocurrido en el pasado, dispondremos para vos un excelente matrimonio. Os lo prometo.

Edythe levantó la mano de Juana y la besó, más para ocultar su rostro que como reverencia. Se esforzó por contener su expresión. Debía parecer feliz. Agradecida.

—Mi señora, sois muy amable, yo no merezco... —Aquellas palabras salieron de su garganta en susurros. Apartó la mirada hacia el mar.

Debería desear aquello. Un esposo de noble cuna le proporcionaría un título, un hogar, e hijos con un nombre propio.

Pero en ese caso la historia falsa se convertiría en cierta. El nombre erróneo, en el correcto. Y entonces perdería algo, aunque ni siquiera sabía qué era. Pero tendría que sentirse alegre.

—Gracias, mi señora —dijo de nuevo, y escuchó su propia voz graznar como la de un cuervo.

Junto a ella, Gracia tosió otra vez. Agradeciendo la distracción, Edythe se giró y frunció el ceño al mirar a la mujer, cuya regordeta cara se arrugó en una sonrisa.

—No os preocupéis —dijo Gracia—. Es la misma tos de siempre.

Juana atravesó rígidamente la playa con Edythe a su lado; las grandes galeras estaban ya ancladas en las aguas poco profundas. El atronador sonido de una rampa al caer hizo que Juana se sorprendiera y mirara a su alrededor. En los barcos, los hombres gritaban en dirección a la orilla y los que había allí les respondían. Los relinchos de los caballos se entremezclaban con los frenéticos golpes de sus cascos sobre las rampas. Juana hizo que Edythe se apresurara por la playa por delante de ella, hacia la seguridad.

A su izquierda, en un peñón sobre el mar, se alzaba la gran ciudad amurallada de Tiro, negra contra el agonizante atardecer. En sus puntiagudas torres ondeaban algunos banderines. Parecía una única masa impenetrable, una oscura mole en la

penumbra.

Frente a ellas apareció un hombre que corría y gritaba desesperadamente mientras conducía una hilera de caballos, y Juana se detuvo, con una mano sobre el brazo de Edythe, para esperar a que el camino quedara libre. Los porteadores estaban transportando el equipaje desde un esquife varado y amontonándolo en la alta hierba sobre la línea de la marea.

Más allá de la arena arrastrada por el viento crecían palmeras en elegantes arcos, con una docena de cuadradas casas de piedra a su alrededor. En el exterior, varias mujeres se apresuraban con fardos sobre los hombros. Juana vio a su hermano de pie bajo la palmera más cercana y se dirigió hacia él, y entonces Rouquin se le acercó a zancadas, arrastrando a otros señores.

—Hemos ordenado que preparen una tienda para ti, Juana, y para el resto de tus damas. Quédate aquí, Ricardo está ocupado.

—Una tienda —contestó Juana, sorprendida, y dirigió una mirada a la ciudad cuyos dentados chapiteles se cernían sobre el peñón al final de la playa—. ¿No vamos a entrar en Tiro?

—No nos permiten el paso —dijo Rouquin, y a su espalda, entre el resto de hombres, se produjo un parloteo de rabia.

—¿Qué? —contestó Juana.

—Conrado de Montferrato y el rey Felipe se han negado/a dejarnos entrar en Tiro.

El Gran Maestro de los templarios se abrió paso hasta ellos.

—Es un insulto; para nosotros y, especialmente, para el rey. —Agarró el brazo de Rouquin y berreó en su oído—. Debéis ordenar un ataque. Así os prestarán atención.

Rouquin se zafó de él con una dura mirada.

—Un ataque —repitió Juana, alarmada.

—Podríamos asaltar la ciudad —dijo otro de los hombres tras Rouquin—. Conrado no suele tener más que a su guardia personal. Lo aplastaremos como a un gusano.

—No quiero escuchar esto. Rouquin, muéstrame nuestra tienda.

El caballero echó una descarada mirada al resto de hombres.

—El rey celebrará una reunión esta noche. Hablaremos entonces.

Se alejó con las mujeres por la playa.

Juana lo miró; sabía que estaba enfadado.

—¡Están dispuestos a atacar a otros cristianos! Es una locura.

Rouquin le echó una dura mirada.

—Mantente fuera de esto, Juana. No provoques problemas.

—No estoy provocando problemas, estoy diciendo la verdad. Espera. —Su mirada se detuvo en la hilera de aldeanas que habían extendido sus fardos bajo la siguiente palmera, vendiendo fruta, pan, queso y pescado—. Primero compraremos algo de comida.

—Quiero un buen lugar, cama, habitación, ciudad. Allí arriba. ¿Por qué no tenemos un salón? —se quejó Berenguela.

Atareada con el trabajo de preparar la estancia, Edythe simuló no haberla oído. Berenguela estaba sentada en un cojín con flecos en la parte trasera de la tienda; como Edythe no respondió, apartó la mirada y su mano se cerró en un puño. La doncella amontonó la ropa de cama sobre el lecho de Juana. En el exterior, cerca, un grito se elevó desde la multitud de hombres alrededor del rey, junto a las palmeras; estaban en su reunión. En la tienda, los pajes estaban atareados encendiendo lámparas, y en un momento la tienda estaría caliente y llena de humo.

Pero la cálida luz endulzó el ambiente. Con el trabajo terminado por el momento, Edythe volvió a la esquina donde Gracia estaba sentada en un catre y le preguntó:

—¿Estáis bien?

La anciana doncella tenía los ojos hundidos y la piel escamosa. Había estado tosiendo todo el día. Parecía demacrada.

—Oh, solo estoy cansada —le respondió.

Edythe puso una mano contra su mejilla y sintió una oleada de calor. Entonces Gracia comenzó a toser y no se detuvo durante un rato, y finalmente expectoró un espeso moco verde.

—Debéis acostaros. Os traeré un poco de vino —le dijo un poco alarmada. Se incorporó; tenía un poco de matricaria y de romero para poner en el vino, pero aquello comenzaba a exceder a sus conocimientos. El cuerpo de Gracia estaba oprimido por un exceso de humores: la fría y húmeda flema, y la caliente y seca fiebre de la bilis amarilla. Pronto el resto de humores se desequilibrarían también y encontrarían su propia vía de escape, destrozando a Gracia en su huida.

La tienda estaba llena de gente y baúles y nadie sabía dónde estaba nada. Finalmente consiguió una copa de vino y mezcló las hierbas, pero nadie había encendido un brasero (hacía calor, y quizá ni siquiera hubiera uno) y llevó el vino a Gracia sin calentarlo.

Lilia y las damas navarras revoloteaban alrededor de Berenguela. Juana estaba sola en el centro de la habitación, escuchando a los hombres que gritaban en la distancia con el ceño fruncido.

Entró un paje.

—¡La reina de Jerusalén! —anunció.

Se produjo un gemido colectivo. En silencio, todos los ocupantes de la tienda, incluso Berenguela, miraron la entrada al unísono. Tres mujeres entraron a través de la solapa trasera, doncellas con oscuros y suntuosos vestidos y cofias en el cabello, y tras ellas una chiquilla adorable.

Al verla, todas contuvieron la respiración. Era tan hermosa como la imagen representada en el mejor de los iconos. Su piel era tersa y blanca, y sus ojos azules y enormes bajo los depilados arcos de sus cejas. El raso azul de su vestido estaba rematado con grupos de pequeñas perlas blancas y con lazos de encaje de plata, de modo que, al moverse, la tela susurraba y destellaba a su alrededor. Su tocado era de seda blanca, y sobre él llevaba un sencillo aro de oro a modo de corona.

Cuando se adentró en la tienda, todas, excepto Juana, hicieron una reverencia, de modo que la recién llegada supo inmediatamente quién era. Se acercó a ella con las manos extendidas.

—Hermana mía... porque siento que sois mi hermana.

—Isabel, todas somos hermanas —respondió Juana. Abrazó a la chica, y Edythe, a su espalda, vio lágrimas en los ojos de la reina de Jerusalén.

Isabel retrocedió, con las manos sobre las mangas de Juana.

—La hermana de Corazón de León. Debería haber imaginado que seríais una leona —le dijo. Parpadeó, con los ojos relucientes; parecía triste, a pesar de su juventud y belleza—. He podido salir porque todos los hombres están reunidos. No puedo quedarme mucho tiempo.

—¿Vuestro señor ha venido? —le preguntó Juana, sorprendida.

—No, no. —La voz de la chica era irregular. Tenía las blancas manos en la cintura—. También están celebrando una reunión en Tiro, ¿acaso lo dudabais? Mi... Conrado está allí, intrigando. Pero he venido a contaros, a advertiros...

—Sentaos. Vosotras, marchaos. Edythe, traednos un poco de vino. ¡El resto, marchaos!

Condujo a Isabel a una zona cerrada de la tienda donde podían hablar sin ser oídas. El resto de damas retrocedió, y Edythe fue a por el vino.

Cuando regresó, las dos reinas estaban sentadas con las cabezas ligeramente inclinadas.

—No creáis lo que os digan. Lo que nadie os diga. Amo a Hunfredo. Odio a Conrado. Y Conrado odia a todo el mundo —estaba diciendo Isabel.

Juana tomó una copa de manos de Edythe.

—Os devolveremos a vuestro esposo legítimo, mi señora.

Tendió la copa a Isabel y Edythe le entregó la otra. Con una mirada, ordenó a Edythe que también se marchara.

—No. Hunfredo y yo nunca volveremos a estar juntos. Pero es contra Conrado sobre quien os advierto. Conrado es un hipócrita; perverso y malvado.

Edythe se alejó de ellas y se acercó a Gracia, que estaba acostada sobre un camastro en el extremo opuesto de la tienda. El resto de mujeres que había allí le daban la

espalda, observando embelesadas a las dos reinas que susurraban sobre su copa de vino, mientras, ignorada en las sombras, Gracia se hundía en la enfermedad.

Edythe hizo que la anciana bebiera vino y ojimiel, y la sostuvo erguida mientras tosía. La fiebre estaba aumentando gradualmente. Gracia tenía la piel seca y áspera, y los ojos tan mates como piedras. Edythe le secó la boca y colocó el oído contra su espalda para escuchar los crujidos, borboteos y ruidos ásperos de los humores corrompidos. Le golpeó la espalda para hacerla toser de nuevo. Si Gracia pudiera sacar de su cuerpo el suficiente humor frío y húmedo, el resto volvería a equilibrarse.

El corazón de Edythe golpeaba su pecho. Se sentía impotente. A pesar de tenerla fuertemente rodeada por un brazo, sentía que Gracia estaba a una enorme distancia, y que se alejaba más a cada momento.

En ese instante, Isabel se dispuso a marcharse tan rápidamente como había llegado. Besó y abrazó a Juana y, a continuación, atravesó la puerta con sus damas. Lilia se acercó rápidamente a Gracia.

—¿Está bien?

—No —le contestó Edythe.

Lilia se retorció las manos.

—Éste es un sitio horrible. Un sitio horrible.

Miró alrededor de la tienda como si estuviera en una cueva llena de murciélagos.

Juana estaba caminando nerviosamente por la habitación. Cuando escuchó aquello, se acercó a ellas.

—¿Qué ocurre?

—La tos —dijo Edythe, y colocó una mano sobre el hombro de Gracia—. No está bien.

—Ella siempre tose —dijo Juana, entrelazando las manos. En el exterior, las voces de los hombres se alzaron de nuevo en un atronador aullido—. Madre tenía razón, la cruzada está maldita. Lllaman a esto Tierra Santa, pero convierte a los hombres en demonios. Lo primero que quieren hacer es matarse unos a otros.

Berenguela se acercó a ellas, con la mirada fija en la doncella enferma.

—Quiero ayudar. Rezaré. Rezaré por Gracia —le dijo a Edythe.

Edythe le sonrió y rozó su mano. Juana elevó los brazos.

—Como si eso fuera a hacerle algún bien. —Tenía la mirada fija en Edythe—. Venid conmigo.

—Mi señora, Gracia...

—Dejad que Lilia se ocupe de ella mientras tanto. Yo... —Juana se pasó la lengua sobre los labios—. Debo hablar con mi hermano. Venid.

Llamó a un paje y lo envió por delante, y luego tomó a Edythe de la mano.

Edythe dedicó a Lilia una mirada de ruego y siguió a Juana al exterior de la tienda. Supuso que tenía que contar a Ricardo lo que acababa de ocurrir, que la reina de Jerusalén había aparecido de repente. Una enorme multitud estaba alrededor del centro del campamento. La noche había caído; el tenue resplandor de las lámparas se filtraba a través de la lona de las tres tiendas junto a las suyas. Juana entrelazó su brazo con el de la doncella, la atrajo hacia ella y la condujo hasta la tienda del rey.

Manadas de hombres las rodeaban, y aún más hombres, gritando, salían en tropel de la tienda, agitando los brazos en el aire y golpeando el suelo con los pies. La reunión había terminado. Moverse entre la multitud era como estar en el centro de un gran revoltijo de rocas en movimiento, con los hombres agitándose a su alrededor en sus cotas de mallas, y gritando en sus oídos. El paje iba delante, pero nadie oía su voz, y las mujeres tuvieron que escurrirse, arrastrarse y bordear su camino hasta la entrada de la tienda.

El paje entró antes que ellas, pero Juana lo siguió antes de ser anunciada, con Edythe pegada a sus talones.

La tienda estaba abarrotada. Había montones de bártulos por todas partes: sillas de montar y lanzas, abultados sacos, barriles y el cofre del botín, y una cama junto a la pared opuesta.

La zona central había sido pisoteada hasta convertirse en polvo, y había una única lámpara encendida. Ricardo estaba de pie junto a ella. Juana atravesó la habitación hasta su hermano.

—¿Qué estás haciendo? ¿Es cierto lo que dicen? ¿Vas a atacar Tiro? Eso es una insensatez, Ricardo, y lo sabes.

—No vamos a atacar Tiro. Nos dirigiremos a Acre por la mañana —le contestó.

Eso apaciguó algo el enfado de Juana, pero continuó presionándolo, alzando la voz.

—Debes suspender la cruzada. Esto es funesto... Lo que está pasando es maléfico.

—¿Suspenderla? —repitió Ricardo, con una carcajada—. Apenas hemos empezado. —Se dirigió a Edythe—. Podéis marchaos.

La chica hizo una reverencia y retrocedió, mientras Juana se volvía y la miraba con ojos suplicantes. No podía desobedecer una orden del rey, así que se marchó. A su espalda, la voz de Juana se alzó de nuevo, menos segura.

Edythe se detuvo un momento en la entrada. Había esperado que Juana le contara a su hermano la súbita aparición de la reina de Jerusalén, y le preocupaba que no lo hubiera hecho. La multitud era cada vez menor y los hombres, gritando y enfadados, se marchaban en grupos de dos o tres hacia sus campamentos. Miró en dirección a la tienda de Juana; debería volver con Gracia. Pero la idea le repugnaba: el sucio y sofocante espacio cerrado, los lloriqueos de las mujeres, la impotencia. Su mente bullía, demasiado llena de pensamientos, y cada uno era una pregunta. Se pasó la mano por el rostro. No podía ayudar a Gracia, así que tenía que tranquilizarse. El largo vaivén de las olas la sedujo y bajó hasta la orilla, atraída por el mar, lejos del resto de gente, buscando algún lugar oscuro y tranquilo donde poder pensar.

Rouquin caminaba por la orilla junto a las curvadas proas de las galeras varadas, con la ciudad sobre el peñón, a su espalda. Tenía las entrañas revueltas. El indisciplinado concilio pidiendo a gritos un ataque había calentado su sangre. Deseaba asaltar la ciudad que lo había rechazado, pero Ricardo había desestimado esta idea desde el principio. Se irían. Iban a marcharse a Acre por la mañana. El resto de hombres rugieron y aullaron cosas sobre el honor, el respeto y la pequeña guarnición que protegía Tiro, pero Ricardo se mantuvo totalmente firme al respecto.

Rouquin no había dicho nada. De haber sido decisión suya habría atacado, pero era el hombre de confianza de Ricardo y, por lo tanto, tenía que aceptar la decisión del rey. Eso lo destrozaba. Caminó junto a las altas popas de las galeras, a lo largo de la

blanca espuma del oleaje. La luna colgaba en el este como el ojo de un gato. El aire frío golpeaba su rostro, y su enfado decayó un poco. De todos modos, tomar Tiro quizá no fuera tan fácil; los sarracenos no lo habían conseguido.

Algo se movió en la sombra de uno de los barcos.

Giró sobre sus talones, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

—¿Quién está ahí?

La oscura proa se alzaba sobre él; a lo lejos estaban gritando de nuevo. Había alguien en la sombra bajo la proa. Se acercó un poco más, desenvainando su espada.

—¡Salid de ahí! ¡Dejadme ver quién sois!

—Mi señor. —La dama de Juana, la médica, salió de las sombras con las manos en los costados. La luz de la luna se derramó sobre ella—. Soy solo yo.

Rouquin se relajó y empujó la espada de nuevo en su vaina.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Recordó que en Chipre la había encontrado caminando sola, y decidió demostrarle por qué aquello era un riesgo. Sintió una punzada de excitación en su vientre. Ricardo no permitía prostitutas en el ejército, y en Chipre había estado luchando todo el tiempo.

La muchacha no parecía asustada; se mantenía erguida y con la cabeza alta, mirándolo directamente.

—Quería pensar. Hay demasiado ruido. ¿Qué ha ocurrido en la reunión? —le preguntó Edythe.

—No demasiado. —La mala sensación que le había provocado volvió a él y su enfado renació, haciendo que olvidara su anterior intención—. No entiendo cómo podemos apartarnos tan dócilmente de esto. Es un insulto para todos nosotros, para la cruzada al completo.

—¿Sabéis que la reina de Jerusalén vino a ver a Juana?

Aquello lo sorprendió.

—¿De verdad? ¿Isabel? ¿Sola? ¿Qué quería?

—No lo escuché.

El viento agitaba mechones de su cabello alrededor del borde de su cofia.

—¿Y por qué me lo contáis a mí?

—Porque me preocupa. —Edythe lo miró, sorprendida—. Si no quieren dejarnos entrar, ¿cómo ha podido salir ella? ¿Podría ser una trampa? —Frunció el ceño un poco—. ¿Y por qué tiene que ser un secreto? Tengo que volver, Juana notará mi ausencia.

Rouquin resopló. La chica era rápida, pensó, y seguramente tenía razón, o al menos tenía razones para mostrarse suspicaz. Sentía a su alrededor la agitación de los cruzados. Deseaba llegar por fin a Acre, donde tendría lugar un combate honesto, donde sabría quién era el enemigo y donde dejaría atrás todos aquellos asuntos políticos.

—Volved —dijo—. Seguramente no sea nada. Son mujeres, y adoran cloquear juntas. Es posible que Isabel tenga sus propios medios para esquivar a Conrado.

Edythe murmuró algo. Se dio la vuelta y cruzó la playa hacia la tienda de la reina. Mientras se alejaba, metió los mechones sueltos de nuevo bajo su tocado. Rouquin la observó hasta que estuvo fuera de su vista, entre las tiendas, preguntándose qué estaba pasando.

A la mañana siguiente, Gracia apenas podía abrir los ojos y, cuando tosía, la mucosidad verde que expulsaba estaba salpicada de rojo. Edythe volvió a dar a Berenguela raíz de jengibre mezclada con una gran cantidad de vino. Volvieron a subir a una galera y se unieron a la flota, que se movía en dirección sur a lo largo de la costa. Ricardo, como siempre, viajaba en un barco diferente, y la galera de la reina iba bastante detrás de los líderes. Edythe llevó a Gracia a la cubierta de proa, lejos de Berenguela, que estaba bajo la marquesina, y se sentó a su lado sintiéndose impotente.

Juana y su otra doncella, Lilia, se unieron a ellas. La reina se había dado cuenta al fin de lo que estaba ocurriéndole a su querida y anciana dama, y se sentó allí,

sosteniendo la mano de Gracia y humedeciendo sus labios con un pañuelo mojado en vino. Lilia rezaba. Edythe pensó que ambas cosas eran tan útiles como cualquier otra que ella pudiera pensar.

—Ahora tenemos que darle la vuelta —dijo, después de un rato—. Ayudadme.

Cuando colocaron a Gracia de costado, vomitó. Esto al menos las mantuvo ocupadas un tiempo. El sol estaba alzándose en el blanco arco del cielo; Juana ordenó que improvisaran una sombra para ellas, y dos de los remeros que en ese momento no estaban trabajando suspendieron un trozo de tela desde el mástil. Edythe miró el largo litoral que seguían, marrón y bajo, sin nada especial excepto algunas palmeras, y de vez en cuando un grupo de pequeñas chozas cuadradas y algunos botes. A lo lejos se alzaban colinas azules, y la más alta estaba coronada de nieve.

«Ésta es la tierra por la que caminó Jesús», pensó. De haber sido una verdadera cristiana, eso la habría emocionado. Ayudó a Juana a deslizar un cojín bajo la cabeza de Gracia. La reina estaba sollozando.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —exclamó Juana, levantando la mirada—. ¿Por qué estamos llevando a cabo este disparate?

Junto a ellas, Gracia se agitó. Edythe puso la mano sobre ella, sorprendida; había pensado que la mujer estaba profundamente dormida. No abrió los ojos.

—Ahora. Morid ahora —susurró. Sus labios se movieron, pero no pronunció ninguna palabra. Tenía las mejillas hundidas—. Marchaos al Cielo.

—Oh, Gracia...

Juana se inclinó sobre ella, sollozando, y embadurnó sus labios con el pañuelo empapado en vino. Edythe se apartó de ellas, con el corazón afligido. Aquella era la fe que ella no poseía, el sentimiento del que estaba vacía. Lilia se santiguó, y al verla repitió el gesto, aunque no tenía ningún significado para ella.

Quizá aprendería a sentir todas aquellas cosas cuando llegara a Jerusalén.

En algún punto más adelante sonó una trompeta, débil, en el viento. Hundida en su dolor, al principio no prestó atención, pero después, en la avanzadilla de la flota, resonaron más cuernos y se elevó un gran grito.

Levantó la cabeza.

—¿Habéis oído eso?

Juana estaba abrumada por el llanto, recostada junto a Gracia con los brazos a su alrededor y las cabezas juntas. Edythe se asomó a la proa.

Frente a ella, docenas de barcos, con sus grandes velas plegadas en los inclinados mástiles, remaban a través del mar azul. El cuerno resonó de nuevo, lejos. Entornó los ojos, protegiéndoselos con la mano, intentando discernir qué estaba pasando.

Un caos de castillos de madera, mástiles y remos. Frente a ellos, una galera mayor que cualquiera de las suyas estaba avanzando en su dirección, transversal al viento; pero el extraño navío seguía adelante bajo una enorme lona hinchada. Edythe miró hacia la costa, que se curvaba frente a ellos en un promontorio.

En éste, muros amarillos se alzaban sobre el mar, y detrás había edificios, tejados y se alzaban las estrechas espigas de las torres. La flota avanzaba constantemente hacia ella, pero la enorme galera se deslizaba también en su dirección. En el frente de la flota, donde los barcos de Ricardo se encontraron con la extraña galera, se oían gritos, y abajo, en la popa del barco de las mujeres, alguien estaba gritando órdenes.

Edythe retrocedió, cansada de mirar. Junto a sus pies, de todos modos, yacía un misterio mayor. Volvió a sentarse junto a la mujer agonizante y tomó su mano.

Los dedos de Gracia se tensaron un poco alrededor de los suyos. Edythe sintió su fuerza vital, la respuesta de su tacto. A lo lejos, los gritos y el sonido de los cuernos creció, pero el aire a su alrededor parecía haberse detenido. Lentamente, los dedos se aflojaron y, finalmente, quedaron lacios, y entonces supo que el alma de Gracia se había marchado.

—No es probable que sea francesa —dijo Ricardo entre dientes.

Tenía los ojos sobre la enorme galera que se había cruzado en su camino; el insólito barco acababa de desenrollar repentinamente un largo estandarte azul desde su mástil, con el faldón cortado en tres picos y una cruz blanca en el centro. Rouquin resopló.

—Si lo es, no conocen su propia bandera.

—Sea como sea, vamos a tomarla. Coloca algunos arqueros en ese castillo.

—Extendió la mano y agarró al paje que tenía el cuerno—. Haz sonar la alarma.

Rouquin retrocedió hasta el centro del navío, hacia donde ya se dirigía Mercadier.

—¿Deberíamos ponernos la cota de mallas? —le preguntó el brabante.

—Existe la posibilidad de que terminemos en el agua —dijo Rouquin, y caminó junto a él sin detenerse en dirección al castillo de popa donde estaban las armas—. Preferiría no tener que nadar con diez kilos de hierro encima.

Abrió la escotilla del castillo de popa y comenzó a sacar arcos. A su alrededor resonaban los cuernos, y en la abarrotada cubierta estaban bajando al mar un pequeño bote. Los hombres se reunieron a su alrededor para coger las armas.

Con una ballesta en una mano y un pequeño escudo redondo en la otra, Rouquin volvió rápidamente al castillo central, más alto y destartado que el de popa. Se colgó el escudo de la espalda y subió con una mano las vigas transversales hasta el nivel superior. Seis de sus hombres lo siguieron.

Su galera estaba golpeando con fuerza al navío con la falsa bandera francesa, y a su alrededor los pequeños botes de la flota estaban avanzando ya a toda prisa a través de las olas. El vaivén del barco era peor sobre el castillo. Rouquin se agarró al palo mayor, metió el pie en el estribo de la ballesta, deslizó un proyectil en la ranura, y lo montó. Echó un vistazo rápido abajo, a la cubierta de proa, donde estaba Ricardo señalando hacia delante.

Entonces el barco comenzó a escorar de nuevo y Rouquin se agarró al mástil mientras la galera oscilaba hacia el falso navío francés.

En la elevada cubierta de popa enemiga estaban montando una pequeña catapulta. A su alrededor, sus hombres levantaron los arcos; tres arrodillados y los otros tres erguidos tras ellos. Dos de los botes pequeños que rebotaban sobre las olas casi habían alcanzado la enorme galera.

La catapulta lanzó una granizada de objetos al aire y, en los pequeños botes, los hombres elevaron los brazos y se encogieron. Rouquin apuntó con su ballesta y apretó el gatillo. La cuerda vibró. Sus hombres dispararon al mismo tiempo que él; sus flechas desaparecieron en la siguiente descarga de la catapulta, que lanzó piedras contra los pequeños botes. Uno de ellos zozobró.

Durante un momento, las dos galeras se mantuvieron la una junto a la otra,

moviéndose en direcciones opuestas, de proa a popa. Rouquin cargó la ballesta de nuevo. En la cubierta de popa del otro navío había un hombre con un extravagante sombrero y, tras decidir que aquel era el capitán, Rouquin dirigió la ballesta contra él. Pero entonces otro rocío de misiles se precipitó a través del aire hacia ellos.

Se agachó, intentando esconderse tanto como fuera posible tras el escudo, que en aquel momento le parecía tan pequeño como un botón. Varias piedras y flechas repiquetearon a su alrededor, una jarra se rompió y derramó aceite. Algo le golpeó el hombro con fuerza. El resto de los hombres gritaron, y dos de ellos se derrumbaron y cayeron del castillo hasta la cubierta. Rouquin se incorporó de nuevo, apuntó la ballesta y disparó al capitán de la otra galera, escondiéndose después.

La aceitosa cubierta bajo sus pies se balanceó y viró, y Rouquin se escurrió hacia el borde. Durante un momento no hubo nada entre él y el agua, seis metros más abajo. El resto de hombres se aferraba al lado elevado del suelo del castillo; el barco osciló hacia el otro lado y, con un grito, uno de los hombres cayó precipitadamente. Patinando en el aceite, Rouquin se lanzó hacia el mástil, cayendo sobre su espalda. El estruendo de los cuernos y los gritos de los hombres aumentó de repente. Se giró para mirar la galera del enemigo. La rodeaban pequeños botes. Ya la tenían. Dejó escapar un grito entusiasmado.

Pero un penacho de humo oscuro estaba elevándose desde su escotilla abierta. Su barco estaba intentando girar para cruzar la popa del navío más grande. Rouquin gritó y se puso de rodillas, sosteniendo la ballesta; había perdido el escudo. Los otros tres hombres se tambalearon a su alrededor. Buscó a tientas una flecha. El humo que se elevaba de la galera enemiga se disolvía en el viento, fluyendo hacia el este. Bajo el oscuro penacho, los hombres salían precipitadamente de las escotillas, atravesaban la cubierta corriendo y se lanzaban sobre las barandillas. Rouquin se dio cuenta inmediatamente, incluso antes de que la enorme galera comenzara a escorar, de lo que significaba aquello.

—¡Están hundiéndola!

Bajó por el lateral del castillo, a punto de perder la ballesta, y se dirigió a la proa.

Ricardo estaba allí, con las manos en las caderas, observando el hundimiento de la enorme embarcación. Los pequeños botes intentaban alejarse de ella frenéticamente. Su proa se alzó en el aire y la popa desapareció en el mar; durante un instante se quedó allí, suspendida, con una mitad fuera y otra dentro del agua. A su alrededor se veían cuerpos y mercancías. Entonces el barco se deslizó hacia abajo y desapareció, llevándose con él a algunos de los nadadores cercanos. El mar bullía sobre su tumba.

—Supongo que hemos terminado con ella.

Rouquin notó cómo se alejaba de la quilla la ola que había provocado el barco al hundirse.

—Supongo.

Destensó la ballesta y sacó la flecha.

—Nunca había pensado... Nunca se piensa en eso, ¿verdad?, en que, al final, todo el mundo muere —dijo Juana, secándose los ojos—. Debería haberle dicho un millar de cosas que ahora nunca le diré.

La reina se secó los ojos de nuevo.

Edythe tenía un brazo alrededor de sus hombros. Había cubierto a Gracia con una manta; la enterrarían en el cementerio de Acre. El barco de la reina había girado y estaba manteniendo su posición con los remos en el agua. Frente a ella, más allá de la barandilla, podía ver el lugar donde estaban combatiendo.

La primera hilera de la flota de Ricardo había rodeado a la extraña galera. Había oído cuernos, y pensaba que había visto cosas volando a través del aire. Flechas y rocas. Del extraño barco salía un espeso y negro penacho de humo. La trompeta sonó de nuevo. La gente estaba gritando. Parecía que la enorme galera estaba hundiéndose. Se apoyó en Juana, preguntándose qué estaba pasando.

Alrededor de la flota, los pequeños botes de los cruzados estaban recuperando el cargamento flotante de la galera hundida en el mar. Con los remos empujaban a los marineros sarracenos que intentaban subir a bordo. Rouquin estaba junto a la barandilla, y Ricardo le pasó un brazo sobre los hombros.

—¡Mira! —Con su mano libre, Ricardo señaló más allá de la galera, sobre la barandilla—. ¡Mira!

Rouquin dejó la ballesta en las manos de un escudero y se giró para ver. Su galera estaba dando la vuelta en dirección este, manteniéndose bien alejada del promontorio de tierra que había allí. Habían llegado a Acre, la ciudad que habían jurado salvar.

Los arrecifes y rocas, cubiertos por las aguas poco profundas del cabo, formaban un escollo que salía del mar, por lo que navegaban manteniéndose a distancia. A medida que su ángulo cambiaba, pudieron ver la ciudad dorada por el sol. Se acercaron a una amplia bahía, acunada en el norte del cabo. La orilla opuesta se extendía en dirección sur hasta desaparecer en la calima. La urbe se mostraba muda sobre el promontorio, un acantilado contra el cielo; pero desde la costa, a lo largo de la bahía, se oyó un grito distante.

La playa estaba abarrotada por una sólida masa de gente que los vitoreaba agitando estandartes y cruces. Aquella era su gente, la cruzada. Elevó un brazo, saludándolos. Y a lo largo de toda la playa, en un extenso y masivo movimiento, todos alzaron sus brazos en respuesta.

Estaban ovacionándolo a él. A él y a Ricardo, por haber hundido el barco sarraceno, por acudir para salvar Acre. Ricardo mantenía el brazo sobre su hombro. Siguieron adelante, a la cabeza de la flota, hacia la turba que les daba la bienvenida.

—Eso es lo que hizo en Mesina —dijo Juana—. Tenía trompetistas, tamborileros y montones de banderas, y él estaba solo en la proa de su barco, como una antigua estatua. Había muchísima gente. Nadie podía oír nada, había demasiado ruido.

Edythe había conocido a Juana en Mesina, mucho después de la famosa entrada de Ricardo en la ciudad conquistada. En ese momento, en la agonizante luz del atardecer, mientras las mujeres bajaban del esquife hasta la arena, el estrépito de los tambores y el agudo grito de los cuernos sonaba muy lejos. Habían tomado tierra en un punto de la playa que estaba bastante lejos del lugar donde iba a hacer su entrada Ricardo. Varios porteadores y un alto y joven señor con un sombrero de ala ancha estaban esperándolas.

—¡Enrique! —gritó Juana, y corrió hacia él—. Habéis crecido mucho.

El joven se quitó el sombrero. Se inclinó ante ella educadamente, con el rostro arrugado por una sonrisa, y después la abrazó.

—Tía Juana. Me envía Ricardo, estoy aquí para guiaros hasta vuestro alojamiento.

Se giró y habló rápidamente con el resto de hombres, que subieron al esquiife murmurando unos con otros. Edythe hizo que las damas se apartaran para que pudieran transportar el cuerpo de Gracia. Lo siguieron santiguándose a cada paso.

Al ver a su criada, rígida ya en su fúnebre envoltura, Juana rompió en sollozos de nuevo, con las manos entrelazadas.

—Oh, Juana, era solo una criada —dijo Enrique y, tomando su brazo, las guió por un sendero.

Edythe entrelazó las manos. Aun se sentía conmocionada, como si la muerte de Gracia hubiera abierto un agujero en su mente. Siguió a Juana junto al resto de damas. No eran parte de la jubilosa bienvenida de la playa, donde los vítores aumentaban y se redoblaban por momentos.

Aquel súbito aumento de intensidad en los gritos debía responder al desembarco de Ricardo. Caminó a trompicones por la arena detrás del tal Enrique, que estaba consiguiendo que Juana hablara y que incluso se riera con el cadáver de Gracia a menos de tres metros frente a ella. Enrique echó una prolongada mirada hacia el creciente alboroto en el sur. Era evidente que deseaba estar allí en aquel momento.

—Hundir ese barco ha sido un acto muy valiente. Transportaba suministros para los sarracenos.

—Lo hicieron los propios sarracenos, no él —respondió Juana.

—Ahora que Ricardo está aquí todo va a cambiar.

—Oh, ¿eso creéis? Bueno, rezaremos por ello.

Enrique estaba dirigiéndolas al campamento por un camino alternativo. Los porteadores los seguían, quejándose. Subieron una larga cuesta que estaba bastante lejos de la ciudad. El camino avanzaba a través de montones de basura podrida, de trozos de huesos mordisqueados, de harapos, de montañas de mierda. La lluvia lo había convertido todo en un hediondo puré. El olor de la orina emponzoñaba el aire. Lilia se santiguó, con las lágrimas deslizándose por su rostro. Juana tenía los hombros encorvados de nuevo, pero Enrique no intentó volver a alegrarla. Cada pocos metros pasaban junto a un pozo negro abandonado. La primera línea del campamento estaba en la cima, una hilera de horribles y pequeñas casuchas, medio excavadas en el suelo y levantadas con descartes de madera, piedra y tela. Un

arenoso humo de madera se cernía sobre todo.

Pasaron junto a aquellos grupos de chozas, junto a los hoyos para las hogueras y los montones de basura hacia la larga cresta de la colina. Allí, en la única zona llana, se habían levantado en círculo una docena de tiendas.

—Éste es el recinto real —dijo Enrique, como si se tratara de un palacio. Llevaron a Gracia al interior de una de las tiendas más pequeñas y el resto de damas la siguieron, rezando y sollozando.

Edythe retrocedió, reacia a entrar. Un horror desconocido hormigueaba en su nuca. Se detuvo junto a la puerta y se giró hacia la ciudad. Desde aquella altura podía ver lo que se extendía ante ella. Dejó atrás la siguiente tienda y continuó hasta la cima de la colina.

A pesar del humo de las fogatas cercanas, disperso en el aire, podía ver todo lo que había entre ellos y la muralla de la gigantesca urbe, más grande que cualquier otra que hubiera visto antes, mayor que Troyes, Roma o Mesina. Se curvaba alrededor de la parte superior de la bahía, pero en cada centímetro había una casa, un muro o una calle, amontonados sobre otras casas y muros, y todo construido con piedra amarilla. O quizá era el humo lo que la hacía amarilla.

Gran parte estaba en ruinas. La ciudad al completo parecía haber sido golpeada hasta convertirse en tierra y escombros. Solo la gran muralla a lo largo del agua estaba intacta. En el estrecho cuello de tierra donde el cabo conectaba con la costa se había levantado una muralla una vez, pero ahora estaba convertido en una derrumbada masa de roca, con la torre y la puerta destrozadas.

Aquel amplio paisaje estaba inmóvil en ese momento. Al principio no vio gente. De los montones de escombros de piedra sobresalían trozos de madera, andamios y ruedas. En dirección a la playa había un gigantesco instrumento de asedio medio quemado. Tenía la base entera, pero los postes eran tocones, carbonizados y rotos, como dedos grotescos. Más cerca vio señales de un gran incendio que había ennegrecido la piedra.

Nada verde crecía en aquel lugar, ni un tallo ni una hoja. De vez en cuando, una encorvada silueta reptaba torcida entre las rocas, buscando en el suelo y recogiendo cosas. Una nube de humo y de polvo amarillo pendía sobre todo.

Mientras miraba, la entrada triunfal de Ricardo estaba teniendo lugar en el extremo opuesto de aquellas ruinas, a lo largo de la destrozada muralla. En las barricadas tras los escombros aparecieron algunos defensores, pero no hicieron ningún ruido y

vagaron escondiéndose como lobos perseguidos. En el exterior, los cristianos se habían apostado por todo el camino para vitorear y aclamar al rey. El viento rasgaba sus voces y las alejaba, convirtiéndolas en aullidos inhumanos que crecían y morían en un murmullo.

El serpenteante desfile de hombres armados habría terminado en un momento. Los cristianos volverían a las casuchas y chabolas que abarrotaban la ladera como cubiles. Las extensas y espeluznantes ruinas de la ciudad, el hedor de los pozos y la muerte de Gracia se convirtieron en un lastre para Edythe. Se esforzó por ver la mano de Dios en todo aquello, por aceptar esa idea acerca de la Verdad como un escudo mágico que alejaría todo el mal. No pudo conseguirlo y entró en la tienda, agradeciendo por primera vez su reducido espacio y oscuridad.

4

ACRE

—Os dije que nos quedáramos en Chipre —dijo Berenguela.

—Oh, creo que esto es mucho mejor —respondió Juana alegremente.

Edythe y el resto de mujeres que estaban esperando condujeron a los porteadores al interior, y Lilia les indicó dónde debían poner los baúles y cofres. Comparada con la estrecha cubierta de la galera, la tienda parecía enorme, y Edythe deseó saltar y bailar alrededor de los postes que sostenían la lona. Los últimos rayos de sol entraban a través de la tela, velados y misteriosos. El viento hinchaba el tejido en una ondulación constante. Los suelos, cubiertos con gruesa madera, se habían

ensuciado rápidamente de pisadas. Otro cortejo de hombres estaba transportando más baúles.

En el exterior, la estentórea multitud aún gritaba; Ricardo había repartido enormes raciones de vino para todos ellos, y estaban bramando alrededor de las fogatas y gritando canciones de combate, *Te Deums* y promesas de morir por Dios. En el interior de la tienda, Berenguela, flanqueada por sus damas, se dirigió a un lateral y se desplomó sobre un taburete. Su rostro quemado por el sol estaba flaco por el cansancio, y su largo vestido, sucio. Se santiguó, lo que hacía una docena de veces cada hora. Juana la miraba fijamente. El aire entre ambas crepitaba por la aversión que se tenían mutuamente. Berenguela apartó el rostro.

La noche había caído. Edythe se acercó a la puerta de la tienda con una mano sobre el rostro; la fetidez del campamento hacía que le escociera la nariz. Un hombre pasó junto a ella, encorvado bajo un saco medio lleno de trozos de madera, tela y metal, con la mirada en el suelo, recogiendo cualquier cosa que viera. En la enorme tienda, justo al final de la ladera, un gran número de hombres estaban vitoreando y gritando. Estaban celebrando otro de sus interminables concilios. Edythe se dirigió de nuevo al interior de la tienda, donde habían colocado el cuerpo de Gracia.

Juana estaba arrodillada allí, rezando y llorando con la cabeza inclinada. Berenguela se había retirado a una esquina con sus dos damas. Edythe recorrió el espacio encendiendo las velas. Lentamente, la luz iluminó la habitación. De repente, los gritos y vítores del exterior se redoblaron, pero sonaban muy lejanos. La reina se levantó, santiguándose de nuevo.

—¿Dónde está Lilia?

—No la he visto, mi señora.

—Oh, debe haber encontrado un nuevo galán.

Edythe pensó brevemente en Rouquin. Se preguntó por qué le importaba tanto. En el exterior de la tienda grande, al otro lado del camino, donde los soldados estaban reunidos junto a las paredes de lona, escuchando y transmitiendo el mensaje de las deliberaciones del rey, se oyeron gritos. De repente, Juana se acercó a ella.

—Debéis venir conmigo. Tengo algo que hacer —le dijo, honrándola con una sincera mirada—. Para esto no confiaría en nadie más que en vos.

—Mi señora —dijo Edythe, alertada por la amenaza de la que estaba cargada

la voz de Juana. Fue a buscar su capa.

Rouquin retrocedió hasta la entrada de la tienda donde se estaba celebrando el concilio. Desde allí podía ver la ciudad, y el concilio no le interesaba demasiado. Todos los grandes señores habían acudido para gritar, quejarse o proferir amenazas, y finalmente para escuchar la decisión de sus líderes, que estaban en el centro de la tienda, sobre un suelo de madera que había sido rápidamente improvisado. Finalmente, Ricardo se había encontrado con Felipe Augusto, el rey francés, un hombre de corta estatura y un hombro más bajo que el otro, como si su tortuosa mente hubiera retorcido su cuerpo. Un duque germano se había sentado junto a ellos.

El resto de hombres allí reunidos eran señores menores que habían respondido a la llamada de la cruzada mucho antes que ambos reyes: aldeanos, algunos germanos, un montón de franceses del norte, burgundios y lotaringios. Una copa pasó entre ellos de mano en mano, y un escudero la tomó para llenarla de nuevo.

Rouquin les dio la espalda, con la mirada perdida más allá de la solapa de la tienda, en dirección a Acre. Un sol tardío brillaba sobre sus muros, del color de la miel, y hacía que incluso los escombros parecieran hermosos: era una ciudad dorada. Aquello era lo que importaba, el premio.

Al llegar había echado un vistazo al panorama. Desde entonces, después de hablar con un par de personas, se había creado una imagen de la escena en su cabeza; el campamento de Saladino estaba justo al este de aquella colina, y su número, con la llegada del ejército de Ricardo, era menor que el de los cruzados.

Suponía que no podían compararse hombre a hombre. Los sarracenos eran, en su mayor parte, arqueros a caballo, con armas y armaduras ligeras. No podían presentar resistencia ante caballeros con armadura. Incluso Guido de Lusignan había obtenido algunas victorias sobre ellos antes de que, como de costumbre, se retirara. Pero, si tuvieran un general astuto que supiera cómo elegir los combates, los sarracenos atacarían el campamento cristiano cuando los cruzados atacaran la ciudad, porque de este modo los cristianos tendrían que retroceder para defenderse, y Acre podría recuperarse. Por lo que parecía, el sultán Saladino era un general de ese tipo.

Esta estrategia seguiría siendo útil a los sarracenos mientras pudieran mantener abastecidos a los defensores de Acre. Los cruzados nunca habían sido

capaces de bloquear totalmente las conexiones marítimas de la ciudad; por eso el hundimiento de la galera había sido visto como un gran triunfo. Y en cuanto al interior, la maquinaria de guerra de Ricardo, las catapultas y una bastida de doce metros de altura, podría echar abajo lo que quedaba de muralla y tender un puente sobre la misma.

Entonces, pensó, con la cifra que sumaban en ese momento podrían lanzar un ataque contra la puerta mientras parte del ejército esperaba preparado para recibir el contraataque de Saladino. Podrían abrir la puerta y ocupar la ciudad en una semana. No importaba lo que Saladino hiciera después.

Rouquin se giró hacia el concilio de nuevo, donde un demacrado hombre con una sucia sobrevesta se había alzado sobre los gritos y gruñidos generales para presentarse ante Ricardo.

—Soy Balduino de Alsacia —dijo. Su voz cortó el alboroto y todo el mundo guardó silencio—. He venido hasta aquí para haceros una pregunta. He estado en este lugar durante un año. En este tiempo, he bebido barro y he comido carne de perro agusanada, y he pasado muchos días sin comer nada. Mis hombres y yo nos hemos quemado bajo el sol del verano y hemos caminado descalzos en invierno, bajo una lluvia torrencial, buscando madera seca. Hemos combatido los asaltos de los sarracenos y excavado túneles, y hemos escarbado en las murallas de la ciudad solo para descubrir que los sarracenos estaban escarbando hacia nosotros desde el otro lado. Y hemos muerto. Hemos muerto de uno en uno, de dos en dos y a docenas. Hemos muerto por las flechas sarracenas y por las rocas que nos han lanzado desde la ciudad, y hemos muerto en los túneles colapsados, de hambre y por la peste. Ahora —terminó, cruzando los brazos—, decidme por qué deberíamos prestaros atención.

Rouquin conocía al tal Balduino nosequé, conde de nosedónde, que poseía importantes tierras al norte de Normandía y Francia. De hecho, era un importante consejero del rey de Francia, y esto era, seguramente, lo que estaba pasando allí: estaba desafiando a Ricardo. Todos lo observaron fijamente.

—¿Os he pedido que os postréis ante mí? —le preguntó Ricardo—. Ambos somos vasallos del mismo señor.

Ricardo movió un poco la cabeza hacia Felipe Augusto, un gesto que suponía todo el reconocimiento que alguna vez daría al diminuto rey de Francia.

—Aun así, os atrevéis a aparecer ante nosotros con estandartes, trompetas y un

majestuoso despliegue, como si Acre fuera ya vuestra y nosotros tuviéramos que hacernos a un lado.

Rouquin vio que una sonrisa curvaba la boca del rey francés. Parecía que le complacía el curso de las cosas. Ricardo se levantó de su taburete y se acercó para encararse a Balduino.

—Mi señor Balduino, como cruzado no debería postrarme ante nadie, solo ante Cristo, y espero que estéis de acuerdo conmigo en esto; ésa no es la cuestión. No estoy aquí para menospreciar a ningún hombre, sino para tomar esta ciudad. Es cierto que algunos de vosotros habéis estado aquí durante dos años... —Miró a su alrededor, buscando a Guido de Lusignan, que había comenzado el asedio, e inclinó la cabeza ligeramente hacia Felipe Augusto, que había llegado apenas un par de semanas antes—. Pero aun estáis en el exterior.

La multitud dejó escapar un aullido de ira. Rouquin sonrió; retrocedió hasta la puerta de la tienda, que estaba abierta, pues el aire allí era mejor.

—Hemos sufrido... —gritó Balduino.

Ricardo elevó la mano, señalando, como si pudiera ver el cielo a través de la lona.

—Podéis sufrir, o podéis ganar. ¿Qué elegís? Escuchadme. Dentro de algunos días la luna estará llena. Anotadlo. Quiero cuarenta días. En cuarenta días, esa luna estará llena de nuevo, y yo poseeré esta ciudad. ¿Estaréis conmigo entonces, o no?

Un bramido se elevó en la habitación. El desaliñado Balduino, que tenía aspecto de haber estado enfermo, lanzó una mirada de lado a lado.

—¿Quién os ha nombrado señor aquí?

Pero Ricardo ya había dejado de hablar con él. Levantó la mirada y los observó a todos, y bajo sus ojos todo el lugar quedó, gradualmente, en silencio. Habló para todos ellos.

—Yo no soy señor. Cristo es señor. Yo sirvo a Cristo. ¿Y vosotros? —Miró de lado a lado, mirándolos a todos a los ojos, de uno en uno—. Necesito conmigo a todos los hombres. Os prometo Acre, pero debéis seguirme y darme todo lo que tengáis.

El murmullo de la multitud se alzó gradualmente, a favor y en contra.

—¡No lo necesitamos! —gritó alguien.

—¡Guíanos, Corazón de León! —exclamó otro.

Felipe Augusto estaba arqueado sobre su taburete en una espiral de mal humor.

La voz de Ricardo resonó sobre todas las demás.

—Y a cada uno de los hombres que me sigan pagaré cuatro besantes al mes, hasta que termine la guerra.

Durante un instante la tienda se quedó totalmente muda, como si todos hubieran perdido el aliento. Después rugieron a todo pulmón, dándose palmadas en los hombros los unos a los otros. De repente, todos estaban de acuerdo. El grito inarticulado se convirtió en una veintena de voces coreando el nombre de Ricardo. Dos hombres abandonaron apresuradamente la tienda para transmitir la noticia, y en el exterior comenzaron también las ovaciones.

Felipe Augusto seguía allí. Rouquin podía verlo a través de los hombres situados entre ellos. El rey de Francia estaba hablando, pero, aunque su voz se perdía bajo los gritos, llevaba el significado de sus palabras escrito en el rostro: Ricardo lo había conseguido de nuevo, Ricardo lo había desautorizado de nuevo. Se incorporó y salió de la tienda por una entrada trasera. Rouquin se rió. El germano estaba aún allí sentado, como si esperara que pronto acudiera alguien a contarle qué acababa de pasar. Ricardo estaba en el centro, con la mirada perdida, en silencio a pesar del tumulto. De repente parecía cansado. Rouquin se giró de nuevo hacia la ciudad de Acre, que comenzarían a atacar por la mañana.

«Por esto es por lo que me prometió un esposo», pensó Edythe.

Juana y ella no habían ido lejos; apenas se habían alejado dos puertas en el anillo de tiendas en la cima de la colina que alojaba a los grandes señores de la cruzada, hasta aquella de la que pendía el estandarte del rey francés. Juana había enviado a un paje por delante para poder entrar sin llamar la atención. En ese momento, Edythe estaba en la oscura parte posterior de la tienda, llena de cajas y armas; en la zona iluminada, Juana caminaba incansablemente de un lado a otro sobre la alfombra. No había demasiado espacio, así que caminaba dos pasos en una dirección y otros dos de vuelta.

A través de las paredes de lona de la tienda les llegaba el sonido del cercano concilio: un alboroto, un grito, un vítor repentino. Edythe, en las sombras, se estremeció a pesar del calor de la noche de verano. Le dolía el estómago.

Se encontraba sentada en la tienda del rey de Francia, un lugar donde no debía estar. Juana tampoco debería estar allí. La reina de Jerusalén tampoco debería haber estado la noche anterior en Tiro. Lo que Juana le había prometido en el barco (el esposo, la dote) había sido un soborno para mantenerla en silencio en momentos como aquel, y no una recompensa. No sabía qué hacer. No entendía cómo podía estar sentada en la tienda del rey de Francia y no aullar como un lobo furioso.

Había tenido aquel sueño de nuevo. En los últimos días lo tenía casi cada noche. No durante toda la noche, solo cuando se acercaba la mañana, y no era más que una voz. Despierta, decía. Despierta, despierta.

«Esto es un disparate —pensó Juana después de un rato—. Debería irme».

Y justo entonces, en un ruidoso estallido, varios hombres atravesaron la puerta de la tienda.

El primero, tan furioso que su asimétrico rostro brillaba, se adentró tres pasos, la vio, y se detuvo de golpe. Su rostro se suavizó como la cera caliente. Inmediatamente, hizo una señal a los demás.

—Marchaos. Dejadme.

Sus ojos no se apartaron de ella en ningún momento, y Juana sonrió al darse cuenta de que seguía teniendo poder sobre él. Se arrodilló ante el soberano e inclinó un poco la cabeza.

—Juana —dijo el hombre, y se acercó a ella con las manos extendidas.

—Mi señor Felipe. —Juana tomó sus manos, aunque las mantuvo apartadas de sí misma, y presionó su mejilla contra la del hombre—. Me alegro de veros.

—Vuestra presencia me llena de gozo —dijo el rey de Francia, sentándose en el taburete más cercano.

El hombre tenía la frente amplia y los pálidos ojos hundidos; bajo su escasa barba sobresalía su afilado mentón. Además, la parte izquierda de su rostro era más pequeña que la derecha, de modo que parecía que siempre tenía la cabeza inclinada.

—Juana, vuestro hermano es un demonio.

Ella también se sentó, inclinada hacia él y seria.

—Felipe, no se trata de Ricardo, sino de la cruzada. Es maléfica. Estoy convencida de ello. Deberíais desvincularos de todo esto.

La mirada del rey viajó por su rostro, desde sus ojos a sus labios y después a sus ojos de nuevo, y a continuación dijo:

—Si él me lo permitiera os convertiría en mi reina. —Agitó los puños, con el rostro retorcido—. ¿Quién se cree que es? ¡Él es mi vasallo! ¡Mío! Yo he tenido sus manos entre las mías... ¡pero no se casará con mi hermana y no permitirá que yo me case con la suya!

El rostro del rey se había vuelto del color de una baya de acebo.

Juana murmuró, consolándolo. Todo el mundo sabía desde hacía años que Ricardo nunca se casaría con la escandalosa hermana mayor de Felipe, a pesar de su largo compromiso. Ya era un hecho, pues se había casado con Berenguela. Lo cierto era que Juana no deseaba casarse con Felipe. El rey francés se frotó el rostro con una mano. Parecía agotado, inseguro. Era más joven que Ricardo y siempre había sido enfermizo, reptiliano, propenso a arrebatos de furia. Pero también era astuto y mantenía un puño férreo sobre los intereses de su reino; era mejor rey de lo que su padre lo había sido nunca. Repentinamente, la miró.

—Yo soy su señor. Y aun así, viene hasta aquí y se sitúa por encima de mí como si yo fuera un campesino.

—Mi señor —le dijo Juana—, es la cruzada, que envenena las mentes. Debéis volver a donde pertenecéis. Os lo suplico como mujer, como reina, y como alguien que... os ama.

Los ojos de Felipe centellearon.

—Amor —le respondió. Después se echó hacia atrás, parpadeando—. ¿Qué significado tiene el amor para un Plantagenet?

Juana lo miró fijamente, ofendida. Anhelaba responderle furiosamente, pero enfadar a Felipe actuaría contra su propósito. De cualquier modo, aquel era el momento de marcharse. Se puso en pie.

—Aun así, considerad lo que os acabo de decir. Me alegro de veros, mi señor. A menudo he pensado en aquellos días en Sicilia, en el jardín.

—Juana —dijo Felipe—, no era mi intención decir lo que he dicho. Quedaos.

La reina se dirigió a la puerta; Edythe se acercó en silencio y la siguió al exterior. En la oscuridad, la doncella le lanzó una única y afilada mirada.

«Pero seguiré siéndome leal», pensó Juana. Edythe estaba al servicio de su madre, y Leonor también aborrecía la guerra.

Juana no sabía qué otra cosa podía hacer para frustrar la cruzada, excepto presionar al rey de Francia y enviarlo a casa. Perder al ejército francés, que era mucho más pequeño que el de Ricardo, no detendría la guerra; además, si Felipe volvía a Francia, Ricardo tendría todo el mando en sus manos, sin rival alguno. Pero una vez en su casa, Felipe se sentiría tentado a mangonear sobre las tierras de Ricardo, indefensas sin su señor, y mucha gente lo ayudaría. En el momento correcto, ella le recordaría a Ricardo lo que era probable que ocurriera, y en ese momento volvería a su hogar.

Y entonces ella podría casarse con quien quisiera. Su madre se lo había prometido. Tendría más hijos. Su vida volvería a ser como debería. Vio a Lilia buscándola en la puerta de su propia tienda, y condujo a Edythe de vuelta.

Edythe estaba tumbada rígidamente en el camastro, escuchando la respiración y los ronquidos del resto de mujeres a su alrededor. En la tienda hacía calor, demasiado para poder dormir, y su mente estaba demasiado inquieta.

Ya no podía mantener lejos los recuerdos. Leonor le había dicho que lo olvidara todo. «No debéis pensar en ello. Si lo olvidáis, desaparecerá». Y ella se las había arreglado para no pensar en aquello durante demasiado tiempo.

El razonamiento había sido: Si esto se supiera, nadie os querría. Seríais desterrada y estaríais sola y perdida. Yo os quiero y os salvaré, pero a cambio debéis

hacer lo que os diga. Así que olvidad.

Lo que había ocurrido con el rey de Francia lo había sacado todo a flote de nuevo, como un cuerpo ahogado elevándose a la superficie. Aquel astuto rey, a quien Juana había intentado seducir de un modo despreciable. Aquel rey que había llevado a la muerte a la familia de Edythe.

Pero en aquel momento su nombre no había sido Edythe. Tenía solo trece años y no estaba en casa; cuando llegó el decreto ella estaba en Rouen, lejos, al oeste, en una celebración familiar con sus tíos. Aún recordaba el vestido blanco, las bonitas zapatillas que le estaban demasiado estrechas, el sonido de un vaso al romperse. Sus padres se habían quedado en Troyes porque su madre estaba a punto de salir de cuentas. Entonces publicaron el decreto. Sus tíos se prepararon para huir y su tía envió a Edythe a Inglaterra con una carta para la reina encarcelada.

Más tarde, Leonor le contó lo que le había ocurrido a su familia.

—Es terrible. Debéis olvidarlo, olvidadlo todo. Comenzad de nuevo. Desde ahora seréis Edythe, cristiana.

Gruñó, con el puño presionado contra el estómago. Sabía que las palabras de la reina albergaban una amarga sabiduría. De todos modos, no había nada que pudiera hacer. No tenía posibilidad de vengarse. No tenía voluntad de vengarse. Pero odiaba a aquel taimado rey. Y ahora no podía sacarlo de su mente. Juana, de algún modo, la había hecho cómplice. En la oscuridad de la noche, entre las damas que dormían, pensó una y otra vez en su madre y en su padre, y en su diminuto hermano, ardiendo.

Las mujeres enterraron a Gracia en el gris amanecer, tras el campamento, en un cementerio que ya estaba lleno y cuya abultada tierra estaba salpicada de malas hierbas. La mayor parte de las tumbas estaban señaladas solo con anillos de piedras, y los perros habían estado escarbando en ellas. Juana y Lilia lloraron, y Edythe mantuvo la cabeza baja mientras pensaba, con un nudo en la garganta, que Gracia podría estar viva si ella hubiera sabido qué hacer. Pensó de nuevo en Jerusalén, donde todo aquello tendría sentido. Cuando levantó la mirada vio allí, un poco apartadas de Juana, a Berenguela y su séquito. Después de que el sacerdote hubiera terminado, la joven reina se acercó a él y se arrodilló para que la bendijera. Juana, seguida por Edythe y Lilia, volvió a subir la ladera con dificultad, mientras las lágrimas bajaban por su rostro.

Juana había llevado solo un par de baúles y una cama que habían puesto en la parte posterior de la tienda, bien separada de la esquina de Berenguela. Las doncellas dormían en un camastro que retiraban cada mañana. Un paje entró con una cesta de pan, queso y un poco de vino, y comieron. El pan era malo y escaso. Juana se tumbó sobre la cama y enterró la cabeza entre los cojines. Berenguela había llevado al sacerdote de vuelta con ella para rezar, y Lilia y Edythe se dispusieron a realizar sus pequeñas tareas diarias.

El trabajo la tranquilizó, la cotidianeidad de lo que conocía, de lo que se suponía que debía hacer. Lilia tenía los ojos rojos. Salieron para sacudir la ropa de cama; el día rebosaba el calor del verano. La ciudad yacía muda como una tumba, y nada se movía más allá del muro derrumbado, excepto una hilera de hombres que estaban en la ladera escudriñando el lugar. El paisaje ya le parecía familiar, como si llevaran años allí. Pero Edythe sabía que no era cierto, que todo era diferente, que todo había cambiado. Lilia se secó los ojos con el delantal y volvió a entrar en la tienda, y Edythe la siguió para sacar los orinales.

Los hombres estaban trabajando a lo largo de la muralla, transportando las piezas de las máquinas de guerra desde los barcos y montándolas. El calor era terrible. Rouquin miró la ciudad, protegiéndose los ojos. El ariete que había destruido la muralla había elevado en su lugar una amplia y casi insalvable barrera de escombros. Frente a él, entre las gigantescas piedras, seis hombres desnudos, a excepción de sus calzas, estaban cavando un túnel. Sobre las piedras rotas de la muralla se movió una silueta más oscura, un arquero.

Ricardo estaba cabalgando hacia ellos con una docena de hombres acompañándolo. Rouquin se secó el rostro con la camisa y se quitó el sombrero.

—Cuidado con el arquero —le dijo a su primo cuando detuvo a su enorme caballo negro junto a él.

Ricardo miró hacia Acre.

—Están por todas partes. No pueden herir a nadie a esa distancia, solo están malgastando flechas.

De entre los hombres que había a su espalda, alguien dijo:

—Se dice que durante la noche salen a hurtadillas y las recogen de nuevo. Venir aquí por la noche podría costaros la vida, mi señor.

Ricardo se inclinó sobre su arzón. Tenía algunas arrugas alrededor de las comisuras de la boca, y sus ojos poseían un oscuro brillo. Rouquin pensó que estaba comenzando a arrepentirse de la promesa que había hecho la noche anterior: tomar Acre en los cuarenta días bíblicos. La mirada del rey viajó hasta un grupo de hombres que intentaba limpiar una zona para la bastida.

—Es un trabajo lento —dijo.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Desde la ciudad se oyó el chirrido y el ruido sordo de una catapulta, y después una arqueada lluvia de basura, flechas, guijarros y tarros de aceite ardiendo comenzaron a golpear a los cruzados. El aceite apestaba. Una piedra rebotó junto al zapato de Rouquin. Se dirigió a Mercadier.

—Que alguien recoja todas esas flechas —dijo, y se dirigió de nuevo a Ricardo—. ¿Qué estabas diciendo?

Ricardo frotó el borrén de su silla con la mano.

—Saladino me ha enviado una invitación para parlamentar.

—Ya sabes lo que opino de eso.

El rey se echó a reír. Parecía cansado.

—Bueno, vayamos a la tienda de Juana y lo discutiremos —le contestó.

Eso significaba que iba a aceptar la oferta del sultán y a ordenar a Rouquin que participara. Éste desvió los ojos hasta la maquinaria de guerra. Una tregua les proporcionaría la oportunidad de levantarla mucho más cerca de las murallas. Gritó a Mercadier que trajera el siguiente travesaño de la estructura.

ACRE

Berenguela y sus damas pasaban la mayor parte de su tiempo con el sacerdote, que daba misa en una tienda separada, así que Juana y sus damas tenían más espacio en la suya. Trajeron nuevas esteras de junco para el suelo y comenzaron a dejar las solapas de la puerta enrolladas para permitir el paso del aire y la luz. El polvo del campamento lo llenaba todo. Al anochecer, mientras Lilia y Edythe sacudían la ropa de cama de la reina y preparaban su lecho, la doncella le dijo, entre dientes:

—Nunca adivinaríais quién me ama.

Edythe la miró fijamente.

—¿Quién?

La chica se había despojado de su tristeza por la muerte de Gracia. Sonrió; tenía hoyuelos en los extremos de la boca. Sus oscuros ojos centellearon.

—Nunca lo adivinaríais.

Movió las caderas hacia delante y hacia atrás, y se puso un dedo sobre los labios.

Edythe cerró la boca con fuerza, avergonzada por sentirse interesada. Lilia no conseguiría nada bueno de aquello, excepto algunas chucherías, o quizá algo peor. Pero la chica estaba feliz, radiante. Alguien la amaba. Edythe sintió una punzada de envidia, sintiéndose vieja y reseca.

Se inclinó sobre el camastro para alisar la esquina.

—En ese caso no lo intentaré. Deberíamos traer a Juana un poco de pan y vino. Se está haciendo tarde.

—El rey viene de camino —dijo Lilia.

—Bueno, en ese caso no hay duda de que deberíamos traer un poco de vino.

Juana entró con un séquito de pajes tras ella que llevaban una mesa y algunas jofainas. Inmediatamente después apareció otro paje, que se situó en un lado y anunció:

—¡El rey!

Juana decidió el emplazamiento de la mesa y Ricardo entró tranquilamente, arrastrando a Rouquin y al rey Guido, al hermano de Guido, Hugo, y al Gran Maestre de los templarios. Abarrotaron el espacio. Edythe retrocedió casi hasta la cabecera de la cama con el fuerte olor del sudor en sus fosas nasales. Juana ordenó a Lilia que encendiera las velas.

Ricardo se acercó a su hermana.

—¿No te llevas bien con mi querida esposa? —le preguntó, besando su mejilla—. Dios, qué arpía.

El rey dejó la ambigüedad de aquella afirmación en el aire. Edythe, al observarlo, se sorprendió de lo pálido que parecía: bajo el bronceado del sol tenía el rostro gris. Mientras Juana iba de aquí para allá, la chica los observó a todos en silencio.

—Todo el mundo hace fila para recibir los cuatro besantes. Incluso los germanos —dijo Guido.

El hombre bebió de una copa y se la tendió a un paje. Rouquin, a un par de pies de distancia, continuó dándole la espalda. Observándolo desde la parte trasera de la tienda, Edythe se había dado cuenta de que el pelirrojo odiaba a Guido.

—Sin embargo —dijo Hugo, el hermano de Guido—, un mes es poco tiempo.

Hunfredo de Torón entró seguido por tres de sus pajes. Hizo una reverencia ante Guido, su señor, y éste habló y agitó la mano, sonriendo. Guido hacía el papel de rey a la perfección; Edythe se preguntó por un momento por qué eso no era suficientemente bueno para un reino inexistente. Su mirada se posó sobre Hunfredo, cuyos desconcertantes y elegantes modales la fascinaban. Si ella tuviera una gracia así, pensó, tendría a más de un pretendiente que la amara. El paje de Hunfredo le entregó una copa de vino. No dijo nada, pero Edythe notó que su atención se

deslizaba a través de la habitación, como contra su voluntad, hacia Ricardo. La expresión de su rostro le recordó, inmediatamente, a Lilia.

—¿Y qué pasa con la flota? —preguntó Ricardo.

Estaba en el centro del haz de luz que creaban las lámparas encendidas, bajo el pico de la tienda. Cuando habló, el resto guardó silencio y lo miró, un anillo de lunas que lo rodeaba. El templario dio un paso adelante. Llevaba la medalla de plata de su orden en una cadena alrededor del cuello. La cruz roja era como una mancha de sangre sobre su sobrevesta blanca como la nieve.

—Muchos de los marinos que nos trajeron hasta aquí quieren volver a Sicilia, pero hay un capitán genovés que vino con el rey de Francia que puede hacerse cargo de eso: Simón Doro.

—No —dijo Ricardo—. Genovés no. En el fondo, todos ellos son franceses.

La voz del Gran Maestre fue comedida.

—Tenemos que cerrar la ciudad totalmente, ésa es la clave. Y para eso necesitamos una flota.

Ricardo se llevó la mano a la cabeza. Quizá tenía dolor de cabeza. Habló con tranquilidad. Quizá el Gran Maestre no tenía más señor que el Papa, pero el templario solo aconsejaba, y Ricardo disponía.

—Los pisanos lo harán, si les ofrecemos lo suficiente. La flota que vino conmigo. Rouquin, ¿has explorado el campamento de Saladino?

El templario retrocedió, frunciendo el ceño.

—Lo hicimos esta tarde Mercadier y yo —le respondió su primo—. Es un enclave inteligente dispuesto en varios círculos concéntricos. Será difícil asaltarlo. Aun así, da la impresión de que en un principio pudieron contar con un número mayor, por lo que podrían estar perdiendo hombres. Creo que los superamos en número, dos a uno, quizá. Mercadier ha oído que envían nadadores por la bahía con mensajes, así que deberíamos poner a vigilar a la flota.

Juana se acercó a su hermano y puso la mano sobre su brazo.

—Si debes hablar de guerra, hazlo fuera de aquí. Quiero que éste sea un lugar de paz, un lugar de mujeres, así que, si quieres quedarte, habla con delicadeza.

—De acuerdo; marchaos todos, entonces. Hunfredo... mi señor de Torón, vos podéis quedaros.

Ricardo se sentó en un taburete en el centro de la tienda y pidió vino. Hunfredo de Torón se entretuvo, esperando ser llamado. Ricardo se giró hacia Juana, que estaba atareada a su alrededor dirigiendo a Lilia con el vino; Edythe se acercó en silencio y colocó otro banco junto al del rey.

—Entonces, ¿dónde está lady Berenguela? —le preguntó Ricardo a su hermana.

—En la iglesia —respondió Juana, y resopló ruidosamente—. O en lo que pasa por ser una iglesia aquí.

—¿Qué ocurre entre vosotras? Pensaba que las mujeres os aferrabais las unas a las otras como las zarzas a las ovejas.

Juana se sentó en el taburete.

—Ella prefiere la compañía de Dios. No, créeme, estoy mucho mejor sin ella. Sois los hombres quienes os comportáis como las zarzas y las ovejas, los hombres no podéis soportar la vida sin otro hombre a vuestro alrededor ante el que ser mejor, o de quien ser señor.

A su lado, Hunfredo de Torón sonrió.

Ricardo tomó la copa de vino. Edythe sabía que aquel era un antiguo juego entre ellos. Frunció el ceño; Ricardo tenía los ojos anormalmente brillantes, y su rostro brillaba por el sudor.

—Mujeres —dijo—. Eres como madre. Para ti todo tiene que encajar, y es por eso por lo que no puedes decidir nada.

Juana iba a responderle duramente, pero Ricardo se balanceó, como si de repente le pesara la cabeza, y la copa se le resbaló de las manos y cayó al suelo.

Lilia gritó. Hunfredo de Torón se apresuró hacia él, y Edythe saltó de su lugar junto a la cama. Con un grito, Juana había caído de rodillas junto a su hermano. Se giró hacia Hunfredo.

—Señor, por favor, marchaos. —Sus ojos suplicaron a Edythe—. Ayudadme.

Hunfredo se marchó con sus pajes. Edythe se colocó junto al rey. Estaba vivo, se dio cuenta de ello inmediatamente sintiendo una ridícula gratitud. Comenzó a agitarse un poco, como si fuera a despertar. O quizá solo estaba temblando. Tenía los ojos medio abiertos. Edythe posó sus manos sobre él. Estaba estremeciéndose en largos y furiosos espasmos, y notaba los músculos tensos bajo su mano.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Juana. Entrelazó las manos, inclinándose sobre él—. ¿Lo han envenenado?

—No lo sé —respondió Edythe. Miró a su alrededor—. Mi señora... deberíamos cubrirlo. Podríamos recostarlo en vuestra cama.

—Sí —dijo Juana—. Traeré a Rouquin.

Edythe se arrodilló junto al rey, haciendo un esfuerzo por comprender lo que estaba ocurriendo. Ricardo parecía respirar bien. En ese momento abrió los ojos, puso una mano sobre la estera bajo su cuerpo e intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil incluso para elevar la cabeza del suelo y se tumbó de nuevo. El sudor surcaba sus mejillas. Rouquin entró, maldiciendo entre dientes, y levantó a Ricardo en sus brazos. Edythe, que se mantuvo atrás, recordó lo fuerte que era; cogió en brazos a su alto primo como si se tratara de un niño y lo llevó hasta la cama de la reina.

—Que nadie entre —dijo Juana, y a continuación se dirigió a Edythe—. Debéis ayudarlo. Debéis salvarlo, Edythe.

Un ruego. O una orden. Edythe se lamió los labios, intentando pensar qué hacer. Había perdido a Gracia.

«Ayúdame —pensó—. Por favor, ayúdame». Pero no sabía a quién rezaba.

Edythe hizo que Lilia calentara vino, lo que quedaba de la poción de jengibre y una buena dosis de ojimiel, y con la ayuda de Juana envolvió al rey en la ropa de cama; antes de que hubieran terminado, Ricardo se retorció, sufriendo arcadas, las piernas le dieron una sacudida y vomitó. Juana comenzó a llorar, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando incontrolablemente. Edythe limpió aquel lío y puso las mantas sucias en un montón en el suelo. Se desató la cofia, se secó el rostro con ella y tiró la prenda sucia sobre las mantas. Ricardo seguía temblando e

inconsciente. Tenía la ropa mugrienta, así que comenzó a desvestirlo; le quitó el cinturón y cortó los cordones de su camisa con un cuchillo. Juana trajo más mantas y la ayudó a quitarle la camisa. Cubrieron su pecho con mantas limpias y le quitaron las botas y el pantalón. Se había cagado encima. Juana apartó los ojos de su desnudez, puso la mano sobre el hombro de Edythe, y miró fijamente a otro lado mientras la chica lo limpiaba y después lo cubría.

El corazón de Edythe latía con fuerza. Nunca antes había tocado a un hombre desnudo. Los había visto, por supuesto, en dibujos y descripciones, pero aquello era diferente. Era un hombre hermoso. No podía dejarlo morir.

Cuando estuvo limpio y bien tapado, pidió a Lilia la poción y señaló el montón de ropas y mantas sucias del suelo.

—Llevaos eso y haced que lo quemen. Aseguraos de ello vos misma. —Con la copa en la mano, se dirigió a Juana—. Ayudadme.

No pudieron convencer a Ricardo, que estaba acurrucado de lado, con las rodillas contra el pecho, tiritando y sudando al mismo tiempo, de que bebiera. Berenguela volvió, vio a su esposo en la cama y huyó de nuevo hacia la iglesia improvisada. Juana volvió a llamar a Rouquin.

El enorme hombre entró en la tienda. Edythe había pensado que siempre estaba un poco enfadado, pero en aquel momento no había malhumor en él. Se apoyó sobre una de sus rodillas junto al bajo camastro y puso la mano sobre la mejilla de Ricardo.

—Necesitamos que beba. Tiene que incorporarse...—dijo Juana, mirando a Edythe.

—Debe sentarse —afirmó Edythe.

Rouquin se colocó en cuclillas detrás del camastro y pasó el brazo bajo los hombros del rey. Su voz se hundió hasta convertirse casi en un susurro.

—Siéntate, Ricardo. Siéntate, chico.

La cabeza del rey se movió y sus labios se separaron. Juana emitió un largo suspiro. Rouquin lo levantó sin esfuerzo contra su pecho, sosteniéndole la cabeza, y Edythe sostuvo la copa llena contra sus labios mientras le acariciaba la garganta para hacerlo tragar.

—Vamos, campeón, bébetelo, bebe —le dijo Rouquin, en aquella misma suave y tierna voz.

Ricardo movió los ojos. Sus labios rozaron el vino y levantó las manos, vacilante, pero no tenía fuerza ni siquiera para eso. Bajo los dedos de Edythe, su garganta consiguió dar un trago, y después otro.

Cerró los ojos. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra el hombro de Rouquin, y el enorme hombre miró a Edythe.

—Acostadlo —le dijo—. Dejadlo dormir.

Sabía que habían usado toda la fuerza que le quedaba a Ricardo. La luna era vieja y débil, y eso estaba a su favor. Tendría que averiguar dónde estaba Marte. Esperaba que la poción lo hubiera calentado; no podía pensar en ninguna otra cosa que hacer.

Rouquin se quedó en la tienda, junto a la puerta; Lilia volvió portando un fardo de mantas nuevas y preparó otra cama en el extremo opuesto. Juana estaba llorando y rezando en el reclinatorio de la parte de atrás.

—¿Lo han envenenado? —le preguntó Rouquin.

Edythe estaba sentada en el camastro, con una mano sobre el pecho cubierto por las mantas del rey.

—No creo.

Miraría en su tratado sobre hierbas medicinales, donde había un capítulo sobre venenos y sus efectos. Deslizó la mano bajo las mantas, hasta el pecho desnudo de Ricardo, para sentir los latidos de su corazón.

Contra la palma de su mano, su pulso era otro indicio de que sus humores estaban desequilibrados. Su piel estaba cubierta de sudor y sus tensos músculos temblaban; se imaginó la bilis negra hirviendo en sus intestinos, y la amarilla acumulándose en su vientre. Se preguntó si tendrían razón sobre el veneno o si se trataría de magia, de algún hechizo maligno.

A medianoche, Ricardo estaba ardiendo por la fiebre. Quizá le había dado demasiado jengibre. Sin embargo, la fiebre demostraba que no se trataba de veneno. Hirvió algunos limones, por sus propiedades refrescantes, en un montón de vino y agua. Dejó que el bebedizo se asentara un poco y después pidió a Rouquin que le

ayudara. Juana y Lilia estaban dormidas, juntas, en el camastro al otro lado de la tienda, y Berenguela aún estaba en la iglesia.

Rouquin cogió al rey entre sus brazos, le susurró y, sorbo a sorbo, Edythe consiguió que se tomara la nueva bebida. Mientras lo hacía, lo examinó, buscando hinchazones, bultos o moratones que mostraran dónde estaban reuniéndose los humores en masas peligrosas. Algo infecto apelmazaba su cabello y su barba.

—¿Morirá? —le preguntó Rouquin.

—No —le contestó Edythe, sin pensarlo demasiado. No lo dejaría morir. Se había bebido casi toda la poción, así que asintió a Rouquin para que lo acostara de nuevo sobre su espalda. Cogió un peine de entre las cosas de Juana, volvió y comenzó a cepillar el cabello de Ricardo. Rouquin permaneció donde estaba: en cuclillas tras el camastro.

Acicaló el cabello y la barba de Ricardo, extendiendo sus largos rizos sobre la almohada; brillantes mechones de cabello quedaban atrapados en el peine y Edythe iba sacándolos y colocándolos formando una pequeña bola. Tendría que quemarla después, para evitar que pudiera encontrarla alguien que hiciera un conjuro contra el rey. Rouquin se sentó sobre sus talones, observando la escena con las manos entrelazadas. Parecía cansado; Edythe sabía que había pasado casi todo el día combatiendo.

Cogió una palangana y un aguamanil, vertió agua en la palangana y buscó algún trapo a su alrededor. No había ninguno a mano, así que se incorporó, se levantó la falda y rasgó la parte delantera de su enagua. Escurrió el gran trozo de tela en la palangana y comenzó a lavar el rostro de Ricardo.

El rey suspiró, aunque no se despertó, y giró el rostro hacia la fría tela. Edythe le lavó la garganta y el cuello, detrás de las orejas. Retiró la manta para lavar su pecho, y él murmuró al sentir el roce.

—¿Podrías darle la vuelta? —pidió Edythe al caballero.

Rouquin se incorporó y se acercó al rey; deslizó los brazos bajo Ricardo y, sin esfuerzo, le dio la vuelta.

—Ya no tiene fiebre —dijo el pelirrojo, y se sentó sobre sus talones de nuevo.

—Eso creo.

Tenía que salir a mirar las estrellas, porque quizá los planetas habían cambiado. Era muy mala con eso de las estrellas. Comenzó a lavar la espalda de Ricardo y miró de soslayo al gran hombre que estaba sentado a su lado. Rouquin estaba mirando a Ricardo con el rostro laxo; parecía un poco perdido.

El rey tenía un montón de primos, algunos allí mismo, en Acre, pero solo Rouquin le era tan leal, y tan útil. Edythe, de algún modo, deseó poder cruzar el espacio entre ellos y honrarlo por aquello.

—Crecisteis juntos, ¿no es cierto? —le preguntó.

Rouquin asintió.

—En Poitiers. Y en Winchester. —Balanceó la cabeza como si estuviera evitando algún recuerdo, y su mirada se posó en otra parte—. Leonor me acogió cuando mi madre murió. Llegué allí justo después de que perdieran a Guillermo, su primogénito. Enrique era solo un bebe, así que la reina se volcó conmigo durante un tiempo. Pero después comenzó a poner toda su atención en su carnada.

Cerró la boca con fuerza, como si hubiera dicho demasiado.

—¿Qué edad teníais entonces? —le preguntó Edythe. Sabía que su madre había sido la hermana de Leonor, y él se parecía mucho a ella.

—Tres años, creo.

Bajo sus manos, los músculos del rey estaban curvados y apretados y, a medida que encontraba un punto en que la tensión era mayor, lo frotaba con los dedos hasta que desaparecía. El brazo derecho del rey era un gran montón de músculo, aunque el izquierdo era mucho más delgado. El surco de su espalda, recto y limpio, tenía dos dedos de profundidad.

—Sus hijos llegaron tarde, y la reina los ama a todos —dijo Edythe. Quería mantener aquel puente de palabras abierto entre ambos. Además, se sentía agradecida porque la pasión de Leonor por sus hijos se hubiera extendido, de algún modo, hasta ella.

—Mi tía es una mujer vehemente y noble —afirmó Rouquin—. La llaman «el Águila», y con razón.

—Dios la bendiga. Dios esté con ella.

El pelirrojo no dijo nada. Edythe pasó de los hombros de Ricardo a la parte inferior de su espalda. Comenzaban a dolerle los brazos y a duras penas podía mantener los ojos abiertos. Lo tapó de nuevo con la manta, remetiéndola a su alrededor, y el esfuerzo la dejó agotada.

—Marchaos a la cama —le dijo Rouquin—. Yo seguiré velándolo.

—No hay ningún sitio libre para dormir —le contestó, pero se hundió junto al camastro, puso la cabeza sobre éste, junto a los pies de Ricardo, y se quedó dormida inmediatamente.

Rouquin se frotó las manos. Se sentía débil y estúpido, incapaz de hacer nada mientras Ricardo, a quien adoraba, yacía sufriendo ante él. El rey gimió en sueños y Rouquin saltó como si hubiera gritado. Subió la manta hasta la barbilla de su primo. En ese momento, la mujer a los pies de la cama se movió, giró la cabeza, y se quedó dormida de nuevo.

Ella sabía qué hacer; Rouquin había observado sus manos mientras atendía al rey enfermo, sus acciones rápidas pero sin prisa, precisas y seguras. Como un hombre luchando. Pero ella no podía ver al enemigo ni darle muerte con una espada, de modo que lo que hacía era más difícil. Parecía sanar solo con sus manos.

En algún momento se había quitado la cofia y su cabello oscuro caía suelto sobre la cama. Tenía un rostro interesante: ojos grandes con párpados prominentes, una boca amplia y una larga y delgada nariz. No era bonita, pero a él le gustaba su aspecto. Recordó cómo se había levantado la falda delante de él, ajena a cuánta pierna le estaba enseñando, para conseguir un útil trozo de tela. Eso, de algún modo, lo había excitado más de lo que lo hubiera hecho un coqueteo intencionado.

Recordó lo que le había contado, y aquello lo condujo a la tierra salvaje de su infancia. El primo mayor de los príncipes. La espléndida corte, los días de grandes fiestas. Siempre se había sentado debajo de ellos, siempre había caminado el último. Porque solo era el primo.

Pero siempre estaban juntos y, siendo el mayor, cuando eran niños los había vencido en todo. Cuando crecieron siguió siendo así. Cabalgaba caballos más salvajes, tiraba de arcos más fuertes, saltaba sobre la mesa con una cota de mallas completa cuando Enrique y Ricardo aún intentaban mantenerse en pie bajo el peso. Así que, cuando eran jóvenes, él era su rey. Defendía a Ricardo y a Godofredo de Enrique, y a Enrique de Ricardo y Godofredo. Los atormentaba a todos, excepto a Juan, que era mucho más pequeño y casi siempre estaba en el monasterio.

Los chicos se comparaban con él en todo. «Yo soy tan bueno en eso como Rouquin». Al crecer les pareció natural formar bandos para los combates, la natación, el atletismo, las carreras de caballos, para tocar el laúd, con el halcón, la lanza o la caza. Rouquin y Ricardo contra Enrique y Godofredo. Rouquin fue el primero en ser nombrado caballero por el propio rey. Pero, a diferencia de los demás, él no acudiría a los torneos; lucharía de verdad al ocuparse de las misiones del rey. Y de todos

modos, no habría tenido dinero para participar en uno.

Pero el viejo rey los limitaba. No se llevaba bien con ninguno de sus hijos, y aún menos con Rouquin. En contra de la relación del rey con sus hijos había jugado el funesto conflicto con Becket, las deudas del joven Enrique, el hecho de que el viejo Enrique se llevara a la cama a la prometida de Ricardo, y un montón de amenazas, marrullerías y charlas maliciosas. Leonor, que había llegado a odiar al anciano, habló con los chicos para que se alzaran contra él en una penosa rebelión que desembocó en fracaso y humillación para todos ellos, y en encarcelamiento para Leonor.

«El Águila». «Lo que yo he hecho, puedo romperlo», le había dicho una vez, justo antes de ser capturada. Entonces se había dado cuenta de que las ambiciones de Enrique no eran nada comparadas con las de la reina.

Su poder tenía alcance incluso desde una sombría torre. Después de una desagradable discusión, el viejo rey exilió a Rouquin y Leonor dispuso que cumpliera el castigo junto a Juana, en Palermo.

Un año después, el anciano rey lo dejó volver a casa y lo perdonó con un beso. Pero en la familia no había paz. Leonor permanecía encerrada y el rey no permitía que nadie se acercara a ella. Juan se ganó el favor del anciano con halagos y le demandó la propiedad de algunas tierras, pero el viejo Enrique ya las había entregado a los demás. Así que Juan quiso un poco de todos ellos. Entonces, Enrique, el joven rey, el mayor, el heredero coronado, murió, y también lo hizo Godofredo, en un accidente en un torneo en París. A continuación murió el padre de todos ellos, y Ricardo se convirtió en el rey y señor.

Rouquin no tenía nada. Un lugar en la mesa, el favor del rey, pero nada propio.

Había reunido una compañía de mercenarios porque Enrique, y después Ricardo, siempre necesitaban soldados y la paga era muy buena. De todos modos, le gustaba luchar. Ricardo le había prometido que algún día tendría un castillo, un heredero y un título, pero cuando parecía llegar el momento siempre había otra llamada a las armas. Esta vez, la Cruzada.

—Tenemos que hacer esto —le había dicho Ricardo—. ¿No lo entiendes? Tenemos que hacer esto, o no seremos hombres.

Y allí estaba, sentado en una tienda en los alrededores de Acre, siempre hambriento, siempre nervioso, y Ricardo estaba temblando de nuevo. Rouquin posó una mano sobre él, pero sabía que no podía hacer nada.

—Edythe —la llamó.

La chica giró la cabeza pero no se despertó. Le gustaba decir su nombre, aquel rancio nombre sajón que, de algún modo, no encajaba con ella. Extendió la mano y la tocó.

—Edythe.

Entonces la dama se despertó, sobresaltada, y su mirada se posó rápidamente en Ricardo. Reptó a su lado, puso las manos sobre él, y de repente echó las mantas hacia atrás y posó la cabeza sobre su pecho. Rouquin murmuró una palabrota. Después de un momento, la chica se sentó y cubrió a Ricardo con la manta de nuevo.

Miró a Rouquin directamente por primera vez.

—¿Le ha pasado algo así antes?

—Estuvo enfermo un tiempo, en Italia. En aquel momento vomitó y sufrió escalofríos —le contestó el pelirrojo.

Edythe emitió un gruñido muy poco femenino. Se levantó, se peinó con los dedos recogiendo el cabello en una coleta en la nuca, y salió de la tienda. Volvió unos minutos después, se tumbó en el suelo junto a la cama, y se quedó dormida. Más que ninguna otra cosa, aquello, que Edythe hubiera vuelto a dormirse, le dio seguridad. Se acomodó para esperar el final de la noche.

Por la mañana se había reunido una multitud en el exterior de la tienda para asistir al rey. Los rumores se habían propagado a través del campamento: estaba muerto, estaba desvariando, había demonios que hablaban por su garganta... Juana salió varias veces y ordenó al gentío que se marchara, pero no lo hicieron. Estaba constantemente a punto de llorar, pero no se permitió verter una sola lágrima. Todos estaban observándola. Cada vez que la veían, los hombres de Ricardo le gritaban preguntas.

El rey está bien, decía, pero durmiendo. Ahora deberíais marcharos todos. Pero no se iban. Guido de Lusignan se abrió paso a través de la multitud (o sus hombres llegaron primero, empujando, para abrirle paso) y tuvo que dejarle entrar. El paje de Leonor mantenía la solapa de entrada firmemente cerrada para los curiosos de fuera.

Guido se acercó a la cama, donde Ricardo yacía con los ojos cerrados y la boca abierta. Rouquin se había ido y Edythe estaba durmiendo en la cama de Juana; Lilia estaba sentada junto al hombro del rey. Guido se santiguó.

—¿Son las fiebres?

Juana presionó las palmas de sus manos. Tenía la confusa sensación de que aquello era culpa de ella, de que hablar con el rey de Francia a la espalda de Ricardo había hecho enfermar a su hermano, como si hubiera abierto un agujero en el tejado que dejaba entrar a los demonios.

—Su médico cree que pronto estará bien.

Aquello no era exactamente lo que Edythe le había dicho. Guido, según recordaba Juana, había visto a su esposa y a sus hijos morir de tifus.

—Se pondrá bien —dijo de nuevo. Su voz sonaba discordante en sus propios oídos—. Está mejorando poco a poco.

—No es un buen momento para ponerse enfermo. —Guido se volvió hacia ella—. Conrado viene de camino.

—El otro rey —dijo Juana, y deseó haberlo hecho con mayor gracia. Se dio media vuelta. No quería prestar atención a nada en el exterior de aquella tienda, pero tenía que hacerlo—. ¿No se supone que los cruzados van a celebrar un concilio? Para determinar quién es el legítimo rey de Jerusalén...

—El rey Leproso puso eso en su testamento cuando presintió que iba a morir. Sabía que, seguramente, su único heredero varón no viviría demasiado. Decretó que los reyes de Inglaterra y Francia se reunieran con el emperador de los germanos para elegir al legítimo rey de Jerusalén. —Guido dijo esto como si lo hubiera comentado muchas otras veces. Era evidente que llevaba mucho tiempo en su mente. En aquel juego, su único apoyo era Ricardo. Su mirada se posó de nuevo en el rey—. ¿Vivirá?

Juana sintió náuseas. La vida de su hermano no era más que un peón en el pequeño plan de aquel hombre para ganar una corona absurda. Ricardo lo apoyaba, y ella sabía por qué: porque era poitevino y Conrado era de Montferrato. Aquella le parecía una razón poco convincente, pero ella sabía cuál era su papel en todo aquello, y lo interpretaba. Puso la mano sobre su brazo.

—Nosotros os apoyaremos —le dijo, tranquilamente—. No tenéis que temer por eso.

El tenso, aunque atractivo, rostro que la miraba con fijeza se alteró ligeramente, relajándose. Aquel condenado hombre no pensaba en nada excepto en sí mismo.

—¿Cuándo se... pondrá bien?

—Pronto, espero.

—¿Sigue en pie la promesa de tomar Acre antes de la siguiente luna llena?

—Mientras Ricardo viva, su palabra vivirá —afirmó Juana—. Y Ricardo, seguramente, vivirá.

Otro paje había aparecido en la entrada; Juana tenía la mano sobre el brazo de Guido y le dio una palmadita.

—Mantened la fe, mi señor.

Retiró la mano y se santiguó.

La llegada del rey Conrado era solo uno más en un mar de problemas. Observó cómo se marchaba Guido y dejó que entrara Hunfredo de Torón.

Llegó con su rebaño habitual de asistentes a los que, con una mirada, Juana envió a la esquina opuesta de la tienda, junto a las cajas. Su señor se acercó inmediatamente a la cama de Ricardo y allí murmuró algo en latín y se santiguó. Juana lo esperó en el centro de la tienda. El joven se acercó a ella con las manos extendidas.

—Mi querida lady Juana, que Dios esté con él. Que Dios esté con todos nosotros, en estos días de tribulación. Lo siento mucho.

—Estará bien pronto —dijo Juana, tomando las largas y anilladas manos de Hunfredo—. Si Dios quiere.

—Que Dios atienda nuestra causa, y la suya. —Miró de nuevo hacia Ricardo. Se volvió hacia ella mientras su sonrisa se desvanecía—. La enfermedad de ambos reyes es, desafortunadamente, la noticia en todas partes, incluyendo el campamento sarraceno. La tregua ha terminado ya que, al menos hasta que Ricardo esté bien, no se celebrará reunión alguna con Saladino. —Se estrujó las manos—. Es fuerte. Dios está con él.

—Tiene un buen doctor —dijo Juana—. Y todos rezamos por él. Me han dicho que Conrado viene de camino.

—Sí, seguramente mañana estará aquí. —Tenía los ojos medio cerrados, y había perdido su candidez. Soltó las manos de Juana—. ¿Os lo ha contado Guido? Sí, por supuesto, ya que él necesita a Ricardo.

Juana asintió.

—¿Cuántos aquí apoyan a Conrado frente a Guido?

—Bueno, no estarían aquí si... —Hunfredo inclinó el rostro ligeramente, observándola de soslayo—. Guido tiene sus enemigos. Hace... enemigos con facilidad. Al final, ya sabéis, todo depende de Ricardo. Y de la forma de la luna.

Una vez más, la promesa de su hermano de tomar Acre en un solo mes lo hacía todo más difícil.

—Se recuperará pronto —repitió Juana, con las manos frías.

Hunfredo le sonrió, repentinamente más joven e inocente.

—Soy vuestro siervo, alteza —le dijo, e hizo una reverencia. Su mirada se dirigió a Ricardo y Juana notó que su amable máscara se deslizaba un poco y que algún miedo, o algún deseo, arrugaba su rostro, y después se marchó.

De modo que Felipe Augusto también estaba enfermo. Juana entrelazó las manos, sintiéndose mejor. Si ambos reyes estaban enfermos no podía ser culpa de ella. No se molestó en sondear las profundidades de este razonamiento y no pensó demasiado en el resto de cosas que Hunfredo había dicho. Se sentó junto a su hermano y dejó que Lilia se marchara un rato.

La fiebre ardió furiosamente durante todo el día y después decayó; al final de la tarde consiguieron que comiera un poco de pan. Nunca estaba totalmente consciente. A veces decía insensateces, o extendía las manos para coger cosas que nadie, excepto él, veía. Juana rezaba sin parar e hizo que Lilia la acompañara en sus ruegos. Edythe lo mantenía tapado y le daba vino cuando podía. *Por favor*, pensaba. *Por favor*. Le preocupaba pensar, erróneamente, que estaba poniéndose mejor. La gente iba y venía con noticias. El rey Felipe estaba muy enfermo: se había quedado calvo y había escupido los dientes, pero no era probable que muriera. Había un mal general en el campamento que se había llevado a mucha gente el primer día, entre ellos a

Balduino de Alsacia, el conde de Flandes. Incluso algunos de los germanos, que parecían inmunes al resto de enfermedades, estaban ardiendo de fiebre.

Aun así, después de su primer asalto mortal, estaba perdiendo su poder. Todos tenían alguna idea sobre aquello: la influencia de Saturno, el aire corrupto o una maldición sarracena. Las fiebres habían recorrido regularmente el campamento durante dos años y nadie había llegado a encontrar una respuesta, excepto que todos tenían que pasar por aquello en algún momento.

Durante el largo y funesto día, Juana escuchó a todo el mundo e hizo lo que pudo, que no era demasiado. Edythe admiraba su calma. Las cosas parecían ir mal por todas partes. No quedaba pan. El vino casi se había acabado. La carne estaba estropeada. A mediodía del tercer día oyeron que Rouquin estaba luchando junto a la muralla, intentando izar la bastida contra ella; a media tarde, que sus hombres y él la habían escalado, pero que nadie había conseguido llegar a su base antes de que los defensores la cerraran. Rouquin escapó a duras penas, fue el último de los cruzados en alcanzar tierra segura.

Comieron la exigua cena de judías y cebolla, y Juana y Lilia se fueron a dormir de nuevo en el extremo opuesto de la tienda. Edythe se sentó junto al camastro del rey; dormitó, como había hecho el día anterior, con la cabeza a los pies del enfermo.

El temblor del camastro la despertó. Ricardo estaba tiritando, con las rodillas levantadas y los dientes castañeteando. Tenía los ojos abiertos. Edythe le puso la mano sobre la cabeza y sus ojos se dirigieron hacia ella, lúcidos y llenos de dolor. Lo envolvió con las mantas, remetiéndolas bien a su alrededor, rodeó su cabeza con una de las esquinas, y lo frotó a través de las mantas para calentarlo. Los brazos comenzaban a dolerle, pero, después de un tiempo, el temblor bajo sus manos se atenuó. Le frotó los músculos de la espalda suavemente, de arriba abajo, hasta que Ricardo se quedó inmóvil y los espasmos cesaron.

—Tengo que mear —dijo de repente.

Edythe fue a por una vasija y la acercó al lateral de la cama; Ricardo intentó incorporarse, pero los brazos le fallaron. Edythe le rodeó la cintura con el brazo y empujó su mitad superior contra ella. Ricardo sacó las piernas de la cama, una a cada lado de la vasija, y, apoyándose en ella, bajó la mano y envió su chorrito a la vasija. Suspiró con la liberación.

—Cuando un hombre ni siquiera puede incorporarse para mear... no es bueno El rey necesitó todo su aliento para decirlo.

Edythe se rió; creía que era verdad, pero que tuviera la claridad suficiente para hacer aquella afirmación era una buena señal. Cuando terminó, Edythe le frotó la punta del pene con un pañuelo y apartó la vasija. Ricardo se deslizó para tumbarse de nuevo, con los brazos bajo la cabeza. Edythe le ayudó a subir las piernas a la cama y lo envolvió con las mantas.

Llevó la vasija hasta la solapa delantera de la tienda, donde había luz de una antorcha del exterior. Olfateó la orina y la miró a la luz; era muy oscura, pero había mucha y olía limpia y fuerte. La tiró frente a la puerta, sorprendiendo a los dos guardias que dormitaban a cada lado.

Cerró la solapa y volvió al camastro. El rey estaba consciente. Yacía sobre su estómago, tenía la cabeza vuelta hacia un lado, y su ojo brillaba ante ella. Cuando se sentó en el borde del camastro le preguntó, con voz susurrante:

—¿Dónde está Rouquin?

—Espero que durmiendo. El rey Conrado viene de camino.

—Oh, ¿sí? Bueno, las cosas estaban siendo demasiado sencillas.

Ricardo tenía el cuerpo frío, casi sin fiebre. Edythe comenzó a frotarle los brazos y los hombros para conseguir que sus humores se movieran. Tenía la piel escamosa.

—¿Podrías retener algo de sopa en el estómago?

Ricardo inhaló profundamente.

—Podría retener media vaca. ¿Quién está aquí?

La voz del rey había recuperado su fuerza.

—Juana no se ha marchado en ningún momento —le contestó, señalando el extremo opuesto de la tienda, donde el resto de mujeres dormían—. Me ha contado que el rey Guido vino mientras yo dormía.

Esperaba que Berenguela estuviera, al menos, rezando por él.

—Bien por Guido. Al menos no es un cobarde.

Edythe se incorporó y cruzó la tienda hasta el brasero, donde un puchero con huesos había estado cocinándose durante toda la noche; sirvió un poco del caldo. La taza

estaba caliente, así que la envolvió con el dobladillo de su falda para sostenerla. Cuando regresó, Ricardo intentó sentarse y ella lo ayudó y, jadeando por el calor, se tragó el caldo, lo que pareció fortalecerlo.

—Juana me dijo que también estuvo aquí Hunfredo de Torón —le contó Edythe.

—Hunfredo —repitió Ricardo. Se tumbó sobre la cama con la cabeza girada para mirarla. Por el modo en el que había pronunciado el nombre, la chica adivinó qué tipo de relación tenían, y el rey debió notararlo en su rostro—. Pensáis que soy un monstruo.

—Mi señor —dijo Edythe, sorprendida. Ahora él era de los suyos, y lo quería a pesar de sus pecados—. ¿Queréis más sopa?

—Sí.

La chica fue a por el resto del caldo. Lo que los hombres hacían juntos, convirtiendo en mujer al otro, era pecaminoso, maldito y, aparentemente, muy común a juzgar por los chistes y las historias que se contaban. Aquellos que creían que era maléfico afirmaban también que ella era malvada. Y eso convertía su rectitud en nada. Lo que Ricardo hiciera era asunto suyo. Edythe se sentó a su lado y, de nuevo, lo ayudó a beber. Tenía mejor color.

Ricardo apartó la taza. Se tumbó otra vez, y su mirada la traspasó.

—¿Quién sois?

Edythe se apartó un poco de él, con una pequeña sacudida de advertencia. Le había cogido cariño demasiado pronto. Entrelazó las manos en su regazo, con la espalda recta.

—Edythe. Soy una de las...

Ricardo se puso de lado, con un brazo doblado bajo la cabeza; la luz que provenía de la parte delantera de la tienda brillaba en su rostro.

—Me refiero a quién sois realmente —dijo el rey.

—Mi señor, no os comprendo. Traeré un poco de vino —le respondió, incorporándose.

Él la agarró por la falda.

—No, quedaos. ¿Os ha enviado mi madre?

Edythe se sentó. Entrelazó las manos sobre su regazo. Había permitido que él comenzara aquello, y ahora tenía que entrar en su terreno de caza.

—Sí, mi señor.

—Y mi madre os sacó, de algún modo, de un convento inglés.

—Yo... sí.

Edythe miró hacia la puerta, por si alguien estaba escuchando.

—Estáis mintiendo. No tenéis acento inglés, ni siquiera sonáis como una poitevina. Vos sois de Francia, de alguna parte.

—Yo...

—Contadme.

El rey estaba intentando apoyarse sobre un codo, pero tenía la cabeza temblorosa y la manta alrededor de la cintura.

—Nací en Troyes. Pero os juro...

—Troyes. No tenéis acento de Troyes. No. —De repente, como si hubiera captado el aroma de un rastro más fresco, tomó un nuevo camino—. Vuestro padre era médico, ¿no es así? Es por eso por lo que sabéis todo esto, porque lo aprendisteis en las rodillas de papá.

Edythe se sobresaltó, atrapada. No dijo nada; contra su voluntad, vio en su mente el adusto rostro con barba y ropa oscura, con un libro en la mano, señalando lugares en su muñeca de trapo y explicándole los humores. Una breve punzada la golpeó como un colmillo en el corazón.

—Mi madre es muy tolerante —dijo Ricardo—. Le gusta la gente inteligente y hábil, sin importar quiénes sean. Conocía a un famoso médico en Troyes. Él le enviaba hierbas y recetas, rumores e historias, y le proporcionaba sabios consejos. Podría haberlo salvado de la purga del rey de Francia. ¿Cuándo fue, hace diez o doce años? Tal vez si hubiera sido libre y hubiera estado aún en Poitiers podría haberlo salvado.

Edythe lo observó como un conejo viendo una serpiente enroscándose cada vez más

cerca a través de la curvada hierba.

—Pero a vos os salvó, ¿no es cierto?

—Mi señor —dijo, con voz débil—. No sé de qué estáis hablando.

—No tenéis acento de Troyes —continuó Ricardo—, porque en Troyes no hablabais francés. Hablabais esa otra cosa... Sefais... Sefardí. Sois judía.

—No —contestó ella. Se humedeció los labios. De mala gana, pensó en los males que su coronación había ocasionado a los judíos de Londres... cuando la muchedumbre se amotinó en la judería y mataron a tantos. Ricardo lo había detenido, pero por dinero—. No. Ya no... Ahora soy cristiana.

Se recordó a sí misma que tenía que santiguarse.

—¿Alguna vez fuisteis bautizada? No deberíais formar parte de la cruzada.

—Oh, por favor... —dijo la doncella, extendiendo las manos. Leonor se había manifestado en varias ocasiones en contra del bautismo, lo que en realidad era una peligrosa admisión—. Quiero ir a Jerusalén. He hecho todo este camino, y estamos tan cerca que no puedo volver ahora.

—Deberíais servir a Dios, ser una verdadera cristiana. Cuando tomemos Jerusalén traeré el Reino de Jesús, y cuando Él venga de nuevo te conocerá, y serás salvada.

—Yo sirvo a Dios —contestó Edythe. Se echó hacia atrás con las manos en las rodillas. Comprendía lo que significaba aquello: servir a Dios era servir a Ricardo—. Lo prometo.

Él le sonrió.

—Os creo —le dijo, y se apoyó sobre los hombros; estaba cansado—. De todos modos, creo que vos sois una de nosotros, los malditos y marginados. Si tomo Jerusalén todos seremos salvados, y vos lo seréis conmigo.

—Sí —dijo Edythe. Se preguntó qué quería decir.

—Bien. Traedme algo de beber.

La chica le llevó la jarra. Al primer trago, Ricardo hizo una mueca.

—Tiene un gusto horrible.

Pero se lo bebió todo, e hizo que Edythe le llevara más.

Cuando terminó, se tumbó sobre el camastro, somnoliento.

—¿Durante cuánto tiempo he estado enfermo?

—Solo tres días. Caísteis dos días antes de ayer, por la noche.

—Bien. Ahora pedidle a mi hermano que venga —dijo.

—¿A quién? —le preguntó Edythe, sorprendida.

—A mi primo. A Rouquin.

Estaba quedándose dormido. Edythe se acercó para subirle la manta.

—Traedlo —dijo Ricardo, con los ojos cerrados.

—Sí, mi señor.

El rey se acomodó en la cama.

—Si hago esto bien, todo irá bien —susurró. Se quedó dormido inmediatamente. Edythe pensó en olvidar la orden y dejarlo descansar, pero al final envió a un paje a buscar a Rouquin.

Al amanecer, los criados trajeron una cesta con pan y queso. Edythe se aseguró de que Ricardo recibiera el mejor pan y le prohibió el queso. Después, con un paje y una cesta, la doncella recorrió el campamento y mendigó y compró todos los huesos de carne que pudo. Eran pocos y le costaron mucho: la mayor parte de los hombres se alimentaba a base de gachas de alubia aguadas, y todo el mundo tenía dinero.

Mientras iba de fogata en fogata, los hombres a su alrededor silbaban lascivamente y algunos intentaron agarrarle las faldas. Se movía rápidamente para mantenerlos a distancia.

«Debería haber traído a un caballero», pensó; el paje apenas era un niño. Podría habérselo pedido a Rouquin. La idea la animó y deseó haberlo hecho.

Cuando no le vendían sus sobras, Edythe les decía: «Es para el rey. ¿Os negáis a ayudar a Ricardo?». Y entonces le vendían lo que tenían. Escuchar el nombre de Ricardo también mantenía las manos lejos.

Estaba cansada; el sol parecía demasiado brillante y tenía la garganta áspera. Con el paje tras ella portando la cesta volvió a la tienda real.

Pidió al paje que pusiera los huesos al fuego y entró en la tienda. En el interior, hombres en cota de mallas y sobrevestas formaban un muro de espaldas entre ella y Ricardo. Se deslizó junto a ellas, acercándose lo suficiente para descubrir que el rey estaba comiendo, sentado con la ayuda de Rouquin. Juana la cogió del brazo y la alejó de allí.

—Tenéis que dormir.

—Necesito...

—Dormir —replicó Juana, que la condujo a su propia cama y la hizo tumbarse en ella. Se quedó dormida inmediatamente. Cuando despertó, sedienta, descubrió que Ricardo no estaba. En la tienda no había nadie excepto Lilia, que dormitaba, y un par de pajes ociosos jugando a los dados. El caldero, lleno de huesos, hervía en el brasero. Se durmió de nuevo y despertó casi a mediodía.

La tienda estaba en silencio. Juana y Lilia se habían marchado. Se puso un vestido limpio y una túnica y se cepilló un poco el cabello, pasando por alto los

enredos. Llamó a un paje y le dijo:

—Tengo que hablar con otros médicos. Debéis encontrar alguno.

El paje se marchó. Se comió el pan que quedaba; el queso se había terminado.

Poco después, el paje estaba de vuelta. La llevó a través del campamento, hacia el oeste, en dirección al mar. Por el camino, alzando la falda con las manos, examinó el asedio que se desarrollaba frente a ella.

Aquel lugar se parecía cada día menos a una ciudad y más a un enorme montón de piedras. Desde allí podía ver la extensa hondonada del foso, seca y llena de rocas, polvo y algo horrible que parecían cadáveres. En el promontorio se alzaba una alta y estrecha torre, demasiado lejos para que la alcanzara una catapulta. La bandera negra de los sarracenos se agitaba con la fuerte brisa del puerto en la enorme fortaleza en ruinas.

Pero los barcos que abarrotaban el puerto eran todos cristianos, de la flota de Ricardo. No podían acercarse a la Torre Negra, que estaba rodeada de rocas medio sumergidas, pero en todos los demás puntos la bahía pertenecía a los cristianos. En Acre no podían entrar suministros y la torre parecía abandonada, a pesar de su desafiante bandera. Estaban ganando, pensó Edythe, y su corazón dio un brinco. Aquello llegaría pronto a su fin.

Se protegió los ojos con la mano. Una galera roja que no había visto antes estaba remando hacia la costa, y una bandada de pequeños botes se acercó rápidamente a ella desde la playa.

El paje la condujo a través del campamento, tejiendo su camino ente las tiendas, y los hombres la siguieron con los ojos, pero sin hacer ningún sonido. Sus miradas la ponían nerviosa. Caminaba tan rápido como podía, y el paje la puso rápidamente a salvo... en un extraño refugio mitad tienda y mitad cabaña de madera.

Edythe dio un par de pasos adelante, mirando a su alrededor. La única luz de la estancia llegaba a través de las puertas y del tejido de la tienda, y durante un momento no pudo ver bien. A cada lado del largo y estrecho espacio había montones de paja cubiertos con gruesas mantas, y en estas camas improvisadas había cuerpos. Un robusto hombre con hábito de monje se acercó a ella; el paje acababa de anunciarla, aunque ella no poseía un título propio.

—Bienvenida. Conozco a la reina de Sicilia. Soy sir Markus Staufen —dijo el monje en mal francés.

—¿Hablaís latín, mi señor? —Era monje. Claro que hablaba latín—. ¿Tenéis médico?

—Desgraciadamente —dijo el caballero germano, que hablaba menos latín del que creía—, nuestro médico ha muerto. Muchos han muerto aquí, mi señora.

—Tengo un paciente con fiebre recurrente —le dijo Edythe.

El hombre señaló las camas que había a cada lado de la habitación.

—Todos estos tienen fiebre, señora.

El hombre estaba siendo educado; ella era una invitada relacionada de algún modo con Corazón de León, pero aun así, era solo una mujer.

—¿Cómo os ocupáis de ellos?

El monje le habló del zodiaco, de fuego y tierra; mientras hablaba sus manos se agitaban en el aire. Era importante el momento en el que comenzaba la enfermedad. Dónde estaban los planetas. Si el paciente se sentía enfermo durante la luna llena, se volvería loco. El anciano médico le había contado todo aquello. Mientras hablaba, Edythe descubrió poco a poco que no era un monje, sino un caballero que había acudido a combatir a los sarracenos. Cuando vio el derramamiento de sangre y la enfermedad, con la ayuda de algunos de sus compañeros, desmontaron su barco para construir aquel lugar para los enfermos y los moribundos. Sobre todo, se ocupaba de llevar mantas y orinales a la gente, y de alimentarla. Pero creía que había encontrado su vocación, y entraría en alguna orden cuando regresara a casa.

—Y vos, mi señora: ¿dónde estudiasteis?

Como no tenía ninguna respuesta preparada para aquello no respondió, y el hombre afirmó, con infinita condescendencia:

—Ah, claro. Una empirista.

Edythe se marchó de aquel sitio sin saber más que cuando entró, excepto que el caballero germano hablaba muy mal latín.

Durante el camino de regreso se detuvo en un mercado junto la playa, una hilera de puestos bajo un dosel que no había visto antes. Juana, rodeada de pajes y escuderos, estaba comprando todo lo que cogía. Los vendedores se arrodillaban,

esperándola, y lanzaban oleadas de palabras para atraerla, pero la reina caminaba entre ellos como si no estuvieran allí. Lilia la seguía, y en la entrada del mercado había dos caballeros que mantenían atrás al resto de compradores. En cierto momento, un vendedor se mostró demasiado insistente y Juana solo tuvo que levantar la mirada en dirección a los dos caballeros para que el aldeano retrocediera a regañadientes.

Edythe recorrió tras ellos los tenderetes improvisados, examinando los frutos secos, las flores y las cebollas. Los vendedores se disputaban su atención.

—¿Jengibre? —preguntaba. Ellos murmuraban, pero nadie tenía jengibre. Compró dátiles y dos trozos de panal de miel envueltos en una enorme hoja. Un hombre delgado, que hablaba bastante bien el francés, le vendió un botecito del tamaño de un pulgar de una poción que hacía dormir a la gente.

—¿Judíos? —le preguntó Edythe en voz baja—. ¿Hay judíos aquí?

Debía enviar una carta a Leonor.

Si encontraba a otros judíos, ¿ellos también la reconocerían a ella?

El sirio se encogió de hombros. Tenía las mejillas hundidas. Negó con la cabeza ligeramente. No preguntó entre sus compañeros, como hacían generalmente los vendedores cuando no tenían lo que ella quería.

—Jaffa —le contestó el mercader—. Quizá en Jaffa.

Frente a aquel puesto, dos chicos, desnudos bajo sus largas y finas camisas, le mostraron las palmas de las manos y farfullaron; Edythe no comprendía su idioma, pero conocía aquel gesto. Les entregó algunos dátiles.

La multitud era cada vez mayor. El paje se había marchado con la reina y Edythe corrió un poco para alcanzarlos. Frente a ella, en medio del enjambre que las rodeaba, vio a Lilia tropezar con un joven que ni siquiera la miró. Se apartaron como si hubiera sido un accidente, pero Lilia tenía algo en la mano que escondió rápidamente en su manga. Edythe las alcanzó y volvieron al anillo de tiendas bajo la protección de sus guardias y sirvientes.

Desde aquella altura, desde donde podían ver Acre de nuevo, Juana gritó:

—¡Mirad! —Y señaló la ciudad.

Edythe se giró. Había estado desierta durante todo el día, pero en ese momento los hombres irrumpieron del montón de rocas amarillas y cargaron en dirección a la muralla. En el otro lado, los sarracenos luchaban por defenderla. Juana no estaba señalando aquello, sino la colina que se alzaba enfrente, donde estaba Ricardo arrellanado en su litera. Los porteadores la habían dejado en el suelo, pero seguían a su lado. Uno de cada dos hombres llevaba un escudo pero, por lo demás la litera estaba tan abierta como una cama. Lluvias de flechas y piedras volaban hacia ella. El rey no prestaba atención, y todo caía muy cerca. Tenía una ballesta a su lado y estaba recargando otra. Los porteadores se detuvieron para levantar su litera de nuevo.

—Dios lo proteja. Dios lo guarde —dijo Juana. Apartó la mirada; no podía mirar. Condujo al resto de mujeres de vuelta a través del polvo y del desorden del campamento hasta su tienda. Edythe se quedó atrás, mirando sobre su hombro. Con un bramido repentino, la litera traqueteó directamente hacia la muralla, en una cascada de flechas y rocas. Ricardo disparaba su ballesta mientras avanzaba. Las rocas se estrellaban a su alrededor. Agitó un brazo, esquivando un golpe. Desde el otro lado de la muralla, en el ala sarracena, llegó un furioso tañido de tambores. Edythe entró en la tienda, y, al hacerlo, Lilia pasó junto a ella, marchándose.

La oscuridad se acercaba. Otro día se consumía. Juana se arrodilló en la parte posterior de la tienda y rezó por su hermano, por sí misma e incluso por el rey Felipe, del que había oído que estaba abrasado por la fiebre y que el cabello y los dientes se le caían. El francés decía que Ricardo lo había envenenado, y que después se había envenenado a sí mismo, por error. Como prueba de esto, decían que también había envenenado a Balduino de Alsacia, el hombre que había desafiado a Ricardo en el concilio y que había muerto.

Ricardo también moriría. Incluso si se recuperaba de la enfermedad, moriría ante sus ojos herido por una flecha, una espada, o una roca extraviada, o pisoteado por un jabalí como su hermano Godofredo. Cerró los ojos y se santiguó. Ricardo no moriría.

No sabía por qué se permitía a sí misma preocuparse tanto de nuevo, después de todo lo que había pasado. Si su hermano vivía haría cualquier cosa que Dios le pidiera a partir de entonces: misas, oraciones y limosnas para los peregrinos pobres y descalzos. Pero en el pasado había ofrecido todo aquello, por su bebé y por su esposo, y ambos habían muerto de todos modos.

Ricardo nunca había estado tan enfermo, pero quizá sobreviviría. Ella no le debía nada a Dios.

Mientras tanto, enviaría una nota en secreto al rey Felipe Augusto deseando su mejoría y recordándole lo que le había dicho, que debía abandonar oriente, pues aquel lugar estaba obrando en él un gran mal.

Edythe hundió los trozos de panal en dos jarras de vino, cubrió sus cuellos redondos y aseguró las tapaderas con pesos. Juana seguía rezando. En la puerta apareció un paje, que se apartó a un lado y anunció:

—El rey de Jerusalén.

Juana se incorporó atusándose la falda.

—Muy bien. Hacedlo pasar.

La reina tenía la voz grave; Edythe sabía que estaba cansada de todo aquello.

La doncella había esperado que entrara Guido de Lusignan, pero el hombre que apareció era más alto que Guido, más joven, con el cabello oscuro y espeso y un oscuro bigote caído. Llevaba un sombrero de ala ancha inclinado sobre una oreja. Su capa bizantina tenía un amplio dobladillo dorado y un broche de oro en el hombro. Algunos hombres de clase inferior se arremolinaron a su alrededor, pero él tenía un aire de gallo de pelea que atraía todos los ojos, y un porte orgulloso y gélido. Aquel era, entonces, el segundo rey. Edythe retrocedió y continuó observando a Juana, que estaba en el centro de la habitación.

—Conrado, mi señor —dijo la reina con frialdad.

Edythe entrelazó las manos. Era probable que aquella situación albergara algún peligro. El hombre realizó una dramática reverencia, con las muñecas dobladas y los dedos extendidos. Edythe recordó que Conrado había formado parte de la corte bizantina; tenía unos modales muy griegos.

—Posar los ojos sobre la hermosa reina de Sicilia, cuya fama la precede, es un placer para mí.

—Bueno —dijo Juana, y torció un dedo en dirección a un paje, que corrió a por un banco—, podríais haberlo hecho mucho antes si nos hubierais permitido entrar en Tiro cuando llegamos.

Edythe podía notar la tensión en la voz de Juana. La reina tenía que medir cada palabra, porque nada de lo que dijera debía jugar en contra de la causa de Ricardo.

El rey hizo una reverencia de nuevo.

—Sin duda fue un malentendido, mi señora. —Levantó una mano y uno de sus hombres se acercó con una bolsa—. Me presento ante vos, mi hermosa reina, como un simple mensajero.

Sacó dos largas cartas dobladas y selladas de la bolsa y se las entregó.

—Es de mi madre —dijo Juana, mirando la primera carta que tenía en las manos. Dejó caer la segunda al suelo sin mirarla siquiera—. Con vuestro permiso, mi señor.

Conrado se marchó. Edythe se dio cuenta de que había conseguido lo que quería: la aceptación de un Plantagenet. Juana había abierto la carta de su madre y estaba leyéndola con el rostro brillante, riendo de vez en cuando. La puerta de la tienda se cerró. Edythe alargó el cuello para ver la otra carta, que estaba en el suelo junto a los pies de la reina.

—Madre me pide que os diga: «Bien hecho, mi leal sierva». —Juana miró a Edythe mientras lo decía, descubrió que estaba intentado leer la otra carta y le dedicó otra mirada, esta vez con los ojos entornados—. Adelante, cogedla y mirad de quién es, ya que sentís tal curiosidad.

Edythe se sonrojó, y Juana se rió.

—Oh, hacedlo —insistió, volviendo a su carta.

—¿Va todo bien en Poitiers? —le preguntó Edythe con cautela. Cogió la carta y le dio la vuelta, pero no reconoció ni la letra ni el sello.

—Eso dice. Descubrió un ardid de Juan para hacerse con el dinero del Tesoro y lo hizo disculparse hasta que lloró. Lo cuenta de un modo muy divertido. —Dobló la gruesa hoja de papel en tercios de nuevo—. Ya sabéis que todos, de aquí a Poitiers, la habrán leído. ¿De quién es ésa?

Edythe rompió el sello.

—No lo sé. Oh. De Isabel de Jerusalén. Tomad.

Juana cogió la carta y su mirada saltó hasta el final de la página. Después de un momento, frunció el ceño.

—Esperaba algo más amistoso después de nuestra agradable charla en Tiro.

—Es posible que ella también haya pensado que la leerían —sugirió Edythe.

—Bueno, y así ha sido —afirmó Juana después de darle la vuelta a la página para mirar el sello. En el papel había restos antiguos de cera; quien la hubiera abierto ni siquiera se había molestado en volver a sellarla con cuidado—. No hago nada que no se espíe.

La reina dejó caer la carta y Edythe la cogió otra vez, curiosa, preguntándose por qué la habría enviado Isabel. La examinó entre sus dedos, notando el grosor del papel, la tinta, casi púrpura, y las letras sesgadas.

—Mi señora, son dos hojas.

Juana se inclinó hacia ella. Edythe estaba intentando separar una esquina de la carta; tenía las uñas cortas, inútiles para algo así, así que Juana le arrebató la carta y pasó la uña del pulgar a lo largo del borde.

Como al abrir la cáscara de una nuez, la carta se dividió en dos hojas distintas.

—Ajá —dijo Juana, complacida, echando a Edythe una mirada rápida—. Bien hecho, mi leal sierva.

Se inclinó sobre la carta oculta, deleitada.

«Es toda una Plantagenet», pensó Edythe.

Cerca de la puesta de sol, Edythe atravesó el anillo de tiendas hasta llegar a la de Ricardo. Envió a un paje por delante y, cuando entró, todos los que allí había la miraron. La doncella hizo una elegante reverencia para ocultar una mirada alrededor.

Como era habitual en los aposentos del rey, aquello era un caos de armamento de guerra, arcones y armaduras. El aire apestaba. El suelo desnudo estaba apelmazado y desnivelado. Una cota de mallas colgaba en su cruz junto a la lámpara, con sus anillos brillando como la concha de un animal. La calavera de hierro de su casco pendía, torcida, en la vertical. El rey estaba sentado en su camastro, vestido solo con una camisa, con Rouquin a su espalda. Media docena más de hombres ocupaba la habitación a su alrededor, entre ellos su primo Enrique de Champaña, Guido y Hugo de Lusignan, y algunos caballeros hospitalarios.

—Os suplico que me perdonéis, mi señor. Solo he venido a ver cómo estáis. Volveré luego.

Edythe se dio cuenta de que el rey estaba temblando y de que tenía la camisa pegada al cuerpo, empapada en sudor. Tenía una copa de vino en la mano.

—Oh, excelente. Bien, bien. —Tomó un largo sorbo de vino y miró al resto de hombres—. Todos los demás, salid, ahora. Mi médico está aquí.

Todos se marcharon. Rouquin también se disponía a hacerlo, pero Ricardo agitó la cabeza.

—Quédate —ordenó a su primo mientras sonreía a Edythe. Le castañetearon los dientes—. Sé nuestro *duenno*.

Rouquin, a su espalda, puso los ojos en blanco.

—Mi señor, deberíais acostaros. Y cambiaros de ropa —dijo Edythe.

Se acercó a él y le puso un dedo en la garganta, donde una profunda arteria le permitió sentir el pulso de su cerebro. Ricardo cerró los ojos. El pulso era constante, una buena señal.

En aquel momento la mitad de su enfermedad se debía al agotamiento, ya que sus humores se habían equilibrado de nuevo, pero seguían siendo débiles y fácilmente perturbables. El rey se estremeció bajo su tacto.

—¿Qué decía la carta de mi madre?

Edythe retrocedió. Al parecer tenía que volver a servir a Dios. Echó un vistazo a Rouquin, tras Ricardo. Pero de todos modos aquello era bastante inofensivo, ya que Juana seguramente enseñaría la carta a su hermano.

—Yo no la leí. Creo que solo hablaba de cosas triviales. Vuestro hermano Juan estaba urdiendo algo pero fue descubierto, y Leonor lo hizo llorar. —Podía imaginarse la escena; Juan era de lágrima fácil cuando estaba furioso, y Leonor sabía cómo enfurecerlo—. Por favor, mi señor, necesitáis dormir.

—¿Qué le dijo a Conrado? —le preguntó.

Edythe se quedó muda un momento. Aquello no era espionaje, al menos no exactamente, pero se acercaba. Se lamió los labios.

—Ella nunca lo llamó rey, pero fue anunciado como tal. Juana le dijo que debería haberos dejado entrar en Tiro cuando estuvisteis allí. Él le contestó que fue un malentendido. Tenéis que acostaros.

—Sí, sí. —Miró fijamente a Rouquin—. Entonces, si mañana por la mañana estás preparado, ¿podríamos intentarlo?

—Intentaré que...

Entonces se produjo un gran alboroto en la puerta y Guido de Lusignan entró de sopetón. Edythe se quitó de en medio. El rey de Jerusalén se acercó rápidamente a Ricardo, con las manos extendidas y suplicando.

—Se dice por todo el campamento que habéis recibido a Conrado... Me jurasteis que me apoyaríais.

Ricardo se encorvó en el camastro. Edythe se acercó a él rápidamente y lo envolvió con una manta; Rouquin había cogido a Guido por el brazo y estaba empujándolo hacia la puerta. Ricardo se tumbó sobre la cama y Edythe le remetió la manta y le frotó los brazos para calentarlos mientras se estremecía.

—Mi pequeño monstruito —le dijo el rey, entre dientes.

Rouquin se acercó a él.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Eso significa que Conrado es el rey?

Edythe se incorporó; recordó lo que Juana le había dicho, que todo el mundo la espiaba, y supo que era cierto. Se dijo a sí misma que no podría haber hecho otra cosa, pero la excusa le parecía endeble. Miró la habitación. Habían traído vino en barriles, y sirvió a Ricardo otra copa. Le buscaría un poco de caldo. Dejó la copa a su lado mientras Ricardo hablaba con Rouquin en un entrecortado susurro.

—Eso no cambia nada. El anuncio no importa, y ella, en cualquier caso, solo es mi hermana. Guido no tiene más opción que yo. Vete, estoy cansado.

Edythe atravesó el anillo de tiendas de nuevo, preguntándose a quién servía.

Los sacerdotes y obispos de la cruzada celebraban misa cada día en el interior de la tienda acondicionada para ello, y cada pocos días al raso, con todo el ejército a su alrededor. Las mujeres se sentaron en la ladera separadas de los hombres, Edythe detrás de Juana y Lilia a su lado. Berenguela estaba sentada un poco apartada de ellas. La joven reina estaba pálida y parecía triste, pero oraba con una feroz pasión que hacía que se balanceara sobre sus rodillas hacia delante y hacia atrás. Edythe hizo los gestos que correspondían en cada momento de la liturgia, pero se sentía tan separada de ellos como si estuviera de pie sobre una estrella. No podía evitar pensar en sí misma como judía, y aun así apenas sabía qué significaba eso, excepto que no era como los demás.

Los cruzados usaron la bastida para atacar Acre desde primera hora de la mañana, lanzando a todos sus hombres juntos y tan rápido como les permitió el estrecho espacio. Los hombres de Rouquin fueron primero, con los de Ricardo pisándoles los talones, y limpiaron la muralla; los templarios y los hospitalarios iban a continuación, y se dirigieron en tropel a la puerta. Entonces, subiendo la bastida, los hombres del rey Guido comenzaron a luchar contra los del rey Conrado, y el asalto perdió su fuerza. Los sarracenos lanzaron flechas ardientes desde las grietas de las ruinas y los apedrearon con la catapulta, y tuvieron que retroceder.

El sol estaba cerca del pináculo del cielo. Rouquin examinó a sus cansados y desanimados hombres y los envió a sus fogatas, a comer lo que tuvieran. Subió la ladera junto a Mercadier para reunirse con Ricardo, que había estado observando todo aquello desde su litera. A su lado, bajo un dosel hecho con una capa sujeta por lanzas, estaba el rey Felipe.

Guido de Lusignan llegó allí antes que Rouquin, parloteando como una ardilla.

—Ya veis lo que pasa, mi señor: no puedo darle la espalda...

Ricardo resopló y Guido se calló. Rouquin se acercó un poco más; Ricardo estaba mirando Acre con el ceño fruncido, con arrugas profundamente talladas en su rostro. Tenía el pálido cabello húmedo por el sudor. El resto del ejército se había dispersado y los templarios habían vuelto a sus oraciones, pero Enrique de Champaña, el imparcial y siempre sonriente primo, se dirigía hacia allí. Rouquin se secó la cara con un trapo. Había notado que tenía algo sobre el ojo, y al mirar el trapo descubrió que era sangre fresca.

—Yo digo que intentemos forzar la puerta —dijo Felipe. Estaba sentado, retorcido y con las manos metidas en las mangas, sobre su banco acolchado. Tenía los ojos legañosos, y una capucha blanca le cubría la cabeza. Rouquin miró la ciudad.

A la luz del mediodía, Acre parecía una grumosa masa de oro, con la ciudadela asomándose y el rompeolas meciéndose contra el agua azul. Era duro ver tantas defensas en pie todavía, a pesar de que los escombros causados por el ataque estaban ahora en su camino tanto como antes lo había estado la muralla.

—Esperad —dijo—. ¿Qué es eso?

A su lado, Ricardo se giró para mirar lo que señalaba: la puerta se abrió y la atravesó un hombre con una bandera blanca.

—Uhm. Quieren hablar —dijo Ricardo. Se incorporó, sacó las piernas de la litera y se puso en pie—. Sacad esta cosa de aquí.

Los portadores se llevaron la litera rápidamente.

Felipe se retorció en su taburete, pero no se levantó. Parpadeó rápidamente, mirando al pequeño grupo de hombres que avanzaba trabajosamente por el camino hacia los reyes de la cruzada.

—Mi señor, mirad allí —dijo Mercadier.

Rouquin levantó la cabeza. En el este, justo más allá del límite del campamento de los cruzados, una tropa de jinetes cabalgaba sobre el espinazo de la colina.

—Por la sangre de Cristo —dijo Ricardo—, está al tanto de todo lo que pasa. Yo estoy aquí, y Saladino está a kilómetros de distancia, pero todo lo que ocurre es orden suya.

El rey inglés envió a un paje para que llamara a Hunfredo de Torón.

—Son grandes soldados —afirmó Rouquin.

—¿Y a quién si no merecería la pena combatir? —contestó Ricardo. Parecía sentirse con fuerza suficiente para mantenerse en pie y se apartó de Felipe, que estaba encorvado sobre su banco como un colegial—. Pero los derrotaremos.

Algunos de los cruzados acampados intentaron acercarse a ellos rápidamente para ver lo que pasaba: Conrado de Montferrato llegó caminando a grandes zancadas y se colocó entre Ricardo y el banco. Tras él venía el duque germano. Conrado sacó pecho.

—No querréis llevar a cabo vuestras conversaciones sin mí, ya que hablo un árabe excelente.

Conrado hizo una mueca de desdén al ver a Guido, y éste se adelantó vehementemente, con el rostro enrojecido y la boca abierta para comenzar a ladrar.

—Parad —dijo Ricardo, y todos guardaron silencio.

Guido se miró los pies. Los jinetes sarracenos estaban casi allí, y el grupo que venía de la ciudad avanzaba cautelosamente por la carretera. A su alrededor, los cruzados que se habían detenido sobre la pendiente estaban cada vez más cerca, en silencio y atentos. Incluso algunas de las mujeres habían salido de sus tiendas. Hunfredo de Torón se abrió paso entre la multitud, haciendo reverencias.

—¿Qué está haciendo él aquí? Ni siquiera sabe luchar —dijo Conrado con los labios curvados—. Y eso sumado al resto de cosas que no sabe.

—Traduciré para nosotros —le contestó Ricardo, y miró a Felipe, que estaba tirándose del labio inferior con el ceño fruncido.

—No necesitáis que...

—Si comete un error, decídmelo —dijo Ricardo—. No veo ningún problema en ello.

Hunfredo echó a Conrado la más breve de las miradas. Los sarracenos tiraron de las riendas a unos pasos de distancia, y varios de ellos desmontaron y se acercaron. Hunfredo se dirigió al que llevaba el tocado más elegante, ya que obviamente era el líder, y éste hizo una ligera reverencia y le contestó. Estaba claro

que se conocían.

—Mis señores, os presento a al-Malik al-Adil Saif ad-Din, hermano del siervo de Dios Yusuf ibn Ayyub, Salah ad-Din, sultán de Egipto y Siria.

—Sí, sí —dijo Rouquin, entre dientes. Ya había oído hablar de aquel hombre varias veces; los cruzados lo llamaban Safadin—. Continúad.

Hunfredo continuó hablando. Ricardo hizo una reverencia y Felipe, por fin, se puso en pie y presentó sus respetos, a lo que los sarracenos respondieron de igual forma. Hunfredo se giró y habló con el sarraceno en árabe, presentándole a cada uno de los reyes. Finalmente, todos hicieron una reverencia de nuevo. Conrado se mantuvo todo el tiempo con los brazos cruzados sobre el pecho y la boca cerrada. Rouquin miró a los hombres de Acre, que estaban apoyados sobre el asta de su bandera bajo el cálido sol. Uno de ellos se sentó en la carretera.

—¿Cuál es su propósito al visitarnos? —preguntó Ricardo a Hunfredo mientras miraba con intensa curiosidad a los sarracenos, sobre todo a los hombres de la ciudad.

Felipe volvió a sentarse en su banco.

El hombre que tenía el mástil habló con Safadin, que le respondió con brevedad, y después se dirigió a Hunfredo.

—Quieren fijar los términos de la paz —dijo Hunfredo.

Felipe suspiró. Los hombres a su alrededor comenzaron a murmurar y rápidamente se silenciaron, solemnes.

—¿Entregarán la ciudad? —le preguntó Ricardo.

—Sí. Quieren saber el precio, si ceden, por perdonarlos a todos.

Una susurrada excitación brincó entre la multitud, pero nadie dijo nada. Safadin, el sarraceno, se mantuvo firme como una lanza, con la cabeza hacia atrás y los ojos severos.

—¿De cuántos hombres estamos hablando? —le preguntó Ricardo.

Hunfredo y el hombre junto a la bandera hablaron un poco, y a continuación el caballero respondió.

—No lo sabe a ciencia cierta. Quizá tres mil.

—Tomaremos la ciudad —dijo Ricardo—. Bajo este acuerdo, la guarnición tiene libertad para marcharse.

A continuación, levantó un dedo ante cada demanda.

—Doscientos mil dinares. Saladino liberará a todos los prisioneros cruzados. Y nos devolverá la Vera Cruz. Después, todos los hombres de Acre podrán irse en libertad.

Safadin estalló inmediatamente, casi sin permitir a Hunfredo que hiciera el cambio de idioma. Era evidente que el sarraceno entendía el francés; su oscura y furiosa mirada les mostró su opinión incluso antes de que Hunfredo hubiera terminado de hablar.

—¡Es una suma exorbitada! Eso no es posible.

Ricardo habló directamente al sarraceno; extendió una mano hacia los defensores apostados junto a la bandera blanca.

—Estos son hombres valientes. Han luchado como demonios, o como ángeles. Os han entregado la sangre de su corazón, y vos, con las arcas de medio mundo, decís que un poco de dinero es demasiado para rescatarlos.

Los dos reyes de Jerusalén se movieron y asintieron.

—Por una vez, creo que estamos de acuerdo —murmuró Felipe desde el banco. Lanzó una mirada al hombre que había a su lado y éste se marchó y volvió con una copa. La multitud reunida a su alrededor se inclinó hacia delante, sin aliento.

—Quizá si... —comenzó el germano del cabello oscuro.

—¿Discutís por el honor de Acre? ¿O por la comodidad del sultán? —le preguntó Ricardo a Safadin.

Una vez más, el sarraceno apenas dejó que Hunfredo tradujera sus palabras. Tenía la voz tensa, tajante.

—En Siria no hay demasiado dinero. Renunciaría a los Cielos para liberar a estos hombres, pero tampoco puedo hacerlo.

—Quizá... —dijo Leopoldo.

El rey de Francia se inclinó hacia delante.

—Entonces, rechazáis los términos.

El hombre de la bandera estaba hablando con los que lo acompañaban, y el sarraceno que se había sentado en la carretera se puso en pie. Todos hablaban a la vez, inclinándose juntos como si estuvieran sosteniéndose los unos a los otros y con las manos extendidas hacia Safadin, como si le rogaran.

—Dicen que no tienen provisiones y que no pueden conseguir más, que no han tenido nada adecuado para comer en meses, que incluso las ratas han desaparecido, que no pueden continuar así —susurró Hunfredo a la espalda de Ricardo.

El rey resopló. Rouquin había vivido un par de asedios y conocía el sabor de las ratas.

—Son grandes soldados —volvió a decir entre dientes.

Ricardo lo miró y dio un paso, alejándose de todos.

—Ya conocen nuestros términos —dijo Felipe, mirando con mordacidad a Ricardo—. Yo digo que los tenemos cogidos por las pelotas. Hagámosles pagar.

Ricardo estaba mirando Acre, la destrozada ciudad dorada a sus pies.

—¿En qué luna estamos? —preguntó.

—Creciente, aún no está llena —le contestó Rouquin.

—Entonces tenemos un par de días más. —Se dirigió de nuevo al sarraceno directamente—. Esos son los términos. Aceptadlos, o no habrá paz.

El sarraceno elevó las riendas.

—Sois un hombre duro, *Malik Rik*. Dejemos que continúe la contienda.

Safadin echó una larga mirada al hombre junto a la bandera, montó en su caballo y se alejó galopando. Sus hombres lo siguieron. Los defensores arrastraron su bandera de tregua de nuevo hasta la puerta.

—Bien —dijo Ricardo.

Felipe chasqueó la lengua y miró a Ricardo con sus enrojecidos ojos, pero éste se giró y dejó que sus siervos lo portaran de nuevo hasta su tienda. El resto de la gente, decepcionada, también comenzó a marcharse de allí. Rouquin dejó escapar un suspiro y fue a comprobar su armadura.

7

ACRE

El sol se puso en una sangrienta brama de humo y polvo. Edythe estaba junto a la puerta de la tienda de la reina, donde el aire era más frío, aunque no más dulce.

—Al menos, cuando tengamos Acre todo habrá terminado —dijo Juana, en el interior de la tienda—. Podrán decir que han finalizado su trabajo y marcharse.

Edythe pensó que nada tan intermedio como tomar Acre satisfaría a Ricardo. Bajó la solapa de la puerta de la tienda y entró para colocar más velas. Juana parecía cansada. Edythe llevó a la reina una copa de ojimiel para confortarla. Lilia había desaparecido de nuevo. Se fueron a la cama temprano.

En mitad de la noche, el estruendo de los cuernos la despertó con un sobresalto; se incorporó y escuchó el galope de los caballos, en algún lugar en la distancia, y gritos. Los caballos estaban acercándose. Retiró la delgada manta. Lilia no había aparecido, y ella estaba sola en el camastro.

—¿Mi señora? —llamó, y entonces alguien gritó fuera y escuchó pies corriendo, docenas, cientos de pies que pasaron junto a la tienda, y los gritos de

metal de los cuernos cerca y lejos.

—¡Edythe! —gritó Juana.

La doncella se acercó rápidamente al camastro de la reina, que estaba de pie, poniéndose el vestido por la cabeza... La ayudó a bajarse la falda y a anudar los cordones.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Edythe; llevaba puestas solo las enaguas, y buscó apresuradamente más ropa.

—No lo sé —le respondió Juana.

Un hombre con cota de mallas y una espada entró en la tienda.

Las dos mujeres retrocedieron; Juana extendió el brazo para cubrir la desnudez de Edythe, y ésta buscó un arma. La expresión del rostro del caballero era feroz, pero no por haberlas visto. Las saludó y gritó, con voz atronadora:

—Tenemos guardias alrededor de vuestra tienda, señora... No temáis, quedaos donde estáis.

Y salió apresuradamente de nuevo.

—Estamos siendo atacados —dijo Juana, y elevó las manos, para orar o para apartar algo.

Estaban solas en la tienda, ya que incluso los pajes se habían marchado. Edythe se puso una túnica por la cabeza y la bajó tirando de los cordones de la espalda. Consiguió colocarse el vestido sobre los hombros y se ató el cinturón torpemente hacia atrás, pero no pudo tensarlo lo suficiente. Juana cortó la mecha de la única lámpara que estaba encendida y la luz aumentó, amarilla.

De repente, Edythe se acordó de Berenguela.

—Mi señora, la joven reina...

—Salid a buscarla, estaremos mejor si estamos juntas —le dijo Juana, y encendió otra vela con la primera—. ¿Dónde está Lilia?

Edythe salió de la tienda y se sumergió en la oscuridad. Había un guardia a cada lado de la puerta. Uno de ellos estaba intentando encender una antorcha. El aire

era fuerte y cálido, y estaba lleno de polvo y del hedor del humo y la basura. Podía escuchar tambores tras la cima donde estaban las tiendas... al este, en dirección al campamento de Saladino. Desde allí también llegaba un estruendoso griterío y el relinchar de los caballos. Los sarracenos estaban atacando... Debían estar golpeando a través del muladar, una batalla entre la basura.

La antorcha se inflamó y proyectó su intensa luz a su alrededor. Una multitud de hombres y chicos pasó corriendo junto a ella desde el sur, dirigiéndose hacia la batalla, algunos en cota de mallas y otros agitando sus espadas, muchos de ellos descalzos. Los diez metros a lo largo de la línea montañosa hasta la tienda iglesia, donde seguramente estaba Berenguela, parecían estar imposiblemente lejos. Echó a correr justo cuando otra multitud, esta vez a caballo, apareció en su camino.

Se detuvo y se quedó inmóvil, paralizada y sin respirar, hasta que pasaron estrepitosamente a cada lado; un caballo la rozó y la chica se tambaleó, pero continuaron adelante, precipitándose más allá de las tiendas hacia la batalla que se desarrollaba bajo la ladera, y ella solo cayó sobre una rodilla. Una flecha golpeó la tienda más lejana, y después lo hizo otra, pero no consiguió penetrar y solo hizo que la tela se agitara. Edythe corrió hasta la estrecha abertura de la tienda que servía de iglesia.

Aquella tienda era mucho mayor que la de Juana. Era profunda y oscura, excepto en un espacio cerca de la parte posterior donde brillaba una vela. Aquel era el altar. A su alrededor estaban apiñadas la joven reina y sus doncellas, rezando. Cuando Edythe entró Berenguela levantó su delgado y pálido rostro.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Estamos siendo atacados —le contestó Edythe—. La reina Juana dice que deberíamos estar todas juntas. Quiere que vayáis allí.

Berenguela se lamió los labios; echó una mirada a las dos mujeres navarras y después, de nuevo, a Edythe.

—No. Nosotras nos quedamos. Dios nos ayudará. Y nadie más.

—No, por favor, debéis... —dijo Edythe.

—Me quedo.

Berenguela se inclinó sobre sus manos de nuevo, orando. Edythe se rindió y volvió a la entrada delantera de la tienda.

En el exterior, en la oscuridad, el estruendo y los bramidos de la batalla sonaban como si estuvieran subiendo la ladera hacia ellos. El amplio espacio abierto ante ella estaba pisoteado, pero vacío. No había centinelas ante la iglesia, y los hombres que se suponía que debían proteger la tienda de Juana también se habían marchado; la antorcha estaba apagada en el suelo. Eso significaba que Juana estaba sola. Se encaminó hacia allí, pero, antes de haber dado un paso, tres hombres se precipitaron desde la parte de atrás del campamento hasta el campo abierto.

Se giraron un instante para mirar atrás, con los rostros atemorizados, y después se marcharon corriendo. Tras ellos, entre las tiendas, media docena de hombres avanzaban en su dirección, marchando hacia atrás y formando una línea, intentando defenderse. A pie, arremetían con espadas, puñales e incluso con una lanza rota. No podían contener al enemigo; una estruendosa oleada de jinetes con ondeantes túnicas blancas los perseguía subiendo la ladera y, uno a uno, los hombres a pie estaban cayendo.

Edythe no podía moverse. Los jinetes que se acercaban eran sarracenos y estaban matando a su gente. Estarían sobre ella en un momento. Se sentía clavada al suelo, y tuvo que esforzarse incluso para respirar. Juana, pensó. Juana. Entonces, dos caballos negros pasaron a toda velocidad entre aquella tienda y la siguiente. Las blancas sobrevestas de sus jinetes brillaban como velas en la oscuridad. Bajaron las lanzas y cargaron, pasando junto a los cristianos en retirada, contra los sarracenos.

Edythe gritó, sin aliento. Ante los dos jinetes negros, los sarracenos de túnicas blancas parecían, de repente, pequeños y frágiles; los caballeros se estrellaron contra ellos como si fueran una hilera de muñecos y los derribaron colina abajo, más allá de las tiendas. Un momento después, el espacio entre las tiendas estaba vacío, a excepción de dos cuerpos que yacían, retorcidos, en el suelo. Edythe se acercó rápidamente al más cercano para ver si podía ayudarlo, pero al primer vistazo supo que estaba muerto. El otro también había fallecido. Se incorporó. A su alrededor reinaba el silencio y nada se movía, pero a lo lejos se alzó el alarido de un millar de gargantas. Los tambores tronaban.

Juana. Miró rápidamente sobre su hombro, hacia la tienda de la reina, pero no vio nada y se giró de nuevo en dirección a la batalla.

El sol aún no había salido, pero el cielo estaba iluminándose. A su izquierda, más allá de la tienda del rey de Francia, podía ver la serpenteante línea de la cresta que se dirigía al mar. La batalla bramaba a lo largo de la colina, y, en el lóbrego amanecer, estaba combatiendo una gran masa de enredadas sombras: allí se alzaba un brazo, más allá se encabritó un caballo, en aquel punto pudo vislumbrar un casco... pero todo lo demás era un único y extenso hervidero de furia, como si todo estuviera disuelto en aquella negra fisura. Sin cesar, más caballeros atravesaban el campamento galopando y desaparecían en el campo de batalla. Un caballo sin jinete descendió por la cima un par de pasos, con las riendas azotando el aire, y a continuación giró por voluntad propia y volvió a adentrarse en la batalla.

Entonces Berenguela se acercó a ella, con las dos mujeres navarras tropezando y lamentándose en su estela. La reina tenía el rostro blanco. Se sostuvo la falda con ambas manos y se abrió paso a través del claro, evitando los dos cuerpos retorcidos. Edythe se incorporó y extendió las manos. Juana salió corriendo de entre las tiendas hacia ellas.

Por fin estaban todas juntas. El rostro de Juana brillaba.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde habéis estado? —gritó, y las rodeó con los brazos—. Nos han abandonado... Los guardias han desaparecido.

—Deprisa —dijo Edythe. Berenguela la tenía fuertemente cogida de la mano. Entrelazó su brazo libre con el de Juana y las arrastró hacia el punto a cubierto más cercano, la pared lateral de la tienda del rey francés, que estaba muy cerca de la del rey Guido. Desde aquel lugar, lo único que podían ver era la lona manchada y un trocito del cielo que palidecía sobre ellas. Cerca de ellas gritó un hombre y un cuerno comenzó a soplar una y otra vez.

Berenguela se santiguó. Juana siguió avanzando por el hueco entre las tiendas, y Edythe la siguió. Desde la entrada se veía la parte inferior de la larga ladera. En el este había una delgada línea roja entre el día y la noche. La nueva luz del sol se derramaba sobre el borde del mundo, proyectando gigantescas sombras sobre el suelo pisoteado. Incluso en la oscuridad, el combate hervía a través del barranco en la base más alejada de la ladera.

—El Apocalipsis —susurró Juana. Buscó a tiendas y cogió la mano de Edythe. Berenguela se había acercado a ellas, envuelta en su chal.

Pero ya había terminado. La batalla había concluido, y entonces, a lo lejos, solo había hombres corriendo. Edythe había visto el fin del mundo, la negra grieta

abriéndose, pero finalmente se había cerrado y el mundo seguía allí. Las mujeres miraron el lejano combate.

—Gracias a Dios. Se están rindiendo —dijo Juana.

—Volvamos —dijo Berenguela—. Vayamos dentro.

Juana regresó tras ella atravesando el espacio entre las tiendas. Edythe la siguió. Tenía las manos temblorosas y sentía la súbita necesidad de llorar. Al parecer, Berenguela no iba a volver a la iglesia. Incluso ella necesitaba compañía.

Un tremendo alarido subió desde la parte inferior de la ladera, un rugido de triunfo que resonó en la cima durante un largo momento. No parecía salido de la garganta de hombres ordinarios, sino de la de una enorme bestia: la Cruzada. No estaban en el camino hacia la paz, sino hacia una guerra interminable. La doncella fue rápidamente tras las otras mujeres, sintiendo frío.

Juana tropezó al entrar en su tienda y Berenguela retrocedió, alzando las manos. Tras ellas, Edythe vio el cuerpo en el umbral y sofocó un grito.

—Es Lilia —dijo Juana.

—Oh, Dios mío.

Edythe cayó de rodillas junto a la chica y posó las manos sobre su cuerpo. Lilia estaba tan tesa como un trozo de madera.

Llevaba horas muerta. Berenguela se apartó y se dirigió al reclinatorio. Juana se inclinó sobre Edythe y la doncella muerta.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé.

No encontró ninguna herida aunque, de todos modos, una herida no habría tenido sentido; la joven debía haber muerto mucho antes de que comenzara el combate.

—Malditos sean. Malditos sean los sarracenos —dijo Juana—. Mi pobre Lilia. Ahora casi apoyo la cruzada.

Edythe no dijo nada. Echó hacia atrás cuello del vestido y el cabello de Lilia;

su garganta, bajo la barbilla, estaba amoratada y tenía unas largas marcas como de huellas de dedos. Su estómago se tensó. Pobre Lilia, pensó. Su amante, después de todo, no era tan dulce. Le quemaban los ojos. Pobre Lilia.

Escuchó pasos a su alrededor. Rouquin entró en la tienda y pasó junto a ella para colocarse al lado de Juana. Tenía el cabello despeinado y no llevaba cota de mallas, solo el tahalí sobre la camisa.

—Les hemos hecho retroceder, en la llanura. Ésta era su última oportunidad, pero los hemos derrotado. Es posible que mañana tomemos Acre. —Giró la cabeza y descubrió a la mujer muerta que yacía casi a sus pies—. ¿Qué demonios? ¿Cómo ha pasado esto?

El hombre se puso en cuclillas y colocó una mano sobre Lilia.

—Nos fuimos y, cuando volvimos, ya estaba ahí —le explicó Juana—. No teníamos guardias. Si hubiéramos estado aquí seguramente también nos habrían matado a nosotras.

Rouquin se incorporó, mirándola fijamente.

—¿A qué te refieres? ¿Salisteis? ¿Abandonasteis la tienda? ¿En qué estabais pensando, mujer? —le preguntó alzando la voz, quejumbroso—. Debéis quedaros donde podamos protegeros.

—Oh, nos protegisteis muy bien —replicó Juana—. En todo ese tiempo no apareció un solo guardia.

—Pero ganamos. Y si os quedáis donde debéis al menos sabremos dónde estáis —dijo Rouquin, con dureza, y a continuación volvió a bajar la mirada—. Siento lo que ha pasado. Yo me ocuparé de ello.

El caballero ordenó a sus hombres que se llevaran el cadáver.

Edythe se puso en pie. Necesitaba estar sola, así que fue al lateral de la tienda donde estaban los camastros y se entretuvo aireando la arrugada ropa de cama. Juana se dejó caer en una silla y rompió a llorar. Berenguela comenzó a rezar. A Edythe le temblaban las manos y tuvo que esforzarse para que la sábana sobre la cama de la

reina quedara lisa.

Un par de minutos más tarde, salió para buscar a un paje que les trajera comida, y Rouquin se acercó a ella.

—Esperad —le dijo, con su habitual gracia.

Edythe se detuvo y lo miró.

—Mi señor.

—Una vez me hicisteis una pregunta, y ahora yo tengo otra para vos. ¿Qué está pasando aquí?

La chica lo miró fijamente, sorprendida. No creía que nadie supiera realmente lo que estaba pasando.

—¿A qué os referís?

—A esa chica no la mataron durante la batalla. ¿Qué le ha pasado?

—Tenía un amante —le explicó Edythe—. Se veía con alguien... Con alguien de una clase superior, o eso pensaba ella. Pero yo no sé quién era.

—No la mataron ahí. La dejaron en ese lugar después. Podría ser una advertencia. O un aviso. Algo.

Un escalofrío recorrió la espalda de la doncella. Bajó los ojos. Intentó recordar todo lo que Lilia le había dicho, y eso la condujo a pensar en el joven que se había tropezado con la doncella en el mercado para entregarle una nota.

—No lo sé —respondió.

—Manteneos alerta. Si descubris algo, enviadme un mensaje.

—Sí, mi señor.

—Tened cuidado —dijo Rouquin, y se marchó. Edythe se quedó allí unos minutos, intentando descifrar todo aquello, pero se rindió y fue a buscar al paje y a su desayuno.

Juana fue a misa para rezar por Lilia; mientras volvía, el Gran Maestre de los templarios se acercó a ella, como por casualidad. Durante unos minutos caminó a su lado con los ojos fijos al frente, como si no la viera.

—Debo hablar con vos, mi señora. Esperad mi llamada —le dijo.

—¿Qué...?

Pero el hombre ya le había dado la espalda y estaba alejándose. Le había dado una orden, como si tuviera algún poder sobre ella. Intentó pensar en alguna razón para ello que no tuviera que ver con su encuentro con Felipe Augusto a espaldas de Ricardo. Y entonces pensó en Lilia, y su cuerpo se quedó frío.

Por la mañana, la bandera blanca se agitó de nuevo en la puerta de Acre. Edythe salió con el resto de damas para observar la escena mientras Ricardo y los grandes señores de la cruzada se reunían con los líderes de la guarnición. Rodeados por sus subalternos, los cruzados formaban una gran manada que esperaba en la parte superior de la carretera. El resto del ejército, esparcido sobre la ladera a su alrededor, se estaba acercando lentamente.

Edythe estaba entre aquella gente que se acercaba a los reyes. Los agotados hombres de Acre comenzaron a arrastrar su bandera de tregua hacia ellos. Contra su voluntad, la doncella buscó al rey francés. Lo encontró envuelto en un elegante vestido y con un pañuelo blanco alrededor de la cabeza.

Ricardo empezó a hablar.

—Conocéis mis términos. Nada ha cambiado. Son los mismos que la última vez.

Edythe comenzó a prestar atención a aquello; Hunfredo de Torón, que estaba allí, tradujo lo que Ricardo había dicho al hombre que estaba bajo la bandera blanca.

Éste era el comandante de la defensa de Acre. Estaba harapiento. Se le veían los huesos de los hombros incluso a través de la camisa, y estaba abrazado al asta de la bandera. Tenía los labios llenos de llagas. Habló, y Hunfredo se dirigió a Ricardo

y le dijo:

—Está de acuerdo. Se rinden.

Edythe ahogó un grito. Su estado de ánimo, que había estado tan bajo, se alzó como una golondrina. A su alrededor, entre los cruzados que estaban lo suficientemente cerca para haberlo oído, creció un clamor que se extendió resonando a través de todo el campamento.

—Es la voluntad de Dios... ¡La voluntad de Dios!

El andrajoso sarraceno se derrumbó contra el asta. Ricardo se dirigió al resto de señores.

—Mis señores, ¿estáis de acuerdo?

Su voz sonó átona, aunque había tenido que gritar para que lo oyeran sobre el estruendo.

Guido y Conrado asintieron mientras parlotaban alegremente. El rey francés miró a Ricardo como un perro en una pelea. La tela que llevaba en la cabeza se había deslizado hacia atrás y mostraba su huesuda calva. Sus labios se retorcieron sobre lo que quedaba de sus amarillentos dientes. Edythe, a un par de pasos de distancia, no oyó nada, pero supo que había hablado por la atronadora ovación y la erupción de alborozo que se produjo en el campamento. En la ladera, los cruzados comenzaron a moverse y descendieron hacia Acre en una caótica marea.

Su euforia se desvaneció. Bajó los ojos y la embargaron las dudas. Desconocía el significado real de todo aquello. ¿Había terminado? Entonces descubrió que alguien más cabalgaba hacia el campamento portando una bandera blanca, pero esta vez desde el este. Eran sarracenos, los enviados del sultán Saladino otra vez. Aquel era su verdadero enemigo. Su corazonada había resultado ser cierta: nada había terminado.

Se detuvo. Hunfredo tenía las manos entrelazadas sobre su cinturón. Ricardo, sin parpadear, miró fijamente al rey francés hasta que, finalmente, Felipe Augusto bajó los ojos. Ricardo se dirigió a Hunfredo, y Edythe vio cómo se movían sus labios pero no pudo oírlo. En seguida, los recién llegados estaban junto a ellos. Alguien dio un grito y la muralla de criados se dividió para dejarlos pasar. La multitud se había movido colina abajo para no ser un estorbo entre los sarracenos que se acercaban y los reyes.

Tres de los sarracenos desmontaron de sus caballos y avanzaron. Bruscamente, sin haber recibido el permiso de los reyes y señores a su alrededor, el líder se acercó al andrajoso hombre apoyado sobre la bandera y le habló en su propio idioma, haciéndole una larga pregunta. El harapiento pronunció solo una sílaba y el sarraceno elevó las manos, miró el cielo y dijo algo que, claramente, no era una humilde oración de gracias.

—Saludos, mi señor Safadin. Bienvenido a Acre.

El sarraceno se quedó inmóvil un momento. Era alto y no demasiado joven, y vestía una sencilla túnica blanca; era, pensó Edythe, el hombre más apuesto que había visto nunca, y hacía que incluso el elegante Conrado pareciera tan tosco como la arcilla. Los fuertes y tallados rasgos oscuros del sarraceno destacaban bajo su afilada barba negra, y sus espesas cejas se curvaban sobre sus grandes ojos oscuros. Llevaba una túnica espléndidamente bordada, un fajín de tela dorada y un turbante intrincadamente trenzado.

—¿Cuáles son los términos de la paz? —preguntó de repente en un claro francés.

—Los mismos que os comuniqué anteriormente. Entregaré los restos de esta guarnición por doscientos mil dinares, todos vuestros prisioneros francos serán liberados y nos devolveréis la Vera Cruz.

El sarraceno, Safadin, elevó las manos.

—El sultán no aceptará eso. —Miró al hombre bajo la bandera y pronunció otra retahíla en su propia lengua. A continuación se dirigió a Ricardo de nuevo—. No podemos aceptarlo. No podéis aceptar esta rendición.

—Mi señor —dijo Ricardo, extendiendo la mano en dirección a la ciudad—, ninguno de nosotros tiene elección.

Safadin se giró para mirar el lugar que señalaba, y el resto de cabezas se movieron al unísono hacia la ciudad. Un grito de espanto se alzó de las gargantas de los sarracenos, pero los cruzados comenzaron a lanzar ovaciones triunfales.

Edythe siguió su mirada. La oleada de cruzados, tras cruzar la tierra batida, había traspasado la muralla rota. Estaban inundando la ciudad. De repente, sobre los restos de la torre junto a la puerta se alzó un estandarte, agitándose en el viento.

El rey de Francia se mostró ufano: aquel era su banderín verde. Pero entonces

se desplegó junto a éste, y más alta, la gran bandera azul de Ricardo.

El bramido que elevaron los cruzados hizo que a Edythe le zumbaran los oídos. Safadin echó la cabeza, cubierta por el turbante, hacia atrás, giró sobre sus talones y se acercó a su caballo. Un segundo después atravesó al galope, junto a su escolta, el casi desierto campamento de los cruzados. Edythe tenía las manos sobre las orejas. Sin dejar de mirar hacia Acre, las bajó y se preguntó si a partir de entonces podrían entrar allí y vivir en una casa de verdad. Junto a los estandartes de los dos reyes apareció una tercera bandera, una negra con un emblema amarillo.

La doncella suspiró. Miró de nuevo el campamento y descubrió allí a Juana, que había salido de su tienda para ver qué estaba pasando. El grupo de señores cruzados comenzó a disolverse. El rey francés se alejó cojeando, y un paje lo siguió con su taburete. Los dos reyes de Jerusalén se miraron el uno al otro un momento, mientras permitían a sus subalternos que hablaran con ellos en privado. Ricardo se quedó allí con Rouquin. Miraba la ciudad con el rostro resplandeciente y los ojos más brillantes que el cielo.

—Lo hemos conseguido. Y la luna ni siquiera está llena aún —dijo el rey, y entornó los ojos, enfadado—. Quita ese estandarte austríaco de la torre.

Ricardo se alejó, pidiendo a gritos su caballo. Rouquin se dirigió a Acre; después de un par de pasos, comenzó a correr. Edythe caminó a través de la basura, los restos carbonizados y el polvo del campamento, hacia Juana.

Juana estaba en el centro de la tienda dirigiendo las labores de embalaje. Después de la batalla, Berenguela no se había apartado de ellas, pero tampoco había hablado demasiado. Había cambiado, de algún modo. En su rostro había aparecido una expresión inquisitiva, una especie de deferencia, aunque no hacia ninguna de ellas. Se pasaba la mayor parte del tiempo sentada, sola y con la frente arrugada. En aquel momento estaba en un taburete junto a Juana mientras sus damas y sus pajes empacaban sus cosas.

Edythe estaba doblando la ropa de cama y sacudiendo los vestidos y las enaguas; se inclinó y sacó uno de los arcones de debajo del camastro para guardarlos. Escondida allí, tras el arcón, descubrió una pequeña caja. Aquella había sido la cama de Lilia, así que, seguramente, era suya.

—¿Qué debo hacer con las cosas de Lilia?

Juana la miró fugazmente.

—¿Qué cosas?

—Su ropa.

Edythe colocó el vestido de la chica fallecida sobre la cama, recordando cómo le quedaba y cuánto le gustaba el delicado tejido de seda. Juana se acercó a ella e, inmediatamente, vio la pequeña caja.

—¿Qué es eso?

Edythe metió la ropa de cama y el vestido de Lilia en el arcón. La reina se agachó para coger la cajita. Pidió a los pajes que desmontaran el camastro y se lo llevaran, se giró para tener más luz, y abrió la tapa.

La caja media dos palmos de largo y uno de ancho, y no era profunda. Juana hurgó con un dedo entre los pocos adornos, lazos y peinetas que contenía.

—Son baratijas. Pobre chica. ¿Qué es esto? —preguntó, sacando un pequeño paquete envuelto en seda.

Edythe se acercó para mirar.

—¿Qué son?

Juana había apartado la seda. Se movió, incómoda, y su voz se hizo más débil.

—Cañas. Hay muchas. —Volvió a meter el paquete en la caja y lo tiró todo al brasero—. Le dije que no fuera tan despreocupada con los hombres.

La reina se alejó caminando rápidamente, con la espalda tensa.

Edythe, desconcertada, la observó marcharse. Juana había estado muy nerviosa últimamente. Se preguntó qué papel tendrían las cañas en todo aquello. Su mente volvió al día en la playa, cuando vio a Lilia recibir un recado secreto; podría haber sido eso. Al parecer tenían algo que ver con un hombre, pero no entendía el porqué del enfado de Juana. Miró el brasero donde ardía la caja, con las cañas ya quemadas.

En cuanto supieron que habían vencido, los cruzados comenzaron a tomar las calles de Acre. La guarnición rendida se retiró tras una hilera de lanzas hasta el interior de un pequeño barrio amurallado para esperar hasta que pagaran su rescate. El rey Felipe exigió hacerse cargo de su custodia, pero Ricardo dispuso que había que alimentarlos. El resto de los cruzados entraron en la ciudad y tomaron lo que quisieron.

Las reinas y sus pequeños séquitos entraron casi al final del día, cuando el campamento estaba ya casi desierto y las calles de la ciudad más vacías. Entraron a través de la puerta principal, donde, en aquel momento, solo ondeaban los estandartes del rey de Francia y de Ricardo. Los rumores decían que el duque de Austria, cuyo estandarte había arriado Rouquin había partido inmediatamente a Occidente.

El ejército tenía muy pocos caballos. Ricardo había enviado monturas solo para su hermana y su esposa, así que Juana cabalgaba primero, con Berenguela a su lado. El resto de las damas caminaban tras ellas en un pequeño desfile.

La puerta estaba destrozada, aunque ya había cristianos trabajando en la muralla y colocando las grandes piedras de nuevo en su lugar. El pavimento de la estrecha calle estaba roto y polvoriento. El camino las llevó junto a las primeras casas de la ciudad. La batalla las había alcanzado, sus paredes y tejados se habían convertido en escombros y sus jardines en polvo.

Sin embargo, Acre era suya. Habían recuperado la ciudad de nuevo para Cristo. Edythe, que caminaba junto a Berenguela, notó que su estado de ánimo mejoraba y miró a su alrededor, entusiasmada. Pasaron a través de la momentánea y fría

oscuridad bajo un pasaje abovedado. Más allá, la calle se ampliaba repentinamente dando paso a una plaza.

Ya estaban en lo más profundo de Acre. Las casas allí todavía tenían tejados y paredes, aunque todas las verjas estaban rotas, las puertas habían desaparecido y los jardines entre unas y otras eran solo polvo y piedras. Lo que había sido una escamosa palmera con corona de plumas en una esquina en aquel momento era solo un tocón de dos metros que comenzaba a pudrirse.

Aun así, la ciudad era hermosa. En algunas zonas quedaban sobre los muros algunos elementos decorativos: dos metros continuos de filigrana de piedra, o un único trébol tallado. Las formas de las casas invitaban a entrar. Estaban cerradas por blancas paredes, pero a través de las verjas y puertas abiertas podía ver el interior, que estaba pintado de alegres colores, tenía suelo de azulejos y diseños e imágenes ilustrando los muros exteriores. En algunos había huellas de manos de color marrón oscuro que parecían estampadas con sangre antigua.

Aquel lugar parecía abandonado. Los cruzados se habían mudado a la ciudad, pero ésta era tan grande que se los había tragado. En algún lugar distante escuchó un grito y un par de pajes corrieron hasta un cruce, más allá de la alta piedra amarilla de un muro; los balcones sobresalían como mandíbulas bajo el borde del tejado, cubiertos de enrejados que parecían extraños dientes.

Su nariz captó el penetrante olor de la costa, pero ninguno de los abundantes aromas de la vida. Aquel lugar estaba muerto. En el pálido cielo sobre su cabeza no volaba ningún pájaro: ni palomas ni buitres, y no había gatos tomando el sol sobre los altos muros, ni perros merodeando por allí.

Entraron en otra plaza adoquinada donde había guardias en las puertas de las casas amuralladas. En el centro de la plaza había una fuente destrozada con un ángel de piedra en el centro al que le faltaba la cabeza y un ala. Derramaba agua invisible desde una concha hasta una pila vacía, llena de hierbajos secos.

A los pies de la fuente había un montón de trapos que asustó a los caballos. Juana ya había pasado de largo antes de que una mano surgiera de entre los harapos, y una débil voz graznara: «Por el amor de Dios. Por el amor de Dios».

El caballo de Berenguela se asustó, y uno de sus escoltas se detuvo para coger su brida. Edythe aminoró el paso. Al pasar, su mirada se posó en el harapiento, preguntándose si era un hombre o una mujer, sarraceno o cristiano. Había hablado en francés. Entre los jirones de su caperuza aparecieron algunos mechones grises de

cabello.

Nadie más estaba prestándole atención. Juana continuó cabalgando, y Berenguela iba justo tras ella. Edythe las siguió, pero giró la cabeza para mirar la fuente de nuevo. Doblaron una esquina y llegaron a una puerta tras la que había una torre cuadrada de tres pisos de altura.

Junto a la puerta había guardias, y cuando entraron en el patio lo encontraron abarrotado de caballeros y pajes.

—Intuyo que mi hermano está aquí, en alguna parte —dijo Juana, con humor. Los mozos acudieron por los caballos y todos entraron por la enorme puerta delantera.

Edythe siguió a las dos reinas a una casa, atravesaron la puerta y se detuvo, abrumada. Los muros de piedra estaban desnudos y marcados, y no había muebles, pero era una casa. Por primera vez desde hacía meses estaba bajo un techo, y las paredes a su alrededor eran sólidas, firmes y permanentes. La anegó una oleada de placer tan real como la comida especiada con sencilla gratitud. Juana dio un gritito, y Berenguela, con el rostro levantado, aplaudió; ambas sentían lo mismo.

Edythe se retiró, pensando en el mendigo. Juana podía ocuparse de todo sin tenerla allí, así que volvió al patio. Si Ricardo estaba allí seguro que había comida, así que bordeó el vestíbulo principal, donde escuchó los gritos de alegría de la reunión de los hijos de Leonor, y bajó una escalera hasta la parte trasera.

La torre, que daba al mar, estaba rodeada por la muralla. Atravesó un destrozado jardín y, cuando dobló la esquina de la torre de la ciudadela, encontró carros y hombres haciendo cola para conseguir pan. No podía esperar, de modo que se movió alrededor de la gente, mirando sobre los lados de los abarrotados carros. En uno de ellos encontró una cesta de dátiles, y tomó un puñado.

Volvió a atravesar el patio para salir a la calle, y se dirigió a la plaza donde había visto al mendigo.

El harapiento bulto se había movido, sentado y presionado contra la pila de la fuente, abrazándose con un descarnado brazo. Edythe se agachó a su lado.

—Limosna.

Extendió la otra mano ante ella. Edythe conocía la palabra, aunque era griego, no francés. Puso dos de los dátiles en su arrugada palma.

—Uhm. —La criatura levantó la mano hasta su nariz, y olfateó—. Aaaaaah.

Era una mujer realmente vieja, o realmente enferma. Loca, seguramente. Había perdido la mayor parte del pelo. Tenía el rostro hundido hasta los huesos y los ojos legañosos. La mano en la que tenía los dátiles era una jaula de huesos. Parpadeó, mirando a Edythe.

La mujer habló de nuevo, aquella vez en árabe, o eso le pareció, y se llevó los dátiles a la boca. Sus labios se movieron sobre la comida: un feroz escalofrío la recorrió. Mirando a la nada, se comió los dátiles con sus encías sin dientes. Las largas y estrechas semillas se deslizaban entre sus labios como si tuvieran vida propia.

Más cruzados estaban subiendo la calle.

—Anciana, venid a la ciudadela y yo cuidaré de vos.

Sus empañados y pálidos ojos la buscaron torpemente. Quizá estaba ciega. ¿Cómo había conseguido sobrevivir? Tragó, pero su boca seguía ocupada con los dátiles.

—¿Ir a dónde? ¿Sabes qué es lo que ha pasado aquí? —El jugo de dátil bajó por la comisura de su boca y lo lamió, y a continuación extendió la mano—. Más.

Edythe le entregó los que quedaban.

—¿Cuándo llegasteis aquí?

La anciana no se apresuraba con la comida. Tanteaba los pegajosos frutos con los dedos, murmurando y casi sonriendo, elegía uno, y se lo metía en la boca.

—Yo nunca me he marchado de aquí —le contestó. El jugo marrón de los dátiles se acumulaba en las comisuras de su boca.

—¿Estuvisteis aquí durante el asedio?

—Me escondí.

—¿Cómo comisteis?

La anciana se metió otro en la boca. La semilla con forma de bote del primero se deslizó por su barbilla.

—Al parecer ya estabais aquí cuando Acre era cristiana. Ahora, los cristianos estamos de nuevo aquí. Ahora estáis a salvo.

Los nublados ojos de la anciana se posaron en ella.

—¿A salvo de qué? Vosotros también perderéis. Aquí todo el mundo pierde.

—No —replicó Edythe—. Esto lo cambiará todo. Ricardo derrotará a Saladino y tomará Jerusalén, y el Nuevo Reino se alzarán.

La anciana emitió un sonido parecido a una carcajada. Extendió la mano de nuevo.

—Más... Más...

Edythe no tenía más; se incorporó y retrocedió, cautelosa y temblando.

—Venid a la ciudadela —le dijo—. Decid a los hombres que os ha llamado lady Edythe.

Ricardo ganaría. Y entonces la anciana tendría que admitir que se equivocaba. Otro grupo de cruzados estaba subiendo la calle. La doncella corrió hacia el pasaje abovedado para volver antes de que Juana decidiera buscarla.

Estaba casi en la puerta de la ciudadela cuando las campanas comenzaron a sonar. A su alrededor todo el mundo se detuvo: los porteadores dejaron en el suelo sus fardos, los guardias apoyaron sus lanzas contra las paredes y los mozos de cuadra engancharon los caballos a los muros. Las fabulosas voces metálicas resonaban en el aire, lentas y exigentes, y todos se encaminaron hacia el sonido. En la calle, frente a la ciudadela, la multitud que caminaba junta era tan densa que Edythe no pudo hacer otra cosa que unirse a ella. Avanzaron un par de calles mientras más y más gente se les unía y los oprimían, y atravesaron un pórtico abovedado para pasar al interior de la iglesia.

El reducido espacio los mantenía muy cerca los unos de los otros. Edythe avanzó con firmeza, empujada por la gente a su espalda. Mientras caminaba, elevó los ojos hacia la vieja iglesia. Había sido saqueada y tenía las paredes desnudas, con zonas chamuscadas y símbolos árabes garabateados. Frente a ella, ante el altar, el muro que había sostenido los iconos estaba destrozado, al igual que el púlpito, y el santuario estaba abierto. De repente, desde un centenar de gargantas se alzó una oración.

GLORIA.

Se le erizó el vello. El canto creció, tan alto que le zumbaban los oídos, en una estruendosa dicha que era como una enorme muralla de sonido.

GLORIA IN EXCELSIS DEO.

Un templario se acercó a la estrecha franja de pavimento agrietado portando un fardo; subió un escalón y dejó allí su carga. La multitud estaba embelesada y mantenía un silencio tajante. Edythe se puso de puntillas para mirar. El templario se quedó abajo, agarró el envoltorio del fardo, y lo abrió.

Al ver lo que contenía, la atestada multitud profirió tal grito que Edythe sollozó, totalmente fuera de sí. De allí colgaba un crucifijo, el Cristo Sacrificado, su Salvador.

Todos se arrodillaron a su alrededor y ella también lo hizo, con las manos entrelazadas y el corazón latiendo con fuerza, perdida en el centro de la multitud. Sus voces se alzaron de nuevo, en alabanza, con una salvaje y exaltada dicha.

LAUDAMUS.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. A su alrededor estaban clamando a Dios con alegría, seguros de que eran escuchados, como niños corriendo hacia un feliz Padre.

LAUDAMUS TE...

Se apretó los puños contra el pecho, conmocionada. No conocía una certeza como aquella. Cristo había muerto para salvar a aquellos que la rodeaban, no a ella. Aquella victoria demostraba, una vez más, que su Dios los amaba y que eran dignos. Pero ella no. Sola, sin ayuda, no podría dar vida a su fe.

«Por favor —pensó—. Por favor, deja que haya algo para mí también».

Bajó la cabeza y la apoyó en sus manos, sollozando.

«Por favor».

El sol se había puesto y, en el cielo oriental, Venus brillaba tanto como una lámpara. Juana caminó en silencio a lo largo del malecón, mirando las susurrantes aguas oscuras. No le había dicho a nadie dónde iba. Sabía que no decírselo a nadie era parte de aquello.

En el punto en el que el malecón se encontraba con la playa había una escalera que terminaba en una estrecha plaza, a espaldas de las casas. Esperó allí un momento, con las manos en las caderas; el camino era escarpado y cada vez más oscuro. Entonces, apareció un hombre a los pies de la escalera, caminando hacia atrás para mostrarle que estaba allí, y Juana bajó lentamente los peldaños hasta la calle.

El hombre se acercó a ella inmediatamente y la apartó a un punto donde el ángulo del muro y la escalera los escondían de todos los ojos. Mientras lo hacía las campanas de la iglesia comenzaron a sonar de nuevo, esta vez para Vísperas.

—Habéis venido, como prometisteis —dijo el hombre—. Efectivamente, sois muy educada, para ser una Plantagenet.

Era Robert de Sablé, Gran Maestro de los templarios.

—Recibí vuestro mensaje —dijo Juana, tensa, y lanzó la caña con su mensaje a los pies. Cayó con el sonido de las campanas y el brillo de las estrellas—. ¿Qué es lo que queréis?

—Mi señora —respondió Robert—, seguramente sabéis lo que yo sé de vos, o no habríais venido hasta aquí.

Su corazón se agitó como un molino de hielo.

—Yo no he hecho nada.

—Habéis traicionado a vuestro hermano frente a Felipe Augusto, su enemigo. ¿Lo negáis? ¿Qué secretos entregasteis al enemigo?

Juana no dijo nada. Recordó el hatillo de cañas de la caja de Lilia: sabía cómo se había enterado de eso, y seguramente sabría más.

—¿Cómo creéis que recibiría el rey esta noticia?

—No se lo digáis —le pidió.

Juana se dio la vuelta. Su culpabilidad la cubrió como una telaraña gris; no soportaba imaginar la expresión en el rostro de Ricardo, ni siquiera si la perdonaba. Y podría no perdonarla nunca. A primera vista, parecía lo justo.

—Entonces, tendré que exigir algunos favores por mi silencio —dijo Robert.

Juana apretó los dientes. Entendía cómo lo que había hecho la había conducido a aquello; era cierto que las mujeres siempre encontraban un camino retorcido para todo. Bajó la cabeza.

—Debéis dejar de intentar que Felipe abandone la cruzada. Ya habla de volver a casa.

—Entonces no es probable que cambie de idea —le contestó Juana, mirando el muro de piedra.

El hombre a su espalda era solo una voz.

—Y debéis conseguir que vuestro hermano, el rey, apoye a Conrado en la cuestión de la corona de Jerusalén. Guido no está dotado para ello. Corazón de León debe quedarse, recuperar un par de ciudades más y reconstruir el reino. Después Conrado se ocupará de llenar nuestras arcas.

Así que era eso: Robert necesitaba la guerra porque, a través de la misma, los templarios prosperarían. El precio de su silencio era que ella se traicionara a sí misma. Juana ya sabía que el mundo estaba gobernado por una orden despiadada, pero al comprobarlo de nuevo despreció a aquel hombre aún más.

—Ricardo prefiere a Guido —le contestó la reina.

—Haced que cambie de idea.

Su voz sonó más lejos. Juana se volvió. Había desaparecido. Tenía las manos húmedas. Se las llevó a las mejillas, aterrorizada.

La corte se estableció rápidamente en la ciudadela. La torre se alzaba tres pisos: el gran salón ocupaba la planta baja, las damas se habían acomodado en el piso intermedio, y el rey ocupaba la planta superior. Los cristianos que habían sido

expulsados con la llegada de los musulmanes comenzaron a volver a Acre en torrente, aunque parecían más sarracenos que cruzados, porque los hombres llevaban turbantes y largas túnicas y las mujeres velos negros. Charlaban entre ellos en alguna otra lengua, pero la mayoría hablaba francés bastante bien, aunque con muchas palabras extrañas. *Palestino*, lo llamaban algunos de los cruzados.

Ricardo había entregado a Guido de Lusignan la soberanía de la ciudad porque había sido él quien había dirigido el primer asalto. Guido estaba ocupado juzgando algunas reivindicaciones, asignando casas y deteniendo las peleas. Ricardo y el resto de señores mantenían interminables reuniones en la planta superior. Todo el mundo, incluso los caballeros, trabajaba para reconstruir la muralla de la ciudad y las casas destrozadas. Una mañana, poco después de que entraran en la ciudad, Edythe escuchó el cacareo de un gallo. Un par de días después, las palomas revoloteaban en la plaza del mercado.

Hacía un calor espantoso y el mar era tan azul que al mirarlo dolían los ojos. No había señal del rescate sarraceno. La guarnición cautiva seguía tras aquella muralla, y Ricardo les enviaba todos los días una ración de pan.

Juana había estado viviendo seis semanas en una tienda, pero reunió rápidamente a sus cocineros y ayudantes de cocina, a los pajes, a los porteadores, a los mozos y a las lavanderas. Las costureras comenzaron a hacer vestidos nuevos para todos usando los tejidos locales. Los mercaderes acudían a su puerta cada día con las carnes y frutas de la zona, y con mercancías importadas y locales. Contrató a varios cocineros y a un turco para que regateara por ella. Después de la comida del campamento cualquier cosa les parecía buena, y pasaban horas comiendo: carne en lonchas, queso, salsas, pan, frutos secos y fruta, alubias, purés y compotas.

A pesar de lo duro que trabajaba Juana, la amenaza del Gran Maestre pendía sobre ella. Se despertaba pensando en ello y por la noche no podía dormir. Pero un nuevo mensaje secreto de Isabel alegró su corazón. Al menos aquella era una obra en la que solo había bien, y que podía convertir en correctas muchas equivocaciones. Tan pronto como pudiera encontraría a su primo Rouquin y hablaría con él en un lugar donde no pudieran escucharles.

—La reina Isabel me ha pedido que la ayude a conseguir la anulación de su matrimonio —le contó—. Y tiene excelentes motivos. Cree que Conrado sigue casado con una mujer a la que conoció en la corte imperial. Es el hermano del primer marido de su hermana, lo que lo introduce en los lazos prohibidos del parentesco, y además ella se casó contra su voluntad, a pesar de lo que dice su madre.

Se había reunido con Rouquin en el patio, que continuaba abarrotado de burros y carromatos; había estado fuera de la ciudad durante dos días, en algún trabajo para Ricardo. Sus hombres se alejaron con sus caballos y Juana lo condujo hasta la sombra de la muralla, que estaba cubierta por una floreciente enredadera.

—¿Y qué? —le preguntó Rouquin—. Todo eso ya era cierto hace un año, y aun así se casó con ella.

El pelirrojo parecía cansado. Tenía sangre en la sobrevesta y llevaba el casco en una mano.

Juana se acercó a él, anhelando poner en marcha aquel plan que tantas cosas podría solucionar. Sacó la carta secreta y se la entregó.

—Conseguiremos que anulen su matrimonio y después tú te casarás con ella... Serás el rey de Jerusalén.

Rouquin se quedó boquiabierto. Inexplicablemente, estaba enfadado. Juana no lo había visto tan enfadado con ella desde que eran niños, y había olvidado la roja furia que lo poseía en aquellos momentos. Le brillaban los ojos.

—Aparentemente, cualquiera podría ser rey de Jerusalén. ¿Ésta es tu manera de comprarme? ¿Piensas que soy una fulana a la que puedes sobornar? —Golpeó el papel que Juana tenía en la mano—. Olvídalo, Juana. Esto solo son problemas.

Rouquin se alejó llamando a gritos a Mercadier, su oficial.

Juana necesitaba contarle a alguien lo que había pasado, así que habló con Edythe.

—No sé qué le pasó. Fue malvado por su parte enfadarse cuando yo solo pretendía beneficiarlo.

—¿Creéis que querría quedarse aquí? —dijo Edythe.

—No —concedió Juana, a regañadientes. Si comenzaba a ver la situación desde otro punto de vista tendría que pensar en ciertas cosas que prefería olvidar, así que abandonó la idea.

Pero entonces todo lo bueno que podría haber pasado desaparecería. Se sentía abrumada por una mala sensación. De Sablé podía desenmascararla frente a Ricardo en cualquier momento, hacerle ver que su hermana era una despreciable hipócrita que había traicionado su Cruzada.

Intentó poner toda su voluntad en el trabajo doméstico, pero no la complacía. La comida era demasiado escasa, de dudoso sabor, y nunca llegaba caliente a la mesa. Los nuevos vestidos no les quedaban bien. Se sentía triste y malhumorada, y nada de lo que nadie hacía le servía. Deseaba volver a casa más que nunca.

Casi en seguida apareció un mercado en la plaza principal, donde también la fuente comenzó a fluir de nuevo, aunque el ángel roto había desaparecido. Edythe fue hasta allí para alejarse de la lengua viperina y de las constantes quejas de Juana, y a empujones con el resto de mujeres del mercado encontró algunas setas de primera, más jengibre y unas cañas cortas y huecas rellenas de un zumo muy dulce. La miel era más cara, así que compró varias cañas dulces para hacer el ojimiel de Juana. Tras enviar al paje de vuelta a la ciudadela con la cesta llena, continuó sola, ignorando los gritos y los ruegos de los vendedores, y mirando los encajes, los cacharros, los pollos desplumados y las ristras de pimientos secos. A su alrededor pocas voces hablaban francés. Los vendedores salían apresuradamente ante ella desde sus puestos, gritando como si fueran viejos amigos. Entre la multitud de mujeres envueltas en chales se sentía fuera de lugar. Entonces, de repente, alguien le tiró de la falda.

—Señora... señora...

Era la vieja mendiga. Edythe se giró, sorprendida. La vieja bruja extendió la mano.

—Limosna. Limosna.

—No tengo nada —dijo, retrocediendo.

La mendiga le gritó.

—¡Limosna!

Sus manos, que eran como garras, se aferraron a la falda y al cinturón de

Edythe, y tantearon sus dedos en busca de anillos. La chica se dio la vuelta y se perdió entre la multitud.

Caminó rápidamente, doblando esquinas cada pocos metros, y poco después cruzó otra plaza. Cuando miró atrás, la pordiosera ya había desaparecido. La doncella se detuvo, jadeando, en la esquina. No tenía ni idea de dónde estaba. Aquella mujer hacía que le picara la cabeza. La vieja era horrible, un cadáver andante, alguien que debería estar muerto pero que no lo estaba. Cruzó la plaza y bajó la calle contigua. Nada le resultaba familiar. A cada lado se alzaban muros de piedra más altos que su cabeza, coronados con azulejos o celosías, tras los que sabía que había casas, patios y huertos. Pero estaba perdida. Pasó junto a una puerta. La pequeña hornacina abierta en el muro había sido arrancada y solo quedaba una hilera de azulejos marrones. Alguien volvería a poner un icono allí de nuevo. Giró a la derecha y, al final del siguiente sendero, a través de un pasaje medio derruido, llegó a otro mercado.

A cada lado de la calle se ofrecían frutos secos, especias y montones de un brillante polvo verde en cestas y sacos de cáñamo; jaulas llenas de pollos vivos colgaban de las vigas del techo. Un vendedor la abordó agitando un retal de tela. «¡Señora! ¡Señora!». En un tenderete, un hombre estaba troceando una res sin cabeza cuyo cuerpo era un trozo de músculos rojos y blancos huesos.

—No, no —dijo, agitando la cabeza y esquivando a la gente que agitaba cuencos y cajas ante ella gritando «¡Señora!».

Pasó junto a una enorme bestia rojiza que estaba agachada en el suelo; tenía un cuello largo, estrecho y apolillado, y al verla dejó escapar un horrible gemido apenado. Pasó junto a un montón de estiércol. «¡Señora!». Alguien hizo oscilar una cadena de plata ante su rostro. Un martillo repicó. Un chico pequeño estaba golpeando a un burro con un palo. Al final de la plaza vio una fuente donde varios caballos estaban bebiendo, y reconoció el enorme caballo gris que había en el centro.

—No —repitió, empujando las cadenas, los retales de tela y a una mujer con dos puñados de huevos, y se acercó agradecida al caballo gris, buscando a Rouquin.

Estaba junto a la cabeza de su caballo. Llevaba puesta la cota de mallas pero no el casco, y tenía la larga sobrevesta mugrienta.

—Otra vez sola —le dijo cuando la vio, como si la hubiera pillado robando dulces. Se acercó a ella.

—Me he perdido —le contestó Edythe.

Desde que entraron en Acre no lo había visto mucho. Recordó la ternura que había mostrado al ayudarla cuando Ricardo estuvo enfermo. En aquel momento descubrió, decepcionada, que había vuelto a ser el malhumorado y hosco bruto que ya conocía. Rouquin resopló.

—Es lo que os merecéis —le dijo—. Supongo que debería llevaros de vuelta.

Sin más cortesía que aquella, colocó las manos en la cintura de Edythe y la aupó de lado sobre su enorme montura. A continuación condujo al caballo lejos de los demás y saltó detrás de ella.

La chica se agarró a la silla, con los pies demasiado lejos de los estribos. El brazo con el que Rouquin sostenía las riendas la rodeaba suavemente por la cintura, y su otra mano descansaba sobre el borrén, envolviéndola. Estaba atrapada, aunque quizá no era la intención de Rouquin. O quizá sí. Tenía que conseguir que siguiera hablando.

—Gracias —le dijo.

—No deberíais estar aquí fuera sola. Ya tendríais que haberos dado cuenta de eso.

Edythe se quedó en silencio un momento, ya que no estaba en posición de discutir. Buscó un tema de conversación más seguro.

—¿A dónde irá la cruzada a continuación?

—Antes de nada, Ricardo tiene que conseguir su dinero. El del rescate por los prisioneros. Felipe está amenazando con marcharse. Mucha gente quiere ir directamente a Jerusalén.

Cabalgó por un estrecho sendero, dejando atrás un burro y dos zapateros, y siguió un muro cosido con las secas raíces de las enredaderas que no era el camino habitual hasta la ciudadela.

—¿Estamos cerca de Jerusalén? —le preguntó.

Llegaron a una puerta y, más allá del muro, vio la torre: habían tomado un atajo.

—En realidad, no lo suficientemente cerca —le respondió Rouquin—. Para mi gusto.

Se deslizó del caballo, bajó a Edythe y, retrocediendo, abrió la puerta.

La doncella la atravesó y se introdujo en las ruinas de un jardín. Los pequeños árboles estaban marrones y muchos tenían ramas rotas, como inertes brazos colgando. Las plantas de los lechos de hierbas parecían espinosas garras negras.

—No sabía que existía este camino —dijo.

Rouquin había dejado el caballo y la había seguido por el pequeño sendero. No había nadie más a su alrededor; estaban bastante lejos de la parte trasera de la cocina, que eran las dependencias más cercanas, y separados por una hilera de retorcidos árboles. Edythe podía oír el mar estrellándose contra la lejana muralla. El jardín estaba dividido en cuatro y cada parte estaba enmarcada por un curso de piedra que le llegaba hasta la cintura. Pero incluso esas piedras estaban astilladas, rotas y algunas se habían caído.

—La guerra es el infierno —dijo la chica, casi sin aliento.

—Sí. Pero entonces la propia vida es el infierno, ¿no es así? —le contestó Rouquin. Habían llegado al final del camino, donde ella tenía que girar, y el pelirrojo se sentó en el muro para que cuando lo hiciera tuviera que mirarlo.

—Pero, ¿por qué hacerla aun peor? —dijo Edythe.

—No estoy seguro de que sea peor. Cuando lucho, sé lo que estoy haciendo.

Rouquin la cogió de la mano.

—¿Luchar por Dios?

La doncella retiró la mano y él se lo permitió sin resistencia. Tenía los dedos ásperos por las callosidades.

—Esto no tiene nada que ver con Dios, a pesar de lo que Ricardo diga. Se trata de poder.

Tomó su mano de nuevo.

—Por favor —dijo Edythe.

Rouquin se llevó su mano a la boca y besó el interior de la muñeca, mirándola para ver cómo la afectaba aquello. La chica se estremeció, descubriendo una salvaje

necesidad. Recordó de nuevo la noche en la que la había ayudado con Ricardo: su delicadeza y la dulzura oculta bajo su áspero carácter.

—¿Qué os pasa? —le preguntó, atrayéndola más cerca—. ¿Me tenéis miedo? Vos no tenéis miedo a nada.

Edythe puso las manos sobre el pecho del hombre con la intención de apartarlo. Sintió el duro cuerpo bajo la cota de mallas y, repentinamente, se inclinó hacia delante y lo besó.

Él murmuró. Sus bocas se presionaron, indecisas, trémulas, suaves. Edythe se dio cuenta, súbitamente, de que estaban rodeados; aunque antes le había parecido que estaban demasiado solos, en aquel momento sentía que en cualquier momento podía aparecer alguien. Cerró los ojos mientras su cuerpo se aceleraba. Rouquin separó los labios y deslizó su lengua en la boca de la chica, con las manos en sus caderas. La atrajo hacia él, acariciándole la cadera con una mano y recorriendo su trasero con la otra.

Edythe rompió el beso y retrocedió, con la boca seca y el corazón desbocado.

—Esto no es decente —dijo, y corrió hacia la parte posterior de la ciudadela.

Rouquin fue hasta el final del jardín. Desde allí se veía el mar, y un chapoteo de espuma blanca apareció momentáneamente sobre la parte superior del muro. Decente, pensó.

Ella lo había besado primero. Ella le había entregado su boca, y debería haberle dado el resto. Había escuchado rumores sobre ella. Algún hombre la había raptado de un convento, o se había marchado por voluntad propia, y Leonor la había rescatado. En cualquiera de los dos casos, seguramente había perdido su decencia entonces.

Pensó, incómodo, que en aquel momento debía haber sido muy joven.

De todos modos, aquello no había tenido nada que ver con la decencia. Tenía que ver con ella. Su mano había salvado a Ricardo. Juana dependía de ella. Y su beso... Ella lo había besado primero. Rouquin quería algo más que poseerla. Necesitaba algo de ella.

Pero no sabía qué, exactamente. Se quedó mirando el mar, confuso, atascado en algún pensamiento que no podía convertir en palabras.

Al menos, su erección ya se había marchitado. Por un momento se preguntó si los calzones de piel de cordero de los templarios les permitían ponerse firmes alguna vez. Se llevó las manos al rostro y olió el cuerpo de Edythe en ellas; en su pecho notaba la presión de la muchacha inclinándose contra su cuerpo. Su boca recordaba la forma de sus labios. El roce de su lengua contra su lengua. Su miembro estaba volviendo a la vida. Caminó rápidamente hacia la puerta, donde había dejado su caballo.

Edythe lo observó marcharse desde detrás de los alféncigos. Casi se había rendido ante él. Incluso entonces, parte de ella deseaba ir tras Rouquin. Pensó en sus labios sobre su muñeca, y sus rodillas se debilitaron.

No podía amarlo. No tenía categoría y él era de noble cuna, muy por encima de ella. Recordó lo que le había dicho Juana, que Rouquin podía llegar a ser el rey de Jerusalén si se casaba con Isabel. En cualquier caso, se casaría con una heredera.

Nunca se casaría con Edythe. Ni siquiera si fuera cristiana. Él solo quería una cosa. Lo único que tenía que hacer era negársela.

Cerró los ojos; se imaginó su hogar en Troyes, y a la gente en la casa, ardiendo. De algún modo siempre los llevaba cerca; una quemazón en su interior que solo ella podía sentir. Entró en la ciudadela, en busca de cualquier lugar oscuro y solitario.

ACRE

—Él no me permitirá acudir a su concilio. —Juana estaba caminando de un lado a otro de la habitación—. Ni siquiera me permitirá sentarme en la sala.

Berenguela estaba allí, con las manos ociosas. Se dirigió a Edythe.

—¿Qué ocurre? Hoy está furiosa.

Como pasaba más tiempo con ellas, su francés había mejorado mucho.

Edythe observó a Juana mientras ésta daba vueltas por la habitación haciendo que las doncellas se escabulleran rápidamente de su camino. La reina no podía quedarse quieta y se pellizcaba los dedos como si pudiera hacerse jirones.

—Por favor, mi señora, ¿podríais llevaros a todo el mundo al jardín? —pidió Edythe a Berenguela, cuyos ojos seguían, fascinados, a Juana.

—No es demasiado bonito —murmuró Berenguela.

—Bueno, entonces podríais hacerlo hermoso vos misma, mi señora —dijo Edythe, recordando las ramas rotas del jardín y también lo que había ocurrido allí entre Rouquin y ella—. Os divertiréis haciéndolo. Llevaos a las criadas, pues ellas saben qué hay que hacer. Marchaos.

Berenguela hundió la cabeza entre sus hombros, pero su mirada se dirigió a Juana, que gritaba en el extremo opuesto de la habitación. Sus cejas se curvaron. Volviéndose, la joven reina entrelazó las manos y pidió al resto de mujeres que la siguieran. Habló en su propia lengua, y condujo aquella pequeña procesión a la puerta lateral.

Cuando se quedaron solas, Juana giró sobre sus talones, y Edythe la miró.

—¿Qué ocurre, mi señora?

Juana se acercó a ella caminando a zancadas, con el rostro atormentado y estrujándose las manos.

—No puedo decíroslo.

Se sentó en el diván, apoyó la cabeza sobre las manos, y sollozó.

Edythe se sentó a su lado y rodeó los hombros de la reina con un brazo para tranquilizarla y darle un lugar en el que apoyarse.

—¿Qué ha pasado?

La reina se apartó de ella con los hombros encorvados. Su nuevo hábito de preocuparse por todo había provocado que aparecieran arrugas en su rostro. Tomó las manos de Edythe con fuerza entre las suyas. Los ojos le brillaban.

—Debéis jurar que no se lo diréis a nadie.

—Mi señora, ya lo sabéis.

Los ojos de Juana escudriñaron su rostro. Como si lo que había visto allí la convenciera, dijo:

—El templario. De Sablé. Lo sabe. Lo de Felipe Augusto y yo. Lo está usando para sobornarme. —Soltó las manos de la doncella y se giró—. Y no me permitirán acudir a ese concilio, donde al menos podría simular que lo obedezco...

—¿Que lo obedecéis? —Edythe se inclinó hacia ella—. ¿Queréis decir que os ha dado alguna orden?

—Pretende que apoye a Conrado en sus aspiraciones al trono de Jerusalén, y que mantenga aquí a Felipe —le explicó Juana—. De no ser así... Se lo dirá a Ricardo. Hará que parezca mucho peor de lo que fue. Si se lo cuenta a Ricardo...

Juana comenzó a estrujarse las manos de nuevo.

—Sacad la espina. Contádselo a Ricardo vos primero.

—¿Qué?

Juana se balanceó hacia ella.

—Decídselo —contestó Edythe—. De todos modos, él debería saberlo todo... sobre de Sablé.

Los enormes ojos de la reina la contemplaron un momento. Su rostro se

suavizó y sus labios se relajaron.

—Si se lo cuento, entonces lo descubrirá... todo. Y me odiará.

Una lágrima brilló en sus pestañas.

—No os odiará —la tranquilizó Edythe—. Él os ama, creo que más que a nadie. Decídselo.

—No puedo. No puedo. Me miraría tan... —Se giró y apretó las manos de la chica—. No debéis decírselo. Juradme que no lo haréis.

—Mi señora, os lo juro —respondió Edythe—. Pero al menos no os rebajéis a prestar atención al templario. Ese hombre no puede hacer nada. Si se lo cuenta a Ricardo, el poder que tiene sobre vos desaparecerá. Debe tener otras gallinas a las que desplumar, solo está hirviendo el agua.

Juana se quedó boquiabierta.

—¿Creéis que solo es un farol?

—Todos saben que Felipe quiere marcharse, ¿cómo podríais vos hacerlo cambiar de idea? De Sablé quiere acostumbraros a obedecerlo... como si estuviera adiestrando a un perro.

—Oh, Dios, vaya manera de decirlo —dijo Juana, pero parecía mucho más tranquila y su voz había perdido el tono de queja.

—Además —continuó Edythe—, sabéis muy bien que hay un modo de que podamos ir al concilio y, si no hablar, al menos oírlo todo.

Juana le sonrió.

—Oh, sois muy astuta, tal como me dijo mi madre.

—Entonces, venid —dijo Edythe—. Veremos qué ocurre.

—Hemos obtenido una gran victoria. Nos hemos vengado de Saladino por el desastre de Hattin —dijo Felipe con algo de sensiblería. Había perdido muchos

dientes por la fiebre. Un birrete de terciopelo oscuro cubría su cabeza, que supuestamente estaba tan calva como una cebolla. Tosió.

Edythe y Juana subieron sigilosamente a la parte delantera del vacío balcón para los músicos, en el muro, sobre la mesa de honor. A través de las celosías de la parte delantera del balcón podían ver las cabezas de los jefes del concilio a lo largo de la mesa, con sus pajes y vasallos moviéndose constantemente a su alrededor. Felipe estaba justo debajo de Edythe, y Ricardo se encontraba a su derecha; podía ver parte del rostro de Ricardo pero solo la parte superior de la cabeza de Felipe. La doncella examinó rápidamente el abarrotado salón y, cerca de una de las mesas laterales de la esquina opuesta, encontró un grupo de caballeros vestidos de blanco y negro. Robert de Sablé estaba entre ellos, con la cruz roja vivida en su pecho.

De repente pensó en Lilia, que había sabido lo de Juana y el rey de Francia, y que había sido lanzada como advertencia en la entrada de la tienda de la reina. Comenzó a sorprenderle menos que Juana estuviera asustada. Miró de soslayo a la reina, que estaba a su lado; Juana miraba abajo fijamente a través del entramado, con el ceño fruncido por la preocupación.

Edythe apretó los labios. Se arrepentía de haber prometido que no se lo diría a nadie, pero se arrepentiría aún más si rompía la promesa. Bajo ellas, Ricardo elevó su copa.

—¡Alabado sea Dios, y todos nuestros valientes y bravos hombres, ya que Acre es nuestra de nuevo!

Los hombres del salón gritaron, exuberantes y ufanos. Elevaron las copas y brindaron los unos con los otros, y los chicos de las jofainas corrieron de un lado a otro llenando las copas de nuevo. Comenzaron a hablar una vez más, y Edythe ladeó la cabeza para escucharlos.

—Efectivamente —estaba diciendo el rey de Francia—, esta victoria es tan grande que creo que he cumplido mi promesa.

La garganta de Juana emitió un pequeño ruidito, y presionó la mano derecha contra la celosía. Bajo ellas, la coronada cabeza rubia de Ricardo se giró hacia Felipe.

—¿Qué estáis diciendo? Durante toda la semana se han oído rumores en la ciudad de que estáis planeando volver a Francia sin terminar el trabajo.

Guido de Lusignan estaba sentado a su izquierda, y Conrado de Montferrato a

la izquierda de Felipe; ambos aspirantes a rey se inclinaron hacia delante para prestar atención, y el resto de la multitud guardó silencio.

—Bueno, sí —dijo Felipe.

Se retorció sobre el banco acolchado. Edythe se preguntó por qué no llevaba corona. Quizá su cuero cabelludo seguía sensible tras su enfermedad; el exceso de bilis amarilla hacía que la piel se volviera delicada. Tenía un tono muy amarillento. Seguramente sus humores continuaban desequilibrados, ya que su cuerpo parecía estar tan encorvado por dentro como lo estaba por fuera, y tenía un temperamento bilioso, amargo y frío.

—He tomado Acre —dijo, con voz suave—. He venido con la ayuda de Dios a Su propia tierra. He servido a mi rey en la medida que me ha pedido, y ahora volveré a Francia. Ah, mi querida Francia...

—La cruzada... ¡el servicio a Dios es más importante que vuestra querida Francia! Jurasteis recuperar Jerusalén.

Edythe echó un vistazo a Robert de Sablé, que estaba observando, como siempre, y sonriendo, como siempre.

Conrado, junto a Felipe, bostezaba como un gato, echando la cabeza hacia atrás y mostrando los dientes; los lóbulos de sus orejas relucían bajo la luz de las antorchas. Dijo:

—Lo cierto es, mis señores, que la cruzada ha terminado. Los sarracenos están sobre aviso, y no nos permitirán hacer mucho más. Hemos recuperado Acre a un gran coste. ¿Por qué poner eso en riesgo? Han arruinado Jaffa y ahora están destruyendo Ascalón, que está más al sur de lo que nunca hemos llegado. Sin esos puertos marítimos no tenemos posibilidad de mantener el interior. Lo que queda es elegir al rey legítimo de lo que tenemos para que podamos conseguir el mayor beneficio de ello.

Ricardo negó con la cabeza y echó una breve y salvaje mirada a Conrado. Edythe recordó lo que le había contado aquella noche en la tienda. Él necesitaba la cruzada.

—No abandonaré la cruzada hasta que recuperemos Jerusalén y la Vera Cruz esté de nuevo en nuestras manos —dijo Guido con voz clara y brillante.

Aquellos que lo oyeron soltaron una pequeña ovación. Ricardo se incorporó.

Sus manos aparecieron en la mesa ante él.

—Es por eso por lo que sois el rey —dijo, en voz alta. Cogió el cuchillo que había sobre la mesa y comenzó a dar golpecitos en la copa que tenía delante.

Conrado dio un puñetazo en la mesa.

—¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho? Yo estoy casado con la heredera de Balduino el Leproso...

—El Leproso, al menos, supo conservar su reino —le espetó Ricardo. Bajó el cuchillo con tanta fuerza que rebotó con un tañido que arrancó ecos por la habitación—. ¡Tomaremos Jerusalén! Marchaos si es vuestra voluntad, rey Felipe... ¡yo juro que no abandonaré hasta que Jerusalén sea cristiana de nuevo!

Juana se echó hacia atrás, con las manos en las rodillas.

—Esto es obra del diablo.

Se alzó otra ovación, no mucho más fuerte que la anterior. Estaban acostumbrándose a sus promesas, pensó Edythe, a aquellas oleadas de palabras catapultadas. Acercó el ojo a la celosía, conteniendo la respiración para escuchar.

—Conrado tiene razón, la cruzada ha muerto —dijo Felipe.

—¿Cómo podéis decir eso cuando acabamos de tomar Acre?

—Un grano en el culo de Asia —dijo Conrado, despectivamente—. Como Tiro. Como Antioquía. Todas están en las afueras. Pero el interior pertenece a los sarracenos, y Jerusalén está muy en el interior.

—Aun así, si Corazón de León nos dirige, podemos reconquistarla —afirmó Cuido, con la misma voz metalizada.

—Lameculos —murmuró Edythe.

Juana le dio un golpecito con el codo.

—Está lamiendo el lugar equivocado.

La doncella se tapó la boca con la mano para sofocar una carcajada.

Bajo ellas, Ricardo se puso en pie, gritando.

—¿Qué derecho tenéis para elegir al rey de Jerusalén, si ya la consideráis perdida? ¡Dejad que Guido sea el rey, ya que él no ha perdido la fe!

En las filas de caballeros y señores que los observaban, la mitad de los hombres clamó «¡Guido! ¡Rey Guido!», con mucho menos entusiasmo del que habían usado para vitorearse a sí mismos.

Conrado se incorporó, con las orejas encendidas y el rostro negro de cólera.

—¡Yo soy el rey! La sangre de los reyes yace en mis brazos durante la noche, y mi hijo será nieto y bisnieto de un rey de Jerusalén... ¡Por eso su padre también debe ser rey!

«¡Conrado! ¡Rey Conrado!», clamó la otra mitad de los nobles reunidos. No parecían alegrarse por ello. Sabían que, de todos modos, lo que ellos hicieran no importaba nada. Sus ojos estaban fijos en Felipe y Ricardo.

—Su reivindicación es la más fuerte —dijo Felipe.

Ricardo se inclinó hacia él.

—Sois un maldito cobarde con lengua de serpiente. Aceptasteis los votos sagrados de esta cruzada.

Felipe lo miró de soslayo.

—Sois un maestro de la oratoria. Pero lo que decís no significa nada.

—Prometí que tomaría Acre...

—Dijisteis que lo dividiríamos todo. ¿Dónde está mi mitad de Chipre?

—¡Chipre! —Ricardo elevó la voz—. Vos ni siquiera os acercasteis a Chipre. ¿Dónde está mi mitad de Flandes, entonces?

Felipe lo miró con desdén.

—Hablad, hablad. De esos doscientos mil dinares que el sultán entregará como rescate de la guarnición de Acre, ¿recibiré la mitad?

Inclinó la cabeza un poco; Edythe solo podía ver el perfil de su rostro, pero leyó la astucia en su ojo. Al parecer, Juana no había influido en él. A su lado, la reina

estaba tan tensa como una tabla.

—¿Por qué creéis que pedí tanto?

La mano de Ricardo golpeó la mesa. Llevaban más de una semana en Acre y no habían recibido ninguna noticia del sultán sobre el rescate.

—Bueno —dijo Felipe—. Por cien mil dinares y la mitad de la Vera Cruz, puedo esperar un poco más.

—Oh, bueno, quizá... —susurró Juana, y se mordió el labio. Edythe la rodeó con el brazo.

—Pero yo tengo que ser el rey —dijo Conrado con severidad.

Ricardo se dejó caer en el banco de nuevo.

—Bueno —dijo, girando la cabeza lentamente en dirección a Conrado—, si Felipe se marcha y me quedo yo solo al mando de la cruzada, es evidente que no lo serás.

El rostro de Conrado se tensó. Guido, justo a su lado, brillaba tanto como las llamativas joyas de los lóbulos de Conrado, pero tuvo la sensatez de mantenerse en silencio. Conrado estaba rígido, con los puños en los costados y el sudor perlado su frente. Se giró y miró a los nobles de la Cristiandad y Ultramar reunidos en el concilio, pero nadie se movió ni gritó su nombre.

Fue Ricardo quien rompió el silencio.

—Cuando Guido muera, vos podréis ser el rey. Gracias a la reina Isabel, que porta la sangre del Leproso. Que era sangre, como sabéis, de un angevino.

Casi escupió las palabras a Felipe.

—Fruto del demonio —dijo Felipe, tranquilamente—. Por partida doble, además, debido a la ramera de vuestra madre.

Edythe se agitó, nerviosa; adoraba a Leonor. Ricardo puso cara de desprecio.

—¿Y? ¿Quién es vuestro verdadero padre, a todo esto?

El cuerpo de Felipe se retorció aún más; se le cayó el birrete y Edythe vio el

blanco azulado de su cuero cabelludo sobre su oreja. Felipe ya conocía, seguramente, los peligros de un combate dialéctico con Ricardo.

—De este modo, la cruzada está completamente condenada. Vuelvo a mi hogar. —Extendió una mano y se volvió a colocar el birrete—. Ya he entregado demasiado a este lugar.

—Sí —afirmó Ricardo—. Eso he oído. Habéis dejado todo tipo de reliquias, y eso que todavía no habéis muerto. Menudo santo.

—Ahí viene —dijo Juana.

Edythe alzó la mirada. De Sablé estaba caminando hacia los reyes. Tenía el cabello despeinado. Traicionaría a la reina en aquel momento, acusaría a Felipe de confabular con ella... Pero hizo una reverencia.

—Mis hermanos y yo debemos acudir pronto a las Vísperas. Os pido permiso para marcharnos, y también doy mi consentimiento a la decisión que toméis aquí.

Juana exhaló precipitadamente. Los reyes dijeron algo y el Gran Maestre hizo una reverencia, y después se acercaron los hospitalarios y un desfile constante formado por el resto de hombres. El concilio había terminado. Habían aceptado la solución de Ricardo. Ricardo se quedaba. Felipe no. Por lo tanto seguirían a Ricardo, sin importar quién fuera el rey.

Las mujeres se escabulleron del balcón y volvieron a bajar la escalera. Una vez abajo, Juana tomó a Edythe por la manga.

—Felipe se marcha. Puede que lo demore un poco, pero quiere marcharse y lo hará. Todo esto terminará pronto.

—Eso espero, mi señora.

—El templario no ha dicho nada.

—Mi señora, no sacaría nada bueno al hacerlo, perdería el poder que tiene sobre vos, y Ricardo lo odiaría por ello. No se atrevería a... —Eludió decir qué era lo que no se atrevería a hacer.

—Pero aun así, ¿cómo puedo estar segura? —Juana levantó la cabeza—. Ruego a Dios para que ahora me deje en paz. —Bajó los ojos y miró a Edythe—. Una vez más, juradme por lo más sagrado que no se lo contareis a mi hermano.

—No lo haré, mi señora.

—Vamos, entonces, antes de que alguien nos descubra.

Los días pasaron, y los sarracenos no enviaron el rescate. El hermano de Saladino, Safadin, se presentó para pedir más tiempo. El calor del verano persistía. Berenguela tenía un equipo de criadas en el jardín de la ciudadela, podando, arrancando, cavando y portando agua. No había cambiado demasiado, pero el lugar parecía más limpio. Allí hacía fresco por las tardes, cuando incluso en la ciudadela hacía demasiado calor para que fuera confortable.

Los cruzados llenaban las tabernas y las casas de putas que apenas unos días antes habían sido edificios vacíos y en ruinas. Las mujeres se vendían a los hombres en los callejones, mientras los demás esperaban en fila. Los mercados brotaban sin cesar en las plazas abiertas, y cada día subía el coste de todo lo que se vendía: el pan, el aceite y el vino, así como las hermosas telas, los frutos secos dulces, la *henna* verde, los pistachos y los artículos de hierro, oro y cuero. Ristras de las enormes bestias que Edythe sabía ya que se llamaban camellos yacían recostadas sobre sus tiñosas patas en el puerto, mientras bronceados hombres desnudos descargaban sus mercancías en barcos. Burros cargados de heno trotaban con sus pomposas colas por las calles. El tufo del sudor, el orín y la putrefacción estaba por todas partes. En todas las esquinas y plazas había borrachos o mendigos. Con los últimos calores del verano, el ruido continuaba durante toda la noche, incluso en la ciudadela.

—¿No está mejor? —le preguntó Berenguela.

Juana estaba sentada a su lado, mirando el jardín.

—Oh, mucho mejor, mi señora. —Se giró hacia Edythe—. Traedme un cojín.

—Sí, mi señora.

La chica corrió a buscarlo con la mirada baja y la cabeza inclinada; Juana no sabía el porqué de aquella extraña actitud de vergüenza en ella. La propia Juana se

había sentido más despreocupada desde que el concilio se desarrolló sin problemas. Quizá Edythe tenía razón y podía olvidarse de Sablé. Miró a su alrededor, al jardín de Berenguela.

Era difícil ver demasiados cambios. En la parte posterior había artemisia, y en el centro un desordenado rosal que era más tallo que hojas. Algunos de los arbustos bajos de la parte delantera parecían más verdes, y también habían reparado los muros de piedra. Berenguela había ordenado que colgaran pequeños faroles en los árboles y en los nichos de los muros, de modo que el largo atardecer azul estaba tachonado de luz. En la tierra rastrillada entre algunos de los arbustos medio muertos había telarañas de tallos y hojas.

—Deberíais hacer que arrancaran las malas hierbas.

—No, les pedí que no lo hicieran —le contestó Berenguela, mirándola con la frente arrugada—. Deben crecer... ya que pertenecen a este lugar. Quiero ver en qué se convierten.

Juana se rió.

—Se convertirán en malas hierbas. No, haced lo que queráis, hermana, a mí me gusta.

Había salido con su corte para disfrutar de la brisa del mar, y el jardín era agradable, fresco, y estaba a resguardo del viento. Le recordaba un poco a Palermo, excepto, por supuesto, por el hecho de que los jardines de Palermo eran espléndidos. Edythe volvió con un cojín y se sentó a su lado, con la mirada baja. Juana se preguntó de nuevo qué le pasaba.

Un trovador normando estaba tocando, sentado en el pavimento con su laúd en el regazo, una bonita cancioncilla sobre la gloria del rey Ricardo en la cruzada, con estandartes, espléndidos caballos y hermosas damas que agitaban sus mangas de seda. Aquel trovador ya había anunciado que escribiría una canción sobre la cruzada, y muchos ya estaban intentando asegurarse de que conocía sus nombres y hazañas.

Los pajes les trajeron vino, trozos de fruta empapados en azúcar, pequeños pasteles envolviendo dátiles, y dátiles rellenos de pistacho y miel. Juana se lamió los dedos. Seguramente el asunto del templario ya había terminado. El trovador se incorporó e hizo una reverencia, con el laúd en la mano, y ella aplaudió. Aquel hombre era mejor con las palabras que con el laúd, pero de todos modos le lanzó una bolsa, ya que, seguramente, las palabras eran más importantes.

Enrique de Champaña, su primo, tomo el laúd y tocó. Como toda su familia, era virtuoso con la música; conocía canciones sobre Perceval y el dulce Galahad. En el ventoso y templado anochecer, la gente ya seguía los estribillos. Enrique tocaba bastante bien para ser un caballero, y su voz era profunda y sincera. Cantó los problemas de Perceval en un tono resonante que consiguió que todos lloraran.

«¿A quién sirve el Grial? ¿Por qué sangra la Lanza?» Una mujer que estaba junto al sendero gimió, abrumada, y la gente aplaudió. Juana se santiguó. Hacían todo aquello por Dios, no debía perder aquello de vista. Cuando hayamos terminado quizá sonará la canción del normando, pensó. Cuando el mal se haya desvanecido, como debe, y el bien sea oro puro e incorruptible.

Se dirigió a Edythe.

—Si mi hermano estuviera aquí, tocaría. Ricardo toca tan bien como cualquier trovador. —Levantó la voz—. ¡Rouquin! Rouquin, coge el laúd y muéstrales lo que sabes hacer.

Al otro lado del jardín, en la oscuridad más allá del resplandor de los faroles, Rouquin negó con la cabeza.

—Oh, hazlo, por favor —le pidió Juana.

Rouquin negó con la cabeza de nuevo, y después se dispuso a marcharse por la parte trasera. Junto a Juana, Edythe se enderezo, alzó la cabeza y suspiró. Juana le echó una larga mirada y llamó a otra persona para que tocara.

Edythe conocía la ciudad cada día mejor. Atravesó un laberinto de calles estrechas donde los zapateros se sentaban en la sombra con las piernas cruzadas para trabajar con sus punzones, cuchillos y trozos de cuero, donde las mujeres vendían huevos e higos y los niños jugaban con la tierra, y encontró una señal que reconocía: una jarra pequeña con un palo dentro. La tienda no tenía puerta, solo eran tres paredes alrededor de un espacio de dos personas de largo y una de ancho.

En el interior había cajones y estanterías construidas en los muros que contenían diminutos botes, sobres de seda y cuencos con tapas. En la mesa había un peso. Antes de haber pasado al interior el hombre ya estaba haciéndole reverencias, sonriéndole y frotándose las manos.

—Bienvenida, mi señora, bienvenida.

—Soy médica —dijo ella.

El hombre hizo una reverencia, sonriendo, como si cualquier cosa fuera posible.

—Tengo un paciente con fiebre recurrente.

El vendedor se acercó a sus estantes y comenzó a coger jarras y tarros y a abrirlos para que Edythe oliera los aceites que contenían.

—Éste es para el estómago. Bueno para el estómago. —Olia a menta y a naranja—. Éste es para la fiebre, éste para la garganta.

La chica olió profundamente las complejas fragancias.

—Ah.

—Para la inquietud. Para la pereza. —Acercó otro bote a su nariz—. Para atraer a un hombre.

Edythe inhaló un inquietante aroma animal.

—Para hacer a un hombre duro y fuerte —continuó, levantando y bajando las cejas.

Edythe se rió. No necesitaba nada de aquello pero lo codiciaba todo, quería olerlo todo. Compró varios botes; teniendo la bolsa de Ricardo, no necesitaba regatear.

—¿Hay judíos aquí? —preguntó, como si se le acabara de ocurrir.

—¿Judíos? En Acre no hay judíos.—El tendero negó con la cabeza, con pesar—. Los judíos tienen magia sobre las hierbas.

Edythe le pagó y se marchó.

Buscaba a los judíos no solo para enviar mensajes a Leonor, sino para responder a sus propias preguntas. Recorrió la vieja ciudad por completo, pero no encontró ninguna casa con el pergamino sagrado junto a la puerta. Al final, reuniendo valor, acudió a la gran fuente central y encontró a la vieja mendiga sentada en la sombra de una palmera rota.

—Limosna...

Sin decir nada, Edythe se sentó junto al montón de harapos, tomó su garruda mano y puso un trozo de pan en ella. La vieja olía mal. Sus ojos eran como mejillones crudos. Un constante desfile atravesaba la calle: cascos de caballo agitando el polvo, los pies desnudos de la gente corriente, niños corriendo, un pollo perdido y las pezuñas onduladas de los burros. Dio a la anciana dátiles y pan hasta que le dijo:

—Has venido antes.

—Sí.

—Me conoces.

—No —respondió Edythe—. Solo sé lo que me contasteis: que habéis estado aquí desde hace mucho.

La chica se había retirado tras el tronco de la palmera para evitar que la vieran desde la calle, y levantó las rodillas y las rodeó con sus brazos.

—Quieres algo. —La vieja boca masticó el aire—. ¿Qué es?

—Alguna vez... —Era difícil hacer salir las palabras—. ¿Alguna vez ha habido judíos aquí?

La vieja gruñó.

—Judíos. Los perros. Ellos nos echaron encima a los agarenos. Todo el mundo lo dice.

Edythe no dijo nada, pero no sabía qué eran los agarenos. Sintió frío, temerosa de haber revelado demasiado. La mendiga se balanceó de atrás hacia adelante, con su vieja y descarnada cabeza hacia atrás.

—Vinieron desde Jaffa. El viejo tenía algunos hijos, creo. Mordecai. En un principio eran ricos.

—Mordecai —repitió Edythe, sorprendida. Pero aquel era un nombre común.

—Conozco a todo el mundo. —La vieja bostezó—. Los conozco.

Ladeó la cabeza. La doncella esperaba que la anciana dijera algo más, pero entonces salió del montón de harapos el débil ruido de un ronquido, y Edythe se marchó.

En su cama, Juana encontró un trozo de caña de apenas un par de centímetros de largo. Se quedó helada. Miró a su alrededor para asegurarse de que no la veía nadie, y lo cogió. Tenía una mancha de tinta en la parte inferior. Con un ademán parecido al que haría si se tratara de una serpiente, lo echó en el orinal.

Sin embargo, a la mañana siguiente estaba allí, sola, a los pies de la escalera junto al malecón. Se enfrentó a él, valiente y con la cabeza alta, preparada para ser reprendida y para desafiarlo. Se recordó a sí misma lo que le había dicho Edythe. Tenía razón.

—Lo hecho, hecho está. No puede hacerse nada al respecto.

El hombre suspiró, como si ambos estuvieran decepcionados.

—No voy a... —comenzó Juana.

—Pero podría obtener las cartas de la reina, pues seguramente las tenéis vos.

Por un momento, conmovida, no supo a qué reina se refería y estuvo a punto de preguntarle; en lugar de eso, le dijo:

—Las quemé.

El hombre se movió hasta la sombra del muro.

—Resulta que sé que eso no es cierto. —Su voz era tan suave como la cera—. ¿Debería hablar con vuestro hermano?

Juana tragó saliva.

—No. Esperad.

¿Cómo podía saber lo de las cartas? Debía tener algún otro espía. Si aquel hombre lo sabía todo (la confabulación con Isabel, todo), estaba perdida. Pensó en Edythe con un súbito ramalazo de sospecha. Pero Edythe se lo había prometido.

—Traédmelas. Aquí, mañana —dijo el hombre, marchándose—. Una cosa más. Vuestro hermano es el poder de la cruzada, no debéis volver a intentar apartarlo.

Juana bajó la cabeza y dejó que se marchara.

El sultán envió a su hermano de nuevo a pedir más tiempo para conseguir el dinero del rescate. Felipe despotricó a lo largo del salón, mofándose de Ricardo.

—¿Aún creéis en él? He oído decir que ha matado a sus prisioneros. Mientras tanto, vos estáis alimentando a los suyos, lo que supone cuarenta besantes al día en pan para esos infieles... ¡Os está dando largas! Nunca pagará. Me marcho.

En el centro de la habitación, Ricardo giró sobre sus talones.

—No podéis abandonar la cruzada... ¡Lo jurasteis!

Felipe encorvó los hombros, y sus ojos brillaron.

—Bueno, no lo haré. Me refiero a abandonar la cruzada. Cederé mi mirad del rescate, cien mil dinares, para mantener aquí a los caballeros franceses y que luchen por Jerusalén. —Una sonrisa lamió su rostro, y asintió ligeramente con la cabeza—. Ordenaré al duque de Borgoña que los comande.

Ricardo se enderezó; odiaba a Hugo de Borgoña más que a cualquier otro hombre y notaba, por la brillante sonrisa de Felipe, que «el Enano» lo sabía. Pensó en los cien mil dinares que en ese momento, casi por arte de magia, se habían doblado. Necesitaba dinero. Siempre necesitaba dinero. Era algo sombrío ser rey y a pesar de todo necesitar siempre dinero, pero así eran las cosas.

—Mientras esté en la cruzada, mis dominios están en manos de Dios —advirtió a Felipe—. No caminaréis por ningún sendero de tierra que sea mío, y no recibiréis a ningún enemigo mío. Por lo demás, no os debo nada.

—Estoy de acuerdo, por la regla del Papa —dijo Felipe, radiante.

Había ganado. Ricardo lo notaba en su voz, y eso le irritaba; apartó la mirada, con el cuello tenso. Pero, si conseguía todo el rescate de Saladino, entonces Felipe habría perdido. Colocaría a Hugo de Borgoña en la retaguardia, donde incluso un estúpido comecoños malhablado como él no podría causar demasiados problemas.

Al final, Felipe se marchó un par de días después, tras una larga y farragosa despedida de Juana; Ricardo vio cómo se tensaba la sonrisa de su hermana cuando el triste adiós se prolongó, y esto al menos lo complació. No sabía lo que había pasado entre Felipe y ella en Sicilia, pero ella parecía haber perdido el interés.

Aun así, no podía evitar sentir que Felipe lo había engañado.

Al día siguiente envió una nota a Saladino informándole de que debían reunirse ante la puerta de Acre a mediodía del día después de la luna llena, para entregar el rescate e intercambiar a sus prisioneros; y añadió con mordacidad que había llegado el momento de cumplir sus promesas ante Dios.

Juana caminaba de un lado a otro, una y otra vez. Edythe la vio entrelazando los dedos, y le preguntó:

—¿Otra vez está de Sablé en vuestra mente?

La reina no la miró. Edythe apartó la mirada, incómoda; tras la ventana podía oír a alguien cantando en el jardín.

Juana se acercó repentinamente y se sentó junto a ella.

—Edythe, vos no me traicionaríais, ¿verdad?

—Por el amor de Dios, ni a vos, ni a ninguno de los hijos de Leonor. —La doncella se giró y tomó sus manos—. Oh, querida, ¿qué ocurre?

Los dedos de Juana se tensaron alrededor de los suyos, pero apartó la mirada.

—Me ha... Me ha llamado de nuevo.

—Solo pretende amenazaros.

—Para vos es fácil decirlo —contestó Juana amargamente—. No os amenaza ningún mal.

Seguía aferrada con fuerza a las manos de Edythe.

—Quien os daña a vos, me daña a mí.

—Os creo. Os creo.

Se abrazaron. Edythe la sostuvo con fuerza; una vez más, se le ocurrió que tenía que dar a Juana un lugar donde descansar.

—¿Lo habéis visto? ¿Respondisteis?

—Yo... —Juana se tensó—. Yo... no.

Edythe no dijo nada, pero la sostuvo con firmeza; sabía que Juana estaba mintiéndole. Fuera lo que fuese que hubiera pasado, estaba bajo el látigo de de Sablé incluso más que antes.

—¿Qué debería hacer? —le preguntó Juana.

—No podéis actuar contra vuestro corazón. No lo veáis. No le respondáis. No hagáis lo que quiere.

En sus brazos, Juana suspiró y se mantuvo en silencio. Edythe se preguntó qué era lo que no quería contarle; sintió una punzada de ternura hacia aquella mujer, que se metía en tales embrollos. Bueno, ¿y quién no lo hacía? Sin pretenderlo, pensó en Rouquin. Dio una palmadita a Juana en el hombro y, entre murmullos, la confortó, deseando poder sacar a aquel hombre de la mente de la reina.

En realidad Juana nunca había pensado que Edythe estuviera espiándola por orden del templario. Pero alguien lo había hecho, ¿de qué otro modo habría sabido si no que aún tenía las cartas? Quizá solo había sido una suposición, pero no podía estar segura. Tenía que mantenerlo callado. Envolvió las cartas de su madre y se las envió. Su madre, de todos modos, no decía en ellas nada escandaloso ni censurable.

Siguió abogando contra la cruzada, pero se aseguró de que nadie extrañe la ojera.

—Ahora que Felipe se ha ido tú también podrías volver a casa. Todos podríamos irnos. Felipe no mantendrá su palabra, ya lo sabes. Intentará arrebatarte Normandía antes incluso de llegar a París.

Ricardo estaba sentado junto al balcón, donde corría brisa, con una pierna doblada y el tobillo sobre la otra rodilla.

—Ahora que Felipe se ha ido la cruzada es totalmente mía —le contestó.

Rouquin estaba mirando a Juana fijamente, con los ojos duros y enfadados.

—Hemos venido hasta aquí para recuperar Jerusalén.

—¿Es que Aquitania, o Poitou, o Anjou, o Normandía, o Inglaterra, o cualquiera de las dulces tierras que nuestro padre te dejó, no son lo suficientemente buenas? No es solo Felipe, incluso nuestro estúpido hermano planea...

Ricardo se rió.

—Oh, sí. El travieso Juan, a quien nuestra madre, aparentemente, maneja como al colegial holgazán que es. —Se dirigió a Rouquin—. ¿Has explorado el camino hasta Jerusalén?

Rouquin se acercó a la mesa. Juana había enviado fuera a todos los criados, así que el hombre se sirvió vino él mismo.

—Lo haré si me lo ordenas.

—Eso no es propio de ti. ¿Es que no has hecho nada?

Rouquin se giró, enfadado.

—Jerusalén está lejos de aquí, y la zona es árida y seca, y está llena de sarracenos. Eso es todo lo que he descubierto.

—Bien, entonces —dijo Ricardo, y volvió a dirigirse a Juana, con la voz sedosa y exageradamente cortés—. ¿Podría llamar a un paje ahora?

—Sí —le contestó—. Por supuesto.

Juana observó a Rouquin mientras éste vaciaba su copa de un trago, la llenaba de

nuevo, y pasaba junto al diván, en dirección al balcón, lejos de Ricardo.

El rey ordenó a un paje que buscara a Hunfredo de Torón. Una vez más, se quedaron solos durante algunos minutos.

—Arriesgas demasiado quedándote aquí —le dijo Juana—. Todo lo que padre y madre construyeron...

—Juan no ganaría una carrera a un cojo —dijo Ricardo.

—Pero Felipe sí —le contestó Juana—. Ya lo sabes. No es tan buen guerrero como tú, pero...

—Por supuesto que no lo es —dijo Ricardo—. Y será mejor que respete la carta del Papa. Mientras estoy en la cruzada todo está a salvo.

—Las cosas no son así para Juan.

—Las cosas no son de ningún modo para Juan —dijo Ricardo. Elevó la voz—. Mi señor de Torón, reuníos con nosotros.

El joven se acercó a ellos, esbelto y elegantemente vestido, con sus modales perfectos y su incomparable conocimiento de la región. Juana se retiró y se acercó a Rouquin, que estaba dando la espalda al rey y al atractivo cortesano que habían llamado para reemplazarlo.

El sol estaba poniéndose y, en el exterior, el patio estaba llenándose de sombras. En ese momento, de repente, Rouquin se acercó más al balcón; estaba mirando hacia abajo, al patio. Juana lo siguió.

—Estábamos hablando sobre Jerusalén —dijo Ricardo, a sus espaldas.

—Estoy a vuestro servicio, mi señor —respondió Hunfredo.

—¿Podemos marchar hacia allí directamente desde Acre? ¿Cómo es esa tierra?

—Aaah...

—Mi primo dice que es árida y que está demasiado lejos de la ciudad.

—Entonces mi señor de Rançon ya conoce la zona.

Juana se colocó justo detrás de Rouquin; pensó que el señor de Rançon también

sabía cuándo estaba siendo excluido. Miró el patio que se habría debajo por encima del hombro de su primo.

—Es un largo viaje —estaba diciendo Hunfredo— a través de algunos parajes muy accidentados y llenos de bandidos.

Aun mirando por el balcón, Rouquin dijo, con los labios apretados:

—En la época del Leproso, el puerto para Jerusalén era Jaffa.

—Mi señor de Rançon está, como siempre, bien informado —dijo Hunfredo de Torón. De algún modo consiguió que aquello sonara como una palmadita en la cabeza.

Juana se apoyó contra la pared junto a la puerta del balcón. Abajo los criados estaban reuniéndose frente a la cocina, esperando a que saliera la última comida. La puerta rociaba una brillante luz amarilla en el crepúsculo azul cada vez más profundo. Rouquin continuaba mirando el patio. Juana no sabía si estaba observando algo en concreto o si solo lo hacía para seguir dando la espalda a Hunfredo.

—Jaffa —dijo Ricardo—. ¿Eso está al sur de aquí? ¿A qué distancia? —El diván crujió: se había inclinado hacia delante—. ¿Cómo es la costa?

La musical voz de Hunfredo le contestó.

—Es una larga y recta playa que se extiende desde aquí hasta Egipto. Hay algunos puntos elevados, las colinas que podéis ver desde aquí, en el extremo sur de esta bahía, y también hay algunas ciudades en ruinas.

En el exterior, una silueta oscura entró caminando al patio desde el jardín. Rouquin puso la mano en la puerta. La silueta se convirtió en una persona, y Juana descubrió que era Edythe. Llevaba su largo y sencillo vestido, y la túnica con el cuello cuadrado; la cofia se le estaba soltando y se le veía el cabello. En las manos tenía algunos manojos de hierbas.

Juana recordó la noche en el jardín en la que ambos habían actuado de un modo extraño. De repente, lo entendió todo.

—¿Rouquin? —dijo, en voz baja.

—De Jaffa a Jerusalén solo hay un tercio de la distancia que hay entre Acre y Jerusalén, y existe una carretera. Líneas de suministro y apoyo —estaba diciendo

Hunfredo.

—Entonces deberíamos tomar Jaffa primero —dijo Ricardo—. ¿A qué distancia está de aquí?

Rouquin se giró, tenso, y salió de la habitación sin decir nada, y sin pedir permiso para retirarse. Juana lo observó mientras se marchaba.

«Bueno, será mejor que ella lo rechace», pensó.

—Diez días. Quizá dos semanas. Depende —contestó Hunfredo.

—De lo que haga Saladino —dijo Ricardo.

—De lo que hagáis ambos —repuso Hunfredo.

Pronto empezarían de nuevo los combates, y entonces se olvidaría de ella. Juana sentía que los ojos le ardían. Se preguntó qué sentiría Edythe y, tras recordar algunos momentos desde una nueva perspectiva, descubrió que lo amaba.

Aun así no era de extrañar que lo rechazara. Edythe no era ninguna niña, sino una mujer sensata. Debía saber que entre una sierva y un príncipe solo podía existir un acuerdo, uno en el cual sería él quien lo tendría todo. Esto, incomprensiblemente, hizo que Juana se entristeciera. Volvió al diván y se sentó, sin escuchar la charla de su hermano sobre la costa hasta Jaffa.

El viento soplaba con fuerza, caliente y lleno de arena; Edythe se colocó el extremo de la cofia sobre la boca y la nariz para evitar respirar polvo. Juana, a su lado, se acercó más a la protección del muro. A sus pies, los hombres abarrotaban la enorme puerta de Acre, algunos a caballo y otros a pie, pululando, charlando y mirando la carretera y el cielo.

La guarnición prisionera, miles de hombres maniatados y rodeados por caballeros montados, estaba alineada en la ladera, más allá de la ciudad.

Era casi mediodía; los sarracenos pronto traerían el rescate y a sus prisioneros, y estos serían liberados y Saladino les devolvería la Vera Cruz. Entonces, una vez más, Juana intentaría convencer a su hermano de que la cruzada había cumplido su

objetivo, y de que debía volver a casa. Le había confiado su intención a Edythe después de advertirle que alguien estaba espiándolas por orden del Gran Maestro templario.

Edythe se tiró de la parte delantera del vestido, intentando separarla de su cuerpo; el calor del sol la estaba golpeando con fuerza y el sudor ya le había empapado las enaguas. De Sablé, con toda la gente que entraba y salía en la ciudadela, seguramente no necesitaría ningún espía de verdad. Le bastaría con hacer un par de preguntas a alguien de vez en cuando. Deseaba poder tranquilizar a la reina, pero Juana estaba decidida a creer la peor de las opciones porque no se atrevía a hacer otra cosa.

Frunció el ceño. La carretera que subía y rodeaba la colina hacia el campamento de Saladino seguía vacía. Aquello estaba demorándose demasiado. Miró el cielo. El sol parecía estar en su punto más alto.

Abajo, Ricardo espoleó su caballo para que avanzara, mirando el suelo. Llevaba una delicada sobrevesta de seda blanca sobre su cota de mallas, y la corona de oro sobre la cabeza, tachonada con piedras preciosas; su escudo, con sus tres leopardos, colgaba del arzón trasero de su silla. Parecía impaciente. Edythe sabía lo que estaba mirando en aquel momento: la sombra que hacía su caballo y que, a pesar de que se moviera, seguía justo debajo. Era mediodía.

Cabalgó de vuelta hacia la ciudad, frunciendo el ceño. En la muralla, alrededor de Edythe, Juana y el resto de damas, una multitud se empujaba en el borde para mirar. Cada vez aparecían más. Alguien susurró: «He oído que Saladino ha matado a todos sus prisioneros cristianos. Es el Diablo. No puede cumplir los términos». Una mujer sollozó, con las manos en el rostro.

Edythe echó un vistazo a Juana, que estaba inclinada sobre la muralla.

—Mirad allí —dijo la reina.

La doncella se acercó rápidamente, esperando ver alguna señal de que aquello iba a terminar bien, pero solo vio a Ricardo en el centro de una multitud de hombres que gritaban y se empujaban. Estaban todos de pie alrededor de su caballo, y sus brazos se extendían hacia él como tentáculos en movimiento. Edythe miró la carretera de nuevo: nada.

Abajo, el rey Conrado gritó:

—Es la hora, señor. Seguramente necesita más tiempo...

—No van a venir —dijo Edythe entre dientes, y Juana resopló.

Un musculoso caballero con una sobrevesta roja apartó a Conrado de su camino.

—Señor, está riéndose de vos. Ha roto el trato. Ahora deberíamos hacer pagar a esos prisioneros su propio rescate en sangre.

Ante estas palabras, Ricardo retrocedió.

«Oh, Dios, no lo hará. No puede hacerlo», pensó Edythe.

El caballo de Ricardo casi se encabritó.

—Sí, sí, ha tenido tiempo, y piensa que vos cederéis de nuevo, señor. Está poniéndoos a prueba —gritó el rey Guido. Ricardo giró la cabeza, prestando atención al resto de hombres a su alrededor, que le hablaban a gritos.

El musculoso caballero levantó un puño.

—¡Nuestros muertos gritan desde sus tumbas clamando venganza! ¡Dejemos que estos prisioneros paguen por lo que todos nosotros hemos sufrido!

—¿Quién es ése? —preguntó Edythe.

—Hugo de Borgoña —le contestó Juana—. Ricardo lo odia porque una vez discutieron y Hugo le llamó algo horrible. Ahí está de Sablé.

—¡Los sarracenos! —gritó alguien—. ¡Matad a los malditos sarracenos!

El Gran Maestre de los templarios estaba abriéndose camino a la fuerza a través de la parloteante turba alrededor del rey.

—Señor... Señor...

Edythe se sentía casi mareada por el calor. Juana se secó el rostro con la manga.

—Señor, se dice que después de lo de Hattin, cuando masacraron a mis hermanos, Saladino se quedó mirando la escena con el rostro lleno de dicha —dijo de Sablé con una voz que se alzó sobre todas las demás—. Ahora podríamos devolvérselo.

—¡Venganza! —gritó alguien, y otras voces lo siguieron—. ¡Venganza!

—Necesita ese dinero —dijo Juana.

—Además —añadió Edythe con debilidad, apoyándose contra el muro—, ahora Felipe está ganando.

Debajo, Ricardo espoleó su caballo, alejándose de la presión de los hombres como si se liberara de unos enemigos. Solo en la carretera, hizo girar a su caballo y los encaró.

—Sí, matadlos. De todos modos, no puedo alimentarlos... No puedo dejarlos marchar, y no puedo dejarlos aquí. Matadlos a todos.

Edythe ahogó un grito. Juana se cubrió el rostro con las manos un momento. Después levanto la cabeza y miró a su doncella; extendió la mano y cogió a la otra mujer por el brazo.

—Vamos a casa. Vamos a casa.

Edythe se sentía como si el calor del sol la hubiera clavado con fuerza allí donde estaba. Bajo ella, los caballeros estaban cabalgando hacia los prisioneros de la ladera. Vio cómo sacaban las espadas, y los cautivos también lo vieron y comenzaron a gritar. Juana estaba tirando de ella. Anduvo a trompicones tras la reina, hacia el lugar donde esperaban sus caballos.

«Es por esto por lo que sois un monstruo, mi señor, y no por lo otro», pensó.

A lo lejos comenzaron los gritos, desgarrados por el terror, y en el interior de la ciudad los caballeros y los hombres de armas se apresuraron a salir para unirse a la masacre. Sus voces se alzaron, aullando. Cerró los ojos, siguiendo a Juana lejos, lejos.

Llegaron al jardín, donde Berenguela había conseguido revivir algunos brotes verdes; Juana la seguía como un cordero tras una campana. Ninguna de ellas habló. Berenguela estaba allí, ya que la joven reina tenía más sentido común que ellas y había sabido mantenerse alejada del calor y de los hombres. Edythe tenía que seguir apartando las lágrimas de sus ojos. Se concentró en recoger manojos de milenrama que después machacaría para hacer una pasta. Había encontrado algunos hermosos tarros en la tienda del boticario para almacenar bálsamos así. Su estómago se retorció.

Un paje apareció en la puerta del jardín.

—El rey.

Edythe se enderezó y se hizo a un lado. Ricardo se había quitado la corona, la sobrevesta y la cota, y vestía una túnica bizantina con una sencilla cenefa, marcadas botas de montar y un cinturón trenzado de color dorado. Acababa de asesinar a tres mil hombres. Edythe tenía el estómago comprimido. A pesar de todo le tenía cariño, sin importar lo demás, pero le dolía el vientre.

Se acercó a su hermana, que se había levantado para recibirlo, y se besaron. Juana tomó una de sus manos.

—¿Quieres un poco de vino?

—No. Tengo muchas cosas que hacer, Juana, no puedo quedarme durante mucho tiempo. Ojalá pudiera.

Ricardo apartó la mano de Juana. Parecía cansado, o distraído, pero no arrepentido. La doncella se dio cuenta de que Ricardo nunca iba a volver a hablar de lo que había hecho.

—Te vas de Acre —dijo Juana—. No vas a reconsiderar la idea.

—No. Me llevo al ejército por la costa hasta Jaffa. Tú puedes quedarte aquí.

Edythe se acercó un poco más, y dijo, entre dientes:

—Jaffa.

—Ricardo, debes tener cuidado. Éste es un lugar extraño, y tienen extrañas costumbres... Tengo miedo —dijo Juana. Lo rodeó con los brazos, y se mantuvieron así un momento; Ricardo apoyó la mejilla contra el cabello de su hermana.

«Si ama a alguien, es a ella», pensó Edythe de nuevo.

Juana retrocedió.

—Los templarios... ¿también irán?

—Sí —contestó Ricardo, mirando de soslayo a Edythe—. Por supuesto.

El rostro de Juana se suavizó, más tranquila. Un problema resuelto. Se sentó en el

banco de piedra a su espalda.

—Muy bien, entonces. Pero deberíamos ir contigo. Berenguela y yo.

Edythe pensó que Juana decía aquello solo para mostrarse sumisa; seguramente sabía que él ya había decidido dejarlas en Acre. Berenguela apareció en la puerta y se quedó allí, escuchando.

—Será un viaje duro. Nos enfrentaremos a algunos combates, quizá muchos. Y no sé lo que encontraremos cuando llegemos allí. Debes quedarte aquí hasta que yo mande a buscarte.

Juana inclinó la cabeza, como si se sometiera a su decisión. Entonces Ricardo se dirigió a Edythe.

—¿Sabéis curar heridas?

—Yo... Sí... —le contestó Edythe, pensando en los moratones y rozaduras de los pajes, en la pata rota de un perrito faldero, y en la vez que sacó una espina del dedo de Aly.

Juana se levantó del banco abruptamente.

—No puedes llevártela, solo... ¡es una mujer!

—Es el único médico que tengo, y lo hace bien —le contestó Ricardo—. También me llevo la flota. Puede ir a bordo. No estará en peligro.

—Quiero ir —dijo Edythe.

—¿Por qué? —le preguntó Juana.

—Bien —contestó Ricardo al mismo tiempo. Se acercó un poco más a Juana, y bajó la voz—. Me da buena suerte. Y si me pongo enfermo, me vendrá bien.

Juana estaba mirando a su doncella fijamente.

—Pero yo la necesito.

—Solo será por poco tiempo —adujo Ricardo. Acarició la mejilla de su hermana, se giró y se marchó, pasando junto a Berenguela como si no la hubiera visto. Edythe continuó cogiendo milenrama. Iría a Jaffa. Iría a Jaffa, y allí descubriría lo que

significaba ser judía.

11

ACRE

—Os voy a extrañar mucho. No sé por qué tenéis que marcharos —dijo Juana.

—Puedo servir de ayuda —le contestó Edythe, y le besó la mano—. Mi señora, orad por mí.

—Lo haré —dijo Juana—. Hacedlo por mí también, pensaré en vos en todo momento.

Edythe atravesó el muelle hasta la galera, y allí la recibió el capitán, un hombre bajito y alegre, con brillantes ojos azules en un oscuro rostro cuadrado. Su nombre era Ayberk y hablaba un francés extraño aunque fluido.

—Bienvenida, señora, bienvenida. Ricardo el Basileos os ha puesto a mi cuidado. —Se santiguó a la manera griega—. Os vigilaré de cerca y no tendréis nada que temer.

La llevó hasta la cubierta de proa, donde habían instalado una pequeña tienda.

Casi inmediatamente la galera abrió sus enormes velas triangulares. Era uno de los cien barcos que se dirigían al sur a través de la larga y poco profunda bahía. Rodearon el escarpado cabo en el extremo más alejado y anclaron en las aguas de una playa blanca.

Cayó la noche. La cena fue exquisita: carne estofada, yogurt y pan. Durmió en la tienda, y Ayberk durmió fuera, en cubierta. Por la mañana, el ejército aún no había aparecido en la costa. Ayberk parecía despreocupado. Antes de mediodía los cruzados bajaron la colina hacia ellos. No había señal de sarracenos. Montaron el campamento, pero Edythe volvió a pasar la noche allí, en el barco.

Al día siguiente zarparon hacia el sur de nuevo, navegando cerca de la costa mientras el ejército marchaba allí donde terminaba la arena de la playa. El calor y la inactividad la mantenían medio dormida. Abrió la solapa delantera de la pequeña tienda para que entrara algo de brisa. Estaba echando de menos a Juana y deseando tener algo que hacer cuando Ayberk apareció.

—Sarracenos.

Edythe se incorporó rápidamente. Se protegió los ojos con la mano. Frente a ellos, bajo sus grandes velas, las galeras se extendían en una línea hacia el sur, poco separadas entre ellas y a solo cien yardas de la playa. Justo sobre la arena blanca cabalgaba el ejército cruzado, salpicado de lanzas alzadas y de pequeños pendones. Más allá, en las colinas, una nube de polvo blanca estaba elevándose.

Se le erizó el vello. Podía oírlos, incluso sobre el implacable serraje de los remos: un tenue grito gorjeante y después el débil retumbar de sus tambores.

Ayberk gritó, haciendo señales con las manos, y el barco se acercó más a la playa.

—Rocas —dijo—. Aquí hay rocas por todas partes. Mirad.

Con una mano en el mástil, saltó a la borda de la galera y miró hacia el este. Edythe se acercó a la barandilla y miró hacia abajo; a través de las claras aguas verde azuladas podía ver la arena, muy abajo, pálida entre los bancos de llanas rocas musgosas, como las que había en Acre. El barco se deslizó por encima de ellas como si fueran dientes rotos.

En tierra, la nube de polvo se arremolinó más cerca. En todas las galeras, hombres con arcos comenzaron a trepar a las estructuras de madera alrededor de los palos mayores. Ayberk se volvió hacia ella.

—Veréis, Ricardo el Basileos es bueno en esto. —Se dio un golpecito en la sien—. Hemos cubierto el flanco. ¿Veis?

Edythe se inclinó sobre la barandilla, sin aliento. Estaba casi en la cola de la

línea de galeras, y la mayor parte del ejército estaba delante de ellos. Entre la desordenada multitud de jinetes y hombres a pie que avanzaba por la costa frente a ella, tuvo la impresión de que el cuerpo principal estaba moviéndose más rápido que la retaguardia.

Estaban lo suficientemente cerca para que Edythe pudiera ver a los hombres que se dirigían a la nube de polvo que se aproximaba desde el este. Entonces, de aquel polvo en movimiento brotó una ráfaga de flechas que llovió sobre ellos.

Ayberk gritó de nuevo a su timonel y su barco aminoró la velocidad. En el castillo de madera junto al mástil había diez hombres con ballestas. Edythe se aferró a la barandilla. Ayberk hizo que su barco se acercara más a la playa y los mantuvo en el flanco del ejército cruzado, para que la oleada blanca de jinetes no pudiera rodearlos. A Edythe le pareció una táctica inteligente y lo miró con mayor admiración. Los sarracenos, después de haber lanzado sus flechas, giraron sus caballos y se alejaron.

Momentos más tarde volvieron desde otro ángulo, lanzando otra tormenta de flechas, con sus gritos debilitados por la distancia. A Edythe le parecía que estaban atacando su retaguardia con toda su fuerza, pero también veía que no podían superar a los cruzados. Armados con sus cotas de mallas y con los escudos alzados, los cristianos cabalgaban ilesos a través de las oleadas de flechas. Los proyectiles golpeaban y se clavaban en los escudos y en las cotas, pero no mataban. A pesar de las flechas que los golpeaban, los hombres continuaban como si nada los hubiera rozado. En el límite del grupo de caballeros, hombres de armas con ballestas y jabalinas evitaban que los sarracenos se acercaran demasiado, y las ballestas de la flota mantenían a raya el otro flanco.

Vio caer a un caballo; el jinete saltó de la grupa y comenzó a caminar, portando todavía su lanza. Rápidamente, alguien le proporcionó un caballo nuevo y otro hombre corrió hasta el muerto y le quitó los arreos. El ejército cruzado continuó avanzando con firmeza, y los sarracenos, aullando, huyeron de nuevo.

Esta vez vinieron desde la retaguardia, y las últimas filas de los cruzados giraron en sus talones y arremetieron contra ellos.

—Esto no es bueno. Mirad. Se detienen. No es bueno.

Edythe miró hacia el sur, a la parte delantera del ejército, que se había alejado. Y entonces toda la retaguardia se detuvo para agruparse, girarse y poder enfrentarse de ese modo a los sarracenos.

El espacio entre ellos y el grueso del ejército se hizo más amplio. Los agudos gritos de los sarracenos se hicieron más estridentes y las ráfagas de flechas llegaron más cerca y más rápido. Entonces, en el sur sonó un cuerno.

Edythe se giró, mirando hacia ese lado. Una línea de jinetes galopaba hacia la playa. Mientras cabalgaban, más y más hombres se separaban del ejército, hasta que centenares de caballeros corrieron trabajosamente por la arena hacia la asediada retaguardia. Llegaron en una atronadora manada, con sus sobrevestas agitándose en el viento y las lanzas alzadas. Alcanzaron el extremo del grueso del ejército, donde había más espacio, y entonces, sin una señal que ella pudiera ver, el grupo se ordenó: los hombres de la parte de atrás galoparon hasta el frente formando una única fila. Los jinetes cabalgaban erguidos a todo galope sobre sus caballos, derramándose sobre la tierra como una enorme espada. Edythe contuvo el aliento, con el corazón desbocado, atrapada por el poder y la belleza de aquella embestida.

—El basileos Ricardo —exclamó Ayberk, y señaló.

La doncella vio que iba el primero, y que llevaba una corona sobre su casco. Rouquin también estaba allí, en alguna parte. Golpeó la barandilla con los puños. Pasaron como un rayo junto a la acosada retaguardia y, en un irregular patrón, las lanzas oscilaron hasta colocarse a nivel. Estribo a estribo, y cabeza a cabeza, la carga se precipitó contra los ligeros jinetes sarracenos.

Los arqueros de túnica blanca cayeron como si una ola de hierro hubiera roto sobre ellos. Ayberk gritó, deleitado. El resto de los sarracenos dio la vuelta para huir, pero en la arena, tras la carga, quedaron muchos cuerpos aplastados y un caballo tullido intentando levantarse. La carga de los cruzados los llevó directamente contra la retaguardia, y los sarracenos comenzaron su huida.

—No —exclamó Ayberk—. Parad.

Edythe lo miró y se giró de nuevo para ver a qué se refería. Los hombres del interior de la línea de carga de los cruzados habían virado para perseguir a los sarracenos que huían hacia las colinas. Aquello le pareció un movimiento temerario, y se preguntó por qué no los seguían todos. Entonces, a mitad de camino hacia las colinas, los sarracenos que huían se giraron, trazaron un círculo y rodearon a los hombres que los perseguían.

—Oh, no —exclamó la chica.

Apartados de los suyos y dispersándose al cabalgar, el puñado de cruzados se quedó atrapado en el centro de centenares de arqueros a caballo. Entonces, los

sarracenos, más ligeros y rápidos, tenían ventaja. Edythe ahogó un grito y golpeó la barandilla con las manos. Los cruzados atrapados intentaron volver junto a los otros, pero fueron rodeados. Sus caballos tropezaron, un caballero se tambaleó en el suelo, intentando luchar, y después cayó. Los sarracenos elevaron un trémulo grito de triunfo. El polvo que se levantaba los ocultó. Más cerca, junto a la playa, la retaguardia había comenzado a moverse de nuevo. Los hombres de armas corrían tan rápido como si los azotaran.

—Justo delante está el campamento —dijo Ayberk.

Edythe se humedeció los labios. Podía ver los primeros barcos de la flota dirigiéndose a la playa. Más allá de la arena había ruinas, arcos y montones de ladrillos. Estiró el cuello, mirando el camino por el que habían venido; la retaguardia estaba alcanzando al resto del ejército de nuevo, y apenas podía ver el delicado velo de polvo que se movía hacia las colinas. Ningún caballero cristiano volvió de allí.

«Si me quedo aquí nunca lo descubriré —pensó Edythe—. Así que no me quedaré aquí».

Antes de que consiguiera bajar a tierra, llevando su bolsa de pociones, bálsamos y tarros, ya había llegado el crepúsculo. El ejército había comenzado a levantar su campamento en el prado junto a las ruinas, poniendo piedras en círculos para las fogatas y señalizando los respectivos espacios con sillas y lanzas. No tuvo problemas para encontrar a Ricardo, ya que tenía una tienda para él solo, una gran extensión de tela sostenida por postes y cuerdas, con los bordes sujetos por fardos y barriles. Un trineo lleno de madera se había detenido ante la tienda y, mientras Edythe se acercaba, un hombre estaba preparando una fogata. Un mozo pasó junto a ella, conduciendo a un agotado caballo ya despojado de su ronzal. En el centro de un enjambre de escuderos y pajes estaba Ricardo, dando órdenes y bebiendo una copa de vino. Ya se había quitado la cota de mallas.

Cuando el último hombre se hubo marchado, el rey se dirigió a ella.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le preguntó—. Bueno, lo cierto es que estaba a punto de mandar a buscaros. Adelante, aquí vienen.

Su corazón se convirtió en una roca de hielo. Había algunos heridos. Tres

jinetes caminaban con dificultad hacia la fogata del rey. Reconoció entre ellos al caballo gris de Rouquin.

Pero Rouquin estaba ileso, y sobre la silla. Bajó de su montura y se acercó a la luz de la lumbre; tenía tres flechas clavadas en el hombro de su cota de mallas. Edythe contuvo el aliento. Rouquin ayudó al hombre a su espalda, que se apoyó contra él y gimió por el dolor, a desmontar.

—Mercadier, imbécil, deberíais haber muerto ahí fuera.

Venid aquí —le dijo Ricardo, y a continuación se dirigió a Edythe—. Ocupaos de él.

El rey siguió bebiendo de su copa.

La chica se quedó inmóvil, con el corazón desbocado, mientras Rouquin y los otros dos llevaban al hombre herido hasta la fogata y lo sentaban.

Se agachó frente a él y lo examinó. Mercadier no tenía flechas clavadas. Se había quitado el casco, mostrando su cabello muy corto. Tenía los ojos abiertos. Sus bronceadas y redondas mejillas estaban hundidas pero, a pesar del dolor que arrugaba su rostro, no parecía estar herido.

—Mercadier, ¿dónde os duele? —le preguntó. Entonces vio su brazo derecho, que colgaba en su costado con el antebrazo retorcido.

—Derribaron su caballo —dijo Rouquin, a su espalda.

Edythe se incorporó.

—¿Podéis quitaros la cota de mallas?

Mercadier forcejeó con su malla con la mano izquierda, y después otro hombre se inclinó para ayudarlo. Aun así, cuando consiguieron quitársela estaba jadeando y empapado en sudor. El otro hombre le desató la chaqueta acolchada y también se la quitó. Edythe miró a Rouquin; Ricardo le había dado la copa de vino y estaba a su espalda, sacando las flechas de su cota de mallas una a una.

Volvió a concentrarse en Mercadier. Incluso sin tocarlo, sabía, por el modo en el que colgaba su brazo, que los huesos del hombro se habían separado. Había visto cómo se recolocaba una vez, hacía mucho tiempo. Esperaba recordar bien el procedimiento.

—Que alguien se siente espalda contra espalda con él.

El otro hombre se sentó, y Mercadier se apoyó contra él. Edythe se agachó una vez más ante el herido.

—Esto os va a doler —le dijo.

—Ya me duele.

El sudor caía en gotas desde su frente hasta su negra barba.

La chica tomó su brazo herido por la muñeca y el codo y colocó el antebrazo sobre su vientre, de modo que la parte superior del brazo colgaba recta contra su costado. Con la mano izquierda sostuvo ese codo con firmeza, y con la derecha en la muñeca del hombre comenzó a retorcer el antebrazo separándolo del cuerpo.

Mercadier gimió y tragó saliva, con los ojos desencajados, y el hombre a su espalda le agarró el otro brazo para sostenerlo. Edythe sintió cómo giraban los huesos, cómo se enganchaba brevemente la articulación antes de que la parte superior del brazo diera una vuelta sobre el borde del hueco y ocupara su lugar. Retrocedió con las manos abiertas.

El herido cerró los ojos, respirando con dificultad pero con el rostro más relajado. El hombre que se había sentado detrás lo soltó. Mercadier levantó la otra mano hasta su hombro y abrió los ojos para mirarla.

—Gracias.

—Tened cuidado con él —le aconsejó Edythe—. Os lo vendaré.

—Si mis propios hombres desoyen mis órdenes, ¿cómo va a salir bien? Tenemos que mantenernos en marcha y nunca romper filas para salir tras ellos. Cuando atacan no pueden hacer nada si nos mantenemos juntos. La cota de malla detiene las flechas, ¿veis? —Tiró al suelo las dos flechas que tenía en la mano, las que acababa de arrancar de la cota de Rouquin—. Maldita sea, solo teníais que continuar avanzando, creía que erais un buen soldado. —Tiró de la última flecha—. Ésta es profunda.

Rouquin gruñó. Edythe se incorporó, mirándolo; parecía estar bien, aunque su respiración se entrecortó mientras Ricardo movía la última flecha para sacarla. Desde el beso no se había permitido mirarlo. En aquel momento tenía una excusa, y la aprovechó.

—Dejad que le eche un vistazo —dijo.

—No es nada —contestó él, cortante. Mantuvo la mirada baja. Entregó a Ricardo la copa de vino, y éste se la tiró a un paje.

—Deja que la chica te examine. Te necesito, y algunas de éstas duelen como si mordieran. —Se acercó a Mercadier—. Casi conseguisteis que mataran a vuestro señor.

—Señor...

—Callad.

Rouquin se quitó la cota y la chaqueta acolchada que llevaba debajo. Tenía el pecho empapado en sudor, y su vello rojizo pegado a la piel. Miró de soslayo las flechas; la cota de mañas había doblado y hecho muescas en sus largas puntas. Dos de las tres habían llegado lo suficientemente lejos para hacerle pequeñas y desagradables heridas.

—Sentaos —le ordenó Edythe.

La doncella sacó el frasco de vinagre y un par de pinzas de su bolsa. Rouquin se sentó en un barril. Las flechas habían arrastrado jirones de tela y fibras de la chaqueta hasta los agujeros con forma de estrella, y los sacó cuidadosamente con las pinzas. Lavó cada corte con vinagre y lo embadurnó con bálsamo de milenrama. Rouquin, sin ropa, parecía más grande. Su pecho, bajo los grandes arcos de sus hombros, era amplio y musculoso. Al tocarlo se recordó besándolo y quiso hacerlo de nuevo, por todas partes.

«Recuerda —pensó—. Recuerda por qué vas a Jaffa. No te dejes distraer por un hombre que, de cualquier modo, está más allá de tu alcance».

Rouquin no se dio cuenta de nada, no estaba mirándola.

—Hugo de Borgoña es un auténtico idiota —estaba diciendo Ricardo. Asintió a un paje que le ofrecía una copa de vino—. Servidle a él.

—Lo pusiste en la retaguardia —dijo Rouquin. El paje le entregó la copa. Edythe estaba junto a la rodilla del hombre, trabajando en la profunda herida de la parte delantera de su hombro y, por un instante, mientras cogía el vino, sus ojos se encontraron.

Su mirada era tan intensa que le provocó un escalofrío. Apartó la mirada, consumida por el fuego. Sus dedos presionaron el macizo músculo de su brazo. Frotó la milenrama sobre el corte de su hombro, con las rodillas temblando.

—Enviaré a los hospitalarios a la retaguardia. Al menos ellos obedecen las órdenes —continuó Ricardo, y emitió una grave carcajada desprovista de humor—. Fue una carga impresionante. Hemos enseñado a los sarracenos que no deben intentar resistirse a nosotros.

El resto de hombres gruñeron su asentimiento. En la fogata habían puesto a girar algunos trozos de carne, y pronto todos ellos comenzaron a comer. Edythe se quedó atrás; un siervo le llevó un trozo de pan con un poco de carne encima.

—Hacedle sitio en la tienda. Yo seré su protector —dijo Ricardo, riéndose.

Rouquin estaba junto al fuego con el resto de hombres, comiendo. La dama volvió a entrar en la tienda y se sentó. Junto a la puerta ya ardía una antorcha.

La carne estaba casi cruda, y su jugo se derramó por su barbilla. Recordó cómo se había movido bajo su mano el hueso del brazo de Mercadier, cómo se había deslizado de nuevo hacia el lugar a donde pertenecía, y la inundó una profunda satisfacción.

Cerró los ojos y pensó en Rouquin, y en la razón por la que iba a Jaffa. Pero lo deseaba, y en ese momento sabía que él también la deseaba a ella. Se comió el pan empapado en sangre y se secó las manos en la túnica.

El mar era un fruncido azul y plata. En el punto en el que las grandes olas se precipitaban sobre las rocas, la espuma era de un blanco diáfano. Hunfredo de Torón apoyó el brazo sobre el malecón. Desde el monasterio, que estaba a su espalda, se oían los cantos vespertinos de los monjes. Llevaba todo el día esperando y ella no había acudido. Pronto el sol se pondría y tendría que admitir que habían fracasado.

Cuando la cruzada abandonó Acre para marchar al sur, él se había dirigido al norte, hasta aquel pequeño monasterio sobre las blancas rocas a las que llamaban la Escala de Tiro. En el pasado, los ermitaños habían morado las cuevas talladas por el mar, pero en ese momento el monasterio ofrecía un modo de vida más cómodo. Observó el hundimiento del sol, preguntándose qué hacer a continuación.

—Fredo.

Giró sobre sus talones. Isabel atravesó la puerta, sola.

—Oh, Dios mío —dijo, y la dama se acercó a él y se abrazaron.

Los habían casado cuando ambos eran niños, y en los malos tiempos de padrastrós y madrastras, de guerras y rehenes, solo se habían tenido el uno al otro. Siempre la había querido. Era una criatura adorable. Retrocedió, mirándola a los ojos.

—Eres la reina más hermosa de toda Tierra Santa. Y créeme, porque he visto unas pocas —dijo, riéndose, y se apoyó en el muro de nuevo—. Incluyendo a la de Sicilia, que mantiene a Conrado en Acre dándonos la oportunidad de vernos. Pero no será capaz de retenerlo durante demasiado tiempo, ahora que Ricardo se ha ido.

—Ese perro —dijo Isabel, con fuerza. El final de su cofia se agitó con el viento. Se suponía que debía llevar un vestido sencillo, y eso para ella significaba un largo y oscuro traje con ribetes dorados, zapatillas de oro, y más oro en sus dedos y en sus orejas—. ¿Cómo se atreve a despreciar la cruzada? Se llama a sí mismo rey, y aun así no acude al rescate de Jerusalén.

—En eso, en realidad, estoy de acuerdo con él. No podríamos retenerla durante mucho tiempo —dijo Hunfredo.

—Oh, Fredo. —Isabel avanzó con el viento—. Entonces todo habrá sido en vano, ¿no es así? Muchos habrán muerto para nada.

Se acercó a él, con las mejillas sonrosadas por el viento. El sol estaba poniéndose y derramaba su luz sobre ella, de modo que incluso sus lágrimas eran doradas.

—¿Por qué no luchaste por mí? ¿Por qué me dejaste ir de esa manera?

—Me habría matado, Isabel. Quería matarme. Y después de hacerlo, seguiría teniéndote. Dios, si hubiera podido salvarte de ese modo lo habría hecho, lo juro, pero en este caso habría sido inútil.

Isabel extendió las manos, y él las tomó entre las suyas.

—Fredo, él me hace cada noche lo que dijiste que me haría. Cada noche. Es como tener a un perro gruñendo sobre mí. Peor.

—Te ayudaré. Juana está ahora en Acre, y ella también te ayudará. Si consiguieras salir de Tiro podríamos ayudarte a huir más allá de su alcance... A Antioquía, o incluso a Constantinopla.

—Si pudiéramos encontrar a un sacerdote que me concediera la anulación...

Charlaron un poco sobre la anulación, un asunto que ocupaba totalmente la mente de Isabel, como si pudiera borrar a Conrado totalmente de su vida con unas pocas palabras de un sacerdote. Hunfredo sabía que nunca la conseguirían. Conrado había yacido con ella, y sabía muy bien que Hunfredo nunca lo había hecho. Conrado ya se había burlado de él por ello, y él lo odiaba por aquella prolongada rastra de insultos, por el desafío que sabía que no aceptaría, por los chismorreos a su espalda, por las burlas y sonrisas socarronas en su cara. Como si al desprestigiar a Hunfredo aumentara el prestigio de Conrado.

—Isabel, si conseguimos la anulación tendrías que casarte de nuevo.

—Con cualquiera excepto con él. Si no puedo tenerte de nuevo, con cualquiera.

—Encontraremos a alguien bueno.

Se abrazaron de nuevo. Rodeado por los brazos de Isabel, Hunfredo recordó cómo era el mundo antes, cuando era un todo inmutable como el adamantino, y hecho expresamente para ellos. Antes de que Guido perdiera el reino y todo se derrumbara como una torre de cristal. Antes de que Sibila muriera y de que Isabel, repentinamente, se convirtiera en la única superviviente de la dinastía.

—Tengo que irme —dijo la dama—. Debería estar de vuelta para las Completas.

—Confía en Juana, ella te ayudará a salir de Tiro.

Él se ocuparía de su rival. La clave era encontrar algún modo que no condujera directamente hasta él, ya que Conrado tenía muchos aliados que rápidamente intentarían vengarlo, y Hunfredo no quería que ninguna acusación se alzara contra su nombre.

No deseaba ser rey. Había visto lo que ocurría con los reyes: eran sacrificados en el altar de una espada. Pensaba que Ricardo conseguiría recuperar los suficientes territorios del reino para dar al título algo de sustancia, pero no sería suyo. Deseaba que convencieran a Ricardo de que se quedara allí y fuera rey. Quizá entonces incluso Jerusalén estaría al alcance de la mano.

Pero Corazón de León ya había recuperado Acre, pronto tendría Jaffa, y después incluso Ascalón y toda la costa entre ambas. Sería un reino adecuado, compuesto por ciudades mercantiles, y próspero gracias al comercio de ambos bandos. Ricardo estaba reconstruyendo la torre de cristal, sí no idéntica a la anterior, al menos bastante bien. Hunfredo pensó que nunca antes había conocido a un hombre como él. Observó la partida de Isabel, esbelta y hermosa. Isabel, a quien todos los hombres deseaban, excepto él, que solo deseaba a Ricardo.

El rey Conrado pasaba más tiempo en Acre del que a Juana le gustaba, ya que el resto de señores de la cruzada se habían marchado y su corte era poco más que el servicio. Pasaba gran parte del día mirando la ciudad, las murallas y defensas que estaban siendo reconstruidas rápidamente bajo las órdenes de los maestros templarios. Al anochecer, durante los recitales de laúd y canto, bostezaba, y además bebía demasiado. Juana se alegró mucho cuando lo escuchó decir que se marchaba a Chipre.

—Puedo llegar a algunos acuerdos con los mercaderes de allí para que lleven sus barcos hasta Tiro, y a Acre también. Así todos nosotros nos haremos ricos —le dijo, sonriéndole. Siempre intentaba cogerle la mano; le sudaban las palmas, y tenía los dedos feos y arrugados debajo de sus sortijas de espirales.

—Mi señor, sería agradable recibir a algunos mercaderes —le contestó.

Cuando él besó su mano, ella se la secó con la manga. Se marchó con muchas reverencias y Juana pidió inmediatamente papel, tinta, y una pluma para escribir a Isabel, que estaba en Tiro, avisándole de que su esposo se iba a Chipre y aconsejándole que escapara inmediatamente. Se las arreglaría para enviárselo a Tiro aquella misma mañana.

En efecto, comenzaron a llegar más barcos al puerto de Acre, y los mercados empezaron a crecer. Un par de días antes de que Conrado zarpara hacia Chipre recibió otro paquete de cartas y salió al jardín para leerlas. Berenguela había ido a misa y seguramente pasaría allí todo el día, inclinándose y rezando. Juana se sentó en el banco con las cartas en el regazo.

Ambas eran de su madre: la primera mortificándose por el príncipe Juan y sus infinitas y torpes maquinaciones, y la segunda anunciando su alarma por la noticia de que Felipe Augusto volviera a Francia. Aparentemente se había detenido en Roma

y había intentado que el Papa lo liberara de su responsabilidad con la cruzada y con Ricardo. El Papa no transigió.

—El maldito enano —dijo Juana, entre dientes. Pero también había rumores de que Felipe estaba buscando otra esposa, y Leonor hizo tantos comentarios crueles y divertidos sobre aquel tema que Juana, al final, terminó riéndose.

Arrugó las cartas rápidamente en su mano, por si alguien las hubiera visto, y buscó un brasero a su alrededor. Si las quemaba no tendría que entregárselas a nadie. Se había dado cuenta demasiado tarde del error que había cometido; ahora de Sablé tenía pruebas de que ella era proclive a revelar secretos de familia. Deseó habérselo pensado mejor. Deseó haber pedido consejo a Edythe. Un paje atravesó el sendero del jardín, y anunció:

—El señor Hunfredo de Torón.

Juana entrelazó las manos alrededor de la bola de papel que tenía en su regazo. El esbelto y joven señor recorrió el sendero e hizo una reverencia ante ella; Juana siempre quedaba cautivada por su elegancia al hacerlas. Todos los señores poseían aquellos elegantes modales, como si vivieran en un mundo más delicado que el de los ordinarios patanes occidentales. En la mayor parte de ellos había artificio, pero Hunfredo le otorgaba un toque muy refinado.

—Que Dios sea con vos, mi señor. Venid y sentaos junto a mí —dijo Juana, y cuando el joven lo hizo, añadió—: Tengo buenas noticias. Creo que Isabel estará lejos de Tiro en el plazo de una semana. Le he informado de que Conrado ha partido hacia Chipre, y que puede huir.

El delgado y juvenil rostro que tenía ante ella no sonrió, aunque Juana había esperado que lo hiciera.

—Mi señora, Conrado se dirige a Tiro.

Notó una presión en el corazón.

—Él me dijo que iba a Chipre. Para llegar a algunos acuerdos con los mercaderes.

—Os mintió. Zarpó hacia Tiro.

Juana apretó los puños.

—Sucio canalla. Entonces, ¿él lo sabe? Mi relación con Isabel.

—Quizá no. Seguramente descubrió que yo me estaba viendo con ella en la Escala de Tiro. —Hunfredo agitó la cabeza—. Conrado no tiene ningún aprecio por la verdad, miente solo para mantener su ventaja. Pero es posible... que lo supiera. Podría estar controlando todo lo que ocurre entre vos e Isabel para sus propios fines.

Juana cerró las manos sobre las cartas de su madre. Pensó en lo que Edythe había dicho sobre de Sablé, que la estaba entrenando como a un perro. Repentinamente, odió al templario más aún por lo que Conrado había hecho.

—Es una víbora.

Hunfredo se encogió de hombros.

—Quizá todavía pueda escapar.

Se sentó en el banco, balanceándose ligeramente hacia delante y hacia atrás, como si se preparara para volar.

—Quizá. La fiesta de la Anunciación será pronto, y entonces habrá muchas celebraciones en la ciudad: multitudes, procesiones y misas, y gente en la calle por la noche hasta muy tarde. Si no puede huir, tendrá la sensatez para reconocerlo y no intentarlo.

—Bueno —dijo Juana—. Entonces tendremos que intentarlo de nuevo.

—Cualquier cosa es posible. —Inclinó la cabeza ante ella, y su voz cayó, suave e íntima—. Mi señora, tenéis mi infinita gratitud por esto. Estaré en deuda con vos para siempre.

Las doncellas de Berenguela estaban acercándose por el sendero. La joven reina venía tras ellas, con un velo sobre el rostro a la manera bizantina. Hunfredo la recibió con una reverencia y una floritura y, durante unos minutos, los tres hablaron del tiempo, de la tranquilidad de la ciudad ahora que el ejército se había marchado, y de la adorable música de la que disfrutaban. Juana no solía quedarse en el jardín mientras Berenguela estaba allí, así que comenzó a recorrer el camino hasta la ciudadela, con las cartas en las manos.

Para su sorpresa, Hunfredo la siguió. La dama lo tomó como un cumplido, ya que le estaba dando prioridad ante la reina de Inglaterra. Un par de sus pajes los siguieron. Atravesaron el patio y entraron en la planta baja de la ciudadela.

Allí, en el pasillo vacío, ardía un brasero, y Juana se detuvo lo suficiente para tirar las cartas en él. Hunfredo la vio y la miró con atención, pero no dijo nada.

—Oh, ya estaba cansada de llevar ese papel —dijo Juana. Las cartas ardieron. El hombre no hizo ningún comentario. Subieron al salón y se sentaron allí, para beber vino y cotillear.

12

EL CAMINO HACIA JAFFA

El ejército solo marchaba en las primeras horas del día, debido al calor, y se detenía allí donde encontraba agua. Edythe viajaba en barco. El navío se deslizaba junto a la playa, y desde allí, sobre el límite que marcaban las posidonias, podía ver a los soldados de infantería arrastrando sus jabalinas y a los caballeros haciendo bailar a sus caballos. La galera mantuvo el paso durante un tiempo, sobre las aguas poco profundas, con una carreta arrastrada por muías en cuyo centro había un alto poste que sostenía una bandera roja. Durante toda la mañana las nubes de polvo se mantuvieron en el aire, y los vacilantes gritos de los sarracenos fueron y vinieron.

Ayberk señaló el carro con la bandera.

—Allí es donde llevan a los heridos.

Aquella tarde, cuando bajó a tierra, intentó encontrar el carro rojo, pero Ricardo había recibido un golpe de lanza en las costillas y tuvo que atenderlo. Cuando fue a verlo estaba bebiendo junto a una fogata, con la camisa ya quitada y el

tajo sangrando en su costado. Su cuerpo era más esbelto que el de Rouquin, y su piel más blanca.

La herida no era profunda pero sí larga, y tenía que coserla. Como era el rey, usó para ello hilo de seda. Fue difícil asegurarse de que los bordes de los puntos coincidieran. Mientras tanto, Ricardo continuó hablando a sus oficiales, enviándolos de acá para allá sin hacer la más mínima mueca ante la aguja. Tras la última puntada hizo un nudo, le dio un tónico para que lo bebiera, embadurnó el corte con milenrama y colocó una tira de lino sobre el mismo, para que la costra de la herida en proceso de sanación no se pegara a su armadura acolchada. El escudero se acercó con la camisa de Ricardo.

Entonces, de repente, la chica notó que algo caminaba sobre su pie. Bajó la mirada y vio una enorme araña negra sobre sus dedos.

Gritó y dio una violenta patada; la gigantesca masa negra voló en una agresiva curva a través del aire. Aterrizó sobre la espalda; un puñado de patas retorciéndose sobre un cuerpo peludo del tamaño de su mano. Los hombres a su alrededor la esquivaron, riéndose, y Mercadier la recogió con un casco.

Empujó el casco hacia la cara de Edythe y ésta retrocedió con otro grito.

En ese momento todos estaban riéndose de ella. Era una broma, había sido planeado. Frunció el ceño, indignada y humillada, y eso hizo que se rieran aún más, incluso Ricardo. Podía oír las patas de la araña golpeando los lados del casco. Se incorporó y volvió a entrar en la tienda para estar sola.

La galera de Edythe navegó junto a playas planas y arenosas, junto a aldeas desiertas, formaciones rocosas, viejas murallas y torres derruidas. El calor era implacable, y la empapaba hasta la piel incluso bajo la protección de su tienda. Mantenía los laterales alzados, pero no corría viento. A lo lejos se alzaban penachos de humo. Ayberk le contó que los sarracenos estaban quemando las aldeas que había por delante de la cruzada para que no consiguieran suministros, aunque por supuesto la flota llevaba provisiones suficientes.

En el barco comía pan y bebía vino agrio. Por las noches, cuando bajaba al campamento, comía lo que comían los hombres. Cada pocos días oían misa y el ejército al completo respondía como un solo hombre. «Santo Sepulcro, ayúdanos».

Una noche, Edythe llegó a la tienda antes de que el rey estuviera allí, y un hombre de armas con una chaqueta a rayas verdes y rojas se acercó a ella.

—Por favor. Señora, por favor. Mi hermano. ¿Podéis ayudarme? Por favor, ayudadme.

Era más joven que ella, un escuálido muchacho de cabello pajizo con los dientes salidos. Su forma de hablar era parecida a la de Edythe. Lo siguió a través del campamento.

Generalmente lo único que veía del campamento era la zona que atravesaba en su camino hasta la tienda de Ricardo, cuando el ejército acababa de instalarse. En aquel momento estaban todos sentados alrededor de sus fogatas, cortando madera, bramando y bebiendo, medio desnudos por el calor. Edythe caminó a través de ellos tan rápido como pudo, siguiendo al chico pelirrojo.

Alguien ululó tras ella.

—Ten cuidado —susurró otra persona entre dientes—. Ésa es la bruja de Ricardo.

Después de eso comenzó a caminar más tranquila.

«Debería haber pisado la araña», pensó en ese momento.

El chico de los dientes salidos la llevó hasta el carro con la bandera, el lugar al que llevaban a los heridos. Había varios tumbados en el suelo junto al carro, y tres hombres con túnicas a su alrededor, pero el chico la condujo hasta la parte trasera, donde, sobre una manta, yacía otro hombre.

Edythe se dio cuenta inmediatamente de que estaba agonizando. Estaba pálido y respiraba en pequeños jadeos, y sus ojos, totalmente abiertos, miraban sin ver. Algo goteaba de su nariz. Se arrodilló a su lado. Uno de los hombres con túnica se acercó a ella.

—Bienvenida. Soy el doctor Roger Besac... ¿Podéis sangrar a este hombre?

Edythe se sobresaltó, enfadada. Habían pensado que era una simple sangradora.

—No. Pero este hombre está muriendo, así que eso no serviría para nada de todos modos. Buscad a un sacerdote.

Roger Besac miró al chico de los dientes salidos.

—Te lo dije —dijo, y rodeó el carro de nuevo.

Edythe se sentó junto al moribundo.

—¿Dónde le hirieron?

Tocó la garganta del hombre para sentir el pulso desde su cerebro, y era tan débil y agitado que supo que no había esperanza.

—En la cabeza —contestó el chico—. Ni siquiera estaba luchando. Se quedó dormido y se cayó debajo de un carromato, y éste le pasó por encima.

—A h —dijo Edythe, y posó suavemente la mano sobre el mugriento y enmarañado cabello del hombre. Sus oscuros ojos miraron a la nada. El pus que le salía de la nariz olía mal. La dama notó la huella de la rueda del carromato cruzando el hueso bajo sus dedos.

El sacerdote acudió con su aceite y sus mascullaciones, y la dama se incorporó para dejarle espacio. El chico de los dientes salidos estaba sentado en el suelo, llorando. Edythe se agachó a su lado un momento, pero él se apartó y se rodeó el rostro con los brazos.

—Lo siento —le dijo, y él chico volvió a separarse abruptamente.

Impotente, volvió a la tienda de Ricardo; notaba el cuerpo como una piedra. Comenzó a llorar en silencio, dejando que las lágrimas bajaran por sus mejillas. Recordó lo que la mendiga había dicho: «Todo el mundo pierde».

—Edythe.

Rouquin se acercó a ella.

La chica, conmocionada, intentó recomponerse, diciéndose a sí misma que había visto morir a hombres antes, que a veces era mejor morir. El enorme caballero frunció el ceño. Se había quitado la cota, pero llevaba la chaqueta; y apestaba.

—¿Dónde habéis estado? Ricardo está buscándoos.

—¿Está herido?

—Está bien. Es el mejor guerrero del ejército. De cualquier ejército. Nadie puede acercársele lo suficiente para herirlo.

Edythe sabía que eso no era verdad. Esperaba que nadie pudiera acercarse tanto a Rouquin. Hablar la tranquilizaba, apartaba la oscuridad. Tenía que evitar acercarse a él.

—¿Cómo están vuestras heridas?

—Me pican un poco. No pasa nada. Es el brazo del escudo.

Dejó que esos bastardos se acercaran demasiado mientras intentaba sacar a Mercadier de allí.

Edythe se secó los ojos. Rouquin estaba mirándola fijamente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, y comenzó a andar hacia la tienda de nuevo.

—Alguien ha muerto. Me pidieron que lo ayudara pero no he podido.

El hombre caminaba a su lado mientras se desataba la parte superior de la chaqueta, que estaba empapada de sudor.

—Maldita sea, mujer: vos no podéis salvar a todo el mundo. Se supone que sois la médica de Ricardo, no de todo el campamento.

—No puedo salvar a nadie.

«Mañana podría estar muerto —pensó Edythe—. Yo podría estar muerta. Y nunca tendríamos lo que ambos queremos».

El mundo entero se redujo a aquel momento. Se detuvo y puso la mano sobre el brazo del caballero.

—Rouquin...

Él la miró con dureza.

—¿Qué?

Edythe notó, de repente, que todo el mundo estaba mirándolos.

—Nada —le contestó, y siguió caminando hacia la tienda del rey.

En la fogata, un cocinero le dio carne y pan, y ella se lo llevó al interior de la tienda para comérselo, porque allí podía sentarse con la espalda contra una caja. La puerta de la tienda se oscureció un momento y Rouquin la atravesó, con una copa en la mano, y se sentó a su lado.

El hombre no habló, solo puso la copa entre ellos. Se había quitado la chaqueta y vestía una camisa sucia, con las mangas rasgadas, que dejaba al descubierto sus musculosos brazos arañados y llenos de cicatrices. Olía ligeramente mejor.

—Debe ser muy duro luchar de ese modo.

Tomó la copa y bebió un poco del vino sin aguar; estaba un poco agrio. Con algo de miel sería ojimiel. Comió más pan.

—No estoy acostumbrado a esto —le contestó el hombre—. En casa solo hacíamos frente a emboscadas y asaltos, y solía volver por la mañana. Esto de marchar sin cesar, bajo el calor, y con los sarracenos como mosquitos a nuestro alrededor... Y ni siquiera podemos devolverles el golpe. No sé cómo va a terminar esto. No podemos vencerlos, pero ellos tampoco pueden vencernos a nosotros.

—¿No terminará en Jerusalén?

Rouquin se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo solo sigo a Ricardo. —Se pasó las manos por el cabello, y continuó en voz baja—: Todo esto es diferente. Aquí todo es diferente.

Quizá hablar lo consolara, como la había consolado a ella. Recordó el momento en el que habían estado sentados junto al rey enfermo; ahora era aquel Rouquin, no enfadado, ni brusco, sino introvertido e inseguro. Incluso su voz era más suave. Rouquin cogió el vino, bebió un poco y lo escupió.

—Dios, esto es intragable.

Edythe se rió, y él se giró, sonriéndole. Entonces la voz de Ricardo sonó fuera.

—Rouquin, ven aquí.

El hombre resopló.

—Sabía que esto iba a pasar.

Se incorporó y se alejó; a la luz de la puerta, la chica lo vio subiéndose el cinturón y cuadrando sus hombros, convirtiéndose de nuevo en el Rouquin que todos conocían. Comió el resto de su cena esperando que regresara, pero no lo hizo.

Rouquin despertó a sus hombres en la oscuridad antes del amanecer; la flota ya había zarpado, con Edythe segura a bordo. Acosó a sus hombres durante todo el camino y los mantuvo moviéndose hasta que el sol apareció sobre el horizonte. En la llanura, bajo la primera luz grisácea, apareció una mancha amarillenta: se trataba de un bosquecillo cuyas hojas estaban cambiando de color. El caballero cabalgaba junto a los templarios, en el flanco izquierdo, y la vanguardia se extendía en varias hileras frente a él. Su estandarte ya había desaparecido en el bosque. Rouquin se dirigió a Mercadier, señaló con el dedo y movió la palma hacia delante, y el oficial brabante se adelantó para hacer que los hombres se acercaran al flanco de vanguardia.

El sol, a su izquierda, se alzaba tan rojo como la sangre. Ricardo, seguido por Hugo de Borgoña y Guido de Lusignan, sus escuderos, cabalgó hasta ponerse junto a Rouquin, y detuvo a su caballo. Apoyó el antebrazo sobre el borren de su silla; su guante de hierro devolvía el brillo de los primeros rayos de luz roja.

—¿Dijiste que tardaríamos una hora en cruzar este bosque?

—La retaguardia debería haber pasado para media mañana. No son árboles grandes, solo matas.

Rouquin había explorado el bosque la noche anterior. Guido miró a ambos hombres por turnos, frunciendo el ceño. Hugo solo miraba los árboles.

—Y crees que Jaffa ya está cerca.

—Ésta es la carretera hacia allí.

—¿Qué día es? —Uhm...

Rouquin conocía las fases de la luna mejor que los días de la semana.

—Señor, creo que es viernes —contestó Guido, y dedicó a Rouquin una mirada de disculpa.

Ricardo se irguió sobre la silla y miró hacia el sur.

—Saladino ha estado moviéndose todo este tiempo. Ahora está al sur. Creo que, cuantío salgamos de este bosque, nos atacará. Confiará en que los árboles rompan nuestra línea de marcha. Y no nos permitirá llegar a Jaffa.

—Bueno, en realidad ya no queda mucho de Jaffa —dijo Guido.

Rouquin lo ignoró; en aquellas cosas Ricardo solía tener razón.

—Entonces...

—Entonces formaremos tan cerca como podamos y atravesaremos el bosque. Sin rezagados. Sin nadie fuera de la hilera. Los templarios irán en la vanguardia. Tus hombres y los míos aquí, a la izquierda, y los angevinos a la derecha. Guido y Hugo en el centro, y los hospitalarios en la retaguardia. Colocaremos un escudo de soldados de infantería en primera línea. Tú dirigirás la vanguardia. Asegúrate de que continúan marchando. Manteneos juntos. Si nos atacan, no les permitas que carguen. No importa lo que pase, pero nadie debe cargar hasta que yo lo diga. —Ricardo tenía la voz tensa. Quizá no estaba tan seguro como parecía—. Dependo de ti.

—Lo haré.

El rey le dio una palmada en el brazo como despedida, y se dirigió a Guido, que estaba poniéndose un estrafalario casco de plumas.

—Venid conmigo.

Se alejó galopando con el resto de hombres repiqueteando tras él. Rouquin cabalgó hacia los bosques.

Los árboles eran pequeños y retorcidos y tenían muchas de sus hojas en las ramas, de modo que, a medida que el sol se alzaba, el bosque se hacía más sombrío. Serpentearon a través de él, intentando mantenerse junto a la vanguardia. Como Ricardo había predicho, moverse a través de los grupos de árboles estaba rompiendo la marcha en grupos de jinetes y soldados de infantería, separados y esparcidos casi dos kilómetros desde el borde del mar hasta el extremo opuesto del bosque.

Primero encontró a sus propios hombres, allí donde los había enviado; Mercadier elevó la mano en su dirección, y Rouquin levantó los puños sobre su cabeza y los golpeó. Mercadier agitó la mano. Entonces Rouquin giró al oeste, hacia el mar, donde la vanguardia ya estaba en lo profundo del bosque.

De Sablé había dejado que sus caballeros blanquinegros se dispersaran entre los árboles; en la sombría luz parecían muchos más de los que eran, pero con cada paso estaban alejándose más, desobedeciendo las órdenes. Rouquin acercó a su caballo hasta cuatro de ellos.

—¿Dónde está de Sablé? Tenéis que manteneros todos juntos.

—¿Queda mucho?

El templario que había hablado se secó la sudorosa cara en el faldón de su sobrevesta.

—No. ¿Dónde está...?

—¿Y si incendian el bosque?

Rouquin agitó una enguatada mano, descartando la idea.

—Seguid adelante. Colocaos en fila.

Espoleó su caballo y continuó su camino entre dos grupos de árboles cuyas ramas le rozaron las rodillas. Los cascos de su caballo levantaban las hojas secas del suelo y crujían sobre las ramas caídas. Un fuego allí los cocinaría como si fueran palomas. Pero si el ejército salía del bosque separado de aquel modo, los hombres de Saladino los cogerían de uno en uno.

Finalmente, a través de los árboles amarillos vio el estandarte negro y blanco de los templarios, justo delante, y se dirigió hacia allí. Los árboles no le permitían ir en línea recta y tuvo que esforzarse para alcanzar al Gran Maestro. Antes de llegar junto a de Sablé se topó con un grupo de soldados que iban tras los caballeros, con sus ballestas y jabalinas, cantando y bebiendo, y les gritó que se colocaran donde debían. Guardaron sus petacas y corrieron. De Sablé lo vio, por fin, y detuvo a su caballo para esperarlo.

—Haced que vuestros hombres se mantengan unidos —dijo Rouquin, cabalgando a su lado.

—Este bosque... —El Gran Maestro echó su visera hacia atrás para poder ver mejor, y miró a su alrededor—. ¿Incendiarán el bosque?

—Oh, Dios... —Rouquin lo miró, enfurecido—. ¡Haced que vuestros hombres estrechen filas! Mirad...

Los primeros caballeros del resto del ejército estaban acercándose a ellos. Entre los árboles vio la pluma roja de Guido de Lusignan por un momento, en el centro del grupo. Ricardo estaba conduciendo a todo el ejército en una columna cerrada, como si estuvieran cabalgando por el centro de una carretera. De Sablé lo vio, giró su caballo y gritó, agitando el brazo. Los caballeros blanquinegros, sobre sus negros caballos, comenzaron a apiñarse hacia el centro, atravesando grupos de árboles y llenando los huecos entre ellos.

Justo delante marchaba una sólida línea de soldados de infantería. El ejército, agrupado de aquel modo, hacía más ruido, un estrépito continuo como el de una gigantesca bestia. A través de los árboles mortecinos, más allá de los soldados, podía ver el cielo despejado. Al menos no habría fuego. Estaban llegando al final del bosque. Volvió atrás, al flanco izquierdo, y encontró a su escudero con Mercadier y sus hombres, y también los poitevinos de Ricardo. Cogió su lanza.

Ricardo, en la esquina delantera del ejército, dejó los árboles atrás y cabalgó hacia el resplandor de la mañana. Frente a ellos, el terreno bajaba en una suave ladera y el mar brillaba a la derecha. La pendiente se curvaba ligeramente para dar paso a un valle entre una colina baja en el interior y un grupo de rocas cerca de la playa. A medida que Ricardo se acercaba, vio que aquel montón de rocas era un pueblo derruido.

En la colina opuesta, un gran número de tiendas blancas levantadas en diversos círculos coronaban la cumbre: el campamento enemigo.

Cuando lo vieron surgió un rugido del ejército. Apresuraron el paso, pero nadie rompió filas. Lo siguieron con paso firme a través del valle, entre el campamento de la cumbre y las ruinas. A lo lejos podía ver la pálida línea de una carretera que se dirigía a la costa.

Rouquin había dicho que aquella carretera conducía a Jaffa. Ricardo agarró la lanza que tenía apoyada en el estribo; su caballo se crispó ante el tirón de las riendas, giró la cabeza y sus cascos golpearon el suelo. Levantó la mirada hasta el campamento sarraceno. A lo largo de aquella colina podía ver jinetes moviéndose, las ligeras yeguas de los sarracenos como bailarinas, y sus túnicas blancas ondeando como alas. Entonces, un tambor comenzó a sonar.

Se le puso el vello de punta. Su caballo comenzó a trotar, con la cabeza

inclinada, y lo mantuvo al paso de un hombre a pie. Echó una mirada rápida a su ejército, un sólido grupo de hombres con cota de mallas y caballos, cuya retaguardia continuaba saliendo del bosque. Los hombres de armas estaban corriendo frente a la columna, intentando mantener una línea. Los tambores sarracenos comenzaron a sonar con un ritmo frenético, y con el grito de los cuernos y un millar de agudas voces, una bandada de arqueros bajó la ladera de la colina y se lanzó hacia ellos.

El aire se oscureció con una lluvia de flechas, y Ricardo elevó el escudo.

«Aguantad», pensó.

Giró su caballo para cubrirse, y notó los golpes de las flechas contra su escudo.

«Aguantad».

Los soldados en los límites del ejército estaban devolviéndoles el ataque, y los sarracenos se detuvieron, viraron bruscamente y se alejaron galopando. Ricardo continuó adelante, por la larga y poco profunda depresión del valle, hacia la carretera en la distancia.

Aquel lugar le interesaba. Miró de nuevo a su alrededor, al pueblo en ruinas, a las laderas a cada lado, y después sobre su hombro al bosque tras ellos, donde en aquel momento los hospitalarios estaban por fin a la vista.

Sus líneas eran disparejas y habían perdido contacto con la parte trasera del ejército principal; su Gran Maestro era un idiota y Ricardo nunca había sido capaz de tratar con él. Miró hacia delante de nuevo, hacia la colina y el pueblo. En el campo abierto en el este, donde podrían correr sin detenerse, estaban reagrupándose los sarracenos.

Giró su caballo, dejando que el ejército lo adelantara, y observando a los hospitalarios de cola esforzándose para volver a colocarse en formación. Entre estos y el grueso de los caballeros vio a Rouquin galopando hacia el flanco del ejército; tenía su lanza, pero había perdido el casco en alguna parte. Entonces los sarracenos atacaron de nuevo.

Ricardo se dio cuenta inmediatamente de que no se dirigían al ejército, sino al espacio que había entre ellos y los hospitalarios. Intentarían romper la retaguardia y destrozarla. Ricardo echó una larga mirada al resto del ejército, que marchaba a paso constante por el valle hacia la carretera. En las apretadas líneas en el flanco de la columna, mientras marchaban, los soldados disparaban sus ballestas, recargaban, y disparaban de nuevo al ondeante torrente blanco que se dirigía hacia ellos.

Los sarracenos pasaron junto a la retaguardia, disparando una lluvia constante de flechas. Las ballestas de los cruzados los acribillaron, y la marea blanca de guerreros retrocedió; tras ellos, el suelo quedó salpicado de hombres muertos y heridos, y de caballos relinchando.

Los hospitalarios habían salido por fin del bosque, pero aún estaban rezagados. Su primera línea estaba a un centenar de metros de la parte trasera del grueso del ejército, y ante la carga sarracena retrocedieron, a pesar de que el ejército principal estaba rechazándolos. Habían perdido algunos caballos. Ricardo, al acercarse un poco, vio a varios hombres caminando. Miró a su alrededor de nuevo, desde la colina hacia el pueblo en ruinas, y del pueblo al bosque. Veía algunas posibilidades allí. Si encerraba a los sarracenos contra la colina, o contra el bosque, o contra las ruinas, no podrían evitar una carga. Llevaría todo su peso contra ellos. Un hombre a pie corrió hasta él, gritando.

—Mi señor, mi señor, el Gran Maestro os suplica...

—¡No cargaremos! —gritó Ricardo—. Manteneos en marcha y esperad hasta que yo os dé la señal.

El rey se giró para asegurarse de que el escudero con la trompeta estaba a su lado. Entonces los sarracenos atacaron de nuevo.

Lejos por fin de los árboles, los hospitalarios se habían amontonado; no en filas ni hileras, sino en una caótica masa de jinetes y hombres a pie, y cuando los sarracenos atacaron todos se giraron para enfrentarse a ellos. La distancia entre estos y el grueso del ejército se amplió incluso mientras la estrepitosa avalancha del enemigo fluía a su alrededor en cada lado, lanzando un granizo de flechas. Arrodillándose, los soldados de infantería devolvieron el disparo y lanzaron sus jabalinas, pero los caballeros no pudieron hacer nada más que recibir golpes.

Ricardo llegó a la esquina trasera del ejército; desde allí podía ver a la mayor parte del ejército sarraceno, y le parecieron más que antes. Su corazón dio un brinco. Pensó que Saladino había reunido allí todas sus fuerzas. Había tenido razón: el sultán no le permitiría tomar Jaffa.

El grueso del ejército estaba aminorando la velocidad. Todos lo estarían viendo. De todos modos, prefería que la batalla tuviera lugar allí, donde tenían a su favor aquellos interesantes rasgos geográficos. Los sarracenos retrocedieron de nuevo, gritando y haciendo brincar sus caballos, de vuelta a la seguridad del este.

«Dejadlos brincar —pensó—. Dejad que se cansen».

Levantó la mano para mantener atrás a sus hombres.

El caballo de Rouquin había recibido una flecha en las ancas, y aun así tuvo que cabalgarlo un tiempo antes de encontrar uno nuevo; cuando cambió de montura se dio cuenta de que su casco había desaparecido. Recordaba vagamente haberlo colgado de la silla que acababa de dejar. Cabalgó a paso rápido a lo largo del flanco del ejército, gritando.

—Mantened la posición. Mantened la posición.

Entre ellos había muchos hombres a pie. Los sarracenos habían matado a pocos hombres, pero a bastantes caballos. Pensó que, antes de que aquella guerra terminara, todos marcharían a pie, y eso imposibilitaría que cargarán contra el enemigo. En la ladera junto al bosque los hospitalarios avanzaban torpemente, intentando alcanzar a los demás.

Entonces, una vez más, los sarracenos atacaron.

—¡Esperad!

La voz de Rouquin estaba cargada de ferocidad, y sus ojos estaban llenos de polvo. Las tormentas de flechas cayeron sobre ellos y torció el escudo sobre su cabeza. Los hospitalarios se tambalearon bajo el asalto; sus rojas sobrevestas desaparecieron en el polvo y en las olas de túnicas blancas. Miró a Ricardo, a un centenar de pies por delante de él, sobre la ladera, con el brazo alzado en el aire; un sargento hospitalario había corrido hasta él y estaba suplicándole, pero Ricardo negó con la cabeza.

—¡Esperad! —gritó Rouquin. Levantó el puño sobre su cabeza—. Esperad...

Ansiaba luchar y dar golpes, no solo recibirlos. Los hospitalarios estaban cayendo, casi rodeados por los enemigos; un millar de arqueros sarracenos habían tomado la zona más alta cerca del bosque y estaban lanzando saetas a las filas de los caballeros.

Los jinetes blancos disparaban sus flechas y retrocedían, como hacían habitualmente, para reagruparse y cargar de nuevo, y entonces, entre los hospitalarios, se alzó un grito.

Rouquin aulló a su vez, ronco. Los caballeros estaban cargando, contra las órdenes, lanzándose contra los sarracenos junto al bosque. Pero entonces, de repente, sonó la trompeta de Ricardo enviando a todo el ejército a la carga.

Por fin, por fin. Rouquin comenzó a galopar. Junto a él, y a su espalda, el ejército cruzado al completo estaba moviéndose, subiendo la ladera de nuevo hacia el bosque. Se acercó más al hombre de su izquierda. En aquel momento tronaban a su alrededor diez mil cascos de caballo. Una salvaje euforia lo elevó, como si volara. Alguien cabalgaba a su derecha, cabeza con cabeza. Dirigió su atención al oeste, a una fila a dos kilómetros de distancia, y mientras miraba, todas las lanzas bajaron.

Miró hacia delante, con la lanza metida bajo el brazo, y empujó con los pies hacia abajo para asegurarse sobre la silla. Los hospitalarios estaban cargando justo delante, en una fila suelta y desigual. Más allá, los arqueros sarracenos, tomados por sorpresa, intentaban apartarse. Muchos iban a pie, pues habían desmontado para disparar pensando que los cruzados nunca iban a cargar.

Los hospitalarios cabalgaron directamente sobre los primeros sarracenos. Rouquin, tres zancadas detrás, vio a unos hombres de blanco huyendo. Uno de ellos miró atrás, sobre su hombro, pasmado. El caballero lanzó la punta de su lanza hacia el centro de aquella cara y notó cómo temblaba al golpear la carne. El sarraceno cayó y desapareció entre el polvo. Su caballo continuó galopando.

A lo largo de todo el frente, las túnicas blancas en huida caían bajo los cascos de los caballos. Los otros sarracenos, atrapados contra el bosque, se habían dado la vuelta y estaban lanzando flechas, intentando resguardarse tras los árboles. Estaban tan cerca que entorpecían el paso de los demás. Rouquin astilló su lanza con un árbol, la tiró y sacó su espada. Atrapados contra los árboles, los sarracenos se giraron para luchar. Rouquin dirigió su caballo hasta una yegua turca, más pequeña y ligera, y arremetió contra ella. Acuchilló a su jinete en las vueltas de su turbante, y el hombre se derrumbó. Los árboles se ciñeron a su alrededor. Un hombre a pie huyó gritando al verlo a través de los árboles. Rouquin se echó hacia atrás, levantó el puño con las riendas, y el caballo se detuvo. La rienda arrastró un cordón blanco de espuma hacia el cuello del caballo. Se dio cuenta de que estaba solo, delante del resto del ejército, y retrocedió hasta la ladera.

Entrecruzó el bosque lleno de cadáveres. Salió a la ladera y vio que la carga cruzada se había diseminado, aunque el suelo estaba colmado de túnicas blancas y caballos. El ejército estaba disperso por todo el valle ante él. En dirección a la playa, cerca de las ruinas, un millar de sarracenos estaba reagrupándose, pero entonces el ejército cruzado deambulaba por la ladera entre ellos y la llanura.

Rouquin cabalgó en dirección a la luz del sol. Un grito lo hizo volverse; un hospitalario estaba corriendo hacia él, con la espada en la mano. Rouquin viró su caballo. El monje guerrero envainó la espada y saltó a su grupa. El caballo de Rouquin se tambaleó un par de pasos por el peso extra. El hombre miró a su alrededor, buscando a más gente, pero todos a los que vio estaban muertos o heridos. A lo lejos escuchó el sonido de la trompeta de Ricardo.

—Ya vienen... ¡Mirad! —gritó el hospitalario.

Rouquin se giró en la silla. Los sarracenos que se habían reunido cerca de las ruinas estaban dirigiéndose rápidamente hacia él a lo largo de la cima de la ladera, intentando llegar a la tierra abierta en el este. El hospitalario sacó su espada. Rouquin se pasó la espada a la mano izquierda, para poder golpear por ambos lados, y giró su caballo para enfrentarse a los sarracenos que se acercaban.

—¡Huid, maldita sea! —gritó el hospitalario en su oreja.

—Esperad —dijo Rouquin.

Los sarracenos no esperaron; vieron a los dos caballeros solos ante ellos y su gorjeante grito de guerra se hizo más fuerte. Débilmente, se escuchó el sonido de una trompeta. Una amplia marea blanca, los sarracenos, avanzaba hacia él. Sus espadas curvadas se alzaron como guadañas, todas con el borde afilado. El hospitalario gritó: «¡Por Dios y San Juan!», pero Rouquin mantuvo inmóvil a su jadeante caballo, observando a los sarracenos que se precipitaban sobre él. Osciló la espada sobre su cabeza, desafilándolos. Una flecha se deslizó a través de la arrasada tierra hasta sus pies.

A su espalda escuchó un estruendo cada vez más alto, como si la tierra entera temblara.

No tuvo que mirar. Sintió la carga acercándose como una ola encrespada. El primer sarraceno estaba a seis zancadas de distancia cuando lo alcanzó el frente cruzado, elevándolo y arrastrándolo con él. Todos juntos, un millar de hombres a galope, unidos en un frente de hierro, golpearon rápidamente a los sarracenos que se aproximaban.

El caballo de Rouquin embistió a un sarraceno. La yegua aguantó unos minutos, con la cabeza contra el cuello del atacante. Una espada curva centelleó ante Rouquin, un salvaje rostro bronceado, una barba negra, un turbante. El polvo se alzaba en nubes a su alrededor. Golpeó y golpeó, y entonces las patas de la yegua flaquearon y cayó, con la silla vacía.

Ricardo arremetió a su lado, con el hacha de guerra destellando en su mano. Delante, las yeguas sarracenas a la huida transportaban a sus blancos jinetes lejos de su alcance, pero el bosque se cernía más allá y los árboles les hicieron perder velocidad de nuevo. Algunos se golpearon contra los árboles, y otros se giraron para luchar. Rouquin condujo a su caballo precipitadamente sobre los primeros y los acuchilló. Sintió el mordisco del acero pero no vio nada, solo una última grupa castaña alejándose a través del bosque.

Ricardo bramó y Rouquin tiró de las riendas y se giró. La ladera ante ellos estaba cortada, y los hombres yacían en ella y gritaban y los caballos yacían muertos o destrozados. El hospitalario dijo algo y dio una palmadita a Rouquin en el hombro antes de bajarse del caballo. Un minuto después estaba montando uno propio.

Rouquin soltó las riendas. El enorme ruano que estaba montando emitió un largo soplido a través de sus fosas nasales y movió la cabeza, de modo que sus crines se agitaron. El resto de caballeros, derrumbados sobre sus monturas, se movían lentamente alrededor de Ricardo. Los soldados de infantería cristianos se habían retirado casi hasta las ruinas para dejar espacio a los caballeros para cargar. El carro con la bandera de Ricardo estaba entre ellos. Los últimos guerreros sarracenos habían retrocedido hasta la ladera, debajo de las tiendas del campamento enemigo, pero solo eran algunos centenares de hombres.

—¿Todavía puede correr ese caballo? —le preguntó Ricardo.

—Oh, sí —le contestó Rouquin, y cogió las riendas. La cabeza del ruano se alzó y sus orejas se agitaron hacia delante. Ricardo dejó escapar un suspiro; una trompeta sonó.

Los caballeros, protegidos por sus cotas de mallas, avanzaban en sus caballos en una única fila. Al alcanzar la ladera comenzaron a galopar más rápido y, uno a uno, todo el ejército cruzado se precipitó por el pisoteado terreno llano y sobre lo que quedaba de sarracenos.

Los guerreros de túnica blanca no pudieron hacer nada contra ellos. Dieron la vuelta y huyeron, pero iban colina arriba, sus caballos estaban cansados y los caballeros cabalgaban pegados a sus talones. Rouquin golpeó a uno de ellos con la espada, pero falló, y después, sin nadie delante, cabalgó entre un grupo de tiendas.

Se echó hacia atrás, jadeando con la boca llena de polvo, y el caballo, inmediatamente, se detuvo y bajó la cabeza. Acarició el esponjoso y sucio lomo y pronunció algunas palabras para darle valor; el corcel había luchado tan ferozmente

como él. Podía escuchar al resto de cruzados gritando a su alrededor. Ricardo, sobre un caballo zaino al que Rouquin nunca había visto antes, cabalgó acercándose.

—¡Idiota! ¿Es que estás loco? ¿Dónde está tu casco?

Rouquin se llevó una mano a la cabeza, cubierta solo con la caperuza de malla. Ante la sonrisa de Ricardo, él comenzó a reír también. Extendió la enguantada mano y Ricardo se la estrechó.

—Nunca había combatido en una batalla como ésta.

—No, esto ha sido algo completamente diferente —contestó Rouquin.

—Los hemos pisoteado.

—No han tenido nada que hacer.

Cerca, alguien gritó; estaban desvalijando las tiendas.

—Será mejor que detenga esto —dijo Ricardo, e hizo que su caballo diera la vuelta. Rouquin desmontó, para aliviar a su caballo, y fue a buscar algo para beber.

Por supuesto, ni siquiera entonces podían dejar de luchar. Aún quedaba Jerusalén.

JAFFA

La terraza se extendía hasta la playa, hasta la misma orilla del mar; Ricardo caminó hasta la barandilla con la mirada puesta en el oeste. El triunfo de la batalla yacía en él como un resplandor mágico, como la mano de Dios, tan pura como la luz del sol. Nada de lo que había hecho podía estar mal si Dios le proporcionaba una victoria semejante. Algunos momentos de la batalla surgieron en su mente: la visión del ejército saliendo del bosque, los golpes de las flechas sobre su escudo, el peso del hacha en su mano y el enorme estruendo de la carga. Se sentía como si fuera a vivir eternamente.

A su espalda escuchó sonido de pasos; la amplia terraza estaba llena de hombres. Ninguno se acercaría a él hasta que hiciera alguna señal que mostrara que estaba preparado. Continuó dándoles la espalda, mirando al oeste y disfrutando de aquella última satisfacción antes de que tener que hundirse una vez más en la lodosa e incierta cotidianidad, y volver al trabajo.

Después de tomar el control de Jaffa, Ricardo envió a Rouquin y a su dotación para que encontraran al ejército de Saladino y, si podían, al propio sultán. Rouquin patrulló la costa hacia Acre, pero no vio a ningún enemigo; volvió dando un rodeo a lo largo de las bajas colinas que se dirigían a la carretera de Jaffa, observando en el trayecto las cimas y los desfiladeros.

En un manantial se topó repentinamente con algunos sarracenos y cargó contra ellos. No había más árabes que cruzados, pero durante algunos minutos el peso de los caballeros, cubiertos de malla, les perjudicó, y el combate fue duro, aunque breve. Rouquin galopó junto a una yegua zaina durante unos momentos, golpeando

al jinete. Su espada lo atravesó y vio manar la sangre del brazo de su rival, pero la yegua continuó su carrera, alejándolo de él.

Una flecha golpeó su escudo. Tiró de las riendas, manteniendo una mano arriba, y sus hombres se detuvieron. Con un último tamborileo de proyectiles, los árabes desaparecieron tras una colina baja.

—Mi señor... mi señor...

Se giró y los miró. Dos de los caballeros habían sido heridos por las flechas, y uno estaba en el suelo, inmovilizado bajo su caballo muerto. Rouquin envió a cuatro hombres para que vigilaran, por si los sarracenos volvían, y el resto lo ayudaron a levantar el animal muerto del hombre abatido.

Estaba vivo, aunque respiraba con dificultad y la sangre corría por su rostro.

—Estoy... estoy... —Se puso en pie, caminó en un tembloroso círculo y se derrumbó—. Bien —dijo, mirando a Rouquin desde abajo.

—Volvamos a casa —dijo Rouquin—. Ya he visto suficiente.

—A este hombre le han destrozado la cabeza —dijo Roger Besac.

Rouquin resopló.

—Para saber eso no hace falta ser médico.

Miró a su alrededor, a la larga y sombría habitación en la que estaba. En las puertas le habían dicho que debía llevar a sus heridos al hospital, y había esperado que éste lo llevara la Orden de san Juan. Pero aquel rechoncho doctor no era un caballero, y el espacio a su alrededor no era un monasterio. Quizá había cometido un error.

Besac había ordenado que el herido se tumbara sobre su espalda, en una mesa, aunque el caballero seguía diciendo que estaba bien. Dos lámparas colgaban sobre la mesa y el paciente parpadeó bajo la luz, pero no se movió. Un criado trajo correas y lo ató a la mesa por el pecho y los muslos.

—He ordenado que venga mi ayudante. —Se giró hacia el otro hombre, que tenía una flecha en el muslo—. Tendremos que sacar esto.

Era especialista en señalar cosas obvias. Rouquin comenzaba a pensar que debería haber llevado a los hombres a Edythe. Pero entonces, para su sorpresa, la propia Edythe apareció en la puerta con su bolsa bajo el brazo.

Besac y la chica se saludaron con familiaridad; ella era su ayudante. Se dirigió a Rouquin inmediatamente y le sonrió.

—¿Habéis visto nuestro hospital?

La chica parecía orgullosa.

—Sí —le respondió. No había mucho que ver, solo era una larga habitación con montones de paja en lugar de camas. Mercadier estaba observando desde la puerta. Rouquin cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿De dónde sacasteis la idea?

—Los hospitalarios no tienen nada mejor, mi señor —le contestó Besac, y se dirigió a ella—. Este hombre tiene una fractura en el cráneo, ¿estáis de acuerdo?

Edythe se acercó al hombre sobre la mesa.

—Estoy bien —le dijo.

Casi había dejado de sangrar. La chica palpó suavemente su cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Qué vais a hacer?

Besac se colocó a su lado.

—Está despierto, así que no hay un daño grave. Pero deberíamos examinar la herida.

—Estoy preparada —dijo.

—Debe mantener la cabeza inmóvil.

Edythe abrió la bolsa y sacó un bote de su colección.

—No debéis interponeros entre su cabeza y la luz, mi señor —le dijo a Rouquin cuando se acercó para observarla.

Rouquin resopló, casi disculpándose, y rodeó la mesa para colocarse al otro lado. La chica sacó una pequeña bola negra de uno de los botes y la sostuvo contra los labios del hombre herido.

—Comeos esto.

—Estoy bien.

—Sí, pero comedio de todos modos.

—¿Qué es eso? —le preguntó Rouquin. El herido abrió la boca, y la chica le metió la pequeña bola negra.

—Resina de adormidera —le contestó—. Con un poco de beleño. Lo relajará y evitará que se mueva. Y no sentirá tanto dolor. —Miro rápidamente a Besac, que había sacado su instrumental y estaba eligiendo un cuchillo—. ¿Qué debo hacer?

—Ten las pinzas preparadas.

El hombre estaba ya en el extremo de la mesa, inclinado sobre la cabeza del caballero. Palpó suavemente el cuero cabelludo del herido y, a continuación, hizo un corte de quince centímetros con el cuchillo.

—Oh —dijo Rouquin, sorprendido.

El caballero se tensó y abrió los ojos. El doctor lo ignoró y giró el cuchillo para abrir otro largo corte que cruzaba el centro del primero. Un delgado hilo de sangre corrió por el cabello del paciente.

El herido parpadeó.

—Estoy bien —dijo, con voz grave.

Edythe estaba allí, con las pinzas en las manos; el bajito doctor retiró las cuatro solapas del cuero cabelludo del caballero, el cabello, la piel y todo, exponiendo un trozo de hueso tan grande como la palma de la mano de Rouquin. Otro hilo de sangre bajó por el rostro del herido. El médico dijo algo entre dientes, e hizo la señal de la cruz sobre la herida.

La chica usó un trapo para limpiar la sangre. Se inclinó rápidamente sobre la cabeza del caballero; la mano en la que tenía las pinzas se movió rápidamente sobre la herida y tiró algo al suelo, y a continuación volvió a moverse.

—¿Qué es eso? —le preguntó el pelirrojo.

—Trazos de hueso —le respondió. Estaba mirando a Besac—. Aquí está hundido. Mirad la fractura.

—Tengo que elevar el hueso —dijo el médico—. Aseguraos de que no hay más esquirlas. Si se quedan debajo...

—Sí —respondió Edythe. Acercó su rostro al cráneo del caballero y sacó más trocitos con las pinzas—. Dejad que lave la herida.

—Hacedlo —dijo el doctor. Había sacado de su equipo algo que parecía un taladro.

La chica abrió otro de sus incontables frascos y derramó un líquido sobre la cabeza del caballero, que frunció el ceño ligeramente, pero no se movió. Embadurnó suavemente el hueso expuesto.

—Ya está limpio.

Retrocedió. El doctor se acercó al caballero con el instrumento en la mano.

Era un perforador. Horrorizado, Rouquin lo vio colocar la afilada punta contra el cráneo, justo detrás de la herida y girar el manillar para que la punta se introdujera en el hueso. Había un pequeño collar justo tras la punta, que se imaginaba que era para evitar que se introdujera demasiado profundo. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Miró a Edythe, que observaba la escena con tranquilidad y con la mano en la que tenía las pinzas levantada. Cuando el taladro estuvo en el interior del cráneo del caballero, el doctor lo sacó lentamente y miró el agujero.

—¿Habéis oído que algo se rompiera? —preguntó.

—No. —Edythe puso la punta del dedo en el hueso expuesto; a Rouquin le pareció que la fractura era más delgada que antes. Había pequeñas grietas concéntricas alrededor del agujero que habían hecho—. Ahora encaja perfectamente.

Besac suspiró, aliviado.

—Bien.

Retrocedió y la chica se acercó, miró el agujero, y con las pinzas sacó una estrecha y blanca espiral de hueso.

—Tengo que suavizar el borde —dijo Besac. Tenía otra herramienta en la mano, algo muy parecido a la escofina de un herrador, pero más pequeño. Edythe retrocedió y el bajito doctor se inclinó para trabajar en los bordes del agujero.

—Muy bien —dijo el caballero, y bostezó.

Besac retrocedió.

—Ha ido bien —dijo el doctor, con la voz mucho más relajada; obviamente, podía haber sido grave. Puso sus instrumentos de nuevo en la bolsa y se dirigió a Edythe—. Cosedlo. Yo voy a ocuparme de esa flecha.

Rouquin se acercó un paso, con la mirada sobre el hueso desnudo; la blanca cúpula de hueso, con sus protuberancias y diminutas costuras, parecía un mapa pequeño, y la fractura un río. Se llevó la mano a su propia cabeza. La chica tenía aguja e hilo, y volvió a poner las cuatro solapas del cuero cabelludo en su lugar, como una mujer envolviendo a un bebé, y las cosió. Con el dorso de la mano apartó el cabello para poder trabajar con la aguja. Como era uno de los hombres de Rouquin, estaba casi rapado. Las puntadas sobresalían a través de su pelo.

El otro caballero aulló. Besac había sacado la flecha a través del lado opuesto de su muslo. Edythe, inclinada sobre su paciente, no les prestó atención.

—Debe quedarse aquí. Hasta que sane.

Rouquin emitió un sonido gutural.

—No iba a llevármelo a emborracharlo.

Para su sorpresa, la dama se rió. Llamó a los criados y estos se llevaron la mesa, con hombre y todo, hasta la parte trasera del hospital. Rouquin los siguió y vio cómo levantaban al hombre herido y lo colocaban sobre un montón de paja cubierto de lona. El caballero estaba sonriendo débilmente al techo. Estaba bien, al menos por el momento. Rouquin volvió sobre sus pasos.

Besac tenía al otro caballero en una silla y estaba atareado con la herida de flecha. Aquel caballero gemía y aullaba, y sus ojos seguían a Edythe, llenos de esperanza. Rouquin pensó que quería más adormidera. La chica, sin embargó, ignoró sus lamentos y comenzó a guardar sus frascos.

—Mi señor, el rey se alegrará al saber que habéis vuelto —le dijo.

—¿Todavía no ha llegado Juana?

—No. —Edythe se colocó la bolsa bajo el brazo y lo siguió al patio exterior—. ¿Ya ha enviado a alguien a por ella? El palacio sigue siendo muy rudimentario.

—Ha enviado a de Sablé para que la acompañe.

Edythe se detuvo, con la boca abierta, y después se humedeció los labios y apartó la mirada. El caballo de Rouquin estaban aún enganchado al aro de bronce junto a la calle, pero sus hombres se habían marchado.

—Os llevaré de vuelta.

—Caminaré, si no os importa, mi señor —le contestó ella.

De modo que caminaron, con el caballo junto a ellos. A Rouquin le agradó acompañar sus pasos a los de la chica. Le gustaba tenerla a su lado, con sus sombras frente a ellos en la desigual tierra de la calle.

—¿Qué es lo que ocurre con de Sablé? —le preguntó.

—Ese hombre... —Los ojos de Edythe resplandecían. Estaba a punto de mentirle. Pero en lugar de eso dijo, en enfadada voz baja—: No debería exponerse a nosotras, las pecadoras hijas de Eva. Un alma tan pura y elevada como la suya.

Era un inteligente cambio de tema, pero no una mentira propiamente dicha. Rouquin se había quitado los guantes, y buscó su mano.

—¿Quién tuvo la idea de levantar ese hospital?

—Besac y yo —le contestó Edythe. Su mano yacía cálidamente en la de Rouquin, y sus sombras también mostraban este enlace entre ellos—. El lugar que usaban los hospitalarios estaba destrozado. ¿No es excelente?

No era el hospital lo que le interesaba. Recordó sus diestros dedos sacando astillas de hueso que él apenas podía ver. Edythe le apretó la mano.

—Rouquin, mi señor —dijo, con voz apasionada—. Tengo que contaros algo...

Entonces un paje llegó corriendo hasta ellos.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! El rey está muy enfadado porque aún no os habéis

presentado ante él.

—Bueno, que le den al rey. Dos de mis hombres fueron heridos —dijo el pelirrojo, pero a continuación se dirigió a Edythe—: Tengo que irme.

—Sí —contestó la chica—. Por supuesto.

—Os veré más tarde.

—Sí, mi señor —respondió ella, con aquella misma voz desafiante. Rouquin montó en su caballo y acudió para intercambiar su ira con la de Ricardo.

Edythe no volvió a verlo a solas durante mucho tiempo; Ricardo tenía trabajo para él y Besac estaba siempre llamándola. Además, se suponía que debía estar convirtiendo el enorme y viejo palacio en un lugar adecuado para que vivieran las reinas. De todos modos, dudaba que pudiera contarle quién era en realidad. Había leído la admiración en el rostro del hombre y no quería que ésta se convirtiera en desprecio, o en algo peor. Era una sucia judía. Cuando pensó en eso presionó el rostro contra el muro de piedra, y odió a Dios por ser tan injusto. Pero, pronto, el caballero con la fractura en el cráneo pudo ponerse en pie, comer, hablar y caminar perfectamente, y quejarse para recibir más adormidera, y un par de días más tarde ayudó a traer al mundo a un niño que venía de nalgas, vivo y llorando, y su madre superó el parto sana y volvió a caminar casi inmediatamente.

—Mi señor el rey me concedió el honor de traeros buenas noticias —dijo el Gran Maestre—. Mi señora, se celebrarán misas especiales para dar gracias. Hemos obtenido una gran victoria cerca de un lugar llamado Arsuf, junto a Jaffa. El ejército de Saladino ha huido y el rey Ricardo ha tomado Jaffa.

La reina estaba sentada tan tiesa como un palo. De todos modos, nada de aquello era una novedad, pues hacía días que corrían rumores por todas partes.

—Gracias a Dios —dijo.

Hunfredo de Torón, que estaba tras ella, se puso las manos a la espalda; Juana miraba a de Sablé como si fuera una víbora.

El caballero estaba con Juana cuando el Gran Maestre fue anunciado, y la reina le rogó que se quedara allí. En aquel momento entendió por qué.

El Gran Maestre caminaba de un lado a otro ante ella, balanceando los brazos.

—El rey estuvo magnífico. Dirigió carga tras carga contra los sarracenos, y todos huyeron ante él. Por supuesto, mis hermanos templarios y yo cabalgamos siempre a su lado. Fue un día de verdadera gloria. Fuimos invencibles.

—*Non nobis* —dijo Hunfredo, incapaz de resistirse—. *O Domine, sed tuo.*

La mirada de de Sablé lo apuñaló.

—Mi hermano es un gran caballero —asintió Juana—. Confío en que mis primos lo fueran también, y el resto de soldados de la Cruz.

—Todos luchamos en el nombre de Dios —dijo de Sablé, con los labios fruncidos y los ojos fijos en Hunfredo.

—Gracias a Dios —suspiró éste.

De Sablé se giró rápidamente de nuevo.

—Y mi señor, el rey, me ha concedido el honor de escoltaros a vos y a la reina Berenguela hasta las tierras del sur, donde os reuniréis con él. Estoy preparado para emprender el viaje cuando mi señora lo desee.

Tras oírlo, Juana se echó hacia atrás en el diván como si quisiera alejarse de él tanto como pudiera. De Sablé mantuvo su mirada, con una media sonrisa, y Hunfredo entendió que el hombre sabía que ella no quería hacerlo, y que disfrutaba con ello.

Tenía algún tipo de poder sobre ella. Hunfredo se aclaró la garganta.

—Habéis hecho un largo viaje, Gran Maestre, y desearéis descansar antes de volver de nuevo. Mi barco está en el puerto y puedo zarpar inmediatamente. La reina podría viajar conmigo, si así lo desea, y de este modo reunirse antes con su adorado hermano.

De Sablé perdió la sonrisa; las mejillas comenzaron a temblarle. Mantenía la barba que exigía su orden en una delgada y pulcra línea alrededor de sus mandíbulas. Su hábito blanco y negro estaba, como siempre, immaculado.

—El rey me lo ha pedido personalmente. Puedo encontrar un barco.

—Será un placer viajar con el señor de Torón. Quizá lady Berenguela desee hacerlo con vos —le contestó Juana.

—Mi señora —dijo de Sablé, con una amenaza en la voz.

—De este modo no comprometeréis vuestros votos, mi señor, al relacionaros tan íntimamente con mujeres.

El templario, con el rostro rígido, miró a Hunfredo con ferocidad. Pero fuera lo que fuese lo que tenía contra ella, no iba a utilizarlo en una nimiedad como aquella.

—Podéis retiraros, mi señor. Deberíais transmitir vuestras noticias a lady Berenguela inmediatamente. Seguramente está en el jardín —dijo Juana, levantándose—. Voy a orar para dar las gracias. Buen día, mis señores.

Las tres doncellas de la esquina opuesta se levantaron cuando ella lo hizo y la siguieron hasta desaparecer.

De Sablé se acercó a Hunfredo.

—No deberíais inmiscuiros.

—Lo lamento —le respondió Hunfredo—. Solo intentaba servir a la reina.

Sonrió al templario como de Sablé le había sonreído a ella.

—Oh, Dios, ¡Jaffa por fin!

Juana bajó la rampa de la galera antes que cualquier otra mujer. Edythe la esperaba en el muelle para recibirla. A pesar del calor, la reina llevaba un vestido oscuro de muchas capas, ribeteado en piel, y una larga capa con un broche de piedras preciosas. Envolvió a Edythe con los brazos.

—Me alegro muchísimo de veros.

—Mi señora. —La doncella le devolvió el abrazo, alegre por el saludo—.

Bienvenida a Jaffa. Todos nos alegramos de teneros aquí, pero me temo que encontrareis pocas comodidades.

—Oh, tonterías. ¿Después del campamento de Acre?

La reina bajó al muelle. El resto de damas se derramaron a su alrededor y murmuraron una bienvenida para Edythe al pasar. Berenguela, que iba cubierta por un velo, le dedicó una reverencia que Edythe apenas recordaba cómo hacer, y después la abrazó. Las damas navarras hicieron lo mismo, para su sorpresa, pero el resto de mujeres, a las que Juana había encontrado en Acre, solo doblaron la rodilla, inclinaron la cabeza y dijeron su nombre en un pequeño coro. Se reunieron en el muelle en un excitado parloteo, hablando sobre el viaje, la gran victoria de Ricardo y sobre Jerusalén, claro, porque seguramente Jerusalén sería la siguiente. Una gaviota chilló a su paso. El puerto olía a algas podridas.

Enrique de Champaña estaba esperando en la calle con algunos pajes y caballeros, y los caballos para Juana y Berenguela. Hunfredo de Torón había salido desapercibidamente de la galera y ya se había marchado. Juana entrelazó su brazo con el de Edythe.

—Tengo muchas cosas que contaros. —Su mirada revoloteó por todas partes y a continuación se dirigió a Enrique—. Caminaremos. No me apetece volver a sentarme.

El hombre hizo una reverencia. Edythe se encaminó hacia la calle con el cálido y amistoso cuerpo de la reina contra su costado. Un paje y dos caballeros corrieron para colocarse delante de ellas. El aire olía a polvo y, de varios lugares, llegaba el sonido de los martillos. Fueron desde la amplia calle del puerto hasta un callejón bordeado por muros de color miel que tenían una irregular hilera de ladrillos más oscuros en la parte superior.

—Mi señora, debo advertiros de que el palacio es un poco...

—Bueno, entonces tendré mucho que hacer. ¿Sabéis que de Sablé consiguió que Ricardo consintiera en que fuera él quien me trajera hasta aquí? —susurró en el oído de Edythe, y miró a su alrededor de nuevo—. Pero Hunfredo me salvó. Tengo tantas cosas que contaros que no sé por dónde empezar.

Subieron algunos peldaños y cruzaron un amplio mercado repleto de toldos de colores donde se pregonaban a voz en grito nueces, pan, artículos de latón y un cordero asado deliciosamente aromático envuelto en pan tierno. Por una estrecha grieta del duro suelo de tierra corría un nauseabundo hilillo de residuos. Una cabra

blanca pasó corriendo junto a ellas. Doblaron una esquina y atravesaron la nueva puerta del patio del palacio, que estaba a medio tapiar.

—No está tan mal —dijo Juana, mirando a su alrededor. El largo y bajo palacio se cernía sobre ellas, monótono—. ¿Tiene alguna ventana? —preguntó, insegura, y subió las escaleras. Edythe la siguió después de hacer un gesto a los porteadores para que cogieran los baúles y cofres de la reina.

—¡Oh!

Juana había entrado al salón. La doncella la siguió, sonriendo. Ella había sentido lo mismo tras ver el aspecto hosco de la parte posterior del edificio, al subir las escaleras hasta aquel salón y descubrir la enorme terraza sobre el mar. Juana, como todos los demás, se sintió atraída inmediatamente hacia la soleada barandilla. Edythe se acercó a ella y Juana se giró y entrelazó su brazo con el suyo de nuevo.

—Esto es delicioso. ¡Jaffa!

—Sí, mi señora.

El roce de Juana era como un abrazo. Había estado rodeada de hombres durante mucho tiempo, con sus arañas, sus heridas y aquella costumbre suya de matarse los unos a los otros. Llevó a Juana hasta el final de la terraza, donde estaban los aposentos de las damas.

—La cámara del rey está en el extremo opuesto —dijo—. Así sus noches serán más tranquilas.

Juana se rió. La habitación estaba vacía, a excepción de un sólido camastro con una gruesa colcha y un enorme baúl de ropa.

—He intentado encontrar alfombras para el suelo, pero...

—Lo traeré todo de Acre —dijo Juana—. Esto está bien, por ahora. Dejad que os muestre una cosa.

Ordenó que los hombres le trajeran el equipaje, se despojó de su espléndida capa y abrió uno de los bultos.

—Esto llegó justo antes de que me marchara de Acre.

Era una delgada hoja de papel, al parecer otra de las cartas dobles de Isabel.

Edythe le dio la vuelta rápidamente: en un lado estaba la carta oficial y, en el otro, la escondida. Pero, a diferencia de las anteriores, ambas estaban en la misma hoja de papel. El dorso, que había estado pegado a lo largo del borde, ya no estaba.

«Hermana —decía la carta oculta—, debo suplicaros vuestro perdón, pero no puedo dejar Tiro en estos momentos. Ahora no. Debéis abandonar esa idea, os lo imploro. Vuestra adorada hermana, Isabel de Jerusalén».

«Conrado lo ha descubierto», pensó. Pero, en voz alta, dijo:

—¿Estabais planeando su huida?

—Sí... Primero debía huir de Tiro durante las fiestas de la Anunciación, pero eso no resultó, así que estábamos planeando otra cosa. Pero entonces llegó esto.

—¿A dónde iba a ir?

—Iba a zarpar hacia Acre. —Juana frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

—Acre está demasiado cerca. La obligarían a volver —dijo Edythe—. La mayor parte de su familia está de parte de Conrado.

Juana se encaró con ella, desafiante.

—Nosotros podríamos oponernos.

—No sin Ricardo. Y Ricardo no estaría allí.

Seguramente a Juana no le había importado, pero decir eso no había sido buena idea.

La reina frunció el ceño, con el rostro petrificado: otro de sus complots había salido mal.

—Entonces, ¿creéis que esto es para bien?

—Sí —dijo Edythe—. Eso espero.

Puso su mano sobre la de Juana.

—Al menos ha visto a Hunfredo de nuevo —dijo Juana—. Es lo único que he podido conseguir.

Edythe no dijo nada. Recordó a la resplandeciente reina vestida de azul y plata, a la mujer que podría convertir a cualquier hombre en rey de Jerusalén, y se preguntó si Isabel conocería algún día la felicidad.

Juana caminó por la habitación. Los pajes se habían llevado a Berenguela a su propia cámara, en la parte posterior del palacio. Pasó la mano sobre el muro de la terraza. Había un agujero con el borde manchado de marrón en la plana y amplia piedra de la parte superior; al parecer allí hubo una vez una barandilla de hierro.

—Haré que traigan los tapices de Acre, esos que tenían leones y jirafas.

—Lo cierto es que por la noche es bastante agradable. Es el único lugar fresco.

—Bien. Entonces haremos que sea muy agradable. Le conté a Hunfredo lo de de Sablé. Quizá dije demasiado, pero es un hombre discreto. Y ama a Ricardo —se rió—. A veces es como una chica. Deberíais oírlo hablar de mi hermano.

—¿Se lo contasteis? —le preguntó Edythe, alarmada. Había esperado que aquel asunto se mantuviera en secreto.

—Bueno, él ya intuía la mayor parte. Hunfredo es muy inteligente, te caería mejor si hablaras con él de vez en cuando.

Edythe no se había dado cuenta de que Hunfredo no le gustaba hasta aquel momento. Intentó convencerse a sí misma de que era tonta y estúpida, pero la preocupación se asentó en una esquina de su mente como un grano de arena; preocupación porque aquel hombre supiera demasiado.

En la siguiente luna llena, Edythe sangró a Ricardo. La sangre era cálida y parecía sana: se coagulaba adecuadamente y se separaba correctamente del resto de humores. La reconstrucción de Jaffa continuaba, las murallas se alzaban más altas, y el rey en persona acudía cada día para ver los avances. Llegó un mensajero de Saladino, pero Ricardo no lo recibió debido a la sangría. Dos galeras trajeron los primeros cargamentos de muebles desde Acre para la habitación de Juana y el salón. Sobre todo el salón se hizo entonces más confortable, gracias a los largos divanes acolchados junto a los muros y la alta butaca que Juana había elegido como trono.

Pasaron tres días hasta que el rey, finalmente, se reunió con el mensajero sarraceno. Era, una vez más, Safadin, el alto, delgado y observador hermano del sultán que llegó con una pequeña guardia de espadachines a quienes dejó en el patio. El rey se sentó en su nuevo trono para recibirlo; lo cubría un chal de seda bizantina adornado con oro y piedras. Hunfredo de Torón estaba a su lado una vez más para volver a hacer de traductor, de modo que el rey y Safadin pudieron volver a hablar cada uno en su propio idioma. Rouquin se colocó tras el trono, en el otro lado.

Safadin se acercó tranquilamente al rey e inclinó la cabeza de forma apenas perceptible. A continuación habló con tono audaz.

—El señor Saif ad-din, en el nombre del señor de Egipto y Siria, Yusuf ibn Ayyub, Salah ad-din —dijo Hunfredo— felicita al gran rey Ricardo Corazón de León. Quienes hablaban de vos con reverencia antes de que vinierais aquí no mentían; más aun, no dijeron suficiente. Vos sois el Alejandro de los francos.

Rouquin elevó la cabeza; apreciaba las alabanzas de aquel enemigo más de lo que lo hubiera hecho de un amigo. Ricardo se puso en pie, abandonó el trono, y se colocó cara a cara con Safadin.

—Dios nos ha enviado dignos adversarios —dijo Ricardo, y esto también complació a Rouquin.

Safadin habló sin gesticular, con sus suaves y bronceadas manos en la cintura.

—El sultán encuentra al Malik Rik tan excelente con la palabra como en el campo de batalla —tradujo Hunfredo—. Desea discutir una tregua, para que los señores de Oriente y Occidente averigüen si las palabras pueden resolver este asunto. Debéis saber, mi señor, que su fe no les permite trabar la paz con la Dar al Harb

—hizo una reverencia para Safadin mientras decía esto—, es decir, la Casa de la Guerra, que es la parte del mundo que no se somete a Alá. Pero pueden firmar una tregua para recuperarse de una derrota.

Ricardo, durante un momento, no dijo nada. Hunfredo dijo algunas palabras en árabe a Safadin, que cerró los ojos y los abrió de nuevo.

«La Casa de la Guerra», pensó Rouquin. Eso encajaba, todo lo demás eran solo palabras.

—Mis términos para la paz no han cambiado—dijo Ricardo, al final—. Quiero Jerusalén, la restauración del reinado de los francos aquí, y la devolución de la Vera Cruz.

Hunfredo tradujo y Safadin contestó.

—Ha dicho esto: Jerusalén es tan sagrada para nosotros como lo es para vos. Más santa, de hecho, ya que es allí a donde nuestro pueblo tendrá que acudir el día de la última trompeta para escuchar el juicio del Único Dios Verdadero. Dice que trae una carta de su hermano.

Hunfredo extendió una mano y Safadin puso un pergamino en ella.

Ricardo no hizo movimiento alguno en pos de la carta.

—La leeré y contestaré como considere adecuado—dijo Ricardo—. Mientras tanto, mi señor Safadin, permitid que mi primo os escolte en el camino de vuelta a vuestro hogar. —Su sonrisa resplandeció—. Mi primo es para mí lo que vos sois para el sultán, así que esto os resultará muy apropiado.

Safadin retrocedió tres pasos, hizo una reverencia de nuevo, más con los ojos que con cualquier otra parte del cuerpo, y se giró. Rouquin fue tras él y se puso a su altura junto a la puerta. Se preguntaba qué diría la carta, aunque dudaba que fuera mucho, y pensó que Hunfredo había traducido la idea de la tregua del modo correcto. En el patio, reunió a Mercadier y a tres hombres más con un gesto, y estos trajeron caballos y se encontraron con Safadin y su guardia en la puerta.

Abandonaron Jaffa cabalgando hacia el interior. La oscuridad se acercaba. Rouquin avanzaba junto a Safadin, pero no dijo nada; sentía la guerra entre ellos como una espada. Le gustaba el caballo del sarraceno, una oscura yegua zaina con las patas blancas que se movía tan grácilmente como una golondrina. Era demasiado ligera para llevar a un hombre con armadura, y más aún a un elegante palafrén. Se

imaginó a Edythe cabalgándola. Si la cruzaran con un fuerte semental, como su caballo de guerra ruano, tendría potros más grandes, pero que mantendrían sus delicados rasgos. Entonces, en el lugar donde el sendero subía a través de un lecho seco, el sarraceno detuvo su caballo y se dirigió a él en un perfecto francés.

—Desde aquí puedo continuar solo.

Rouquin quería ver su campamento, y sabía que ése era también el propósito de Ricardo.

—El rey me ha ordenado que cabalgue con vos hasta la puerta de vuestra tienda.

—Ah —respondió Safadin, cuyo oscuro y expresivo rostro parecía encontrar la idea divertida. Mantuvo la mirada de Rouquin—. Pero entonces no puedo prometeos que consigáis volver a Jaffa.

Rouquin sintió que su sangre se calentaba.

—Nada de lo que tenéis puede detenerme —le contestó.

—Yo mismo me enfrenté a vuestra carga en Arsuf. Espero no tener que hacerlo de nuevo, pero lo haré por la Verdadera Fe. Además, creo que vos también habéis sentido el mordisco de nuestras flechas, y una flecha puede matar, igual que una lanza.

—He recibido vuestras flechas, y aún estoy aquí.

Una rápida sonrisa blanca dividió la oscura barba del sarraceno.

—Sí. Estáis aquí, lejos de casa, pero nosotros estamos en nuestro territorio. Aunque os derrotaran todavía tendríais algún sitio a donde ir. Nosotros solo tenemos esto.

Rouquin no dijo nada. Contra su voluntad, entendió su razonamiento. El sarraceno elevó la mano, casi en un saludo, y se alejó en la creciente oscuridad con sus hombres. Rouquin regresó a Jaffa.

Edythe había estado buscando judíos en la ciudad pero no había encontrado a ninguno. Entonces, mientras inhalaba la fresca fragancia de la menta en un herbolario, el dueño de la tienda le dijo que la había conseguido en la aldea junto a la desembocadura del río.

—Son judíos —dijo—. Ni siquiera pueden vivir aquí. Pero, ¿sabéis?, todas las hierbas que reúnen los judíos, cada raíz y cada baya, tienen un poder especial, y también tienen a un médico allí.

Tan pronto como pudo, bajó el curso del lecho poco profundo que atravesaba la arenosa llanura al norte de la muralla de Jaffa. Frente a ella, allí donde el agua se vertía en el mar, apareció un grupo de pequeñas casas blancas bajo algunas palmeras. Cerca de la verdadera ciudad, las mujeres lavaban sus ropas en el río, metidas en el agua con las faldas recogidas entre las piernas; algunos niños, ruidosos y desnudos, jugando en la corriente. Deambuló por allí como si solo estuviera paseando, cruzó el espacio vacío entre Jaffa y la pequeña aldea y, finalmente, llegó a su centro.

Aquel grupo de edificios no parecía diferente de cualquier otra casa de Jaffa, con sus amplios techos de barro que sobresalían de los muros para luchar contra el abrasador sol. Muchas de ellas tenían un bajo muro de piedra independiente rodeando el perímetro, como para protegerlas del resto de ojos. Delante de la casa más grande, en un banco, estaban sentadas tres mujeres con chales oscuros; una estaba limpiando lentejas, otra atendiendo a un bebé y la tercera cosiendo.

El corazón de Edythe latía con fuerza. No podía recordar las palabras, así que esperaba que supieran algo de francés. Se acercó e hizo una reverencia muy educada, para ponerlas de su lado desde el principio.

La mujer que tenía al bebé se levantó y entró a través de la puerta a su espalda. La mujer que estaba limpiando lentejas habló en un idioma que no reconoció, y después dijo, en francés:

—¿Qué quieres?

Las dos mujeres la miraban fijamente, sin sonreír. No parecían estar de su lado.

—Doctor. Iatros. Medicus —contestó.

Se miraron la una a la otra, y a continuación la mujer de las lentejas dijo:

—Yeshua. Eso quieres. Yeshua ben Yafo.

Señaló una casa más pequeña al otro lado del camino.

—Gracias —dijo Edythe, e hizo una reverencia de nuevo.

Sus rostros eran tan inexpresivos y poco amistosos como los muros. La recorrió un escalofrío. Se dio la vuelta y caminó hasta la casa opuesta.

Era pequeña y tenía el blanco yeso desconchado y parte del techo remendado con hojas de palmera. No había nadie fuera. Vacilando, entró en el espacio a través del muro que la rodeaba y siguió un estrecho sendero. A los lados de la casa crecían pequeños árboles que tenían la mayor parte de sus hojas a sus pies y las ramas desnudas tachonadas de manzanas amarillas.

Se abrió una puerta de la casa y alguien habló, pero no en francés.

—Por favor —dijo—. Soy... He oído que aquí hay un médico. Por favor...

Edythe dio otro paso adelante, introduciéndose más en el pequeño huerto. Tenía el vello de punta y el estómago encogido.

Apareció una anciana, también vestida de negro y con rostro adusto.

—Por favor... —repitió Edythe.

La mujer retrocedió y cerró con un portazo.

Edythe se tambaleó como si la puerta la hubiera golpeado. Pero entonces se abrió de nuevo y salió un anciano. Era alto, a pesar de su edad, y de su rostro sobresalía una afilada y angulosa nariz. Bajo su escasa barba blanca tenía una amplia mandíbula, y su cráneo estaba cubierto de manchas oscuras.

—Buscáis un médico —dijo—. ¿Estáis enferma?

Su francés era lento, aunque bueno.

Edythe inhaló profundamente por primera vez en un rato.

—Yeshua ben Yafo —dijo.

El hombre hizo una reverencia.

—Soy yo.

—Mi nombre es Edythe —le explicó—. Soy uno de los médicos... de la cruzada.

—Ah —dijo el hombre, y asintió—. Sois la mujer del hospital latino, en la ciudad.

Se quedó boquiabierta. El hombre se apartó a un lado e hizo un gesto con la mano indicándole la puerta.

—Por favor, entrad.

Edythe entró en una habitación repleta de libros. Se amontonaban los unos sobre los otros, con fajos de papel metidos entre ellos, en el suelo, sobre la mesa y en la silla que estaba junto a la mesa. El anciano se acercó a la única silla que había libre.

—Sois joven, podéis sentaros en el suelo —le dijo, y se sentó en la silla.

La chica aceptó la invitación, cruzó las piernas y se remeti6 la falda a su alrededor.

—¿Sabéis qui6n soy? —le pregunt6.

—Todo el mundo lo sabe, s6 —respondi6 el hombre—. No sois una de las mujeres del pueblo, pero aun as6 serv6s a todos. ¿Qu6 necesit6is de m6?

—Tengo un paciente con fiebre recurrente —le contest6.

—¿C6mo lo hab6is tratado?

Edythe se lo cont6 todo: el ojimiel, la bergamota que hab6a conseguido en Acre, las sangr6as, c6mo lo hab6a enfriado cuando ten6a fiebre y calentado cuando sufr6a escalofr6os, los frotamientos y las pociones de lim6n y jengibre. El hombre la escuch6 con la cabeza inclinada. Ten6a los ojos grandes y las pupilas demasiado dilatadas incluso para aquella sombr6a habitaci6n, y se pregunt6 si estar6a qued6ndose ciego.

—Nada de eso puede hacerle mal. A veces una caricia amable sana m6s que una poci6n. Deb6is darle una tintura de artemisia cuando muestre los primeros s6ntomas de la enfermedad. No es f6cil de encontrar. Espero que tu paciente sea rico,

y que tenga un estómago fuerte.

—Quiero ser judía de nuevo —soltó de repente, con lágrimas en los ojos—. Decidme cómo ser judía de nuevo.

El silencio fue su respuesta. El hombre se mantuvo inmóvil, sin pestañear. Estaba ciego, pensó Edythe, desesperada; ni siquiera podía verla.

—¿Qué te pasó? —le preguntó el anciano.

—Vivíamos en Francia. En Troyes. El rey francés decretó que debíamos marcharnos. Todos los judíos teníamos que marcharnos. Mi madre estaba a punto de dar a luz, y mi padre no la hubiera abandonado. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero no importaba, ya que él no podía verlas—. Asediaron a todos los que se quedaron. Quemaron... Quemaron... Yo no estaba allí, mi tía me había llevado a Rouen. Tenía trece años. Me enviaron a Inglaterra, y fui de casa en casa. Hasta que me encontré con la reina, que me acogió.

—Bendita sea por eso —dijo el anciano.

—Y me dijo que, desde ese momento, fuera cristiana.

El viejo tosió, o se rió.

—No es posible. Troyes, bueno, sí, todos hemos oído hablar de los mártires de Troyes, de la terrible purga de Felipe Augusto. ¿Quién era vuestro padre?

—Su nombre era... Mordecai ben Micah.

El anciano levantó la cabeza. Sus enormes ojos se clavaron en ella. Se había equivocado. Lo veía todo.

—Mordecai ben Micah de Troyes —dijo.

—Sí —respondió Edythe.

El viejo se levantó y se acercó a la mesa para rebuscar en las montañas de libros. Sus manos los acariciaban. Los levantaba y dejaba de nuevo tan suavemente como si fueran bebés. Al final se volvió, con un pequeño volumen en la mano.

Se lo entregó y se sentó de nuevo. Edythe lo colocó sobre sus rodillas. Era sencillo, estaba atado en la izquierda con una arañada cubierta de cuero, y algunas de

las páginas tenían los bordes rasgados. El anciano estaba sonriéndole.

—Ése es el libro de vuestro padre.

Edythe ahogó un gritito. Elevó el libro en sus manos, sorprendida. Estaba escrito con caracteres hebreos que ella no sabía leer. La cubierta de cuero tenía desvanecidas letras doradas: conocía la letra por la que comenzaba el nombre de su padre, y la recorrió con el dedo.

—Es una copia, por supuesto, no es el libro original —dijo el hombre—. Como veis, es un comentario sobre el *Canon* de Ibn Sina. Tu padre era conocido en todo el mundo. Tenía algunas ideas interesantes sobre la enfermedad, sobre qué significaba y cómo se movía de persona a persona.

Edythe dibujó la inicial de su padre una y otra vez con el dedo. Yeshua estaba siendo generoso: ella no podía leer nada del libro, ni siquiera el título. Su padre estaba allí, bajo sus manos.

—Decía que la única riqueza era el conocimiento.

—Tenía razón —asintió Yeshua ben Yafo.

La doncella abrazó el libro y levantó el rostro.

—¿Por qué nos odian?

—¿Alguna vez has conocido a un hijo que odiara a su padre? —le contestó Yeshua.

—Oh. Sí —dijo—. ¿Quiénes son los agarenos?

—Vosotros los llamáis sarracenos. Otro hijo que odia a su padre. Al principio fueron judíos, igual que lo fueron los cristianos. Ahora todos desean Jerusalén para demostrar que ya no lo son. Nos odian porque les recordamos que, en realidad, siguen siéndolo.

Edythe se tensó ante la idea. Pensaba que los cristianos y los musulmanes a los que había conocido eran muy diferentes de ella y de aquel hombre, aunque no sabía exactamente por qué. Quizá solo era porque lo afirmaban tan insistentemente.

—Debéis decirme qué debo creer. Cómo rezar.

—¿Qué es lo que creéis ahora? —le preguntó el hombre.

—No creo en nada. —Era amargo decir aquello, como ácido en la lengua—. En nada.

—Creéis en eso.

Edythe frunció el ceño, desconcertada.

—Estáis jugando conmigo.

—No, mujer. Sois vos quien juega consigo misma, quien ha inventado este problema para esconderos de quien sois, y de lo que realmente pensáis. Dios os creó. Vos sois una mujer, hija de Dios, completa en sí misma. Cualquier cosa que intentéis cambiar o esconder será una farsa y fracasará. Sed vos misma. Coged el libro. Dadle a vuestro paciente una tintura templada de artemisia en una dosis diluida, quizá una gota entre doscientas, tan pronto como sepáis que está enfermo. Volved y contadme, si lo deseáis, qué tal le va con eso. —Se incorporó—. Ahora marchaos, para que pueda volver a mi trabajo. Edythe se levantó y se fue.

Caminó de vuelta hasta Jaffa y deambuló a través de las estrechas y sinuosas calles, junto a los hombres que estaban elevando los nuevos muros y transportando enormes trozos de roca, y a través de los mercados y las plazas. No veía nada. Su mente era un hervidero de dudas. Sostenía el libro bajo su capa, apretado contra su pecho. No entendía lo que el anciano le había dicho. Sus palabras resonaban en su memoria, enormes y pequeñas, claras e imprecisas. A veces le parecían sabias y, al momento siguiente, una estupidez. Evidentemente, ella era quien era. Pero, ¿quién era? Había ido hasta allí para nada. Y aun así, cuando pensaba en el camino que había seguido, se sentía asombrada y satisfecha. Seguramente el anciano lo había entendido, pero ella no sabía lo que le había dicho, o lo que significaban sus palabras en realidad. Tenía entre sus manos el libro de su padre, que no podía leer. Al final, agotada, volvió al palacio junto al mar.

—¿Dónde estabais? He enviado a gente por todas partes a buscaros. Besac ha

estado preguntando por vos. Ricardo se marcha. Ha anunciado que partirá hacia Jerusalén dentro de tres días.

—Tres días —repitió Edythe, excitada. Todo parecía estar pasando a la vez. En Jerusalén, quizá, encontraría las respuestas de verdad.

Juana tenía trabajo para ella, y un montón de cotilleos. Su relación con Berenguela volvía a ser como la del perro y el gato, así que la joven reina comía en su habitación y solo se veían en la iglesia.

—Es tonta. Quiere volver a Acre, a su jardín, y Ricardo no le importa.

Edythe estuvo de acuerdo con eso. Había visto a Berenguela aquella mañana porque tenía dolor de cabeza, y la dama le había hablado con añoranza del jardín, pero no había mencionado a su marido. En ese momento, Edythe estaba sentada con Juana en el gran salón, cosiendo unos flecos a una gran alfombra que iban a colocar delante del trono de Ricardo. Juana le habló afablemente del trono de Sicilia, que había sido majestuoso, y eso la condujo al legendario trono de Bizancio, que se suponía que hablaba, flotaba en el aire y cambiaba de color. Iban a celebrar una cena al día siguiente y Juana quería algunos músicos, por lo que había una hilera de tañedores de laúd y tamborileros esperando para ensayar. Esperaba que Edythe le diera su opinión sobre ellos. La doncella escuchó solo lo suficiente para darle la razón. En su mente, una y otra vez, estaba Jerusalén. Jerusalén, por fin. Atravesó la gruesa tela de los flecos con su aguja y la deslizó hacia abajo para unirla a la alfombra.

A la mañana siguiente fue al hospital; tenía que esconder el libro y había pensado colocarlo allí, en la estantería, junto a su tratado de hierbas. Le gustaba ir al hospital porque allí siempre podía encontrar trabajo. Había llegado una mujer con hidropesía y Besac estaba extrayéndole el exceso de humor del vientre con un largo tubo plateado. Cuando hubo terminado y tumbaron a la paciente, Edythe le preguntó:

—¿Sabéis algo de la tintura de artemisia?

—Artemisia, artemisia —contestó el médico, dándose golpecitos con los dedos en la barbilla. Edythe sabía que aquello era una clara señal de que solo tenía una vaga noción de lo que estaba a punto de decir—. ¿Queréis una tintura? Creo que tiene algún tipo de efecto sobre el humor colérico.

Aquello tenía sentido, ya que era una tratamiento contra la fiebre.

—Necesito encontrar un poco.

—Más tarde enviaré una carta para que me manden algunas cosas de Tiro. Tengo que escribirla.

Edythe lo siguió hacia la pequeña esquina donde estaba su escritorio, pero entonces un paje entró por la puerta delantera del hospital, se hizo a un lado y anunció:

—¡El rey!

La chica se giró para mirarlo e hizo la apropiada reverencia, pero Besac casi se puso de rodillas. Ricardo entró con un séquito a su espalda como la estela de un cometa.

—Bueno —dijo—, veo que los rumores no eran infundados. Habéis hecho un buen uso de esto.

Besac se apresuró hacia delante, haciendo reverencias y deteniéndose.

—Mi señor... mi señor...

Mostró el hospital a Ricardo. Edythe se quedó atrás, complacida, pensando que Besac estaba un poco revolucionado con aquella visita. Rouquin no estaba allí, solo había pajes y algunos escuderos somnolientos. Pensó en Jerusalén de nuevo... quería tener la artemisia a mano en el viaje por si el rey caía enfermo; no podía esperar el envío de Tiro.

Ricardo recorrió el largo y estrecho edificio de vuelta.

—Excelente —dijo, ante lo cual Besac casi rodó sobre sí mismo, como un perrito meneando la colita. Ricardo pasó junto a Edythe como si la chica no estuviera allí.

—Señor Besac, quiero que os confeséis. Mañana vendréis con nosotros a Jerusalén.

Edythe se quedó helada. Por primera vez se dio cuenta de que existía la posibilidad de que no fuera. Besac besó la manga del rey. Sobre su cabeza, la mirada de Ricardo se encontró por fin con la suya. Pero no le dijo nada, y se giró y se fue.

Más tarde, con la excusa de que tenía algunas medicinas para él, se las arregló para entrar en su habitación y estar un momento a solas con el rey.

—Mi señor, quiero ir a Jerusalén.

Ricardo estaba sentado en un diván, intentando afinar un viejo laúd. Hunfredo de Torón acababa de marcharse. La copa de ojimiel continuaba en el suelo, junto a sus pies.

—No podéis venir. Y sabéis por qué —le contestó. Su voz era razonable, como si seguramente ella tuviera que verlo del mismo modo que él—. De Acre a Jaffa era una cosa, pero esta vez vamos a ir a la Ciudad Santa. Todos debemos estar confesados y purificados. No voy a llevar a ninguna mujer.

—Y desde luego, no a una judía —le respondió Edythe, paralizada.

—Debemos ser puros.

La chica se giró, tensa y furiosa. Notaba su cuerpo como si estuviera hecho de lana y tuviera las articulaciones ligeramente dislocadas.

—Cuando tome la ciudad y la puerta esté abierta, entonces podrás entrar. Nadie se dará cuenta.

En aquel momento lo odió; si hubiera tenido a mano un cuchillo se lo habría clavado. En lugar de eso salió de la habitación, bajó hasta el balcón y, allí, frente al mar salado, lloró.

Pensó en marcharse, en hacer el viaje sola, pero sabía que sería imposible. Las colinas estaban llenas de sarracenos, e incluso los cristianos eran entonces sus enemigos. Lloró de nuevo, y Juana la vio y la rodeó con el brazo.

—¿Qué os ocurre? —La reina poso una mejilla contra su cabello—. ¿Es esta terrible guerra?

Edythe murmuró algo, sintiéndose desconsolada. Después ayudó a Juana a colocar los nuevos tapices en las paredes de su habitación.

En la cena, Ricardo estaba animado, charlando con los hombres que estaban a su alrededor y comiendo muy bien. Juana estaba sentada a su lado, y él la besaba a menudo.

Preguntó a Rouquin sobre alguna batalla que había tenido lugar recientemente, y Rouquin le contestó:

—Es como en casa. Nos prepararon una emboscada, yo preparé un contraataque, intentaron rodearnos, y fui yo quien lo hizo. Fue solo un pequeño asalto, y nadie salió herido.

De su última exploración había traído un rebaño de ovejas con el que habían hecho excelentes pasteles de añojo.

Juana dio un golpecito con el codo a su hermano.

—No me has contado la gran batalla en la que luchasteis. El trovador está componiendo muchos versos. ¿Son verdad?

Ricardo hizo un sonido gutural.

—No me preguntes, yo estaba allí. No recuerdo casi nada, a excepción del ruido. —Le plantó otro beso en la mejilla—. Lo único que necesitas saber es que, para Navidad, estarás durmiendo en la Torre de David. En Nochebuena oirás la misa en la iglesia del Santo Sepulcro.

El rey se giró para gritar a la habitación, exuberante.

La excitación recorría la habitación en oleadas. Edythe, junto al muro, tenía frío y se sentía sola. Después de todo, había conseguido que él la apartara. Servir a Jesús, servir a los Plantagenet, no la había llevado a ninguna parte. Se marchó tan

pronto como pudo, rodeando el salón hasta la galería y las escaleras.

A su espalda la llamó una voz.

—Edythe. Esperad.

La chica se detuvo en la oscuridad de las escaleras y Rouquin se acercó a ella.

Se sonrojó, segura de que él ya lo sabía todo.

—Yo serví... hice todo lo que me pidió... —dijo, desesperada.

—Y está pidiéndoslo de nuevo, eso es todo. Necesita que os quedéis aquí. Juana está metida en algún tipo de problema, y Ricardo cree que vos podríais mantenerla a salvo.

Se quedó sin aliento. Bajó la cabeza. Ricardo, después de todo, había guardado su secreto. Había cubierto las huellas, la había protegido con aquel falso rastro. Ella no tenía influencia sobre Juana, que podía hacer lo que le placiera. Y el simple hecho de que Ricardo la dejara atrás haría que Juana sospechara de ella. Pero se había guardado la verdadera razón para sí mismo. Finalmente, Edythe levantó la mirada.

—Pero os llevareis a de Sablé con vosotros. A Jerusalén.

—Por supuesto.

—Entonces no hay nada de lo que preocuparse... es de Sablé quien está detrás de todo esto.

Se alegraba de haberlo dicho. Dejaría que Ricardo se ocupara de ello. De todos modos, en aquel momento odiaba a Ricardo.

—Quizá la raíz del problema esté lejos, pero algunas de sus ramas podrían estar en cualquier otra parte —dijo—. Yo voy a ir a Jerusalén. Si lo deseáis puedo llevar algo vuestro.

Edythe separó los labios. Ésa era la razón por la que la había seguido, para decirle aquello. Se puso de puntillas y lo besó.

—Esto —le dijo—. Llevaos esto. Y volved.

Lo besó de nuevo y subió las escaleras, más tranquila.

El ejército partió de Jaffa tres días después. Las trompetas tronaron mientras los caballos agitaban penachos de brillantes colores en sus crines, los caballeros se despedían con la mano de las mujeres y los soldados de infantería tiraban al aire sus flechas y volvían a recogerlas de modo estrambótico.

Edythe los observó durante mucho tiempo, desde la muralla. El polvo que levantaban se movió por la larga carretera marrón hacia las colinas con destino a Jerusalén, el corazón del mundo.

No había ningún ejército entre ellos y la Puerta de David. Cabalgarían directamente hasta la Ciudad Santa. Y entonces ella podría ir.

Pensó en Yeshua ben Yafo. Seguramente estaba equivocado, seguramente había un modo correcto de ser, un camino correcto que lo garantizaría todo. En Jerusalén descubriría por fin qué creer, cómo rezar y a quién amar. Descubriría quién era ella realmente. Anhelaba seguirlos por aquel largo camino marrón entre las colinas tanto como si se dirigieran a las mismas puertas del cielo.

Aquella tarde, mientras estaban sentadas en el balcón disfrutando de la brisa, un mensajero trajo una carta desde Tiro.

Juana la dejó sobre la mesa y su mirada revoloteó hasta Edythe, que estaba frente a ella. La doncella mantuvo la mirada apartada. Como había esperado, Juana sospechaba que era una espía de Ricardo, pero la reina no tenía a nadie más en quien confiar y, finalmente, dijo:

—Bueno, miradla.

—Mi señora, es para vos.

Juana resopló. Impacientemente, rompió el sello y desdobló la gruesa hoja de papel, y en una cantarina voz leyó los saludos formales de la reina de Jerusalén. Edythe miró el mar. El día estaba nublado; se preguntó si tierra adentro estaría lloviendo. Quizá Dios estaba mostrando su destemplanza a los cruzados.

Juana separó las dos mitades de la carta y leyó la interior. Después la dejó sobre la mesa.

—¿Qué opináis de esto?

Edythe la cogió.

—La carta está una vez más en el lado equivocado —dijo.

—¿Qué?

—Si recordáis, cuando escribió rechazando la huida, la carta secreta estaba escrita en el dorso de la primera página. Pero antes de eso siempre la había escrito en la parte delantera de la última página.

Juana cogió la carta y le dio la vuelta una vez, y luego otra.

—Bueno, esa afirmación es muy inteligente por vuestra parte, pero, ¿significa algo?

Edythe se encogió de hombros. Juana arqueó las cejas.

—¿Y bien?

—Mi señora, quizá está intentando advertirnos. Quizá tuvo que escribir esto, quizá alguien está obligándola a hacerlo.

La mirada de Juana era firme, pero la carta en su mano tembló.

—Conrado.

—Mi señora...

—Esa serpiente mentirosa. —Juana arrugó la carta ligeramente en sus manos y la tiró por la barandilla del balcón—. Bueno, debo enviarle una respuesta, pero lo haré haciéndome la tonta.

—Mi señora...

—¿Qué ocurre? ¿Acaso teméis que esto no sería del gusto de Ricardo? —Juana soltó una desagradable carcajada—. No puedo ignorarla sin más, ¿no? —continuó, y movió la mano en dirección a Edythe—. Marchaos, haced el informe que tengáis que hacer para mi hermano.

—Mi señora —le contestó—, yo no informo a nadie.

—Sí, claro —dijo Juana, pero no la miró a los ojos—. Anoche no pude dormir... hacedme otra poción, ¿de acuerdo? Una que sea fuerte.

Edythe, despedida, se levantó y se marchó.

Los días pasaron. En el hospital había pocos pacientes, ya que el ejército se había marchado: un hombre borracho que había sido atropellado por un carro y otro hombre, éste sobrio, que se había caído de un edificio nuevo, se había roto el cráneo y no podía moverse. Edythe lo mantenía limpio y lo movía en la cama, pero sabía que pronto moriría. Su familia acudió al hospital y rezó por él. Cuando Edythe se acercó la besaron, pero ella no había hecho nada.

La consolaba pensar que Besac tampoco podría haber hecho nada. Como la mendiga había dicho, al final todo el mundo perdía. Subió a la muralla y examinó el horizonte, forzando los ojos, en busca del mensajero que vendría del este con noticias sobre el triunfo del rey.

De Tiro llegó una bolsa con muchas medicinas nuevas en tarros y sobres. Uno de ellos estaba lleno de hojas y flores, y etiquetado con caracteres griegos. Intentó descifrar las primeras letras y se dio cuenta de que era la artemisia. El judío le había dicho que hiciera una tintura, pero no con qué debía hacerla. Tenía que calentarla un poco. Molió las hojas y las flores en un mortero y las mezcló con un aceite sulfúrico, que era bueno para el estómago y fácil de hervir, y dejó la jarra en un estante, cubierta.

Cuando el ejército llevaba fuera más de una semana, una noche regresó uno de los caballeros franceses.

Ricardo no lo había enviado para anunciar la victoria, ni para llevar a Juana a Jerusalén. Nadie lo había enviado: había desertado. Llegó a pie, cojeando cansadamente, a la caída del sol, cuando Edythe estaba ya preparándose para marcharse, y le mostró una herida muy grave en el brazo, un profundo corte de cuchillo lleno de pus.

Trabajó durante toda la noche para limpiarlo, alimentando al caballero con pociones fortalecedoras y buscando señales de que la infección se hubiera trasladado

a otra parte. Durante el curso de las horas, cuando la herida le dolía demasiado para dormir, el caballero le habló de la marcha y de la razón por la que había abandonado. No había ningún ejército sarraceno, pero había sarracenos a cientos. Asaltaban a los cruzados desde lugares ocultos, escondidos, impredecibles: una ráfaga de flechas en la oscuridad, un repentino desprendimiento de rocas, o un abrevadero lleno de estiércol. Todo el mundo estaba alerta, pero no había nadie con quien luchar.

Y Corazón de León estaba moviéndose demasiado deprisa. Era difícil mantener el paso. Incluso la gente de allí se quejaba, el rey Guido y los templarios.

—Entonces mataron a mi caballo, y decidí regresar —dijo el herido, tumbado boca abajo con el brazo vendado. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Estaba amaneciendo y no tenía sentido volver a casa, así que durmió un par de horas en la parte trasera del hospital. A media mañana estaba despierta de nuevo, en el escritorio de Besac, escribiendo un archivo de las medicinas que habían llegado de Tiro. Las almacenó en el gran baúl y lo cerró. El hombre del cráneo fracturado había muerto y el hospital estaba vacío, a excepción del recién llegado. Le dio caldo, ajo crudo y ojimiel, y le cambió la venda de la herida.

Pretendía volver al palacio cuando hubiera terminado, pero entonces dos hombres más aparecieron en la puerta, uno con un tajo en la pierna y el otro con el antebrazo roto.

Los dos pertenecían al ejército de Ricardo. Tenían hambre y, mientras vaciaban sus cuencos de gachas, ambos maldijeron también la dura marcha y a los sarracenos que los asaltaban en emboscadas, que les tiraban rocas y que dejaban caballos muertos en los riachuelos.

—¿Por qué seguir marchando? —preguntó el hombre del brazo roto—. Están aniquilándonos.

Cuando vendó ambas heridas volvió a la muralla de la ciudad y miro hacia el este. La carretera estaba vacía, a excepción de una anciana que cojeaba con la ayuda de un bastón.

Seguramente aquellos heridos eran cobardes, hombres débiles que habían huido de la guerra. Seguramente, en el este, los cruzados continuaban avanzando en su camino hacia Jerusalén. Solo los valientes se merecían recuperarla. Dios reducía a los que no eran dignos. Una horrible sensación se posó en su estómago. Sentía que su alma ansiaba salir de su cuerpo y viajar por la carretera tras ellos, hasta que se dio cuenta de que estaba de puntillas, a punto de volar por encima de la muralla. Odiaba

a Ricardo por dejarla atrás, pero deseaba con todo su corazón que tuviera éxito.

No había nada que pudiera hacer excepto esperar, así que volvió al hospital y atendió a los heridos.

—Todos iremos a Jerusalén —dijo—. Cuando el rey la tome.

El joven del tajo en la pierna resopló y se puso el brazo sobre los ojos. Tenía la herida purulenta, así que se la limpió, la roció con vinagre y la dejó al aire.

Entonces, por la tarde, aparecieron más hombres.

Tenían golpes, heridas de flecha y huesos rotos, más de lo que ella podía abarcar, pero afortunadamente Besac estaba entre los recién llegados. Desafortunadamente, tenía malas noticias.

—La cruzada ha fracasado. —Roger se quitó la capa y las botas llenas de fango mirando a su alrededor. Agitó los brazos, alegre de estar de vuelta—. Me habéis echado de menos, ¿verdad?

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Edythe—. ¿No habéis llegado a Jerusalén?

—Os lo acabo de decir, la cruzada ha terminado. Ricardo ha roto su promesa. Regresamos. Hemos fracasado.

La doncella sintió que sus piernas se debilitaban.

—¿Dónde está el rey?

—Se ha marchado al sur, a Ascalón. —Besac se rió—. No se atreverá a enfrentarse a nosotros ahora. En su boca, su promesa es un zurullo.

Necesitaba sentarse y lo hizo en una de las camas vacías. Se sentía furiosa, y esperaba que Ricardo se tragara todo aquello, incluido su puro e inmaculado voto cristiano. Se sentía consumida, como si el fracaso del rey la hubiera resecado.

Aturdida, se dirigió al palacio; la reina no estaba en ninguna parte. Edythe salió al balcón, oyendo en su mente, una y otra vez «todos hemos fracasado». Por alguna razón habían vuelto. No podía entenderlo. ¡Jerusalén estaba tan cerca! Y aun así no habían podido llegar hasta ella. Hechizada, la ciudad flotaba en otro mundo, más allá de su alcance.

Juana apareció a su espalda. Su rostro era un resplandor de sentimientos.

—¿Lo habéis oído? Lo han abandonado. Hubo problemas, seguramente, pero no pudieron enfrentarse a ellos. Incluso Guido quería regresar, el lameculos. No fue culpa de Ricardo que fracasaran. Pero ahora todos lo culparán.

Se cubrió el rostro con las manos y lloró. Edythe se acercó a ella y la rodeó con el brazo, y ambas se quedaron allí, abrazadas, sintiéndose desdichadas.

Juana llamó a un sacerdote y lo sermoneó durante una hora, hasta que consintió en pronunciar una homilía al día siguiente sobre la cruzada, afirmando que el fracaso no había sido culpa de Ricardo, y que había que culpar a los hombres malvados que tenía a su alrededor. Cuando comenzó a decir esto en la iglesia, la mitad de la gente que lo escuchaba se dio la vuelta y se fue, y un grupo de chicos irrumpieron en Jaffa, lanzando barro al palacio, maldiciendo el nombre de Ricardo y golpeando a los ancianos con palos.

Gran parte de la flota pisana zarpó hacia su puerto de origen. Se llevaron con ellos a la mitad de los poitevinos, que habían cumplido para entonces con sus deberes feudales. De todos modos, Ricardo se había retrasado en sus pagos.

Edythe fue al hospital, que estaba de nuevo abarrotado de hombres heridos. Se quejaban y lamentaban, maldecían a los sarracenos y despreciaban a Ricardo, y muchos de ellos murieron a pesar de todo lo que Besac y ella pudieron hacer. Pero Ricardo se quedó en Ascalón, y Rouquin con él.

—Tomad, leed esto —le dijo Juana.

Era otra carta. Edythe la cogió y vio inmediatamente que era de Isabel, y que estaba escrita de nuevo en el lado equivocado.

—Llegó esta mañana, por barco —dijo Juana.

La doncella la leyó lentamente.

—Dice que abandonará Tiro tan pronto como le enviéis un salvoconducto para Acre. «Debe ser pronto. Conrado se ha marchado, pero no por mucho tiempo. Os lo suplico, enviadme pronto el salvoconducto». —Miró a Juana—. ¿Es que podéis emitir un salvoconducto?

—No lo sé. Probablemente. Suficiente lacre y cinta harán que se cumpla —le contestó Juana—. De todos modos, ¿vos qué opináis? Está escrita en el lado equivocado de nuevo.

Edythe le dio la vuelta a la carta y miró el sello.

—No creo que la hayan abierto, como las otras.

—¿Podría haber conseguido enviarla sin que él lo supiera? —le preguntó Juana en voz baja.

Se miraron a los ojos. Edythe no dijo nada.

«¿Para qué necesitaría entonces esconderlo en una carta falsa?», pensó.

—No —se contestó Juana a sí misma.

—No, seguramente no —acordó Edythe.

Juana asintió.

—Nos han traicionado. Esto es obra de Conrado, el mentiroso.

Es peor que un griego. —Abrió los ojos completamente—. Quiere el salvoconducto para entrar furtivamente en Acre y tomar la ciudad.

—Quizá... —dijo Edythe.

Juana la miró con ojos astutos.

—¿Tenéis algo en mente? —le preguntó, con voz suave.

—No, mi señora —le contestó la chica, humildemente.

—Bueno —dijo Juana—. Dejadme esto a mí. Ahora ayudadme con esta mesa.

Edythe se preguntó por qué le importaba que Juana estuviera tramando algo, y que Acre dependiera de su capricho. Guido de Lusignan había vuelto allí después de que la cruzada se dispersara. Y Juana iba a entregar un salvoconducto hasta el interior de su ciudad a su peor enemigo. Aquello haría que se hundiera o que triunfara, y casi seguramente se hundiría, por lo que Edythe había visto de él. Ricardo sufriría pero, ¡en fin! Ellos no le habían sido leales, así que ella tampoco les guardaba lealtad. Todos eran iguales para ella, y por eso no significaban nada. Pero no era cierto. Intentó quitar el guijarro bajo la manta, aunque seguía sintiéndose molesta. Deseaba ver a Rouquin de nuevo, pero él nunca abandonaría a Ricardo. A su modo, Ricardo había sido leal con ella, y había protegido su secreto. Después de su fracaso, lo odiaba menos. En un momento en el que todos lo odiaban, ella no podía mantener el odio en su corazón. Y habían luchado mucho para conseguir Acre. Y pensó en la vieja mendiga junto a la fuente, y en el jardín de Berenguela.

Juana hizo que se emitiera un salvoconducto permitiendo al portador y a una escolta la entrada en Acre, y lo cubrió de sellos, lacres, tinta coloreada y un enorme lazo. Lo escondió en una carta que envió a Isabel. No lo ocultó especialmente bien, pero sabía que, en realidad, no había necesidad de hacerlo.

Escribió también a Guido de Lusignan, que había vuelto para gobernar Acre, ordenándole que debía estar preparado para arrestar a cualquiera que intentara usarlo.

Aquella le parecía la trampa perfecta, una que el propio Conrado había ideado, y que él mismo pondría en marcha. Lo mantuvo fuera de la vista de Edythe. Sabía que la dama servía a Ricardo, y Juana quería castigar a Conrado ella misma, a través de su propia astucia. Después le haría saber a aquella serpiente mentirosa que había sido ella. Incluso Edythe la admiraría. Ricardo, sin duda, lo haría. Complacida, envió

las cartas.

—Han vuelto de Jerusalén —dijo Berenguela.

Estaba cosiendo un paño de altar. Era muy hábil cosiendo y, a la luz de las velas, el ala del ángel que estaba bordando con hilo de oro parecía tan suave como la miel. Tenía el borde de la manga desgastado y sucio; sus damas se ocupaban poco de ella.

—Nunca llegaron a Jerusalén. La cruzada fracasó —le contó Edythe.

La doncella sostenía la tela en sus rodillas, tensándola para la aguja de la reina. Estaban sentadas en su habitación y, a su alrededor, sus damas continuaban charlando en su propio idioma. De entre todas las navarras, solo Berenguela se había molestado en aprender francés.

—Bien, entonces —dijo Berenguela, mirando la aguja y el hilo en sus dedos—. ¿Cuándo volveremos a Acre?

—No lo sé, mi señora —le contestó Edythe.

Berenguela le echó una rápida mirada.

—¿Vos también queréis volver a Acre?

Dejó de coser y miró a la chica.

—Yo quiero lo que vos queréis, por supuesto.

La joven reina suavizó el hilo de oro con su pulgar.

—Yo quiero volver a Acre.

Edythe pensó que quizá nunca podrían regresar allí. Conrado, a pesar de sus defectos, era mucho más inteligente que Guido, y si tomaba la gran ciudad en el norte no permitiría que los cruzados volvieran a entrar en ella, igual que no les había permitido la entrada en Tiro. Pensó en lo que Berenguela acababa de decir.

—Podrías escribir al rey y preguntárselo.

—Enviaré a un mensajero —le contestó Berenguela—. Desgraciadamente, mi señora, no sé leer ni escribir. Vos lo sabéis.

No hizo ningún movimiento ni dijo nada, pero miró fijamente a Edythe como si pudiera transmitirle sus pensamientos mentalmente.

—Yo la escribiré por vos —dijo Edythe.

Berenguela le sonrió. Había dicho lo que esperaba.

—Escribidle. Es mejor que lo hagáis vos —asintió—. Ayudadme. Ayudadme.

—Mi señora, yo...

Berenguela agitó las manos frente a ella.

—Hacedlo. Traed útiles de escritura.

Y Edythe escribió exactamente lo que la reina deseaba decir a su esposo, y debajo añadió: «Id a Acre, rápido».

Llegó una carta en respuesta con un par de líneas escritas: «Podréis volver a Acre en primavera. Ricardus R». Ninguna noticia, nada personal. Nada para Edythe.

—¿Alguna vez llegaré a ser de verdad la reina de los ingleses?

—Mi señora, solo Dios podría contestaros a eso. Éste, en mi opinión, ha sido un matrimonio extraño. Pero, ¿sabéis?, he visto pocos matrimonios que no fueran extraños. —Estaba pensando en Leonor y Enrique—. Podríais construir un jardín aquí.

—Aquí, allí, en cualquier parte —respondió Berenguela, con voz seca. Aquello era tan impropio de ella que Edythe se quedó mirándola boquiabierta. La joven reina apartó la carta—. También podría haber escuchado a mi padre. Estoy cansada de esperar. —Hizo una señal a la doncella para que se marchara—. Creo que más tarde me dolerá la cabeza. Si pudierais traerme una bebida...

—Mi señora... —dijo Edythe.

Pasó algún tiempo. No recibieron noticias de Ascalón, ni de Acre. Edythe hizo las pociones para las mujeres con más miel, vino y especias. Puso la tintura de artemisia en un tarro con un sólido tapón. Un día, cuando subía al palacio, tropezó con Juana, que estaba furiosa y caminaba airada por el salón.

—¿Os habéis enterado de esto? ¡Cuéntaselo! ¡Cuéntaselo a ella también!

Junto al trono estaba Rouquin, que aceptó una copa de un paje.

—Ni hablar.

Llevaba una larga camisa suelta y pantalones, sin armadura, pero tenía la espada en el cinturón y los guantes metidos bajo la hebilla. Echó a Edythe una breve y ardiente mirada. La chica recordó la última vez que lo había visto, y su corazón dio un brinco. Apartó la mirada de él.

El rostro de Juana estaba consumido por la furia. Giró hacia Edythe agitando los brazos. Se le había soltado la cofia, así que se la quitó de un tirón, liberando su mata de rizado cabello cobrizo sobre los hombros de seda amarilla de su vestido.

—Me han ofrecido a los sarracenos.

—¿Qué? —contestó Edythe.

Juana continuó caminando por la habitación. En los divanes, el resto de damas murmuraban y hacían reverencias cuando pasaba a su lado, y se reían disimuladamente cuando ya había pasado. Cayó una mesa. Rodó una copa.

—¡Me han ofrecido en matrimonio a uno de los sarracenos! —gritó, acercándose a Edythe.

—Safadin no es tan malo —dijo Rouquin, sonriendo. Se bebió el vino.

—No lo es cuando él tiene una cimitarra y tú una espada. —Juana dio un golpe con el pie—. No voy a casarme con un infiel perro pagano.

Edythe se retiró con el resto de mujeres, intentando no sonreír. Era evidente que Rouquin no le había hecho esa oferta en serio; de haber sido así, el propio

Ricardo habría venido para hacerle la propuesta. Cuando Juana se ponía furiosa era como una pequeña tormenta: avanzaba como un huracán por el salón y las cosas salían volando en su estela. Seguramente, Ricardo se estaba divirtiendo.

En ese momento pasó junto a Rouquin y se dejó caer en el trono, donde solía sentarse cuando su hermano no estaba allí. Miró fijamente a su primo.

—Ricardo está bromeando. No es posible que pretenda algo así.

Rouquin se encogió de hombros.

—No sé si Safadin está más inclinado a este matrimonio de lo que lo estás tú. —Sus ojos se movieron y Edythe atrapó su mirada, pero a continuación volvió a mirar a Juana—. El rey quiere que prometas que no volverás a relacionarte con Isabel.

—O h —dijo Juana. De repente parecía más pequeña, como si la hubiera abandonado el aire—. ¿Es por eso por lo que estuvisteis en Acre? —Agitó una mano hacia él—. Cuéntame todo lo que está pasando allí. Y Berenguela quiere saber cómo está su jardín.

—Guido la gobierna —dijo el pelirrojo—. No sé nada del jardín. Deja que me marche, Juana, tengo que partir pronto.

—Vete —le dijo—. Dile a Ricardo que tendré un esposo cristiano, o no me casaré.

Edythe salió a la oscura terraza.

«Ricardo casaría a su hermana con un sarraceno, pero yo no soy digna de entrar en Jerusalén», pensó.

Sabía que Ricardo no se había tomado en serio la oferta de matrimonio. Era su modo, pensaba, de castigar a Juana por entrometerse con Isabel. Parecía tener una relación cordial con Saladino cuando no estaban combatiendo, y llevaban a cabo aquellas negociaciones jocosas, como chicos peleando con palos. La luna estaba alzándose, un poco menos que llena, y las nubes vagaban sobre su rostro como islas en el aire.

Notó que alguien se acercaba y se giró. Rouquin caminó hasta ella y se inclinó sobre la barandilla.

—El rey también tiene un mensaje para vos.

—Oh —replicó—, ¿con quién va a casarme?

Se llevó una mano a la boca antes de decir demasiado.

El hombre se rió.

—No. Me ha dicho: «Dile que es un monstruo leal y bueno».

Edythe bajó la mano y miró el mar.

—Cree que soy su mascota, como si fuera un sapo.

—La gente os llama «la bruja del rey». Y salvasteis Acre — dijo—. Guido no podría haber mantenido a raya a Conrado. Ni siquiera estaba preparado cuando llegó el salvoconducto, y mucho menos cuando vio cuántos hombres y barcos había llevado Conrado. Si mis hombres y yo no hubiéramos estado allí, ahora Acre sería de Conrado.

—Me alegro de que no sea así —contestó Edythe.

«Berenguela habría perdido su jardín», pensó. Se giró hacia él, deseando mantenerlo allí, atrapar su atención.

—¿Cómo puede hacer eso? Atacar a los cristianos de la cruzada, cuando se nombra a sí mismo rey de Jerusalén.

—Yo creo que su Jerusalén es diferente a la nuestra —le contestó el pelirrojo.

Edythe no lo había visto desde la noche antes de su partida hacia Jerusalén.

—¿Hasta dónde llegasteis el mes pasado? —le preguntó.

Rouquin elevó uno de sus hombros y lo bajó.

—A un par de días cabalgando a buen ritmo. Pero el resto de señores no querían continuar. Amenazaron con marcharse solos... Hugo de Borgoña y los franceses, los flamencos, todos los aldeanos, e incluso Guido, se alejaron de Ricardo y volvieron aquí, a la costa, donde estarían seguros.

—Oh, vaya.

—Con cada paso se hacía más difícil. Los sarracenos quemaron todas las aldeas del camino, y todas las cosechas. No había forraje y apenas encontrábamos pasto para los caballos. En las emboscadas derribaban a nuestras monturas. Nos estábamos quedando sin comida. Envenenaron los pozos. Tuvimos que luchar durante todo el camino de vuelta, y no teníamos nada para comer excepto caballos muertos. Es posible que el ejército de Saladino se haya marchado, pero ahí fuera nos odian.

Edythe no dijo nada. Los labios le sabían a sal, y el viento cantaba en el borde del tejado a su espalda.

—No los culpo —continuó Rouquin—. Son magníficos guerreros y Jerusalén es suya, tanto como nuestra. Si fuera uno de ellos también lucharía por defenderla.

La chica lo miró, sorprendida.

—Eso es herejía, ¿no? ¿Vais a confesaros?

—Oh, vamos —dijo, con desdén—. Nací con un pie fuera de la iglesia. Los angevinos no nos confesamos, tardaríamos demasiado.

Edythe se rió.

—¿Y qué opina Ricardo?

—Ricardo quiere esa ciudad. Pero estoy empezando a pensar que incluso él... Bueno, también tiene esa oferta de matrimonio.

—No puede estar pensándolo en serio. Como vos habéis dicho, solo está bromeando con Saladino.

Aun así, pensó, estaba buscando otros modos de hacerlo. Su corazón se encogió; pensó en lo que le había dicho la mendiga y Yeshua ben Yafo.

—En cualquier caso —dijo Rouquin—, yo he vuelto.

Edythe recordaba lo que le había dicho antes de que se marchara, y se inclinó hacia él y sus bocas se encontraron.

—Tengo que irme pronto —dijo Rouquin un poco más tarde, rodeándola con

los brazos—. Cuando todos mis hombres estén ya a bordo. Tenemos que regresar a Ascalón. Estamos construyendo una fortaleza e intentando tomar otro lugar, en la costa hacia Egipto.

Besó su mejilla, su nariz y su boca de nuevo.

—¿Cómo lo sabréis? Que el barco está ya preparado.

—Harán sonar la campana de la iglesia.

—¿Por qué no podemos ir a Ascalón? Jaffa es aburrida.

—Ahora mismo es apenas un montón de rocas. Solo hemos levantado algunas casuchas. Juana no lo soportaría, así que os quedareis aquí.

La besó de nuevo.

Edythe apoyó la cabeza sobre su hombro. Era mejor que se fuera. Era mejor limitar aquello a un par de besos. Pero, incluso mientras pensaba eso, elevó la cabeza y él giró la suya. Lamió sus labios y ella los separó, y Rouquin deslizó su lengua sobre la suya. Edythe cerró los ojos. Estaba tanteando su vestido; sabía desenvolverse demasiado bien con la ropa femenina. La chica colocó la mano sobre su pecho. Quería tocar su cuerpo, sentir su piel contra la suya, saborearlo, disfrutarlo, estudiarlo y conocerlo. La campana de la iglesia comenzó a tañer.

Rouquin retiró la mano.

—La próxima vez —dijo.

La besó en los labios por última vez, y se marchó. Edythe retrocedió hasta el muro, pensando que aquello no la llevaría a buen puerto. Pero no podía dar marcha atrás; deseaba continuar adelante, a pesar de lo que pudiera pasar después.

Saladino se había marchado a Damasco. Hunfredo les contó que el sultán tenía problemas familiares, quizá un levantamiento, que los imanes estaban sermoneando contra él y que el propio califa le había reprendido por perder Acre y Jaffa frente a los cristianos. Hunfredo ya había hablado a Ricardo anteriormente de los hashshashiyín, la secta que practicaba el asesinato político, y más tarde le llegó el

informe de que Saladino había despertado una mañana con dos de sus cuchillos junto a su cama.

En el territorio alrededor de Ascalón había hombres que no habían dejado de luchar solo porque el sultán se hubiera marchado, y que combatían, sencillamente por costumbre, contra cualquiera que intentara gobernarlos. Ricardo estaba golpeándolos, atacando sus aldeas y aplastándolos sistemáticamente para obligarlos a someterse o a marcharse. Cada día cabalgaba con suficientes hombres para moverse rápido y golpear duro, y buscaba enemigos.

—Hoy no hemos encontrado a nadie, ni siquiera un simple rastro.

Parecía decepcionado. Rouquin pensó que aquel pequeño juego local no le servía de consuelo por lo de Jerusalén. Estaban en Ascalón, en el pequeño, sombrío y frío salón a pesar de los humeantes braseros.

—¿Está bien mi hermana? —le preguntó el rey abruptamente.

—Como un toro. Tiene a Edythe, que le hace todo tipo de pociones, elixires e infusiones.

—¿Puede hacerle una infusión que la mantenga lejos de los problemas?

Ricardo se derrumbó en la silla, con los pies hacia delante.

Rouquin se rió.

—Lo que tenemos que hacer es planear otro ataque a Jerusalén.

Ricardo echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

—Ya no tenemos ejército. ¿Quién iría? ¿Tú, yo y Mercadier?

—Sería un comienzo. Un ejército pequeño. Mejores suministros. Si podemos acumular las provisiones por el camino, volver no será un problema. Además, ahora sabemos cómo luchar contra ellos.

Ricardo estaba despatarrado en el trono.

—Creo que, como siempre, es un poco más complicado de lo que tú crees. Aunque si tuviera ocho mil soldados como tú, podría tomar el cielo. En Acre hiciste un buen trabajo.

Rouquin no iba a permitir que cambiara de tema.

—El invierno está terminando. Podríamos intentar una campaña temprana. Yo podría explorar un poco, y comenzar a planear las provisiones.

Ricardo dio unos golpecitos con los dedos en el brazo del trono.

—Es tentador. Acabo de volver y ya estoy deseando montar de nuevo.

—Entonces, explora conmigo —le dijo Rouquin.

Eso era lo que se sentía al perder: querías intentar ganar de nuevo tan pronto como fuera posible, porque eso borraría la humillación. El fracaso te aplastaba como un oso a un venado hasta que conseguías quitártelo de encima y comerte su corazón. Ricardo lo conseguiría. Jerusalén estaba a su alcance, y podían tomarla. Rouquin bajó hasta la ciudad medio en ruinas, donde sus hombres estaban acuartelados en una vieja mezquita.

Rouquin no dejaba de hablar de Jerusalén, así que Ricardo comenzó a plantearse un nuevo ataque. Pero primero ordenó llamar a Hunfredo de Torón, que había vuelto de Acre con su primo. No se quedaría mucho tiempo, teniendo en cuenta lo poco acogedor que era aquel lugar; Ricardo pensaba que tardarían años en reconstruir Ascalón, y el puerto tenía un problema con la arena. Aun así, las partes más antiguas de la ciudad eran preciosas, a pesar de estar destrozadas y en ruinas. Componían un denso patrón de arcos y patios alicatados, con fuentes, rejas y balcones, y rasgos árabes, griegos y de algún otro estilo indefinible. Hunfredo y él estuvieron hablando de aquello unos minutos; de nuevo olvidó decirle que se sentara, de modo que el joven se mantuvo de pie durante la charla.

Le gustaba hablar con Hunfredo, que era inteligente y observador. Pero cuando todo aquello terminara, cuando terminara por fin, quería hacer muchas más cosas con él. Mientras tanto, se conformaba con aquellas conversaciones.

—Estuvisteis en Acre —le dijo—. Por lo del complot de Conrado.

—Sí. Vuestro primo es un maestro en esas cosas. Colocó a sus hombres en los lugares correctos, y Conrado cambió súbitamente de idea.

—Rouquin es bueno en el trabajo de campo. De lo que no se da cuenta, a veces, es de que Jerusalén está mucho más lejos de lo que parece.—Ricardo se inclinó hacia delante, con los brazos sobre las rodillas—. Hay mucho más que tierra entre la ciudad y nosotros. Más problemas.

—Sí, mi señor. Eso creo —asintió el joven.

—Está muy lejos de la costa. El verdadero problema son los suministros.—Ricardo se frotó las manos—. Los antiguos reyes la mantuvieron durante un siglo: Balduino, mi bisabuelo Fulco, Amalarico, el Leproso... Pero no entiendo cómo lo hicieron.

—En realidad nunca la tuvieron. Lo que hicieron fue controlar los lugares adecuados, aquellos que debéis dominar para mantener Jerusalén: Nablus, Kerak, Ramla y los vados del Jordán. Tenían una tregua con Egipto. Y no se enfrentaron a Saladino.

Ricardo se quedó sentado, mirando el suelo. Estaba recordando aquella fogata dos meses antes, a medio camino hacia Jerusalén, en la que Guido le había dicho: «No podemos seguir adelante. Regresaré con los demás por la mañana». Guido, que se lo debía todo.

—Pero ahora estoy rodeado por una manada de galgos —dijo obstinadamente—. Se alegran de ver el juego desde lejos.

Y Hunfredo, por supuesto, era el más hermoso de aquellos perros.

—Ya les habéis dado lo que querían —le contestó el joven—. Acre, la costa, Jaffa. Chipre.

—Lo que yo quiero... —dijo Ricardo.

Se detuvo. El sabor de haber regresado aún era amargo. Incluso la gran victoria de Arsuf era una roca en su intestino en ese momento. Tenía que tomar Jerusalén para que aquello terminara, pero no podía desechar la sospecha de que había dejado que se le escapara de las manos. Se incorporó.

—Lo que yo quiero es la Ciudad Santa. Para eso he venido.

—Mi señor, quizá podáis tomarla, e incluso mantenerla mientras estéis allí. Pero algún día volveréis a occidente, y entonces lo perderemos todo de nuevo. Porque ninguno de nosotros somos como vos.—En el delgado y joven rostro de

Hunfredo, sus oscuros ojos se ampliaron, solemnes—. Como dijo Safadin, vos sois el Alejandro de los francos.

Entonces, repentinamente, se acercó a él y lo besó.

Ricardo lo cogió de la muñeca, pero aceptó el beso y lo mantuvo profundo y con fuerza, con todo el deseo contenido como un abrasador hierro de marcar. En su mano, la delgada muñeca giró, y Ricardo lo soltó para que Hunfredo pudiera rodearle el cuello con los brazos, con ansia en los labios mientras presionaban sus cuerpos. Ricardo lo abrazó con fuerza. El crujido de una puerta lo avisó de que venía alguien. Se apartó y Hunfredo retrocedió, con el rostro sonrojado.

Entró un paje. Ricardo asintió en su dirección y el chico se acercó a ellos. Con el rostro limpio, sin sospechar nada, hizo una reverencia ante Hunfredo y otra más pronunciada ante su rey.

—Mi señor, ha llegado una carta...

—En ese caso me retiro, mi señor —dijo Hunfredo, con la voz temblorosa. Se marchó sin mirar a Ricardo a los ojos.

Ricardo cogió la misiva mientras el joven se marchaba. Lo anegaba una fuerte lujuria, una pasión abrasadora. Hunfredo también lo deseaba. Lo había sospechado, pero no lo sabía. Sin poder hablar, su mente se recreó en lo que pasaría a continuación entre ellos. Tenía que recomponerse. Miró la carta que tenía en la mano; se sentía como si acabara de participar en una batalla.

La carta llevaba el sello de su madre, algo estropeado, y el de su hermana, en perfecto estado. Lo abrió. Su madre lo saludaba con una reprimenda por haberlos metido en aquello, y después le contaba que su hermano Juan estaba maquinando con el rey Felipe para robar Normandía.

Hizo una bola con la carta antes de terminar de leerla. Felipe no desobedecería al Papa. ¿Y por qué iba a hacerlo, si Ricardo no había conseguido tomar Jerusalén? Caminó de un lado a otro por el incómodo y pequeño salón con la necesidad de atacar creciendo de nuevo en su interior.

Juana no podía abandonar el palacio de Jaffa sin encontrarse con una multitud

que se burlaba de ella y maldecía a Ricardo; fue en barco hasta Acre, cuyo puerto ya albergaba un ajetreado flujo de navíos mercantes, y allí ocurría lo mismo. La gran ciudad estaba llena de hombres peleándose, de borrachos, tullidos, mendigos y putas, de cruzados intentando regresar a occidente y de aldeanos vendiéndoles cualquier cosa que quisieran a precios ridículos. Atravesó las calles en una litera para evitar aquellas estruendosas turbas, pero, cuando llegaron a la iglesia, su guardia tuvo que formar un círculo a su alrededor para abrirse camino a través de la presión de los cuerpos.

La gente gritaba maldiciones sobre Ricardo, sobre la cruzada y sobre ella misma, en francés y en árabe.

—¡Perra franca!

Dejó la litera en el pórtico de la iglesia y fue rápidamente hacia la puerta delantera. A su alrededor, delineando su camino, había pajes y escuderos. Entonces, en la oscura nave, mientras estaba en el centro de su propia corte, alguien se acercó a ella y le colocó algo en la mano.

Juana lo apretó en su puño, sabiendo lo que era sin mirarlo. Debido a la oscuridad no había visto quién se lo había entregado. Los pajes a su alrededor la condujeron hasta el gabinete real y se sentó allí, rígida, durante un piadoso sermón sobre soportar el sufrimiento.

Aquel fracaso no había sido culpa de Ricardo, y aquello la hacía enfurecerse. Había hablado con Hunfredo, con Rouquin y con otros señores, y sabía lo que había pasado. Pensó en ordenar a sus caballeros que cargaran contra la multitud para darles una lección, pero inmediatamente supo que no debía hacerlo. Alguien, algún inocente, podría salir herido.

La caña tenía una estrella, unos travesaños y tres líneas onduladas. Cuando volvió al palacio se la enseñó a Edythe.

—Se reunirá conmigo en el puerto, junto a las escaleras, a la hora de las Vísperas.

—Sí, es un hombre muy inteligente —asintió Edythe.

—Me exigirá algo... ¿Qué voy a hacer? Ah, Dios, lo odio. Ojalá... Ojalá pudiera librarme de él.

—Por el amor de Dios, no os reunáis con él. El rey lo sabe, Juana. A eso es a lo

que se refería Rouquin, aquella vez. El rey lo sabe todo.

No todo. Ni siquiera Edythe lo sabía todo, así que, ¿cómo iba a saberlo Ricardo? Aquella noche, recordando las cartas de su madre, fue incapaz de dormir. Aquel hombre levantaría un castillo en su contra con el contenido de aquellas cartas. Al amanecer había decidido no encontrarse con de Sablé. Edythe tenía razón en eso. Pero hablaría con Hunfredo, que anteriormente le había ofrecido su ayuda en aquel asunto, y que acababa de volver a Acre.

—Conozco a algunos hombres... hábiles, que podrían meterle miedo, que le harían saber que no puede jugar con vos. Pero habría que pagarles —le dijo Hunfredo.

—Oh, dinero —contestó Juana—. La cruz de los Plantagenet. Si hubiera judíos aquí podría empeñar mis cadenas de oro.

16

JAFFA

Edythe sabía dónde tenía Rouquin a sus caballos: en un enorme establo junto a la muralla de la ciudad, y tan pronto como llegó a Jaffa fue allí y lo encontró enganchando su semental zaino a un aro de una esquina.

—He oído que os marcháis hacia Jerusalén —le dijo—. Llevadme con vos.

Rouquin colgó la silla en la pared.

—¿Qué estáis haciendo aquí? Se supone que deberíais estar en Acre. ¿De qué estáis hablando?

—Me ha traído Ayberk. Le dije a Juana que Besac me necesitaba en el hospital. —Se encogió de hombros—. Me vestiré como un hombre. Como un escudero, he visto suficientes para hacerlo bien. Puedo conseguir la ropa. Funcionará. Aguantaré el ritmo —continuó, mirándolo a los ojos—. He hecho muchas cosas por vos y por Ricardo. Él no me permitiría ir, pero no tiene por qué saberlo. Soy consciente de que será duro. Estuve en el campamento de Acre, ¿podría ser peor que aquello? Haré todo lo que queráis.

Rouquin entornó sus ojos grises. En su pelirroja barba, su amplia boca se convirtió en una sonrisa torcida.

—Todo lo que quiera, ¿eh? Ricardo me hará cabalgar en la retaguardia. Muy bien, os llevaré. Si en verdad estáis decidida, venid conmigo ahora mismo y demostrádmelo.

Edythe tragó saliva, nerviosa. Le temblaban las piernas. Su intención no había sido que aquello ocurriera tan repentinamente, pero lo había prometido. Siguió a Rouquin hasta la parte posterior del establo y salieron al patio.

Era amplio, estaba pavimentado con viejos ladrillos y tenía un naranjo en una esquina y una fuente. En tres de sus lados se alzaban las bajitas casas de piedra donde estaban acuartelados sus hombres.

—Me sorprende que Juana os permita venir.

Era la hora más calurosa del día y, a excepción de tres chicos cepillando a los caballos y de Mercadier, que estaba descansando bajo el naranjo, no había nadie más allí.

Edythe no dijo: «Juana tiene otra confabulación entre manos y me quiere lejos de su camino». En lugar de eso, explicó:

—Juana sabe lo importante que es el hospital. Ricardo, sin embargo, debería creer que continúo en Acre.

Apareció otro chico, arrastrando una carretilla llena de mierda de caballo y paja fuera del establo, y desapareció tras una esquina. Rouquin la llevó al edificio central.

Atravesaron un largo y oscuro salón que olía a ropa sucia y a orinales viejos, con el suelo cubierto por sábanas tiradas, hasta una puerta en su extremo sur que daba paso a un estrecho cuartucho. Aquella era su habitación. Edythe se dio cuenta inmediatamente porque tenía su casco en el travesaño y su cota de mallas y su escudo contra el muro.

El hombre puso un taburete en el centro de la habitación.

—Sentaos.

Edythe no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Tragó saliva, se frotó las palmas de las manos contra la falda y se sentó. Se quitó la cofia y su cabello cayó sobre sus hombros y espalda.

Entonces se dio cuenta de que Rouquin tenía unas tijeras en la mano y dio un grito, pero, antes de que pudiera defender su cabello, el caballero tomó su larga mata de pelo, la enrolló en su mano y, de un solo tijeretazo, la cortó.

La chica gimió. Se llevó las manos a la cabeza; le había dejado el cabello tan corto que le arañaba el cuello. Edythe no se había cortado el pelo nunca. Rouquin le apartó las manos y comenzó a cortar el resto, tan corto como podía. Casi pegado al cráneo, como él lo llevaba.

Mercadier se había acercado a la puerta, que estaba abierta, y había apoyado un hombro contra la jamba, con ojos inquisitivos. Hizo un gesto con las manos.

—Va a venir con nosotros. Mantente mudo.

—Con nosotros. —El redondo rostro del brabante se abrió en una sonrisa—. Será un guerrero muy guapo. ¿Llevará un vestidito?

—Necesitará un jubón. Con nuestros colores. Camisa, pantalón, botas, ropa interior.

—Tengo mi propia... —dijo Edythe, y se sonrojó, cerrando los labios.

—Puede ponerse su propia ropa interior.

Rouquin pasó la mano sobre la cabeza rapada de la chica. Tenía el cuero cabelludo frío. Estaba casi calva. Lo miró y él le sonrió, complacido.

—Todavía no parecéis un chico.

—Me dejaré crecer el bigote —le respondió Edythe, y Mercadier se rió.

Había esperado una demanda diferente de él. Había notado cómo su mano temblaba bajo la suya. Cuando Edythe se marchó, se quedó bajo el naranjo, en el crepúsculo, pensando en ello. Podría haberla poseído allí mismo. Se lo habría permitido. Aquel habría sido el precio a pagar por acompañarlo. Una obligación, un intercambio comercial. Él quería algo más. La quería libre, deseosa, ansiosa, acudiendo a él con alegría. Recordó el momento en el que la había besado, cómo había elevado el rostro hacia él, con los ojos cerrados, confiando en sus brazos. Cuando ocurriera, Edythe debía entregarse completamente, libremente, por su propia voluntad. Esperaría. Durante la marcha no tendrían oportunidades, pero quizá las habría en Jerusalén.

Ricardo había elegido a su ejército cuidadosamente: los poitevinos que quedaban, Rouquin y sus hombres y varios barones locales y sus soldados, gente que conocía bien el terreno. También los templarios y los hospitalarios, Guido y los suyos y Enrique de Champaña y los franceses que quedaban. Llevaban un séquito de suministros de seis carretas. Al marcharse de Jaffa, Edythe iba montada en uno de los carros, vestida con un jubón oscuro y pantalones, unos viejos zapatos que le estaban demasiado grandes y una gorra. Bajo la camisa llevaba una banda de tela atada con fuerza sobre sus pechos para mantenerlos planos. Ricardo dirigía el ejército; las carretas viajaban muy detrás de él, y Rouquin tras ellos. El ejército se extendía a lo largo de varios kilómetros de carretera.

El primer día transcurrió con tranquilidad. El cielo era de un azul brillante, y vieron un único pájaro planeando en altos círculos sobre sus cabezas. Era aburrido sentarse en el traqueteante carromato; incluso el conductor roncaba. Edythe se dio cuenta de que el resto de pajes y escuderos del grupo de Rouquin iban recogiendo madera y almacenándola en los carromatos a medida que avanzaban, así que bajó

para seguir su ejemplo y corrió por los alrededores, reuniendo madera con ellos. Era más fácil moverse con el jubón que con un vestido largo. La madera era escasa, espinosa y estaba cerca del suelo. Cuando llegó al campamento, con la caída del sol, estaba exhausta. Durmió en el suelo junto al fuego, con Rouquin a un lado y Mercadier al otro.

La noche siguiente, mientras preparaban el campamento, observó a Mercadier cortando astillas tan rápido que no podía ver con precisión qué estaba haciendo. El resto de hombres se movían a su alrededor, llevando madera y tirando sus sillas de montar y el resto del equipo en el suelo alrededor del fuego para marcar sus espacios. Cuando se encontraban, entrechocaban las manos y decían: «Jerusalén».

Estaba ayudando al cocinero a asar un cordero, y la charla a su alrededor estaba llena de risas. Ricardo pasó en su caballo y todos lo vitorearon. Edythe amontonaba madera, transportaba agua... Era parte de aquello. De repente, se sentía más abrigada. Alguien había empezado a cantar sobre la marcha, y los demás se unieron. El disonante rugido de voces se extendió de fogata en fogata. Dio la vuelta a la carne, la engrasó y el fuego chisporroteó; retrocedió rápidamente. Comenzaba a aprenderse las palabras del estribillo. Se sentó junto al fuego para que el asado siguiera girando y comenzó a cantar con ellos. Era uno más, camino de Jerusalén. A nadie le importaba ninguna otra cosa.

Al día siguiente, mientras subían las primeras colinas, una lluvia de flechas cayó repentinamente desde la ladera junto a la carretera.

Edythe estaba fuera, buscando madera, cuando escuchó gritar a alguien y regresó para ver que el primer carromato se había detenido abruptamente con sus guías desplomados sobre los arcos. Los carromatos que venían detrás, por la carretera, se detuvieron uno tras otro mientras los conductores maldecían y esquivaban flechas, escondiéndose bajo los asientos o saltando al suelo. Derribaron un caballo. Otro se encabritó y cayó de lado. Edythe se dirigió a ellos, y una segunda lluvia de flechas cayó sobre los carros, esta vez con las puntas incendiadas.

Se detuvo. Un grito se elevó desde la retaguardia. Escuchó el ensordecedor ruido de unos cascos y se metió debajo del carro; lo único que podía ver era un muro de patas de caballo dirigiéndose hacia ella. Se dividieron pulcramente alrededor del carromato y cruzaron el camino. Edythe reptó para salir y se incorporó.

El grupo de jinetes estaba subiendo la colina hacia los arqueros escondidos y, desde la vanguardia, otra carga de caballos llegó galopando tras ellos. Bajó la mano. En aquel momento se dio cuenta de que el carro en el que acababa de esconderse

estaba ardiendo.

Aquella era su comida, aquellos barriles y fardos. Trepó por la silla hasta el asiento del conductor; otros dos escuderos estaban subiendo, y un tercero corrió hacia los animales. Los dos chicos sobre el carro estaban intentando avanzar por la cubierta hacia las flechas en llamas.

—¡Tened cuidado! —les gritó. Todo el cargamento del carro estaba cubierto con aquella lona, y hasta aquel momento solo eso estaba ardiendo—. Ayudadme a quitar esto.

Sacó el cuchillo de su cinturón y cortó las cuerdas que sostenían la lona.

Los chicos brincaron a su alrededor y, juntos, apartaron la tela en llamas. El tercer escudero había liberado a los caballos que habían quedado atrapados en el estribo junto a los muertos, y arrastraron el carro hasta que quedó fuera de la línea de tiro. Tras ellos, el siguiente carro estaba ardiendo, y era imposible de salvar. Tres escuderos estaban intentando soltar a los asustados caballos.

Corrió para ayudar. salvaron a los caballos, pero el carro estaba completamente en llamas. Arrastraron lo que pudieron fuera del camino, transportándolo lejos por si había otro ataque.

De repente, los caballeros galoparon a su alrededor de nuevo, con flechas en sus cotas de mallas y escudos, bramando. Se gritaban los unos a los otros y hacían que sus caballos se encabritaran y brincaran. Sus rostros brillaban. Habían combatido a los sarracenos, que se retiraban a ciegas, y los habían aplastado. Comenzó a lloviznar y se metió debajo de un carro con el resto de escuderos, viendo cómo los caballeros celebraban su victoria.

—Miradlos, son geniales —dijo el chico que tenía al lado con voz nostálgica—. Algún día yo seré un caballero así.

Edythe emitió un sonido indefinido. Era uno de los escuderos del grupo de Rouquin; se llamaba Walter. Le resultaba familiar y sabía que lo había visto antes, seguramente a menudo, pero nunca le había prestado atención, no hasta aquel momento. Y de pronto eran compañeros en la cruzada. Se giró para mirar a un caballero que hizo que su montura se levantara y diera cuatro grandes saltos sobre sus patas traseras por la carretera, y los demás lo aclamaron.

Levantaron el campamento alrededor de las carretas, bajo la lluvia. El fuego chisporroteaba y la carne estaba cruda. En algún momento antes de la puesta del sol,

cuando estaba medio adormilada, levantó la mirada y vio a Ricardo desmontando al otro lado del campamento.

Volvió a agacharse entre el resto de escuderos. Ricardo caminó hasta el centro del campamento, en el otro lado de la fogata, mirando firmemente a los escuderos. No llevaba casco ni ninguna otra señal de rango, solo una sucia sobrevesta blanca sobre su cota de mallas. Sus ojos azules resplandecían.

—Vuestros señores dicen que salvasteis esos carros. No cabe duda de que ha sido un acto loable, y os aprecio por ello. Os armaré caballeros a cada uno de vosotros con mi propia mano, cuando esto haya terminado.

Todos los chicos lo aclamaron y algunos se incorporaron, dijeron sus nombres, e hicieron una reverencia. Walter se puso en pie de un salto e hizo reverencias una y otra vez, con una sonrisa que le cubría toda la cara. Edythe se quedó sentada, escondida entre ellos, pero lo que acababa de decir penetró en su mente. También se había referido a ella. También la había alabado a ella. Habría hecho cualquier cosa por él. Se merecía entrar en Jerusalén.

Continuaron caminando trabajosamente. Los carros que se habían quemado contenían la mayor parte del forraje para los caballos. Además de la constante búsqueda de madera seca, también tenían que buscar hierba, heno, cualquier cosa en aquel territorio desértico que los caballos pudieran comer. Edythe pensó que el ejército estaba menguando. Veía poco a Rouquin, que ya estaba sobre su silla antes de que ella despertara, y que bajaba de ella después de que Edythe se hubiera quedado dormida. Preguntó a Walter si había menos hombres y el chico se encogió de hombros.

—Seguramente están marchándose. Ya lo hicieron la última vez.

Walter tenía un puñado de hierba en las manos; Edythe había encontrado un angosto prado junto a la carretera, a lo largo de un riachuelo que estaba formando rápidamente la lluvia, y estaban cortando todas las que podían antes de que las crecientes aguas las arrancaran. La hierba húmeda estaba empapando su jubón.

—Sois una chica, ¿no es verdad? —le preguntó Walter.

Edythe murmuró una negativa.

—No pasa nada. Ha habido otras. También había chicas la primera vez. Al menos eso he oído. Como aquella canción...

Comenzó a cantar una vieja balada sobre una mujer que había seguido a su esposo hasta Tierra Santa.

Edythe pensó que seguramente el chico la había visto antes, en Jaffa o en Acre, pero que no la había reconocido o no le había prestado atención hasta aquel momento. Volvieron al campamento y alimentaron a los caballos. El zaino intentó morderla. Fue a ayudar al cocinero. Walter se sentó junto al fuego, bostezando. Aquella noche tampoco vio al pelirrojo llegar al campamento, y ya se había ido cuando despertó.

Caminar sobre el barro daba hambre. En las altas colinas recibieron otra lluvia de flechas, y de nuevo los caballeros ahuyentaron a los sarracenos. Los carros, de todos modos, estaban vacíos, y solo cargaban con las lanzas y los escudos.

—Continuaré adelante —le dijo Walter—. ¿Vos no?

—Sí —le respondió Edythe—. Sí, por supuesto.

—Sí, pero entonces tendréis que...

Walter asintió en dirección a Mercadier. Sorprendida, la doncella se dio cuenta de que el chico la había visto dormir cada noche junto al brabante, y que por eso había pensado que era su mujer. No dijo nada.

Continuaron caminando con dificultad. No había nada que comer, y los caballos relinchaban de hambre. El sol no conseguía atravesar las nubes bajas, y pronto llovería de nuevo. Edythe pensó que debería rezar. Caminaba pesadamente junto a Walter, con la cabeza gacha, temerosa de rendirse. Una gota de lluvia golpeó su nariz. Y otra, y otra.

Entonces la vanguardia comenzó a gritar, y la retaguardia salió corriendo para ayudarla. Edythe atrapó un atisbo del magnífico zaino al pasar a su lado, con su larga y fea cabeza estirada hacia delante, y del jinete enmallado desenvainando su espada.

Los gritos del frente se volvieron clamorosos. Frente a ellos, la carretera subía una cresta. Avanzaron jadeando los últimos centenares de metros y, desde la cima, miraron hacia abajo, a un largo y amplio valle. A medida que los carros bajaban la ladera, pudieron ver el suelo del valle, donde los caballeros habían rodeado a un amplio grupo de animales de carga, burros, muchos camellos y algunos caballos, y un rebaño de ovejas y cabras. Walter le dio un golpe en la espalda.

—¡Una caravana! ¡Estamos salvados!

Edythe dejó escapar un grito. Habían encontrado comida. Incluso la lluvia se hizo más débil. Los caballeros dejaron que los pocos sarracenos que conducían la caravana escaparan de su círculo. Descargaron a los camellos y los liberaron, y mataron a las ovejas y a las cabras. Encendieron fogatas, pusieron la carne sobre ellas, y comenzaron a comer; estuvieron comiendo hasta bien pasado el anochecer, cuando Rouquin, por fin, volvió.

—Bueno, parece que eso os gusta ¿eh? —dijo, y se sentó a su lado.

El escudero abrió los ojos de par en par y se marchó. Edythe le dio a Rouquin el goteante muslo que tenía en las manos.

—Comed. Hay de sobra, y está delicioso.

Tenía sangre bajando por su barbilla.

—Sí. No hay mejor aderezo que el ayuno.

Los cánticos comenzaron de nuevo, pero esta vez estaban cantando himnos cristianos, y Edythe solo escuchó. Iban a Jerusalén, todos juntos, y aquello era lo único que importaba. Se tumbó, y Rouquin se tumbó a su lado.

Comenzó a llover de nuevo. La chica se hizo un ovillo bajo su capa, y entonces el caballero extendió su capa sobre los dos y la acercó a él. Rouquin dormía con la cota de mallas y su tacto era frío y húmedo, pero evitaba la lluvia. Edythe presionó el rostro contra el refugio del cuerpo del hombre. Seguramente, la caravana había sido una señal: Dios los favorecía. Esta vez entrarían en la Ciudad Santa.

Continuaron a pesar de la lluvia. Habían abandonado la mayor parte de los carros, así que Edythe cabalgaba sobre uno de sus caballos, con Walter en la grupa. Montaban a pelo, y las riendas eran cortas. Edythe nunca había cabalgado a horcajadas y le sorprendía cuán distinto era. Leonor, según recordaba, siempre cabalgaba a horcajadas.

Walter se acercó a ella, sobre la grupa del caballo. Puso los brazos alrededor de su cintura, como para sostenerse, y comenzó a mover los dedos hacia sus pechos. La dama cogió las riendas con una mano y le clavó las uñas de la otra en la muñeca.

—¡Au! —se quejó el chico.

—Oh, ¿os he hecho daño? —le preguntó, mirando a su alrededor por si alguien se había dado cuenta, pero nadie les prestaba atención.

—Zorra —dijo el chico entre dientes, pero retiró las manos y se sujetó de la parte de atrás del cinturón de Edythe.

Por la tarde esquivaron otro ataque con flechas. Varios caballeros perdieron sus caballos, y uno de ellos tomó el suyo, por lo que Walter y Edythe tuvieron que caminar de nuevo.

—¿Os arrepentís de haber venido? —le susurró Rouquin.

—No —le respondió la chica, sorprendida por que le hubiera hecho esa pregunta—. No.

Pero ya no quedaba comida. Los caballos, hambrientos, relinchaban durante toda la noche, y a ella le dolía el estómago, y soñaba con comida. En las lóbregas colinas invernales no crecía nada excepto espinos y maleza. En la desigual carretera vio a Ricardo cabalgando frente a ellos, y se dio cuenta de cuántos habían desertado, y de lo pequeño que estaba volviéndose el ejército.

Lo vio de nuevo cuando llegaron a un río, y él se detuvo en la orilla para observarlos a todos cruzar. Solo pudo atisbar su rostro, pero fue suficiente. Tenía los ojos hundidos y su piel tenía mal color. Supo, con un nudo en el estómago, que estaba enfermando de nuevo.

«En Jerusalén se pondrá mejor», pensó. Recordó la tintura que había dejado en Jaffa; debería haberla llevado con ella. Quizá podría encontrar un poco en Jerusalén. Debería haberla llevado.

Y entonces Ricardo la habría descubierto. Pero debería haberla llevado.

A la mañana siguiente, Edythe estaba ayudando a levantar el campamento bajo la lluvia cuando los jefes comenzaron a moverse hacia la vanguardia del ejército. Se dio cuenta de que iban a celebrar un concilio.

—Eso es lo que hicieron la otra vez, cuando regresaron —le dijo Walter.

El estómago le dio un vuelco.

«Debe estar cerca», pensó. Jerusalén podría estar tras la siguiente colina, o más allá de la siguiente curva de la carretera. Pero los hombres se habían reunido y ya podía escucharlos gritar.

—Señor, no podemos ir más lejos. No tenemos nada para comer. Dios sabe qué nos espera por delante. Saladino y todas sus tropas...

—Y estamos tan debilitados, señor...

Ricardo estaba de pie, envuelto en su capa y temblando. Su estado físico le perturbaba más que las disputas a su alrededor. De Sablé se acercó al rey de nuevo.

—¿Cómo podríamos preparar una carga si fuéramos atacados? Hemos perdido a la mitad de los caballos.

«Eso no importa demasiado —pensó el rey—, porque también hemos perdido a la mitad de los hombres».

Geraldo de Nablus, el hospitalario, se alzó ante él tan firme como nunca se había mostrado ante los sarracenos.

—Señor, deberíamos regresar. Aún hay un largo camino hasta la costa, y no tenemos comida.

Tenían comida, aunque no mucha. Era de los caballos de quien se compadecía. Sentía el frío metido en los huesos, como si cada gota de lluvia lo agujereara como una lanza. Quería tumbarse, pero estaba a días de distancia de cualquier cama.

Rouquin estaba allí, con el rostro cubierto de lluvia y los ojos duros, acusadores.

—En la Gran Cruzada nunca se rindieron, y solo regresaron tras tomar Jerusalén.

—Mi señor —dijo Guido—, sé que no debería decir esto, pero los grandes señores tienen razón. Deberíamos regresar.

Ricardo mantuvo la mandíbula apretada para evitar que sus dientes castañetearan. A su alrededor estaban los hombres que le debían sus espadas, su poder e incluso sus vidas. Llenaba los cofres de las órdenes regularmente; Guido era rey gracias a él; Enrique de Champaña era su primo, y a Hugo lo había convertido en señor de Ascalón; pero todos estaban metiendo la cola entre las patas y preparándose

para huir.

Aun así, Ricardo los necesitaba. Sin ellos no podría seguir adelante.

Inclinó la cabeza.

—Id a decírselo al resto, entonces. Regresaremos.

Le dolían los músculos y todo su cuerpo palpitaba.

Rouquin surgió frente a él. Tenía los ojos grises llenos de furia; Ricardo pensó de repente en su padre, que se enfadaba de igual forma. La voz de Rouquin le escupió.

—No puedes hacer esto. Juraste que nos lideraríais.—Se giró hacia los hombres que ya se apresuraban para retirarse—. Yo continuaré. ¿Quién vendrá a Jerusalén conmigo?

Mercadier se mantuvo allí, pero la voz del pelirrojo se alzó llamando a los demás, que ya habían desaparecido en la neblina de la lluvia, de espaldas a él. No le prestaron atención. Nadie se giró para unirse a Rouquin, todos se alejaron rápidamente.

Ricardo se ciñó la capa. Tenía que llegar a algún sitio cálido y seguro. Con su médico, y sus suaves manos y sus pociones contra el dolor. Miró a Rouquin y dijo:

—Te ordeno que te retires.

Cuando Rouquin volvió, Edythe había encontrado cobijo bajo un carro. Notó inmediatamente en su rostro lo que había ocurrido. La dama bajó la mirada. La voz del pelirrojo sonó amarga, y sus palabras entrecortadas se rompieron en sus oídos. La cruzada había terminado. No verían Jerusalén. La vieja mendiga tenía razón: nadie ganaba.

Ella lo había sabido. Lo había sabido, pensó, desde la masacre de Acre.

—Ahora, ¿os arrepentís de haber venido? —le preguntó Rouquin.

Edythe levantó la cara.

—No. No.

Inclinó la cabeza y apoyó la frente contra el pecho del hombre, cubierto por la cota de mallas. Al menos ya sabía a lo que se enfrentaba. Se acercó más a él y su calidez, y sus brazos la rodearon.

Durante todo el camino de regreso a Jaffa solo comió un trozo de pan, una manzana vieja y un hueso que mordisqueó hasta casi hacerlo desaparecer. El ejército se había separado gradualmente y los hombres habían desaparecido en todas direcciones. Rouquin, sus hombres y los pocos poitevinos que quedaban llegaron a Jaffa, con Ricardo casi cayéndose de la silla. Edythe entró en el palacio y lo cuidó durante los siguientes tres días, mientras se agitaba, temblaba, y ardía de fiebre.

Apenas dormía. Apartó Jerusalén de su mente y se dedicó por completo a atender al rey enfermo. Comió lo que pudo y se puso ropa limpia y seca, lo que hizo mucho para restablecerla, pero Ricardo se había sumergido en la oscuridad y ella apenas podía mantener las manos sobre él, y mucho menos traerlo de vuelta.

Le dio la tintura, pero la vomitó. Todos sus músculos se retorcían. Se mantenía a su lado, hablándole, frotándole los nudos de la espalda y los brazos y lavándolo, preparando pociones junto a la cama y dándole gota a gota, limpiándolo y manteniéndolo caliente.

Una vez, estando en la cama, se rió.

—Las veo allí, allí, las cúspides... —dijo—. Todas brillando, brillan como el oro.

Edythe se sentó a su lado, incómoda, recordando lo que las viejas solían decir: que la gente, al morir, veía el cielo. Ricardo cantó para sí mismo, o quizá solo estaba respirando fuerte. Entonces dijo, de nuevo:

—La ciudad está en las nubes, allí... No hay manera de llegar hasta ella. Yo no puedo volar.

Edythe puso la mano en su muñeca; el pulso era más fuerte que antes. No

estaba agonizando. Estaba en algún otro sitio, pero podía volver. El rey se sobresaltó bajo su roce, y giró el rostro hacia ella.

La miró fijamente, con los ojos muy abiertos, viendo algo totalmente distinto.

—¿Dónde estoy? ¿Qué tengo que hacer?

—Ah —le contestó Edythe, preguntándose de qué estaría hablando—, espero que estéis mejor, mi rey.

Ricardo la miró fijamente, sin parpadear, con los ojos enormes.

—Dicen que los judíos conocen la respuesta —dijo. Giró la cabeza de nuevo, y cerró los ojos.

La chica volvió a darle la tintura, esta vez con un agua agria que el boticario le había dicho que calmaría su estómago. No la vomitó y, a partir de entonces, pareció ponerse mejor.

Durmió un poco, pero aún no se atrevía a dejarlo.

Día a día, el rey se fortalecía. El bronceado y atractivo sarraceno, Safadin, llegó con una carta. Ricardo hizo que lo movieran hasta el salón para recibirlo. Necesitó ayuda incluso para sentarse en el trono, pero, cuando la corona estuvo sobre su cabeza, enderezó la espalda y cuadró los hombros, se deshizo de sus ayudantes, y se sentó solo.

El lugar estaba lleno de braseros, y hacía demasiado calor para que fuera agradable. Los miembros de la corte estaban alineados junto a las paredes. Edythe se quedó en la esquina; el sarraceno la había mirado una vez, y había visto odio en sus ojos. Buscó entre la multitud que estaba junto a la pared, pero no vio a Rouquin. Al parecer, aún no había perdonado a Ricardo. Walter estaba allí, y también Enrique de Champaña. Hunfredo de Torón tradujo las palabras entre Ricardo y el sarraceno.

Leyó en voz alta la carta del sultán, y Ricardo dijo:

—Mi señor Saladino ha sabido que estoy enfermo y me ofrece a su propio médico. Muy generoso por su parte.

Safadin le contestó.

—El médico del sultán es un célebre y hábil judío de El Cairo. Tiene hierbas y

amuletos mágicos que son desconocidos para vosotros, en occidente.

Ricardo se rió.

—Decidle que tengo mi propio médico. Resulta que tenía pensado escribir al sultán y, si Safadin espera, lo haré.

Safadin hizo una reverencia, y Ricardo le correspondió. Mandó llamar a un escriba, y Edythe salió del salón.

Bajó las escaleras hasta el patio. Desde que habían vuelto no había ido al hospital, por miedo a dejar a Ricardo sin cuidados. Tampoco iría en aquel momento. El rey estaba haciéndose el fuerte frente a Safadin, pero ella sabía que no aguantaría levantado mucho tiempo. La debilidad dominaba su cuerpo. Yeshua había dicho que le diera la tintura tan pronto como supiera que estaba enfermo. Lo había hecho demasiado tarde. Por su propio egoísmo, le había fallado.

Fue a la cocina, con la intención de buscar algo de comer, y se encontró con Rouquin. Su corazón se desbocó cuando lo vio.

—¿Cómo está el rey?

—Bastante bien —le contestó—. Pero menos de lo que él cree.

Rouquin cogió su mano y Edythe lo siguió hasta la sombra entre la pared de la cocina y la parte de atrás del palacio, que estaba cubierta de enredaderas. El aire tenía un dulce aroma floral. La primavera estaba llegando. Sintió los brazos de Rouquin a su alrededor, elevó el rostro y se besaron.

Su mano se adentró rápidamente bajo su ropa.

—Os deseo. Ahora. En este momento.

—No podemos... Aquí no —respondió ella, rodeando el cuello del hombre con sus brazos—. Llévame a algún otro lugar.

Cerró los ojos.

Rouquin tenía el labio de la chica entre los dientes. Le había quitado la cofia y le estaba acariciando el cabello rapado. Entonces, el caballero retrocedió.

—Aseguraos de que hay alguien con él y volved. Conozco un sitio.

Edythe se fue, colocándose rápidamente la cofia de nuevo, lo que era mucho más fácil con el cabello tan corto. Entró en el salón, que estaba vacío a excepción de un guardia en la puerta. Había una mesa junto al trono, con una pluma de ganso manchada de tinta sobre la misma.

Al final del salón estaba la cámara del rey, y allí encontró a Ricardo de nuevo en su cama, dormido. En el suelo, a su lado, había una copa de vino medio llena. Un paje dormitaba a los pies de la cama. Su corazón latía con fuerza. Intentó no pensar en lo que Rouquin estaba haciendo. Pegó el oído a la espalda del rey y sintió el pulso de su hígado y de su cerebro; Ricardo murmuró cuando lo tocó, pero no se despertó. La chica salió de la habitación y bajó de nuevo las escaleras hasta el patio.

Rouquin la llevó hasta un cobertizo tras la cocina, en cuyo sucio suelo había algunas alfombras en un montón, una lámpara y una copa.

La habitación estaba a oscuras y olía a humedad.

—Encended la lámpara —le dijo el hombre.

Mientras Edythe se ocupaba de la yesca, Rouquin se quitó la camisa, las botas y el pantalón. Finalmente consiguió encender la lámpara, a pesar de sus manos temblorosas. Antes de que pudiera girarse para mirarlo, él ya estaba desatándole el vestido.

Se quitó la cofia con los ojos fijos en la desnudez del hombre, y notó cómo despertaba su zona femenina. El sexo de Rouquin ya estaba duro e hinchado. Levantó la mirada hasta los grandes músculos de su pecho, pero sus ojos revolotearon hacia abajo, hacia la tabla de su vientre y su garrote erecto.

—Tu cabello está creciendo más oscuro —le dijo Rouquin, jugando con un corto rizo que había junto a su oreja, mientras le quitaba el vestido—. He deseado esto durante tanto tiempo...

Su mano se deslizó hacia abajo para abrir el broche que tenía en la nuca.

Edythe se mantuvo inmóvil ante él, con los brazos separados para que pudiera bajar el vestido por su cintura.

—Sí —le contestó, aunque le temblaba la voz. Notó un cosquilleo en el pecho, cubierto solo por la enagua, y sus pezones se marcaron bajo la delicada tela. La sangre le martillaba los oídos. No sabía lo que quería, pero sabía lo que estaba ocurriendo.

—Esta vez no habrá campanas. Y no diremos nada sobre la decencia.

Le deslizó el vestido por las caderas, hasta el suelo.

—No —le respondió Edythe, saliendo del montón de tela.

Rouquin se arrodilló y la atrajo hacia su cuerpo, de modo que ella quedó frente a él, a horcajadas sobre sus magníficos muslos de jinete. Le levantó la delgada enagua y se la quitó por la cabeza. Edythe cerró los ojos, como si de ese modo no estuviera tan desnuda.

—¿Me deseáis?

—Sí. Sí.

La chica le rodeó el cuello con los brazos y él deslizó una mano entre sus piernas. El roce la hizo estremecerse. Sus dedos separaron los pliegues de su cuerpo y empujó la redonda cabeza de su asta en la abertura.

Era demasiado pequeña. Edythe se aferró a Rouquin, apretando los dientes. El empujó en su centro, rasgándola, apretada y ardiente. La chica posó la cabeza sobre el hombro del caballero, y sollozó.

Rouquin la movió hacia arriba y hacia abajo, susurrándole. Edythe, con los brazos alrededor de su cuello, intentó moverse del modo que él quería, con su pecho contra el suyo, balanceándose con él. El dolor pronto se convirtió en una dolorosa necesidad de más. Rouquin se movió más rápido, chupó su hombro y, con los brazos bajo las rodillas de la chica, le elevó las piernas. Jadeó, gimió y la poseyó más rápido, como una profunda vibración en su interior. De repente, respirando con dificultad, se quedó inmóvil.

Edythe se estremeció y se incorporó lentamente; se sentía como si nunca antes hubiera sentido su cuerpo, como si nunca antes hubiera estado desnuda. Se suponía que tenía que haber pasado algo más. Que debería haber pasado algo más. Él estaba aún en su interior, y ella se movió contra él. Rouquin se tumbó con ella sobre las alfombras, con su peso contra el suyo, y la besó echando su cabeza hacia atrás.

—Querida mía. Mi amor.

Jugueteó con la lengua en su oreja y levantó la pierna de Edythe sobre su cadera. La chica gimió y sus brazos se deslizaron por las caderas del hombre, corriendo sobre sus costados. Estaba subiendo, subiendo. Entonces, por un instante, todo fue perfecto, cálido y dulce.

Rouquin bajó la cabeza y la apoyó junto a la de Edythe. Ambos se quedaron en silencio un instante.

—Quiero casarme contigo.

Edythe rompió a llorar. Frotó su rostro contra el del pelirrojo.

—No digas eso.

—Eras virgen. Mira toda esta sangre. Deberíamos casarnos.

—No, nosotros nunca podremos casarnos.

Rouquin la miró, desconcertado, pero no le pregunto por qué. Acarició su vientre y el interior de su muslo, manchado de sangre y simiente. Edythe se quedó junto a él, cansada. Pensaría en todo aquello más tarde. Por el momento, tenerlo entre sus brazos era suficiente. Pero nada perduraba.

—Tengo que volver con Ricardo.

—Sí, lo sé.

—Te quiero.

Aquella era una situación insólita. Nunca antes había sabido lo que significaban aquellas palabras, y se sentía como si una puerta que nunca había visto se hubiera abierto, como si hubiera estado encerrada en una pequeña habitación hasta entonces, y de repente las paredes hubieran caído y el mundo yaciera abierto frente a ella. Jamás querría separarse de él. Tomaría todo lo que pudiera de aquella sensación maravillosa. Quizá era a aquello a lo que se había referido Yeshua cuando le habló sobre ser la mujer que era, sin desear más, solo eso.

—Te quiero. —Rouquin jugó con el rizo junto a su oreja y la besó—. No necesito casarme. Soy un bastardo.

Edythe colocó las manos sobre su cabello y él se inclinó y besó su clavícula, posando los dientes sobre su piel. Tenía que decírselo. Él confiaba en ella, y por eso no le había preguntado por qué le había dicho que no a su proposición. O quizá no lo había hecho porque no quería saberlo. Arqueó la espalda para que el caballero pudiera alcanzar su pezón con la lengua. Su mano se deslizó entre sus piernas de nuevo. Aquello era delicioso; todo su cuerpo vibraba. Cuando él descubriera la verdad, todo terminaría. Era mejor un perro que un judío. Nunca la tocaría de nuevo. Así que nunca se lo diría. Pero aquello no duraría para siempre.

Ricardo estaba recuperándose gradualmente. Intercambió algunas cartas llenas de bromas con Saladino, que estaba en Jerusalén, y envió al sultán un regalo de seda bizantina. Inmediatamente, recibió algunos magníficos caballos. El rey se los mostró al resto de su corte; uno de los escuderos que los hizo trotar por el patio fue Walter.

Tenía el rostro magullado y cojeaba al correr. Edythe se preguntó qué le habría pasado. El chico la vio y sonrió, y después se alejó con la yegua gris.

—Ése es Walter. Por mucho que le den, no aguantará que digan una palabra contra Ricardo —dijo alguien a su espalda.

Un par de días después, mientras esperaba el almuerzo de Ricardo junto a la puerta de la cocina, de Sablé, el templario, se acercó a ella como por casualidad, como si él mismo estuviera allí para buscar su cena.

—Me gustaría hablar con vos, milady —dijo disimuladamente.

Edythe se estremeció. Ahora le tocaba a ella. Estuvo a punto de decirle «Entonces, ¿por qué no me enviáis un junco?», pero en lugar de eso, contestó:

—No.

El hombre no podía detenerse; alguien podría reparar en él. Pero le echó una mirada enfadada y se marchó. Rouquin estaba fuera de nuevo, en una incursión, y ella estaba sola.

Como Ricardo se encontraba mejor, iba al hospital por las tardes. Un atardecer, al volver, pensó que alguien la seguía y giró en un callejón para tomar un camino diferente para volver al palacio. Pero sabía quién era.

De modo que se sintió aliviada cuando Juana le escribió desde Acre, demandando su presencia; la reina no podía dormir y Berenguela tenía jaquecas. Rouquin, de todos modos, iría allí pronto. Ricardo informó a su hermana de que iba a quedarse allí algún tiempo, durante la primavera, para otro de sus concilios y que, mientras tanto, ahora que estaba bien, le enviaría a Edythe.

17

ACRE

—Oh, esto es hermoso —dijo Edythe. Caminó por el sendero, ahora pavimentado con piedra blanca—. Mi señora, habéis hecho un gran trabajo. Es como un bordado.

Con su delgado rostro resplandeciente, Berenguela miró orgullosamente el jardín. En la enredadera que cubría el muro habían florecido campanillas rojas contra el profundo verde de sus hojas, y altos acianos azules se erguían contra ellas como estrellas. Dragonetas rojas y amarillas llenaban el espacio entre los pistachos y los rosales, todo tan exuberante que apenas se veía la tierra. El rosal era una masa de profundo rojo. Pequeñas margaritas blancas bordeaban el conjunto como un ribete.

Edythe nunca había visto un jardín así. Berenguela no tenía romero, ni hierbas para cocinar, ni cebollas, ajos o medicinas; incluso había arrancado la milenrama. En lugar de eso, había hecho crecer flores, en grupos, solo por sus chillones colores.

«¿Quién, si no una reina, daría tantos cuidados a simples flores?», pensó.

Juana estaba sentada en el banco de piedra en el centro.

—Sí, es muy bonito. —Descartó el tema con un movimiento de la mano, y echó a Edythe una mirada inquisitiva—. ¿Qué ha ocurrido con vuestro cabello?

La doncella se llevó la mano a la cofia, que se le había deslizado hacia atrás sobre el corto y rizado cabello.

—Uhm...

De repente se sintió ferozmente acalorada.

Juana se rió.

—Bueno, vale. Os habéis ruborizado —dijo, e hizo una mueca de entendimiento—. No os preguntaré a quién habéis hecho ese favor. ¿Sabéis que Ricardo nos envía de vuelta a Occidente?

Edythe no había oído hablar de eso. El jardín desapareció de su mente, y se puso la mano en el regazo.

—¿Os referís a Francia?

Juana la miró con ojos penetrantes.

—A Poitiers, en realidad. Madre querrá vernos inmediatamente —le explicó. Extendió la mano para coger la falda de Edythe y tiró de ella para acercarla al banco—. Volveremos este verano, en algún momento. Me gustaría que vinierais conmigo, pero creo que la intención de Ricardo es que os quedéis.

Juana levantó el borde de la cofia de Edythe sobre su frente.

La chica se quedó paralizada en el banco, casi sin oírla. No podía irse. Si volvía a Francia, lo perdería todo.

Juana continuó sin darse cuenta.

—Deberíais pedírselo. Si se lo pedís, os dejará venir. Os debe mucho. Le gustáis, tanto como puede gustarle una mujer. Y ya no está enfermo.

A Edythe tampoco se le ocurría cómo quedarse allí si Juana se marchaba. Su lugar en la corte de la reina le proporcionaba un hogar, la alimentaba y la protegía. El hospital. Tragó saliva. Al menos tendría eso. Pero sin la bolsa de Juana, o la de Ricardo, ¿hasta cuándo podría mantenerlo?

—Ahora me permitirán casarme de nuevo. Os prometo... lo que os prometí en el pasado.

—Mi señora, aquí han pasado muchas cosas —le respondió Edythe, con la voz débil. Si volvían a Poitiers, ¿aún sería judía? Seguramente no podría estar con Rouquin nunca más. Se le rompería el corazón.

—¿Qué? —le preguntó Juana—. ¿Qué ha pasado? Excepto que mi pobre hermano se ha arruinado, que ha enfermado su cuerpo y su alma y que su nombre se ha cubierto de fango. Hizo todo lo que le pidieron, pero no recibirá honores por ello, ni una pizca. Hombrecillos. Son hombrecillos. No puedo soportar estar aquí. Odio estar aquí.

Edythe apenas oyó aquello. En Poitiers podría montar un hospital, pensó. Allí no había ninguno. Pero era probable que tuviera que volver a atender a Leonor, que tenía dolores y respiraba con mayor dificultad a medida que se hacía mayor, y cuyo hijo adoraba que le frotaran la espalda; pasaría sus tardes mezclando pociones para el resto de mujeres de la corte. Cosiendo y esparciendo rumores. Casarían a Rouquin con una heredera. Ella lo vería, conde de esto o de lo otro, solo entre la multitud. Y a ella la casarían con algún extraño.

—Por supuesto —estaba diciendo Juana—, entonces podría tener otro hijo.

Edythe se giró hacia ella, resuelta. Aquello le había ocurrido a ella, aunque no tuviera nada que ver con Juana.

—Eso espero, mi señora. Eso espero.

Cuando Ricardo se presentó en Acre, se reunieron con él en el embarcadero. Solo habían llegado con él cuatro barcos, y estaba gritando a su hermana desde el pequeño bote incluso antes de llegar a tierra.

—He tenido que dejar allí al resto de la flota. Saladino intentó entrar a escondidas...

Saltó al muelle, calzado con las botas pero sin la cota de malla, y con el casco bajo el brazo. La corte hizo reverencias e inclinaciones de cabeza, entre murmullos. Edythe, detrás de Juana, reconoció su buen color y su exultante excitación: había

ganado alguna batalla.

—...cuando ya estaba a bordo, en el puerto. Solo había dejado a una pequeña guarnición, ya que todos querían venir; supongo que aquí el estofado es más barato —continuó Ricardo, cantarín.

El rey se inclinó y besó la mejilla de Juana. Edythe miró a su espalda, a los hombres que venían con él. Rouquin no era uno de ellos. La exuberante voz de Ricardo continuó con su relato.

—Saladino nunca se rinde. Envío a sus primeras filas al interior de la ciudad antes siquiera de que yo hubiera abandonado la orilla. Quería Jaffa con todas sus fuerzas. Pero no va a conseguirla. —Hizo una reverencia ante Berenguela, y se dispuso a abandonar el muelle—. Rouquin envió a toda la guarnición al palacio y mandó a un sacerdote para que nadara hasta mi barco. Tuve que volver y deshacerme de esos bastardos. Los perseguimos hasta las colinas.

Ricardo se alejó por el muelle a zancadas, y todos corrieron tras él. Edythe se quedó atrás, mirando las galeras.

—Entonces, ¿dejaste allí a Rouquin? ¿Todavía no os lleváis bien?

—Tiene una de sus pataletas —dijo, y, con los ojos brillantes, giró la cabeza para mirar a la doncella—. Necesita que Edythe le prepare una poción que cambie su humor.

—Mi señor —respondió Edythe gentilmente. Las mejillas le ardían. Se levantó la falda para ir tras ellos, decepcionada. Los mozos se acercaron con sus caballos y cabalgaron hasta la ciudadela.

A medio camino, la calle se llenó de hombres gritando. Ricardo elevó la mano, como si agradeciera la bienvenida, y una lluvia de fruta podrida voló a su alrededor.

—¡Traidor! ¡Has roto tu promesa!

La multitud gritaba por todas partes. Rápidamente, los caballeros formaron una muralla alrededor de la corte, y una carga aclaró el camino. Ricardo tenía la mano en el costado. Su rostro parecía haberse petrificado. Se abrieron camino entre los abucheos y las oleadas de estiércol y basura hasta la ciudadela de Acre.

—Es realmente agradable estar aquí al atardecer —dijo Juana—. Y lejos de la calle.

Condujo a su hermano a través del patio hacia el viejo jardín.

Ricardo apenas la oía; sus oídos estaban llenos de los gritos de la calle, y no de las palabras, sino del ruido. Tenía los nervios de punta. Como si hubiera salido de sí mismo y se hubiera mirado, se dio cuenta de lo que veía la multitud de la calle: a un hombre que había fracasado en la cruzada. Todas aquellas estúpidas palabras lo habían traicionado. Jerusalén era un imposible. Y allí, a su alrededor, seguían mirándolo con admiración su hermana y su extraña esposa.

—Hay otra carta de madre. Malas noticias.

Y encima, aquello. Se sentó en un banco y abrió la carta.

«De su Gracia la duquesa de Aquitania, a su adorado hijo Ricardo, duque de Aquitania y rey de Inglaterra». No había tenido la delicadeza de preguntarle por su salud o por el tiempo, ni de bendecirlo. Iba directa al grano.

«Te he advertido sobre Juan, y ahora lo que temía está ocurriendo. Mis espías me han informado de que ha prometido a Felipe la gran fortaleza de Gisors si éste lo reconoce como duque de Normandía. Están reuniendo un ejército. Y lo que es peor: están en contacto constantemente con el duque de Austria, a quien, de algún modo, insultaste gravemente haciendo gala de tu encanto y sabiduría, y quien dice que estás terminado, y que pagarás como cualquier otro hombre».

—Si alguna vez tiemblo ante el duque de Austria, echadme y dadme un cuenco para pedir limosna —dijo Ricardo, en voz alta.

«Por tanto, querido hijo, no vuelvas a casa en ningún caso por un camino en el que te pongas a su alcance, o en el de Felipe, pero hazlo mientras todavía te quede algo que puedas llamar hogar».

Tiró la carta. Todo estaba saliendo mal. Las mujeres hablaban a su alrededor, pero en su mente aún oía los gritos de la calle.

No podía marcharse en aquel momento. Tenía que llegar a algún acuerdo con Saladino, alguna aceptación formal de sus conquistas, o todo por lo que había luchado se desvanecería en las llamas de aquellas pequeñas contiendas locales.

Estaba Guido, que sin él no tenía nada y a quien, a pesar de sí mismo, había llegado a apreciar. Y Hunfredo. Comenzó a planear el regreso a casa... Tendría que ser por barco, forzosamente, quizá hasta Roma o hasta el sur de Francia. Maldito fuera el duque de Austria, cuyo rostro ni siquiera recordaba, aunque reconoció que en Acre había dicho a Rouquin que quitara su estandarte.

Juana charlaba a su lado. La golpeó con la mirada.

—¿Es que nunca te callas? Pide algo de beber.

El rostro de Juana se desmoronó. Con un gemido, se levantó y se marchó. Ahora también tendría que ocuparse de aquello. Era consciente de que todo lo que le pasaba era culpa suya. Estaba maldito, y el diablo de su interior se complacía ante todos sus fracasos. Estaba maldito; y sin esperanza.

Levantó la cabeza y, por primera vez, el color que había a su alrededor llamó su atención. Miró el espacio que lo rodeaba, aturdido. Aquel jardín no había estado allí antes. Los vivos colores, rojos, azules y blancos, inundaron sus ojos, espléndidos, abrumadores. Por un momento, incluso su estado de ánimo se suavizó.

Alguna idea sobre aquello yacía en su mente, y se giró había Berenguela, que estaba sentada en el banco siguiente.

—¿Vos habéis hecho esto?

La chica parpadeó y sonrió.

—Sí, mi señor. ¿Os gusta?

—Sois muy inteligente —le dijo, el mayor de los cumplidos que podía hacerle a una mujer. Pero no miró el jardín de nuevo; la miró a ella, como si la viera por primera vez, y, después de un momento, se inclinó hacia ella y la besó.

Por la mañana, después de que hubiera hecho las paces con su hermana, Edythe entró en su habitación para darle una poción. Le tomó el pulso en la garganta con una mano en su hombro, manejándolo, como hacía a menudo, como si estuviera examinando pollos en un puesto del mercado. No lo trataba como a un rey, sino como a un pellejo lleno de humores.

—Juana dice que queréis pedirme algo —le dijo.

Edythe retrocedió, con los ojos muy abiertos.

—Yo... No sé a qué se refiere.

—Dice que deseabais pedirme permiso para regresar a Francia con ellas, pero que eres demasiado obediente. Eso dice.

Edythe lo miró con los ojos muy abiertos; tenía unos ojos interesantes para ser una mujer: oscuros, saltones y con los párpados superiores como conchas ribeteadas de pestañas negras.

—Me quedaré aquí, mi señor —susurró.

Ricardo asintió, complacido; pero sabía por qué, y no era por su salud.

—Me marcharé a Jaffa de nuevo cuando me haya despedido de ellas. Vendréis conmigo.

—Gracias, mi señor.

La doncella bajó los ojos y puso la mano en su muñeca; Ricardo pensó que estaba escuchando su pulso, como si las puntas de sus dedos tuvieran oídos. Cerró los ojos. Quizá entonces podría oír lo que ella oía, su cuerpo hablando, más sabio seguramente que su mente.

El sol estaba saliendo, y una luz rosada y cálida bañaba los barcos que estaban anclados a la costa. Ricardo condujo a Juana, del brazo, por el muelle. El capitán de la galera estaba esperándolos en un pequeño bote.

Juana se giró hacia él, decidida. Llevaba una capa de viaje de color verde, su color preferido, porque confería a su piel un tono cálido y hacía resaltar sus ojos como si fueran joyas marinas.

—Ricardo, debes tener cuidado. Ven a casa lo antes posible —le dijo.

—Lo haré —contestó el rey, sosteniendo su mano. A pesar de sus tejemanejes,

sentía que se marchara; estaría mucho más solo con ella lejos y Rouquin enfadado—. Volveré pronto.

—Eso espero —suspiró Juana, y le dio un beso. Tenía los ojos húmedos. Apartó la mirada sobre su hombro, evitando mirarlo a los ojos—. Ricardo, yo... creo que hice algo malo. Cometí un error. Algo horrible. Perdóname. Espero que no llegue a pasar nada.

Él sostuvo sus manos.

—Sea lo que sea, no importa. Cuéntaselo a madre cuando la veas, ella sabrá qué aconsejarte.

Juana lo abrazó.

—Lo haré. Por favor, vuelve pronto.

Juana se giró y bajó al pequeño bote.

Ricardo se dirigió a Berenguela.

—Tened cuidado, esposa mía.

—Lo haré, mi señor.

Entonces ella también se marchó a la galera que estaba anclada en la bahía. En pocos meses llegarían a Poitiers. El sol golpeaba su espalda. Hacía calor allí, en aquel extraño lugar donde, de algún modo, no podía encontrar un modo de vencer. Se giró y regresó a la ciudadela.

Desde la planta superior observó a las galeras que se alejaban por el mar, y se santiguó.

«Dios, aunque me odies, por favor, protege a mi hermana», oró.

Pero en aquel momento tenía otros problemas.

Como había anticipado, nadie quería que Guido fuera rey. Sin el apoyo de Ricardo, Guido no tenía nada, y él también lo admitía. Ricardo convocó un concilio que estuvo debatiendo durante un día entero y que, finalmente, nombró rey a Conrado, fijando además que los herederos fruto de su matrimonio con la reina Isabel lo sucedieran en el trono.

Trono de un par de ciudades, un reino con un nombre falso. Pero incluso eso daba a un hombre como Conrado motivo para pavonearse.

—Os dije que la cruzada estaba muerta. Ya veréis, al final, que esto es lo mejor. Tenéis que ocuparos de lo que realmente importa y olvidaros de los sueños. —El italiano sacó pecho y se pavoneó a su alrededor con sus zapatos de punta curvada, sus orejas adornadas con diamantes, y su grasiento cabello. A continuación echó una mirada a Hunfredo, que estaba al otro lado de la habitación—. Por supuesto, esto, para algunos, es duro —añadió. Se rió como si hubiera contado un chiste, y se alejó.

Ricardo se encontró con los ojos de Hunfredo y mantuvo su mirada; la cruzada había terminado y ya no había ninguna razón para mantener la castidad. Le sonrió, y el joven, con los ojos brillantes, se sonrojó y le devolvió la sonrisa.

Entregaría Chipre, que era un reino mejor y más grande que el de Conrado, a Guido. A ver si el grasiento confabulador se pavoneaba entonces.

Pero apenas un par de días más tarde, antes de poder llevar a cabo su voluntad, un mensajero de Tiro anunció:

—Mi señor, el rey ha muerto.

—¿El rey Conrado? —dijo Ricardo—. ¿Qué ha pasado?

Se había encontrado con el mensajero, que subía apresuradamente los escalones del patio, cuando bajaba del salón. De Sablé y Guido de Lusignan, que estaban a su espalda, en la escalera, lo escucharon y comenzaron a charlar, y Ricardo agitó una mano impacientemente hacia ellos para que se callaran.

—Mi señor —dijo el mensajero—, fueron los hashshashiyyín. Dos de ellos lo abordaron en la calle, en Tiro. Le entregaron una carta y, mientras estaba leyéndola, lo apuñalaron.

—Hashshashiyyín —repitió Ricardo—. ¿Quién envió la carta? ¿Apresaron vivos a los asesinos?

—Mi señor —contestó el mensajero, cayendo de rodillas en el peldaño bajo

Ricardo, con las manos unidas—. Uno de ellos fue apresado, y lo interrogaron.

Por el miedo del mensajero, Ricardo supo inmediatamente qué noticia venía a continuación. Miró sobre su hombro a los otros dos hombres: de Sablé estaba como siempre, hablando de otra cosa, y Guido fruncía el ceño, asombrado. Ricardo miró al mensajero que suplicaba ante él.

—¿Qué descubrieron?

—Dijo que fuisteis vos, mi señor. Dijo que vos pagasteis los puñales.

El mensajero estaba tan blanco como el hueso.

Ricardo se quedó inmóvil un momento, pero no estaba sorprendido, ni siquiera realmente furioso.

—Es una pena que no se me ocurriera a mí antes —dijo, finalmente, y llamó a un paje—. Dad un besante a este hombre.

Y continuó bajando las escaleras.

En los púlpitos de Tiro, en los de Acre y en los de las pequeñas aldeas que habían prosperado gracias a él, los sacerdotes se avergonzaban de Ricardo y lo llamaban asesino, afirmando que había roto su promesa y que había regresado de Jerusalén para matar al rey. Fuera a donde fuera, en cualquier punto de Acre, la gente se arremolinaba a su alrededor para abuchearlo e insultarlo. Recordó lo que Juana le dijo al marcharse.

Le picaba la barba y quería afeitársela. Se sentó en el balcón, donde había buena luz, para que el torpe barbero no lo cortara en trocitos. La navaja arañaba su garganta. Mientras tanto, sus pajes holgazaneaban junto a los hombres que estaban esperándolo para reunirse con él. En ese momento apareció su médica, delgada como una palmera, con una túnica oscura y una sencilla cofia blanca, e hizo una reverencia ante él.

—Me habéis mandado llamar, mi señor —dijo.

—Sí. Venid aquí.

Ricardo envió al barbero a donde no pudiera escucharlos. Edythe se acercó al trono y Ricardo la miró de arriba abajo; si quisiese que lo sangraran lo haría ella, no el barbero, así que estaba empezando a pensar que tendría que ser también ella quien lo afeitara.

—¿Habéis oído lo que ha ocurrido con el rey Conrado?

—Solo he escuchado los rumores de la calle, mi señor —le respondió.

—Sí, ahora que mi hermana se ha marchado los rumores aquí deben ser escasos. ¿Lo hizo ella?

Edythe se retorció. Apartó la mirada y su voz se crispó. En su sien, un rizo oscuro escapó del borde de su cofia.

—Conrado no era su enemigo.

—¿Podría haberlo hecho por el bien de su esposa?

—Por el bien de su esposa —le respondió Edythe, con voz sincera, y lo miró.

Ricardo se dio cuenta de que aquellas palabras habían creado alguna conexión en la mente de la doncella. Edythe inhaló profundamente. Cuando habló, Ricardo tuvo la sensación de que estaba cambiando de tema, aunque se trataba de la misma esposa.

—Isabel y ella se escribían, pero Conrado las descubrió. Juana estaba intentando ayudarla a huir. Vos lo sabéis. Eso condujo a lo que pasó aquí el pasado invierno.

—Lo mataron los hashshashiyín. ¿Cómo podría haber contactado con ellos? ¿Es siquiera probable que Juana supiera de la existencia de esta secta? ¿Vos sabéis quiénes son?

—No, mi señor. Solo sé que matan gente —le respondió, encogiéndose de hombros.

—Matan gente por encargo. A diferencia de las personas decentes, que matamos gente por Dios. —Ricardo entornó los ojos—. Sin embargo, ¿por qué a Conrado? ¿Juana tenía enemigos a los que quisiera muertos?

—Ninguno, mi señor, ninguno. Ella no habría hecho algo así.

—Eso no es lo que le contasteis a Rouquin. Vosotras, las mujeres, sois capaces de mantener y romper la confianza al mismo tiempo. Odiaba a de Sablé, que sigue vivo.

—Oh, por Dios, mi señor, Juana nunca habría hecho... que lo mataran. Mi señor, os lo suplico, vos la conocéis bien.

Edythe, defendiendo a Juana, era ágil y rápida de palabra.

—No. Pero de Sablé estaba acosándola. Conozco a mi hermana. No puede mantener el tenedor lejos del caldero, y por eso siempre acaba quemándose. Creo que consiguió ayuda para que lo disuadieran. O, al menos, eso era lo que Juana pensaba que estaba haciendo. Pero quien la ayudó cambió su objetivo para su propio fin, que era asesinar al rey Conrado.

Por el bien de su esposa.

—No lo sé —le respondió Edythe, frotándose las manos—. No pudo ser mi señora, jamás.

Ricardo se rascó la afeitada barbilla con un dedo. El barbero le había dejado un poco de vello bajo la mandíbula.

—Lo sé —dijo, finalmente, y asintió—. Preparaos para zarpar hacia Jaffa. Deberíamos estar listos para partir mañana.

Edythe hizo una reverencia.

—Mi señor.

Ricardo envió un paje a Hunfredo para que se reuniera con él en la pequeña habitación al final del salón. El joven entró sonriendo. Era hermoso y tenía el rostro suave, joven, feliz; con quince años debía haber parecido un niño.

Ricardo se sentó, y no le dijo que lo imitara. No lo saludó. Su voz era fría.

—Me habéis traicionado. Usasteis a mi hermana en vuestro complot contra Conrado, y la hicisteis culpable de su asesinato. Todo el mundo cree que fui yo; eso

no me preocupa, a mí ya me odian. Pero quiero a mi hermana, y vos la habéis corrompido. Ella confió en vos porque yo lo hago. Marchaos, no quiero volver a veros de nuevo.

Mientras hablaba, la sonrisa desapareció del rostro de Hunfredo y las arrugas junto a su nariz se hicieron más profundas. De repente ya no era hermoso. Se giró y atravesó la puerta. Ricardo se quedó allí sentado un momento, hasta que estuvo seguro de que Hunfredo se había marchado y que nadie más lo veía, y entonces se cubrió el rostro con las manos.

Recordó cómo se había embarcado en aquello, las gloriosas palabras y las elevadas promesas, votos hechos con total confianza. Lo que una vez había sido dorado, en aquel momento le parecía latón y papel. Había conducido a su gente al desierto bajo un estandarte fraudulento, y el viento los había barrido. Bajó las manos, vacías como un odre viejo, sintiéndose desdichado.

Zarparon hacia Jaffa y, aquella noche, Edythe entró en el salón donde la corte estaba reunida escuchando música. Rouquin no estaba allí. Salió a la ventosa terraza y miró el mar. Estaba preparándose una tormenta y, bajo sus ojos, las olas saltaban formando espuma, vivas en la oscuridad. Bajó las escaleras hasta el patio. Estaba vacío, y podía oír a los hombres hablando en el salón de la planta superior. Entonces, junto al muro, alguien silbó.

—Quedaos donde estáis, bruja.

Se giró. Era de Sablé, de espaldas al vacío muro.

—He descubierto vuestro secreto —dijo, sosteniendo un libro ante ella.

Era el libro de su padre. La doncella dejó escapar un gemido y extendió la mano para cogerlo, pero él se lo tiro a los pies.

—Un libro judío. Sois judía.

Edythe recogió el libro. El templario debía haberlo robado del hospital. Se incorporó, apretando el libro, mientras el frío le recorría los huesos.

—¿Os atreveréis a negarlo? —le preguntó el hombre—. Haced lo que yo

deseo, y nadie lo sabrá nunca.

La chica lo miró directamente a la cara.

—Soy judía. Que todos lo sepan, no lo esconderé por más tiempo. Vos sois un depravado y un asesino: matasteis a Lilia, amenazasteis a la reina, espiasteis al rey y ensuciasteis vuestros votos y la cruz sobre la que jurasteis. Nunca os obedeceré, nunca.

El hombre se tensó mientras ella hablaba y se alejó del muro; parecía hincharse, emitir algún vapor maligno, una víbora a punto de atacar. Se llevó la mano a su cinturón.

—Oh, sabéis demasiado. Necesitáis una sangría.

De Sablé sacó un cuchillo.

Edythe se preparó para correr, para gritar, y entonces, a su espalda, resonó la voz de Rouquin.

—La dama no está sola, Gran Maestro.

El templario echó la cabeza hacia atrás.

—¿Defendéis a una judía ante alguien que viste la cruz?

—Si os ponéis a mi alcance partiré en dos esa cruz —le respondió, acercándose a Edythe. Abajo, en su mano, su espada era un rayo de ondulante luz en la oscuridad.

La doncella no se movió. Él lo sabía. Seguramente había oído lo que el templario había dicho, y lo sabía. De Sablé retrocedió; se giró y se marchó atravesando el patio a zancadas.

A su lado, Rouquin deslizó la espada en la vaina de su cinturón. No la miró. No dijo nada.

—Lo has oído —le dijo Edythe.

—Sí —le respondió el caballero—. Te llevaré a lugar seguro.

Dejó que Edythe subiera la escalera delante de él y cruzaron el balcón hasta la

habitación de Juana, que estaba vacía. La dejó sin una palabra. Había terminado. Edythe se quedó allí durante mucho tiempo, en la oscuridad, sin pensar ni moverse. Había terminado.

JAFFA

Un judío era casi peor que un sarraceno.

«Todo es mentira», pensó.

Se emborracharía y buscaría una puta. Pero no lo hizo; caminó por el pueblo hasta que estuvo lo suficientemente cansado para dormir.

Por la tarde, la corte se reunió para ver comer a Ricardo, y para comer ellos mismos. Mientras esperaban, todos se acercaron para charlar. Todo el mundo se aproximaba a Enrique de Champaña, que iba a casarse con la reina Isabel, para estrechar su mano y besarla. El nuevo rey de Jerusalén. Enrique reía, deleitado, y brindaba por su futura esposa con cada copa. Se rumoreaba que estaba embarazada, y que él había conseguido más o menos lo que se merecía.

Cuando Edythe entró en el salón, vio a Rouquin junto a Ricardo, pero éste giró el rostro.

Se quedó junto a la pared con la cabeza tan inundada de recuerdos, de ruegos y de excusas, que no veía nada. Nadie le habló, aunque notaba las miradas de soslayo. Debía marcharse; haría que la sirvieran en su nueva habitación, que había sido la de Juana. Entonces, repentinamente, un grito de rabia se alzó a su lado.

Era Rouquin.

—¿Me estás diciendo que vas a entregarle Chipre? —gritó.

Edythe volvió al presente. Ricardo y Rouquin estaban frente a frente ante el trono.

—Guido era rey. No permitiré que sea menospreciado... —le contestó Ricardo.

—Es un idiota. Un inútil —gritó Rouquin. Estaban tan cerca que casi se rozaban. Todo el salón se había quedado inmóvil, sin aliento, observando.

Ricardo alzó la voz, casi con desdén.

—¿Es que tú querías Chipre? ¿Qué te pasa?

Rouquin seguía gritando.

—¿Y qué pasa con la cruzada? Todo lo que hicimos... las marchas, las heridas, los hombres que murieron... ¿se lo entregarás todo a una cara bonita?

Los asistentes ahogaron un gemido. Los labios de Ricardo retrocedieron en una mueca, levantó la mano derecha y abofeteó a Rouquin en la boca. En la multitud que los observaba nadie se movió. Rouquin estaba tan rojo como la carne cruda, y tenía el cabello erizado. Edythe tenía las manos entrelazadas y las apretó. El pelirrojo cerró el puño con fuerza, y ella contuvo el aliento; no podía moverse, incluso parecía que su corazón se había parado.

—Pegas como una mujer. Aún estás medio enfermo, y yo no lucho contra inválidos —le dijo Rouquin, y a continuación se giró y se alejó a zancadas camino de la puerta.

—¡Rouquin! —Ricardo dio un paso tras el—. ¡Vuelve y desenvaina tu espada!

Rouquin atravesó la puerta y desapareció.

La multitud estalló en murmullos. La gente comenzó a reunirse en grupos para charlar, gesticulando sin parar, y sus voces se alzaron en un jaleo general. Edythe tomó aliento profundamente, dos veces. Se sentía mareada. Ricardo había vuelto a su trono. En un momento, los despediría a todos. Se giró hacia la puerta.

De Sablé estaba allí, mirándola. Se obligó a pasar junto a él sin decir una palabra.

Más tarde, al atardecer, cuando se enteró de que estaba en el salón, fue a buscar a Ricardo.

—Mi señor, necesito hablar con vos.

El rey estaba sentado en un banco, frente a una mesa, con dos hombres a su lado. Estaba rodeado de papeles y tenía un documento entre las manos. Sobre la mesa, ante él, había un tintero y una pluma; firmó con ella la parte inferior del papel, se lo entregó al hombre que se encontraba a su izquierda, y los despidió a ambos. Miró a Edythe con hosquedad.

—¿Qué queréis? Estoy ocupado.

—El Gran Maestre de los templarios acudió a mí: quería que fuera su espía y, cuando me negué, me amenazó.

El rostro de Ricardo se alteró y su temperamento se suavizó. Se echó hacia atrás con las manos tras la cabeza, y la examinó de arriba abajo.

—Vos sois muy leal. ¿Cómo iba a conseguir que espíarais?

—Sabe cosas de mí.

—E incluso así, os negasteis. Tenéis más honor que el templario.

—No habría acudido a vos de no ser porque amenazó con matarme. No pediré a un rey cristiano que me defienda contra un caballero cristiano pero, si me mata, quiero que sepáis que fue él quien lo hizo.

—En esto, por una vez, puedo hacer lo que quiera. No deseo que vos muráis y, como ya sabéis, de Sablé me tiene harto. Lo enviaré a Chipre. Los templarios la administraron muy mal mientras la tuvieron, y tienen cuentas pendientes que Guido puede pagarme por ellos.

—Gracias, mi señor.

—No. Vos sois mi pequeño monstruito, y yo os protegeré —le dijo, y entonces la miró como si entendiera más de lo que parecía—. Sin embargo, no puedo ayudaros con Rouquin. Tampoco quiere hablar conmigo.

Los días pasaron, y el calor del verano avanzó con ellos. Las noches eran tan calurosas que toda la corte dormía a menudo en el balcón. Edythe iba a trabajar al

hospital, pero era como si su mente se negara a trabajar; lo hacía todo mal. Olvidaba lo que estaba haciendo a mitad de un tratamiento, metía medicinas en los tarros equivocados y derramaba orinales, y cuando Besac le reñía frente a todos, se enfurecía como una verdulera. Estaba sola. No tenía a nadie con quien hablar. Estaba más delgada, y se sentía débil e inútil. Hubo una epidemia y muchos niños cayeron enfermos, así que la doncella iba de casa a casa, tratándolos con limón y ojimiel, pero muchos de ellos se morían de todos modos.

Rouquin había guardado su larga mata de pelo, atada con una correa, bajo el colchón de su cama; la quemó. Reunió todo lo demás que tenía de ella (una cofia, una carta y un trozo de lino) y lo quemó también. Fue a la iglesia. Generalmente no podía soportar ni siquiera media misa, pero se arrodilló, rezó, se incorporó y se arrodilló de nuevo con todos los demás, todos los domingos, hasta el *missa est*.

Nada de aquello funcionó. No podía dejar de pensar en ella. En cómo se movía, en cómo sabía su boca, en cómo se reía. Pero era una judía y estaba condenada para siempre, era una negadora de Cristo. Una criatura de mágicos y diabólicos poderes. No era de extrañar que fuera una buena médica. Lo había hechizado, corrompido. Por eso era por lo que no podía dejar de pensar en ella. Lo había hecho débil. Se esforzaba por volver a ser el mismo hombre frío y duro que había sido en el pasado, el hombre que solo se preocupaba por superar a otros hombres.

No podía recordar cómo era ser así. Quizá nunca había sido así en realidad, quizá solo había sido una cota de mallas vacía y con mal carácter. Necesitaba su carácter. Cuando cabalgaba, cuando luchaba, se movía rápido y seguro, sin pensar, sin volverse loco pensando. Salía a cabalgar cada día para mantenerse lejos de Ricardo.

Ricardo lo había sabido durante todo el tiempo. Maldito fuera aquel hijo del demonio.

Pero no podía alejarse de Edythe, que siempre estaba en su cabeza. Ella había hundido sus garras en él como el monstruo que Ricardo decía que era. Necesitaba a una mujer, a cualquier mujer, a cualquier otra mujer, para apartarla lejos. Pero, cuando encontró a una puta, pensar en tocar lo que tantos otros hombres habían tocado antes lo asqueó.

Ella era suya. Él la había desvirgado, y solo le pertenecía a él. La mataría antes

de que nadie más la tuviera.

Cabalgó hasta la parte delantera de su columna por el flanco de una colina y, por el camino, vio el destello de una túnica blanca.

Detuvo al caballo y acertó rápidamente bajo la cima de la colina, aunque pensaba que, seguramente, lo habían visto. El zaino saltó sobre la maleza baja, a paso seguro sobre la ladera. Donde los arbustos secos cortaban el paso, bajó del caballo, reunió a sus hombres y los condujo con rapidez alrededor de la base de la colina hacia el lugar donde había visto a los sarracenos.

Habían desaparecido. El camino obvio guiaba por una grieta a través de las escarpadas y arenosas colinas, donde tendrían que cabalgar en fila de a uno. Dividió a sus hombres, envió a Mercadier con la mitad del grupo bajando el barranco, y tomó a la otra mitad en la misma dirección, pero subiendo la colina.

Estaba en el centro de la emboscada sarracena antes de verlos. De espaldas a él, agachados en la maleza, los guerreros estaban repartidos a lo largo del borde del barranco mirando hacia abajo, con los arcos preparados. Cargó, con sus hombres tras él; cabalgaron a través de la maleza y sobre la arenosa ladera, con los caballos buscando tierra seca donde apoyar las patas.

Los sarracenos dispararon una lluvia de flechas, saltaron a sus caballos y huyeron frente a ellos. Vio frente a él una yegua castaña con patas blancas que conocía bien, y gritó, excitado.

A la izquierda, la ladera se inclinaba súbitamente. La cima, cada vez más estrecha, estaba dirigiendo a los sarracenos hacia la llanura con Rouquin en sus talones y Mercadier saliendo del barranco a su derecha. Espoleó al zaino. Por un momento, como los grandes caballos saltaban y se deslizaban en la ladera, y corrían como el rayo a campo abierto, su frente y la retaguardia de los sarracenos galoparon lado a lado.

Golpeó a un jinete con su espada; el sarraceno alzó su arco para desviar el golpe y la espada lo cortó en dos. Entonces la yegua castaña se puso al otro lado.

Vio el rostro oscuro de Safadin sobre el objetivo redondo de su escudo y golpeó con todas sus fuerzas. La espada del sarraceno chocó contra su escudo hasta que su brazo quedó entumecido. Las espadas se batían con una lluvia de chispas. Entonces, la yegua consiguió adelantarse. El zaino, con el cuello sudoroso, flaqueó, y Rouquin lo detuvo.

Todos los caballeros se detuvieron con él; al menos eso lo habían aprendido. La distancia entre ellos y los sarracenos se hizo más amplia. Los jinetes de túnicas blancas desaparecieron en una grieta entre las colinas. El último en marchar giró a su yegua castaña, y miró atrás.

Rouquin estaba jadeando, empapado en sudor y con el corazón desbocado. Elevó la espada sobre su cabeza.

«Ésta es la única fe de los que pertenecemos a la Casa de la Guerra», pensó. Al otro lado de la llanura, Safadin levantó su cimitarra en respuesta, espoleó a su yegua y se alejó.

Rouquin reunió a sus hombres. Estaban arañados y golpeados, y un par estaban heridos, así que regresaron a Jaffa. La furia del combate lo abandonó y cabalgó recordando lo que había pasado, convirtiéndolo en un relato. Safadin le caía mucho mejor que algunos de los cruzados. Aquello era una herejía, pero lo creía. Edythe ya se lo había dicho. Recordó lo despreocupadamente que le había respondido entonces. Se había mostrado orgulloso de haber nacido con un pie fuera de la iglesia ante alguien totalmente marginado. Debía haber pensado que era tonto.

Había mentido a Edythe desde el principio. Se había portado como un niño bastardo. Ella no lo había comprendido, no había entendido lo perdido que estaba. Y él la quería, con un deseo que era como el hambre: de amarla y de ser uno con ella. De contarle su verdad. Aunque ella le había mentado. ¿Cómo iba a confiar en ella?

Tenía que verla una vez más. Si para ella no era más que una mentira, entonces la mataría y pondría fin a todo aquello. Lo sabría cuando la viera de nuevo. Espoleó a su caballo de vuelta a la ciudad.

A última hora del día, una mujer llevó a un niño al hospital. Atraída por los gritos del niño, Edythe se reunió con ella en la puerta; cuando vio la sangre por la mejilla del rostro del pequeño gimió y los llevó a la cama más cercana.

La madre parloteaba en la lengua local, de la que Edythe entendía muy poco, pero escuchaba «oreja» una y otra vez. La hizo sentarse con el niño en su regazo y trajo vinagre y un trapo, pero el aullante chiquillo no la dejaba tocarlo.

Fue hasta la parte posterior y encontró un trozo de panal y se lo llevó al chico.

Su madre le cantó y Edythe hizo muecas y, finalmente, se tranquilizó y permitió que tocara el sangriento revoltijo alrededor de su oreja. Temía usar el vinagre por miedo a hacerle daño de nuevo. Apartando el pelo, descubrió su oreja y resopló, aliviada.

La sangre procedía de unos cortes superficiales alrededor de la parte externa del oído; algo pálido y bulboso llenaba el canal. Miró a la madre.

—¿Dolor de oídos? —Tiró de su propia oreja—. ¿Le dolía el oído, y por eso le metiste ajo?

La madre sonrió y extendió las manos. Edythe acarició la cabeza del chico con una mano y agarró las pinzas con la otra. En un único gesto sacó el ajo. Los arañazos de su oreja eran cortes de cuchillo. La madre, después de fracasar de otro modo, había intentado sacarle el ajo con un cuchillo. Edythe apretó los labios para evitar decir nada. Limpió la sangre seca, atendió los cortes de la oreja, lo besó y lo despidió. Los escuchó cantar mientras se alejaban por la calle.

Todo, suponía, le habría parecido razonable en ese momento. Se secó las manos en el delantal, mirando a su alrededor.

Besac ya se había marchado. Se acercó a la gente que había en las camas, asegurándose de que descansaban. No eran muchos: una anciana que agonizaba y un hombre sin otro lugar al que ir que simulaba que tenía jaqueca. La noche llegó mientras los atendía. Se quedó en la puerta, mirando la oscuridad, y pensó en dormir en el hospital, en lugar de atravesar sola las crudas calles de Jaffa.

A pesar de lo que Ricardo le había dicho, no podía confiarse; había templarios por toda Jaffa.

Salió, y justo cuando abandonó la puerta, alguien la agarró por detrás. Edythe golpeó con los codos y pataleó, pero la sostenían sin esfuerzo. Se revolvió, temerosa, esperando que el cuchillo apareciera, pero entonces repentinamente supo quién era, por su tacto y su fuerza.

—Rouquin.

Él la levanto rápidamente y la sentó de lado sobre su caballo. Edythe se agarró al arzón para sujetarse. La luz del farol sobre la puerta del hospital brillaba en su respingón rostro.

—Rouquin —dijo de nuevo, dichosa.

Él se inclinó hacia delante. La rodeó con los brazos y enterró el rostro en su falda.

Más tarde, tumbados el uno junto al otro en la pequeña habitación en el edificio central donde sus hombres estaban acuartelados, Rouquin le dijo:

—Tengo algo que contarte.

Edythe se desperezó contra la calidez del cuerpo del hombre.

—Hazlo, entonces.

—Nunca lo he contado antes —dijo—. A nadie. Sabes que se dice que mi madre era la hermana de la reina.

—Sí —le respondió Edythe. Llevaba oyendo aquello desde hacía años—. Lady Petronila...

—No. Mi madre es Leonor. Mi padre era el rey. Pero nací antes de que se casaran, cuando no eran rey ni reina.

Aquello la sorprendió.

—¿Cómo lo sabes?

Rozó la cicatriz con forma de estrella de su hombro, el lugar donde lo había herido la flecha. En su mente se unieron algunos fragmentos, y entonces la historia que estaba contándole Rouquin cobró sentido.

—Lo descubrí solo. Llegué a entenderlo poco a poco, al crecer.

—¿Estás seguro? —le preguntó la doncella. Ella estaba segura. Dejó la palma de su mano inmóvil contra el cuerpo de su amante, con la cabeza apoyada sobre su brazo.

—Incluso mi nombre es una mentira. Mi tía me bautizó como Felipe, pero nadie me llama así. De Rançon no era mi padre. Fue... fue mi tía Leonor quien me llamó Rouquin. Ella decía que, cuando me enfadaba, parecía un pequeño erizo de

púas rojas.

Se detuvo.

Edythe se mantuvo en silencio, esperando que dijera algo más. Su madre lo había apartado de ella. Había vuelto a reunirse con él, físicamente al menos, aunque no lo hubiera reconocido como hijo, pero era evidente que había sacrificado a su primogénito bajo la roca de su poder, y que él no podía olvidarlo.

—Nunca se lo he contado a nadie. Ahora, al decirlo, me siento diferente.

La cama era demasiado estrecha para ambos; Edythe estaba casi encima de Rouquin, con una pierna entre las suyas. Hacía mucho calor estando tan cerca, pero le encantaba estar así, tocándolo con todo su cuerpo. Sus ropas estaban esparcidas por todas partes. Los hombres que estaban en el salón principal debían estar vigilando la puerta, por si salían. Entonces recibirían burlas y silbidos, y no tendrían posibilidad de mentir. Ricardo, una vez, había dicho: «Mi hermano».

—Entonces deberías ser el rey —le dijo Edythe.

—No. Soy un bastardo. Y, de todos modos, no podría ser un rey como Ricardo. Pero soy su verdadero hermano, de él y de Juana, y de Matilde, de la pequeña Leonor y de Juan. Todos ellos lo saben, pero nadie dice nada. Todos mentimos. No puedes confiar en ninguno de nosotros.

—Ellos te quieren.

—Oh, todos nos queremos. Pero también nos odiamos.

Edythe asintió con la mejilla contra el hombro de Rouquin, porque ella también se había dado cuenta de eso.

—Es como todo lo demás en esta familia —dijo el caballero—, todo es mentira. Nuestra estirpe estaba condenada desde el principio, cuando el primero de nosotros consiguió su primer título a través del asesinato. Así que ni siquiera Ricardo podría conseguir la Venida del Reino de Dios a la Tierra. —Se llevó las manos al rostro—. Estoy cansado de mentiras. Viviré con la verdad, o me alejaré de todo.

Edythe pensó en Yeshua ben Yafo y en lo que éste le había dicho. «La gente piensa en un mundo y vive en otro». Pero ésa era la ilusión que los salvaba, ¿no? ¿Cuál era la mentira, y cuál la verdad?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —le preguntó Rouquin.

—¿Qué?

—Quiero saberlo. No te escapaste de un convento, y no te llamas Edythe. ¿No es así?

—No —respondió—. Mi nombre es Deborah.

No había escuchado su propio nombre desde hacía más de doce años. De pronto sintió calor y notó un cosquilleo en la piel, como si acabara de despertarse.

Con el rostro contra el suyo, sintió que Rouquin sonreía. —Deborah —dijo, y la besó de nuevo—. Mi Deborah. Mi verdad.

Edythe se quedó junto a él mientras dormía; lo deseaba de nuevo, justo en aquel momento. Pero les quedaba muy poco tiempo. Estaban condenados. Ricardo estaba hablando con Saladino y, cuando terminara, incluso aunque necesitara un año para llegar a un acuerdo, volverían a occidente.

Ojalá tardara un año. En la oscuridad acarició el pecho de Rouquin, sus amplios músculos cubiertos de vello rizado, e intentó no pensar en el momento en el que tuvieran que volver a Francia. Él se despertó lo suficiente para rodearla con el brazo, y volvió a quedarse dormido.

¿Qué pasaría cuando volvieran a Poitiers? ¿La seguiría amando cuando estuvieran allí? ¿Podrían estar juntos? Lo que había dicho sobre la verdad no funcionaría en Francia. La verdad no se aplicaba igual en un lugar o en otro. En Francia sería imposible para ellos, a no ser que ella volviera a ser Edythe. Y entonces ya no sería verdad.

Era casi luna llena, y Ricardo había comenzado a insistir en que lo sangrara. Edythe había visto al jinete sarraceno en el patio y entró en el salón cuando Safadin estaba marchándose. Se apartó del camino del sarraceno; él la ignoró, aunque Edythe

sabía que la había visto. Ricardo la hizo pasar a su pequeña habitación.

Examinó a Ricardo, le tomó el pulso y escuchó su respiración en su espalda. Su alto, delgado y pálido cuerpo estaba más fuerte que nunca. Quizá sangrarlo sería una buena idea para mantener sus humores activos. La herida de lanza bajo su brazo derecho había sanado bien, con hileras de pequeños puntos donde la aguja había traspasado su piel y una estrecha cicatriz blanca entre ellos, sin frunces. Tenía un moratón en el brazo del escudo, otra excusa para sangrarlo. Ricardo comenzó a ponerse la camisa de nuevo.

—¿Habéis visto al sarraceno? Saladino y yo hemos llegado a un acuerdo. Ahora puedo decir que he fracasado, oficialmente.

Hizo una pausa, como si ella fuera a discutirlo o a estallar en aplausos. Edythe no supo qué decir y se mantuvo callada.

—Somos monstruos, vos y yo —continuó—. Dios tiene una única idea de lo que es correcto, y nosotros no estamos incluidos en ella.

—¿Cuál es el acuerdo? —le preguntó la chica.

—Tres años sin guerra. Y la libre entrada en Jerusalén de los peregrinos cristianos que viajen desarmados. Eso es lo que he ganado, un puñado de días.

—¿Qué dice vuestro acuerdo sobre los judíos?

—No dice nada sobre los judíos. Los judíos no tienen nada que ver con esto.

—Entonces, yo podría ir a Jerusalén —dijo.

Ricardo se abrochó el cinturón.

—No, mi pequeña y querida tontaina. Aún es demasiado peligroso. Sois una mujer, y ese lugar está lleno de bandidos. No duraríais un solo día. Tendríais que encontrar compañía y pagar por ella de algún modo, e incluso así... Terminaríais muerta, o en un mercado de esclavas, y sois demasiado vieja para que nadie os quiera. Me marchó muy pronto a Occidente, y vos vendréis conmigo.

—Voy a ir a Jerusalén —dijo Edythe.

Ricardo la miró, desconcertado.

—Es una orden. ¿Qué pasa con Juana? Y mi madre seguramente también desea que volváis.

Edythe caminó a su alrededor, de modo que Ricardo tuvo que girarse para mirarla.

—Pero yo estoy fuera de vuestro reino cristiano, mi señor. Vuestro acuerdo no tiene nada que ver conmigo.

—Edythe, estáis loca —le respondió—. Yo soy el único que podría protegeros.

—Ése ya no es mi nombre. Tengo que irme. Besac tiene la tintura —le dijo—. Buscad al judío Yeshua ben Yafo, y él os dirá cómo debéis tomarla.

Y se marchó.

Caminó en silencio a través de los cuarteles hasta la habitación donde Rouquin estaba durmiendo; la puerta estaba entreabierta. Se quedó allí un momento y miró a través de la rendija. Al marcharse por la mañana le había dejado toda la cama para él solo; en aquel momento dormía estirado, con la cabeza entre los brazos. No podía despertarlo. Si le contaba lo que iba a hacer y Rouquin, en lugar de eso, quería que se marchara con él, estaba segura de que lo haría, incluso a los lugares más lejanos del mundo. Pero para conservarlo tendría que ser Edythe de nuevo.

Salió una vez más para tomar la carretera. Tenía que atravesar la puerta antes de que Ricardo decidiera detenerla, pero antes pasó por el hospital y puso sus libros, la bolsa de las medicinas y algo de comida que había empaquetado en una bolsa grande para llevarla en el hombro.

En la puerta nadie la detuvo. Quizá se había dado demasiada importancia. Atravesó la nueva puerta hasta el principio de la larga carretera hacia el este, y una oleada de incertidumbre la embargó. Comenzó a caminar. Un pie delante del otro; la bolsa ya le pesaba.

—Vuestra mujer ha estado aquí y después se ha marchado —le dijo Mercadier, llenando el estrecho quicio de la puerta.

Rouquin se lavó la cara en la palangana.

—¿A dónde ha ido?

—¿Cómo voy a saberlo? Es como una yegua salvaje, va a donde le place. Se dice por toda la ciudad que el rey ha llegado a un acuerdo con el sultán.

—¿En serio? ¿Y qué creéis que significa eso?

Rouquin cogió su tahalí, que estaba colgado de la pared.

—Creo que volveremos a casa, mi señor. —Mercadier se encogió de hombros pero levantó una mano, con la palma hacia fuera—. Pase lo que pase, habrá algunas guerras. Yo seguiré siendo vuestro hombre.

Rouquin lo golpeó con el puño.

—Creo que, a partir de ahora, seréis el hombre de Ricardo.

—¡Del rey! —El brabante abrió los ojos de par en par, turbado. A continuación, leal, añadió—: Pero de ningún otro. Nunca seguiría a nadie inferior.

Rouquin se rió y salió de la casa hacia el patio. Un escudero le llevó el caballo zaino y cabalgó hasta el palacio. Encontró a Ricardo caminando de un lado a otro del salón, comiendo pollo y dando órdenes. Rouquin llevaba días sin verlo, desde que Ricardo lo había golpeado. El rey echó a todos los demás del salón y se dirigió a él.

—Por fin apareces. ¿Ya no estás enfurruñado? ¿Qué quieres, que me disculpe? ¿Después de lo que me dijiste?

—En realidad no quiero nada de ti —le contestó Rouquin—. He oído que has llegado a un acuerdo con el sultán.

Ricardo soltó los huesos que tenía en la mano. Sus ojos destellaron, y su voz se resquebrajó como un trozo de hielo.

—¿Qué os pasa a todos vosotros? ¿Habéis enfermado de rebeldía? Debería haberte cortado la maldita cabeza. Nos marchamos. Al parecer Felipe y ese maldito germano están esperándome, pero no te esperan a ti. Quiero que vuelvas a Francia

directamente y que comiences a reunir un ejército.

Rouquin se sentó, cruzando los brazos sobre su pecho y disfrutando de aquello.

—La verdad es que no voy a volver. Allí no tengo nada, y ya no voy a seguirte más.

Ricardo elevó los brazos. Echó al pelirrojo otra mirada furiosa y se alejó. Rouquin se quedó sentado donde estaba. Alguien entró, vio a los dos hombres que había allí, y se marchó. Finalmente, Ricardo tuvo que volver a acercarse a él.

—Entonces, ¿tú también me abandonas? No puedes hacer eso. Te necesito.

—Claro que puedo hacerlo. Soy tu hermano mayor, pero ése no es mi reino. Te he dado todo lo que te debía. No tienes poder sobre mí.

Ricardo se detuvo, en silencio.

—Así que es eso —dijo, en otra voz, ladeando la cabeza.

—Sí. No voy a seguir mintiendo. He terminado con toda esta familia. No volveré a Francia. Llévate a Mercadier, págale, a él y a mis hombres, y nunca te abandonarán. Pero voy a buscar a mi mujer y después iremos a Jerusalén, que es lo que juré hacer.

Ricardo se alejó de nuevo, y volvió.

—No podrás llevar tu espada. El tratado dice «peregrinos desarmados». ¿Qué vas a hacer sin tu espada?

—Dejaré que los que intenten pararme sean los que lo descubran —le contestó Rouquin.

El rey lo miró, y sus ojos se encontraron. Se produjo un largo silencio.

—Bueno, entonces será mejor que empieces pronto, porque ella ya se ha marchado. Ya está de camino —dijo, extendiendo la mano—. Lo que ocurre en nuestra familia no fue decisión mía. Yo siempre te he querido. Siempre te he considerado mi verdadero hermano.

—Lo sé.

Rouquin estrechó la mano del rey.

—Mejor que un hermano. Que Dios me perdone por todas las veces que te he fallado. —Ricardo tiro de él y lo abrazó—. Ve a buscarla. Contigo, parte de mí va a Jerusalén. Vete. Tienes mi bendición.

—Quizá regresemos —dijo Rouquin. Pero si ella ya se había marchado tenía que darse prisa. Abandonó la habitación, y fue a por su caballo.

Al principio, la carretera estaba llena de gente que iba en ambas direcciones: burros, carros y porteadores a pie salían y entraban a Jaffa con mercancías. A un lado de la carretera, ocho monjes avanzaban de rodillas, cantando mientras lo hacían. Edythe pensó en Rouquin y lo sacó firmemente de su mente. Un par de minutos después, lo puso en su mente de nuevo. Al mediodía había menos gente. La tierra seguía siendo llana, pero las colinas comenzaban a alzarse ante ella, llenas de barrancos y grietas. En la ladera sobre su cabeza vio a dos sarracenos sobre sus caballos. Recordaba el camino que había recorrido durante la marcha del invierno anterior, aunque entonces estaba seco, hacía calor y la alta hierba se había teñido de color marrón. Un grupo de peregrinos, con sus sombreros y varas, caminaban frente a ella cantando, e intentó mantenerse cerca de ellos. La bolsa que llevaba en el hombro pesaba como si estuviera llena de rocas.

Más gente pasó junto a ella, y vio que algunas cabezas se giraban al verla. Era una mujer sola. Corrió para acercarse más a los peregrinos, aunque ellos, de todos modos, no la defenderían. Tenía su cuchillo en el cinturón. Encontró una piedra grande y la cogió con la mano libre. Pero la noche se acercaba; se preguntó qué haría entonces. Preguntaría a los peregrinos si podía dormir en su campamento. Tenía suficiente comida, e incluso podía cambiar parte por un hueso junto al fuego.

Escuchó el tintineo de un arnés y los cascos de un caballo y se apartó para dejarle paso. Cuando llegó junto a ella, aminoró la velocidad, y Edythe se giró, alerta.

—Deborah.

El nombre la hizo estremecerse; levantó la mirada, desconcertada. El hombre le sonrió desde la grupa del zaino. Llevaba una cota de mallas pero no portaba espada, solo una larga daga en su cinturón, y en lugar de su casco había envuelto su

cabeza en una tela blanca, como un sarraceno. Tenía los ojos tan brillantes como estrellas.

Extendió el brazo hacia ella. No necesitaron decir nada. Edythe soltó la piedra y elevó la bolsa con sus cosas, que él colgó de su silla. Extendió la mano de nuevo y ella se agarró a su brazo y subió al caballo. Edythe cabalgó a horcajadas, con las piernas separadas sobre la amplia grupa del caballo, y rodeó la cintura del hombre con sus brazos.

—Más fuerte —dijo Rouquin.

Edythe apoyó la mejilla contra su espalda y se aferró a él con tanta fuerza como pudo. Juntos continuaron el camino hacia Jerusalén.

NOTA HISTÓRICA DE LA AUTORA

La Primera Cruzada, en 1096, no fue la primera cruzada. A finales del siglo XI, cristianos y musulmanes llevaban luchando ya más de cuatrocientos años. Al principio los árabes prevalecieron y tomaron la Península Ibérica, Sicilia, Cerdeña, Tierra Santa, y todo lo que había al sur de ésta, desde Marruecos a la India; hubo un Emirato Árabe en Bari, en el tacón de Italia, durante treinta años, y las flotas árabes asaltaron Roma y Marsella. Solo las difíciles victorias cristianas en tierras bizantinas, a finales del siglo VII y principios del VIII, y en Francia central, en la Batalla de Tours del año 726, evitaron que los ejércitos árabes irrumpieran en la retrasada, pobre y débil Europa. Hay quienes pensaron, viendo la brillante civilización omeya en la Península Ibérica, que no habría sido algo malo.

Sin embargo, en el siglo XI la conquista árabe ya había terminado y su fragmentado imperio estaba retrocediendo. Bajo la coacción de tener que defenderse no solo de los árabes, sino también de los vikingos, de los magiares y de los ávaros, la Europa cristiana se convirtió en una casta fuerte, organizada, numerosa y rica. Sobre todo, gracias a que habían descubierto un formidable nuevo modo de

combatir: caballeros con cota de mallas, montados sobre poderosos caballos, cuya carga masiva aplastaba cualquier cosa en su camino. Con tales caballeros, los cristianos recuperaron en el siglo XI Sicilia y gran parte de la Península Ibérica.

Bizancio, sin embargo, había sufrido una terrible derrota en Manzikert en 1076 a manos de los turcos selyúcidas, conversos recientes al Islam que venían de Asia central. A continuación, los selyúcidas invadieron Anatolia y Tierra Santa. El emperador bizantino recurrió al Papa para que le prestara ayuda contra ellos, y así surgió la Primera Cruzada.

Con un repentino ataque al desorganizado Levante, los cruzados recuperaron Jerusalén, así como otros lugares valiosos, que mantuvieron durante casi un siglo. Pero los turcos se recuperaron y, en 1187, en la Batalla de Hattin, el gran sultán Saladino aplastó al ejército cruzado y recuperó rápidamente el resto de dominios cristianos, excepto las ciudades de Tiro y Antioquia, en la costa norte de Tierra Santa, y un par de fortalezas aisladas.

El occidente cristiano reaccionó con sorpresa y horror. Inmediatamente, los grandes monarcas de Europa, el emperador Barbarroja, el rey de Francia y el rey de Inglaterra prometieron ir al rescate de Tierra Santa, y aunque la política demoró su partida durante años, en los que un rey de Inglaterra murió y otro asumió su promesa, finalmente todos se dirigieron a oriente. Barbarroja, el legendario emperador, se ahogó en un riachuelo de montaña. Los reyes de Francia e Inglaterra llegaron a Tierra Santa en 1191.

Suya fue la Tercera Cruzada, la Cruzada de los Reyes, en la que Ricardo Corazón de León venció a Saladino pero no pudo tomar Jerusalén.

Existieron nueve cruzadas oficiales y una gran variedad de otras más pequeñas, pero a finales del siglo XIII la cristiandad perdió totalmente Tierra Santa. Sin embargo, la larga y sangrienta contienda continúa hasta la actualidad.

Los sucesos públicos relatados en esta novela están basados en las fuentes originales de la época, incluyendo fuentes musulmanas, sobre el asedio de Acre, la masacre de Acre, las batallas de Arsuf y Jaffa, las luchas internas entre los señores de la Cruzada, el asesinato de Conrado de Montferrato, y el acuerdo final entre Ricardo y Saladino. Ricardo, que era la superestrella del siglo XII, a menudo se cita directamente en estas fuentes; es uno de los personajes más gráficos de la historia medieval, fue un verdadero guerrero y un magnífico general. No pudo recuperar Jerusalén, pero el territorio que conquistó, incluida Chipre, permitió que la costa levantina permaneciera en manos cristianas durante otro siglo.

La cuestión de su orientación sexual sigue siendo polémica y quizá sea imposible de resolver, ya que las ideas del siglo XII sobre tales cosas eran muy diferentes de las nuestras. Estoy más convencida por las pruebas a favor que en contra de que fuera lo que llamamos homosexual. Hunfredo IV de Torón fue visto por sus contemporáneos como «un hombre que no es un guerrero» y «un chico que casi es una chica», lo que parece menos controvertido. Sus contemporáneos respetaban su inteligencia y habilidad diplomática y Ricardo lo apreciaba y pasaba mucho tiempo con él. Murió poco después del final de la Tercera Cruzada.

Enrique de Champaña, que se casó con Isabel y se convirtió en rey de Jerusalén, cayó desde una ventana en 1197 y se rompió el cuello. Isabel se casó pronto con su cuarto marido en diez años, Amalrico de Lusignan, otro noble perteneciente al pertinaz clan de Poitou que incluía al rey Guido y a Hugo de Ascalón. Amalrico se convirtió en rey de Chipre, que convirtió en un reino coherente y estable. Tanto Isabel como él murieron en 1205 y la hija de Conrado de Montferrato, María de Montferrato, heredó sus títulos.

Todo el mundo sabe que el duque de Austria capturó a Ricardo en su regreso a casa tras la Cruzada, y que lo vendió al emperador Enrique VI, que lo liberó posteriormente a cambio de un elevado rescate. Lo pagó su madre Leonor, arruinando de este modo a Inglaterra; no la arruinó, por tanto, su hermano el príncipe Juan, como sir Walter Scott relató. Lo que sí hizo Juan fue ofrecer una gran cantidad de dinero al emperador para que no liberara a Ricardo. Incluso durante su cautividad, Ricardo consiguió hacer aliados y, cuando finalmente fue liberado, se hizo rápidamente señor de nuevo de todos sus territorios.

Durante su reinado apenas pasó tiempo en Inglaterra. El núcleo de su poder estaba en el sur y el oeste de Francia, donde murió en 1199, luchando. Su hermana Juana murió apenas un par de días después; ambos fueron enterrados en la abadía de Fontevraud; donde posteriormente también sería enterrada su madre Leonor.

Ricardo y Berenguela no tuvieron hijos y el príncipe Juan lo sucedió. Fue la mitad del rey que su hermano y su padre habían sido, perdió todas sus posesiones continentales ante Felipe Augusto, y entonces fue humillantemente obligado a firmar la Carta Magna por algunos barones furiosos. Algunas generaciones después, otro gran rey Plantagenet reclamó aquellas posesiones continentales de nuevo, comenzando la Guerra de los Cien Años.

La historia privada es ficción. Edythe, o Deborah, y Rouquin son personajes imaginarios; Ricardo tuvo un gran número de comandantes, de quienes Rouquin es una especie de síntesis, sobre todo de Mercadier, el gran capitán de los mercenarios

que sirvió a Corazón de León durante la mayor parte de su reinado.

En el siglo XII existían varios tipos de médicos, muchos de ellos mujeres. La magnífica academia de medicina de Salerno aceptó estudiantes femeninas desde su fundación. Para que nadie piense que me estoy tomando demasiadas licencias con Edythe en este caso, por favor, tened en cuenta que el médico personal de Luis IX de Francia en su desastrosa cruzada era una mujer.

Los cruzados se beneficiaron de las prácticas de los médicos y de los hospitales, llevando ideas de los bizantinos y del mundo musulmán a occidente; Galeno, Maimónides e Ibn Sina fueron los principales teóricos. Gran parte de los detalles se han obtenido de los datos originales. La práctica médica, en el relato, se esfuerza por describir la teoría de los humores de Galeno, una adorable construcción intelectual que parte del neoplatónico mundo ideal de la Edad Media, como el cosmos de Ptolomeo.

Del apellido Plantagenet apenas hay información. No aparece en archivos escritos antes de la época de Eduardo I, aunque fue el padre de Enrique II, Godofredo, quien llevó por primera vez una rama de retama en su sombrero —la *planta genet*—, y la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia. La alternativa, la Casa de Anjou, no tiene magia. La familia más importante de la Edad Media se merecía tal ampuloso nombre. *Jádjst.*